# ¡Dios mío, Gracie!

UNA COMEDIA ROMÁNTICA



ANYA WYLDE

# ¡DIOS MÍO, GRACIE!

Por

Anya Wylde

**Copyright 2018 Anya Wylde**

# CONTENIDO


Página del título
AGRADECIMIENTOS
Capítulo Uno
Capítulo Dos
Capítulo Tres
Capítulo Cuatro
Capítulo Cinco
Capítulo Seis
Capítulo Siete
Capítulo Ocho
Capítulo Nueve
Capítulo Diez
Capítulo Once
Capítulo Doce
Capítulo Trece
Capítulo Catorce
Capítulo Quince
Capítulo Dieciséis
Capítulo Diecisiete
Capítulo Dieciocho
Capítulo Diecinueve
Capítulo Veinte
Capítulo Veintiuno
Capítulo Veintidós
Capítulo Veintitrés
Capítulo Veinticuatro
Capítulo Veinticinco
Capítulo Veintiséis
Capítulo Veintisiete

Capítulo Veintiocho
Capítulo Veintinueve
Capítulo Treinta
Capítulo Treinta y uno
ACERCA DE LA AUTORA
Otros libros de la autora

# AGRADECIMIENTOS

Agradezco a John y Marcus, por darme alegría todos los días.
Doy las gracias a Michael Garrett, por ayudarme con la edición de este libro.
Finalmente, agradezco enormemente a Celeste Piazza Meehan, Dot, Anu Raj, Lori George, Tina Lenhart, Sandra, Karyn, Patty, Dottie, Jessica Craig, Casey Jones, Elizabeth Crowe y a todos los demás que amablemente ayudaron en la revisión del libro. En verdad, agradezco su gran ayuda.

Traducción: Elizabeth Garay

# CAPÍTULO UNO

Grace Dixie estaba sentada en una pequeña oficina irlandesa. El anuncio solicitaba a una persona sin experiencia previa para ser asistente de uno de los mejores documentalistas de Europa.

Ella se había lanzado por la oportunidad, aunque la palabra "asistente" la había hecho temblar de ansiedad. Se había subido al autobús de Dublín y veinte minutos después se encontraba mirando fijamente el número 53 de Burquay Lane.

Durante todo el viaje había intentado recomponer sus nervios y cantarles una canción de cuna, pero los malditos nervios se le escapaban y la alteraban. Así que, cuando se hundió en el frío asiento de cuero de una aburrida oficina gris, ya era un manojo de nervios retorcidos envueltos en una nube de ansiedad.

Ella nunca hacía ese tipo de cosas. Nunca corría riesgos, ni hablaba con extraños ni salía de su zona de confort. Así que, todo ese asunto de ir a una entrevista en un país extranjero era suficiente para que empezara a sudar y la dejara tan deshidratada como una pasa de uva moscatel.

Por la preocupación jalaba los hilos del fondo de su bolso y empezó a suponer qué tipo de preguntas le harían y en qué consistiría el trabajo. Sin duda, una asistente no debía sentirse así, sino que debía mostrarse tranquila. Nunca había visto a nadie tan ansioso en las oficinas. No le parecía digno.

Deslizó la mirada hacia su vecina, una chica irlandesa muy bien vestida que sostenía una carpeta fucsia, y frunció el ceño. Ella no había traído nada. El anuncio no decía que llevara nada. De hecho, decía que buscaban a alguien sin experiencia previa, pero la chica que estaba a su lado tenía una carpeta llena de todo tipo de documentos de aspecto oficial.

Bajó la mirada al suelo y miró las cosas que *había* logrado traer: una bolsa de supermercado llena de manzanas y tomates y un trapeador que chorreaba agua. *Claramente, no se había preparado.*

«No me preparé», Grace comentó a la chica con la carpeta.

Habían estado esperando juntas durante una hora, viendo a los aspirantes entrar y salir por una gran puerta de madera sin intercambiar una palabra. Ahora que solo quedaban las dos, pensó que era de buena educación entablar una conversación.

La chica la miró.

Grace se sentó más derecha en la silla de plástico.

«Estaba haciendo la compra y encontré este maravilloso trapeador que expulsa agua. Mira, si activas el botón, arroja agua. No hace falta que utilices cubetas...».

La chica empezó a verse un poco alarmada.

«Como sea», dijo Grace apresuradamente. «Estaba un hombre leyendo un periódico mientras esperábamos en la cola para pagar. Era tan bajo que podía leer por encima de su hombro y vi el anuncio de esta entrevista. Estaba cerca, pero no tuve tiempo ni de cambiarme...».

La chica miró brevemente sus jeans y su camiseta gris.

«Te ves bien», dijo educadamente.

Grace negó con la cabeza. «Ah, no, *tú* te ves encantadora, mientras que yo parezco como si

acabara de aprender a coser y hubiera decidido hacerme mi propia ropa para la entrevista».

La chica sonrió, pero no la contradijo.

Grace se pasó un dedo por el cuello de la camiseta, sintiéndose como un chicle que se hubiera estirado y estuviera a punto de romperse y enroscarse sobre sí mismo. Tal vez lo mejor era que se fuera a casa. ¿Cómo podría competir con esa chica o con todas esas mujeres que ya habían sido entrevistadas? Parecían muy competentes y probablemente contaban con referencias.

Pero necesitaba el trabajo. Desesperadamente.

La recepcionista del mostrador de la entrada se rió y Grace la miró. Un joven había aparecido detrás de una puerta de cristal y ahora le estaba haciendo cosquillas en la contorneada mejilla a la recepcionista con una pluma de pavo real.

La mujer era bonita, con cabello oscuro y ondulado, piel pálida y un delineador de ojos negro grueso que se levantaba en el rabillo del ojo. Se había rodeado de una extraña variedad de parafernalia que incluía un cuarzo rosa gigante, plumas, una vela de aromaterapia de tres mechas en llamas y una concha de abulón en la que había un incienso cónico que emanaba pachulí y rosas.

Grace levantó la vista y vio que la alarma contra incendios había sido tapada con cinta adhesiva. Volvió a mirar hacia abajo y descubrió que el hombre había pasado de acariciarle la mejilla a bailar como un Michael Flatley sin extremidades.

[Nota de la Trad.: *Michael Flatley es un exbailarín y coreógrafo profesional estadounidense de danza irlandesa*]

«¡Fuego! Mi entrepierna está en llamas», gritó.

En su afán por robarle un beso, Grace dedujo que había saltado sobre el escritorio y se había olvidado de la vela de aromaterapia de tres mechas.

«No es tu entrepierna. Es tu rodilla», comentó la recepcionista.

«Puedo sentir las llamas subiendo», gritó el hombre. «¡Auxilio!».

«¿Qué está pasando?». Un guapo hombre de ojos verdes abrió de golpe la puerta de madera por la que habían estado entrando y saliendo personas como ella.

Grace miró la pequeña llama que lamía la rodilla del joven y frunció el ceño. Nadie estaba haciendo nada. Simplemente estaban ahí estáticos, boquiabiertos, mirando el fuego como si fueran espectadores observando con lujuria una efigie humeante de la festividad de la Noche de las Hogueras.

Cuando el hombre volvió a aullar, Grace entró en acción. Sacó su trapeador y lo blandió como si fuera el bastón de Gandalf del Señor de los Anillos.

Los ojos del hombre se abrieron de par en par.

Ella sonrió tranquilizadoramente mientras se acercaba a él y procedió a rociarle agua con jabón en sus pantalones. Luego le golpeó la rodilla con la cabeza mojada del trapeador, solo para asegurarse de que el fuego estuviera completamente apagado.

La recepcionista aplaudió con entusiasmo. «¡Bien hecho!».

«Brigid, deshazte de esta tontería ahora mismo», dijo el hombre de ojos verdes, señalando la mesa llena de cristales, velas y plumas. «Y lleva a James al hospital».

Muy molesta, la recepcionista apagó la vela. «Debería haber tenido cuidado…», añadió.

«Siguiente», rugió el hombre, y regresó a su oficina, cerrando la puerta de golpe detrás de él.

La chica con la carpeta rosa corrió tras él.

«Eso fue entretenido», dijo una voz hermosamente profunda desde la entrada

Grace giró sobre sus talones y se encontró frente a un hombre alto y muy atractivo. Medía más de un metro ochenta, era moreno y de hombros anchos. Su boca delgada y sus pómulos altos le daban un aspecto ligeramente siniestro.

Al entrar, la recepción y todo lo que se encontraba ahí parecieron encogerse de tamaño. Ella observó fascinada cómo sus músculos bailaban bajo una impecable camisa blanca mientras se movía para dejar que James y Brigid salieran del edificio.

No era un hombre apuesto, sin embargo, podía entender por qué algunas mujeres lo encontraban atractivo. Tenía un aire rudo estrictamente controlado, como si tuviera una pantera acurrucada en algún lugar profundo de su interior esperando a aparecer saltando.

Ella lo miró fijamente, pensando que no le importaría que él se abalanzara sobre ella. Se preguntó si en caso de que ella decidiera correr por la recepción, ¿el depredador en él estaría a la altura del desafío y la perseguiría por un rato?

El hombre se sentó a su lado.

«Eso fue pensar rápido», reconoció su actuar con el trapeador.

«Gracias. ¿Has venido para la entrevista?», preguntó ella, aunque al mirar sus costosos zapatos de cuero, lo dudaba.

«Una estadounidense en Irlanda», comentó, evitando su pregunta.

«Muchos estadounidenses vienen aquí», dijo a la defensiva.

«Para hacer turismo», respondió él, «mientras que tú estás aquí buscando empleo. Estoy intrigado».

Ella suspiró y contestó con sus ojos fijos en la ventana. «Es una historia larga y aburrida».

Él siguió su mirada y observó las nubes que se habían acercado para arruinar lo que prometía ser un hermoso día de verano. Ladeó la cabeza mientras pequeñas gotas salpicaban el cristal de la ventana.

Sonrió y Grace se estremeció. ¿A quién en su sano juicio le gustaba la lluvia?

Ahora lloviznaba de forma irregular, como si un cabezal de ducha en algún lugar del cielo estuviera bloqueado con sarro. De vez en cuando, el hilito se convertía en un chorro esperanzador o en un chorro más ambicioso, pero no llegaba a convertirse en un verdadero diluvio.

«Entonces, ¿de qué estás huyendo?», preguntó perspicazmente. Hizo una bola con un pañuelo de papel y lo arrojó a un cesto cercano. Fue un tiro excelente.

Se giró hacia ella cuando no respondió y entrecerró los ojos ligeramente.

Ella se dio cuenta de que él estaba a solo unos centímetros de distancia. Él se frotó la nuca como si le doliera, mientras su mirada entrecerrada permanecía clavada en el rostro de Grace.

Ella pasó su mirada de los dedos hacia los brazos del hombre.

Eran fuertes y peludos. No demasiado, pero en su justa medida.

Sus ojos se deslizaron por su pecho ancho y musculoso y se concentraron en su rostro.

El sudor brillaba en su frente maravillosamente bronceada. Sus cejas estaban arqueadas y delineadas de una manera tan hermosa que sintió una punzada de envidia. Se necesitarían horas con una pinza, un espejo de aumento y un lápiz de cejas resistente al agua para lograr con lo que este hombre había sido dotado naturalmente.

Las nubes se abrieron en ese momento y la luz del sol cayó en cascada como corrientes de cintas amarillas. Sus ojos, que hacía un momento eran de un marrón común, se volvieron de un dorado enternecedor, transformándolo de un hombre común en alguien inexplicablemente atractivo.

Su respiración se entrecortó y su corazón comenzó a golpear contra sus costillas como un pájaro salvaje enjaulado. De repente, pudo sentir oleadas de calor que emanaban de él. Su calor la envolvió como una cuerda, y ella se inclinó hacia él como si la estuviera atrayendo más cerca. Sus ojos se pusieron vidriosos y su mano se levantó a medias. Quería sentir su barba, quería sus

brazos alrededor de ella, sus manos en su cabello y sus labios sobre ella...

El rugido de un motor cercano la golpeó como un balde de agua helada.

Se llevó la mano a la boca con horror. ¿Qué le pasaba? Nunca se había sentido así.

Curvó sus manos en un puño y respiró profundamente para calmarse. Inhaló por la nariz y exhaló por la boca, y lo repitió.

Lo miró de reojo durante una exhalación particularmente fuerte y lo encontró mirándola de manera extraña.

Comenzó a levantarse lentamente de la silla como para no asustarla con ningún movimiento repentino.

Ella reprimió una risita. «No estoy loca», le aseguró.

«Solo desconsolada, ¿eh?», la instó.

Se tragó el nudo en la garganta. «Realmente no es nada».

«La forma en que me mirabas hace un momento...», se cubrió la pequeña parte de su pecho que estaba expuesta y se estremeció. «Lo admito, no parecías demasiado desconsolada».

«No te estaba mirando de ninguna manera», dijo ella, sintiendo que su rostro se ponía caliente por la vergüenza.

«Mentirosa».

«Simplemente estaba tratando de memorizar tu rostro en caso de que tenga que darle tu descripción a la policía. Podrías ser un acosador», murmuró avergonzada. No era cierto, pero esa era la mejor excusa que tenía para mirarlo con lascivia como una adolescente despistada.

Él no pareció ofendido por su confesión. Se reclinó en el banco y dijo pensativamente, «no eres muy brillante, ¿verdad?».

«Tengo una licenciatura en historia», espetó ella. «Y siempre fui una estudiante sobresaliente».

«No significa mucho en el mundo real». Él se encogió de hombros. «Es una tontería sentarse y mirar fijamente una amenaza potencial, y luego volverse todo nublado en el proceso».

«Iba a correr», dijo ella, arrojando una botella de agua en su bolso y cerrándola. «No soy muy rápida. Además, dicen que no hay que salir corriendo de los depredadores».

«¿Parezco un oso pardo?».

Ella lo miró con el ceño fruncido. La estaba haciendo sentir tonta e inmadura. Una experiencia novedosa, considerando que ella siempre había sido la sensata y estudiosa entre sus amigos en casa.

Sus labios se torcieron divertidos. «¿Cómo te llamas?».

«Grace Dixie», respondió ella con amargura.

«Ves, no eres demasiado inteligente. ¿Por qué le darías tu verdadero nombre a un acosador loco?».

«¡Pero me lo preguntaste!».

«Eres muy servicial con los criminales».

Sintió un repentino deseo de golpearlo. Sus dedos se cerraron en un puño y contó lentamente hasta diez.

«¿Quién es el hombre que te rompió el corazón?».

«Alfred Dob... ¿Por qué te importa?».

«¿Alfred Dobu?».

«No te lo voy a decir».

«¿Dobroo? ¿Dobby?».

«¡Deja de preguntarme!».

«¿Dobbs?»

«Me voy».

«Ah, es Alfred Dobbs».

Frunció el ceño.

«¿Cómo lo adivinaste?».

«Tu rostro es entrañablemente transparente. ¿Estás segura de que estás bien?».

«Sí», su boca temblaba.

«Te ves como si el mundo se hubiera terminado alrededor de tus orejas, y debo decir que te ves encantadora y ridículamente pequeña. Nunca he visto a nadie con orejas tan pequeñas. ¿Puedes oír bien?».

Las lágrimas le caían por la nariz. Todo era demasiado. Ese extraño exasperante con sus preguntas raras, la repentina noticia de que Alfie estaba comprometido y las malditas nubes goteando en lugar de llover como era debido, granizar o seguir hacia pastos más secos.

Él suspiró. «Estaba tratando de llenarte de indignación. Esperaba que te mantuviera firme por un tiempo, pero parece que he subestimado la situación». Su voz se suavizó. «Cuéntamelo».

Su gentileza barrió con el último resto de su resistencia. Ella sollozó y gorgoteó como una niña.

Él amablemente le ofreció medio pañuelo que encontró en las profundidades de sus pantalones.

Ella lo tomó con delicadeza y se sonó la nariz violentamente. «Lo siento, te estoy haciendo perder tu tiempo. Estaré bien. Espero».

«Grace, Alfred, una damisela en apuros..., ya que estamos siguiendo el tema anticuado, déjame ser el caballero cortés, el caballero de brillante armadura, el héroe...».

No le importaba si el hombre se estaba burlando de ella. Se sentía demasiado miserable. «Mi corazón está roto».

«Ya lo entendí».

«Lo amé desde que tenía cinco años».

«Ya veo».

«Se suponía que iba a casarme con él».

«¡Oh!»

«Le gusta una abogada, Samantha. A Cinnamon le agrada. Cinnamon me odia. Se han comprometido. Gato estúpido... Cinnamon es su gato».

«A mí me gustan los tigres».

Ella olfateó. «Los perros son mucho mejores. A Boxer le agrado. Es su chihuahua».

«Muy bien. Son leales. Nunca confío en una persona a la que no le gustan los perros. Tengo cuatro feroces Lhasa Apsos. A mi hermana le gusta ponerles moños. Engaña a los ladrones y les hace pensar que son inofensivos, pero en caso de que sea necesario pueden derribar un puma».

«No sé por qué te lo cuento».

Él se encogió de hombros. «Es el aire irlandés. La gente aquí se vuelve habladora. ¿No te has dado cuenta? Esta mañana hablé de mi plan de negocios con el taxista. Fue extremadamente útil».

«Supongo».

«Los extraños pueden ser útiles. No me conoces, yo no te conozco. Es más fácil compartir tus problemas».

«Supongo».

«A un hombre en una oficina elegante con una pipa tendrías que pagarle una fortuna por

escuchar tus problemas», dijo, entusiasmándose con el tema. «Te estoy ofreciendo mis servicios gratuitos. No sé por qué…». Hizo una pausa y se aclaró la garganta. «Puedes contarme tu secreto más profundo, oscuro y travieso. Desahógate y siéntete segura sabiendo que nunca nos volveremos a encontrar».

Rompió el trozo de pañuelo en pedazos. Estaba tan llena de emoción que todo salió a borbotones sin que ella lo quisiera.

«Vivo en un pueblo pequeño donde todos se conocen. Todos mis amigos son sus amigos. Y todos sus amigos son mis amigos. Todos creen que me casaré con Alfie. Nuestros padres creen que nos casaremos algún día. Yo creo... bueno, *pensaba* que nos casaríamos algún día. Pero Alfie ha decidido casarse con Samantha».

«Ah, ya veo. Es crucial que el novio esté de acuerdo. No se le puede atar y chantajear para que se case contigo, ¿verdad?».

«¿Qué quieres decir?».

«Hipotéticamente hablando, alguien puede secuestrarlo y torturarlo un poco hasta que acepte casarse contigo».

«No seas absurdo».

«O podrías hacer que arrojen a Samantha a la parte más profunda del océano».

«¿Qué? ¡No!». Hizo una pausa y luego repitió con más fuerza. «¡No! No voy a arrojarla al océano. Quiero decir, se podría hacer. Podría planear un viaje en barco... ¡No!».

«Aguafiestas».

«¿Quién dice eso?».

Sus ojos se arrugaron con humor.

«Yo lo acabo de hacer».

«¿Podemos dejar de desviarnos del tema?».

«Está bien. Continúa».

«Te repito que tengo el corazón roto. ¿Y cómo puedo volver a casa? ¿Cómo les voy a hacer frente? Todos en Sunnyvale me tendrán lástima. La mayoría sabe que amo a Alfie. Alfie es el único idiota que no lo entiende».

«Por la forma en que me mirabas, como si estuvieras en el séptimo día de una dieta baja en carbohidratos y yo fuera un pastel de chocolate gigante, dudo mucho que estés enamorada. Además, pareces estar más preocupada por la vergüenza que te causará esta noticia, en lugar del hecho de que has perdido al amor de tu vida por otra mujer».

«¡Eso no es verdad!».

«Y crees que un trabajo en otro país mantendrá tu mente lo suficientemente ocupada como para ayudarte a olvidarlo», suspiró.

«Más o menos. Había llegado aquí con mis padres de vacaciones cuando me llamó para darme la noticia. No soporto volver ahora. Y para quedarme, necesito un trabajo».

«Qué lástima. Las oficinas tienden a absorber todo el idealismo de uno. Un año en un ambiente de trabajo y empiezas a mirar a todo el mundo con recelo. Entonces empiezas a ponerte gris».

«¿Gris?».

Asintió él. «Tu piel empieza a cambiar y se convierte en una máscara gomosa y poco saludable, tu voz se vuelve monótona y tus ojos adquieren una neblina opaca que nunca parece enfocar nada con claridad».

«¿Tú tienes un trabajo?».

«Sí, pero soy el jefe, así que puedo usar mi cerebro y por lo tanto me ahorro los efectos

secundarios».

«Ah».

«Creo que tomaste la decisión correcta».

«¿Lo crees?».

«Imagínate, en unos años, cuando tengas un maravilloso acento irlandés, hayas viajado mucho y regreses a ese ridículo pueblo usando vistiendo todo tipo de cosas de alta moda…».

«¿Y?».

«Y sales de tu limusina larga y negra, caminas hasta el pub local…».

«Bar», interrumpió ella. «Lo llamamos bar en Estados Unidos».

«Bien, caminas hasta el *bar* local… y abres la puerta de madera de un golpe con tus hermosas uñas de manicure y entras al salón. Se hará un silencio cuando todos se vuelvan a mirarte. Se quedarán sin aliento y suspirarán al contemplar la imagen de tu impresionante figura iluminada por los brillantes rayos del sol. Degustarán lentamente la visión junto con el pollo asado especial del viernes y las papas fritas empanizadas. Sonreirás y Alfred se desmayará. Su esposa lo atrapará en sus brazos poco tonificados, luego abrirás la puerta aún más. . .».

«¿Y?». Grace se inclinó hacia adelante y contuvo la respiración.

«Y la gente se quedará sin aliento una vez más cuando un hombre italiano alto con cabello largo y rizado y un rostro cincelado aparezca a la vista. Inclinará su hermosa cabeza y susurrará en tu arrogante oído derecho, "*Así que aquí es donde creciste, cariño. Es dulce*". La pasión entre ustedes dos, la sonrisa confiada en tus labios y el olor del éxito supremo que rezuma de tus poros aniquilarán a tus críticos amigos y a la esposa de Alfred. Y tú, mi querida Grace, serás vengada».

Dejó escapar el aliento que había estado conteniendo.

«Siempre me ha gustado la lluvia. Tal vez Dublín sea donde pertenezco».

«Es una decisión valiente», dijo él.

«Gracias. Mi padre siempre dijo que soy su valiente gatita».

Un trueno rugió en el cielo, sonando como un mastín gigante gruñendo en una sirena de niebla.

Ella chilló de miedo y saltó a sus brazos.

Él la depositó de nuevo en su asiento.

«Buena suerte con la búsqueda de trabajo, Grace, y espero que empieces a usar tu cerebro pronto y dejes de confiar información personal a extraños».

Abrió la boca para discutir cuando una voz se estrelló sobre ella como dos platillos que chocan entre sí. «Señorita Grace Dixie, es la siguiente».

# CAPÍTULO DOS

El hombre de ojos verdes estaba mirando fijamente un cuaderno. Tomó un lápiz de detrás de su oreja y empezó a tomar notas.

Grace admiró la forma en que su pelo rubio caía en ondas brillantes alrededor de su rostro afilado. Unos cuantos mechones sedosos le caían sobre la frente ancha y él los apartaba con impaciencia.

Parecía un elfo malhumorado que no sabía cómo vestirse en el reino terrenal. La camisa a cuadros rojos y blancos le quedaba grande y solo había doblado una de las mangas, mientras que la otra le colgaba flácida por el brazo con los puños desabrochados. El cuello de la camisa también estaba torcido, un lado arrugado y rizado como si se hubiera olvidado de plancharlo mientras que el otro dejaba al descubierto su piel pálida.

Cerca de sus pulcras manitas había unos anteojos de color azul oscuro con montura de carey, un montón desordenado de papeles, un cenicero lleno y un envoltorio de chocolate. Un poco de chocolate se había esparcido sobre la mesa de cristal, y Grace se agarró la rodilla para no estirarse y limpiarlo.

La recepcionista le había dicho que se llamaba Ian Murphy y que era un famoso documentalista. Su último documental, basado en la palatabilidad de los batidos de polvo de grillo, las barritas de cereales de gusanos de la harina y las barritas de chocolate "*Ant You Delicious*", había ganado muchos premios.

Pero su obra más famosa era una película que ahondaba en la psicología de un hombre que interpretaba la comunicación entre arenques. Traducía los rápidos y repetitivos sonidos que creaban los peces o, mejor dicho, los pedos que se tiraban, y explicaba lo que los arenques intentaban decir. Había descubierto que los arenques eran realmente inteligentes y mantenían largas conversaciones metafísicas entre ellos. El documental había causado sensación, por lo que mucha gente decidió dejar de comer arenques por completo porque no les parecía bien comer algo tan intelectual.

«¿Hermanos?», preguntó él, interrumpiendo de repente su ensoñación.

Ella se incorporó de golpe. «No, soy hija única. Mi madre me tuvo ya grande. Lo intentaron durante años antes de eso. Ella me llama su pequeño milagro».

«¿De dónde eres?», continuó escribiendo, dándole a Grace la impresión de que esto era solo una charla trivial y que la entrevista aún no había comenzado.

«De Texas».

«¿Dónde te alojas?».

«En una casa de huéspedes en Rathcoole. Es una encantadora casita con vista a las montañas de Dublín. Hace mucho frío aquí, ¿no? Más frío que en Rathcoole porque está cerca del campo. Me empiezan a doler los oídos en los días de mucho viento. El té ayuda a calentarlos rápidamente. Me gusta el té de aquí. De todos modos, vinimos aquí de vacaciones y hemos estado viajando por Irlanda durante las últimas tres semanas...».

«¿Hemos?

«Mis padres y yo. A mi madre le gusta el frío y a mi padre le encanta la cerveza...».

«¿A qué se dedica tu padre?».

«Solía tener una tienda de artículos de limpieza. A veces yo lo ayudaba. Luego tuvo un ataque al corazón...», tragó saliva y continuó. «Ahora está jubilado. Mi madre trabaja en una agencia inmobiliaria».

«¿Por qué estás buscando trabajo en Dublín?».

«Siempre quise trabajar en la industria cinematográfica. Vi su anuncio y decidí probar suerte», mintió nerviosa. «He leído sobre su trabajo con arenques y renacuajos y el olor que liberan los gusanos estresados...».

Y entonces la miró con expresión incrédula. «¿Viniste aquí para trabajar en la industria cinematográfica? ¿Dejaste la tierra de Hollywood para trabajar en Irlanda?».

«Aquí se están filmando muchos programas de televisión», dijo apresuradamente. «Todo el paisaje está accidentado... y en Hollywood todo el mundo busca trabajo en televisión, así que pensé que tendría más posibilidades de conseguir un trabajo aquí...».

Dejó el lápiz a un lado, se agachó y recogió algo del suelo. Cuando volvió a levantarse, tenía un gato persa en la mano. Se reclinó en su asiento y usó dos dedos largos y pálidos para acariciar a la criatura entre los ojos.

En cualquier momento, pensó, le empezarían a crecer colmillos.

«¿Cuentas con algún título?».

«Sí, en historia», respondió. «Iba a estudiar psicología, pero leí que algunos estudiantes se vuelven locos cuando leen sobre otras personas que se vuelven locas. No sé si es verdad...».

«El documental no es histórico».

«Estoy dispuesta a trabajar duro y aprender en el trabajo. Aprendo rápido y tengo una excelente capacidad mental. ¿No viste cómo extinguí el fuego ahí fuera? Le salvé la rodilla, que es una articulación importante. Une el fémur con la tibia...».

Levantó la mano. «Da respuestas breves y concisas».

«Lo siento».

«¿Sabes algo sobre producción, edición, dirección, cámaras...?».

«Yo... No».

«Diseño de escenarios, cinematografía, contabilidad...».

«Eh...».

«Maquillaje, vestuario, India...».

«Yo...».

«¿Negocios, hindi, maratí, malaria?».

«Puedo...».

«¿Un vientre de Delhi, reanimación?».

«Bueno...».

«¿Puedes hacer café?».

«¡Sí!».

«¿Té?».

«Puedo».

«¿Utilizar una impresora?».

«Yo... Sí».

«¿Puedes correr rápido?».

«Bastante». Ella nunca corría. Nunca.

«¿Cargar cosas pesadas?».

«Sí», dijo con firmeza.

«¿Tienes un estómago resistente?».

«Seguro», respondió temerariamente. Iba a decir que sí a todo a partir de ahora.

«¿Tienes pasaporte?».

«Sí».

«¿Puedes viajar a la India de inmediato?».

«¿Eh?».

Él arqueó una ceja. «¿No lo sabías? El documental se está filmando en la India».

«Oh, sí, sí», respondió ella, con los hombros caídos.

«Bien. Ahora, hazme algunas preguntas».

«¿Yo?».

«No, estoy hablando con la pared detrás de ti».

Ella agachó la cabeza. «¿Qué tipo de preguntas?».

«Cualquier cosa. Imagina que me estás entrevistando».

Ella frunció el ceño. La estaban entrevistando, pero ¿ahora él quería que ella lo entrevistara? ¿Cómo?

«Adelante».

El gato siseó y él lo dejó escapar. Ella lo vio desaparecer debajo del escritorio y rápidamente metió los pies debajo de la silla lo más atrás que pudo. El gato la estaba poniendo nerviosa, y el pequeño cuaderno donde Ian tomaba notas después de cada respuesta estaba elevando aún más sus niveles de estrés.

Se aclaró la garganta y formuló la primera pregunta que le vino a la cabeza. «Mmm, ¿y qué haces?».

Él la miró con frialdad.

Por alguna razón, cuanto más mezquino se comportaba, más quería ella conquistarlo. Sonrió ampliamente, sus labios temblaron levemente. «¿Tienes hermanos?».

Parpadeó ante la repentina pregunta personal. Ella estaba a punto de disculparse cuando él respondió. «No, soy hijo único».

Como la familia estaba en su mente, continuó esa línea de pensamiento. «¿Eres cercano a tu mamá y papá?».

Se encogió de hombros sin comprometerse.

«¿Cuándo los viste la última vez?».

«Hace unos días».

Ella emitió sonidos alentadores.

Él se movió en su asiento. «Me quedé con ellos. Viven en el campo... en Wexford. Es un condado en Irlanda. No muy lejos de Dublín. Soleado... bueno, más soleado que la mayor parte de Irlanda».

«¿Qué hiciste?», preguntó ella, interesada a pesar de sí misma.

«Cuidar las vacas, comer comida casera, recoger fresas, recolectar huevos, dar largos paseos... En el campo no cambia nada, todo es igual, pero reconfortante». Tomó un cigarrillo apagado y lo hizo girar entre los dedos. «Mi madre me hizo puré de papas tres días seguidos». Sacudió la cabeza con ironía.

«¿No te gustan las papas?».

«No. Igual me las comí. Ella no está muy bien, ha empezado a olvidar cosas...». Se quedó paralizado y miró a su rostro con sorpresa. Se le había escapado lo último. Cerró de golpe su cuaderno, señalando el final.

«En unos días tendrás noticias de mi productor».

«Gracias», dijo ella, tambaleándose por el repentino despido. ¿Había cometido un error?

Frunció el ceño mientras se alejaba. Tal vez su próxima entrevista resultaría mejor. Había solicitado unos cuantos trabajos más por Internet.

Los ojos verde guisante del director aparecieron en su mente, y rápidamente los opacaron unos brillantes ojos dorados. Había conocido a dos hombres devastadoramente guapos en una semana. ¿Era suerte, el universo se compadecía de su corazón roto o Irlanda estaba llena de hombres hermosos? Abrió la puerta de vidrio y salió a la calle.

Estaba lloviendo. Otra vez.

# CAPÍTULO TRES

La gente se apresuraba a volver al trabajo después de un almuerzo rápido, los coches inundaban la calle y los niños salían en tropel de una escuela con uniformes de color granate oscuro y polvo de papas fritas, y entre todo el ajetreo y el bullicio, Grace estaba quieta y en silencio fuera de una tienda de tatuajes llamada '*Stained*'.

No solo estaba quieta y en silencio, sino que también se sentía patética porque veinte minutos antes había visto un vestido de novia en el escaparate de una tienda. Había estado colgado en una percha de satén blanco, mullido, brillante y reluciente. Había destellado y resplandecido y la había atraído cada vez más hasta que puso las palmas de las manos en el cristal de la ventana y empezó a babear.

La etiqueta del precio indicaba que estaba a mitad de precio, y eso la decidió.

No estaba comprometida, ni se iba a casar, ni siquiera tenía novio, pero había comprado el maldito vestido, lo había usado debajo de una gabardina gris enorme y luego se había deslizado por un callejón como una ladrona sospechosa.

Había disfrutado de la sensación del satén color crema sobre su piel durante solo cinco minutos antes de que la visión de Alfie casándose con Samantha explotara en su mente.

Ahora, usar el vestido se sentía notablemente parecido a usar hilo dental para limpiar una encía dolorida.

Sí, dolía.

Presionó las yemas de los dedos contra el vidrio y aplastó una gota de agua.

Hasta la semana pasada, lo había estado pasando maravillosamente. Las vacaciones habían ido bien y había estado ocupada haciendo todo tipo de cosas turísticas con sus padres.

Y entonces, un día, justo cuando estaba a punto de morder un pan hojaldrado con chocolate, Alfie la había llamado y le había dicho que estaba comprometido.

Grace había escupido el pan, que voló por el aire y cayó en la sopa de un hombre sentado en la mesa vecina.

El hombre se había levantado de un salto y había gritado al gerente. El hombre se había disculpado y le había ofrecido otro tazón de sopa, pero el hombre se había estremecido de rabia por su tono apaciguador y había golpeado al gerente.

Mientras seis meseros se llevaban al joven enfadado, Alfie siguió hablando, sin darse cuenta del drama que sus palabras estaban provocando. Insistía en que no podía celebrar su compromiso sin su mejor amiga a su lado. Así que decidía dejar todo en suspenso hasta que Grace volviera a casa.

Ahora Grace no tenía más opción que no volver nunca a casa porque, si lo hacía, tendría que enfrentarse a la compasión que sus amigos y familiares le arrojarían alegremente.

Revolotearían a su alrededor como abejas preocupadas y llenas de veneno, la invitarían a almuerzos conciliadores y observarían su rostro con regocijo mientras Alfred le ponía el anillo de compromiso en el dedo a Samantha.

¡Oh! No podría soportarlo. No podría soportar volver a casa y enfrentarse a su pequeño pueblo tan crítico. La única forma de evitarlo todo era empezar una nueva vida en un nuevo país.

Sus padres pensaban que se había vuelto loca.

El teléfono langosta de Dalí, había declarado su madre, era menos absurdo que el plan de Grace de mudarse. Su padre había estado totalmente de acuerdo con su madre.

Querían que en dos semanas regresara a casa con ellos. Se negaron a financiarla o apoyar su decisión de mudarse a un nuevo país y de alentar lo que consideraban una idea ridícula.

Así que Grace decidió hacerlo todo por su cuenta. El primer obstáculo que tenía que superar era encontrar un trabajo, y eso... no iba bien. De hecho, no iba a ninguna parte.

Si las cosas seguían como estaban, tendría que volver y vivir toda su vida bajo su viejo edredón azul de cachemira.

Apoyó la frente en el cristal frío y se devanó los sesos buscando otras opciones.

Podía decirles a todos que tenía una enfermedad.

Una enfermedad contagiosa, por lo que no podría salir en público durante el próximo mes o dos o veinte...

De repente se le ocurrió algo. Podría ponerse en contacto con un científico. Siempre necesitaban personas con las que experimentar, ¿no? ¿O solo usaban ratas?

No. Recordó haber leído sobre un hombre al que le pagaban por ser sujeto de pruebas. Eso sería perfecto. Podría ofrecerse como voluntaria para ser sujeto de pruebas, ganar algo de dinero y tal vez mudarse a un laboratorio en Alaska. Nadie la volvería a ver nunca más. Alfie se daría cuenta de su amor por ella y se consumiría viviendo infelizmente para siempre con Cinnamon y esa abogada...

Sus padres serían miserables, pero les pediría que vinieran a vivir con ella. Solo tenía que ser un poquito valiente y dar el paso.

Unos ojos dorados y profundos aparecieron en su mente, alentándola a dar un salto de fe. Se balanceó como si el recuerdo de los ojos del extraño la estuviera hipnotizando como Kaa, la serpiente en la versión animada de "*El libro de la selva*".

Unos pocos años eran una nimiedad. No estaba abandonando a sus padres, solo se iba de vacaciones prolongadas.

La visión pronto fue reemplazada por una imagen de un apuesto hombre italiano que le decía con voz ronca al oído, "Mi *caramellino, biscottino* bañado en chocolate, quiero comerte completa...".

«¿Puedo ayudarte?».

Parpadeó y se encontró con una mujer alta y pelirroja que la miraba con preocupación. Grace enderezó los hombros y levantó la barbilla. «Sí, por favor. Quiero un tatuaje».

«Pasa», dijo la mujer.

* * *

«Mamá», abrió la puerta con el hombro y entró en la pequeña cocina. Tenía las manos llenas de bolsas de plástico. «Me hice un tatuaje».

Su madre se rió.

«Sí, me lo hice. Mira». Se subió la manga para mostrar una calavera gigante con rosas relucientes en su brazo. Era temporal. Se había acobardado en el último minuto, pero su madre no necesitaba saberlo.

«¡Ugh!».

«Te lo dije», dijo con aire de suficiencia. «También compré una chaqueta de cuero».

«¡Ay!», jadeó su padre, asomándose por detrás del periódico.

«Me hice otro tatuaje. Un corazón en el trasero», canturreó.

Estaban demasiado horrorizados para captar la descarada mentira.

Su madre se hundió en una silla. «¿Esto es porque Alfie está comprometido?».

«No».

«Sí, es por eso».

«Claro que no».

«Cariño, solo es temporal. Solo necesitamos deshacernos de la abogada con la que está saliendo, entonces se dará cuenta de lo que significas para él».

Grace frunció el ceño. «Me trajiste a este viaje contándome todo sobre corazones que se encariñan más debido a la distancia. Bueno, su corazón ha decidido que no quiere tener nada que ver conmigo».

«Una vez que regresemos a Estados Unidos...».

«No voy a volver».

«No voy a financiar tus vacaciones prolongadas», dijo su padre con el ceño fruncido.

«¿Qué pasa si me niego a salir de mi habitación?», preguntó Grace.

Su madre se encogió de hombros. Grace frunció el ceño.

«¿Qué pasa si me hago más tatuajes, fumo cosas raras, como de los contenedores de basura...?».

Su madre se cruzó de brazos. «Ni siquiera si decides convertirte en druida y rodear Stonehenge por siempre».

Grace se incorporó. ¿Druidas? ¿Hay de esos en Irlanda? ¿Me pagarían si me uno a ellos?».

«Tu prima Mary se convirtió en druida», dijo su madre, sirviendo té en una taza y deslizándola hacia ella. «Hace seis años...».

«Cinco años», la corrigió su padre. «Y no se convirtió en druida. Se unió a una secta donde bailan desnudos bajo la luna llena y aúllan como lobos. Ahora vive en un bosque y sale todos los domingos para enviar correos electrónicos a sus padres para pedirles más dinero».

Grace sintió que vacilaba en sus planes. Vivir en un bosque y bailar a la luz de la luna le parecía bastante bien. «¿Cómo se llama la secta?».

«No te unirás a ninguna secta», espetó su madre.

«Ni te convertirás en druida», gruñó su padre.

«Bien, conseguiré un trabajo como bailarina exótica en Dublín y me quedaré aquí para siempre».

«No lo harás».

«Sí lo haré».

«No, no lo harás».

«Soy adulta y puedo hacer lo que quiera».

«Seamos razonables».

«No, ustedes sean razonables».

«Una vez que volvamos...».

«No voy a volver».

«¿Pero una bailarina exótica?», su madre se quejó.

«Mi corazón», se quejó su padre.

«No voy a caer en eso otra vez».

«Bueno, si te conviertes en bailarina exótica, definitivamente tendré un ataque al corazón».

«Bueno, hoy tuve una entrevista con una compañía de producción».

«¿No tiene nada que ver con bailes eróticos?», preguntó su madre.

«No».

«Probablemente no consigas empleo».

«Pero si lo consigo, tendrán que irse a casa sin mí».

«Bien».

«Bien».

«No conseguirá el trabajo», murmuró su padre en voz baja.

«Ni en sueños», repitió su madre cómodamente.

Los hombros de Grace se hundieron mientras subía las escaleras hacia su habitación. Tenían razón, no conseguiría el empleo. Tenía más posibilidades de caerse por una madriguera de conejo y descubrir un mundo nuevo.

Tocó el espejo del pasillo con la esperanza de que resultara ser una puerta oculta al País de las Maravillas. La punta de su dedo tocó el cristal sólido, se desvaneció aún más y se arrastró hasta su dormitorio como el Jorobado de Notre Dame.

Se arrojó sobre la cama, con los ojos húmedos y el corazón hecho pedazos.

Con una llamada telefónica, todo en lo que había creído, soñado y por lo que había rezado había desaparecido.

Siempre había querido casarse con Alfie, tener hijos con él y ser ama de casa, y en el fondo de su corazón había estado convencida de que él había querido lo mismo... Solo que todavía no se había dado cuenta.

Sus amigas habían querido tener carreras ambiciosas mientras que ella solo había deseado ser la esposa de Alfie. A veces, se sentía como si hubiera nacido en la época equivocada. Pertenecía a los años 50, luciendo un delantal, un vestido floreado y sosteniendo un plumero rosa esponjoso mientras su cabeza estaba cubierta de rulos de plástico rosados.

Y ahora... Su alma gemela había encontrado un nuevo mono gibón, una lechuza diferente, una termita más entusiasta, mientras que ella se quedaba sola, sin rumbo y perdida.

Era estremecedor. Esta terminación repentina de sus sueños era aterradora. El camino que conducía al pasillo con él a su lado había sido derrumbado.

De repente, estaba sola y parada en un sendero oscuro y desconocido. ¿A dónde la llevaría y cuáles serían los peligros? ¿Qué pasaría si ella comenzara a caminar por ese sendero, tropezara con un tocón de árbol y se rompiera la pierna en un día de invierno, y nadie pudiera encontrarla?

Se veía cristalizarse lenta y dolorosamente en la oscuridad, con la cabeza inclinada, la falda abierta y una única lágrima helada brillando como un diamante impecable en su mejilla.

Se apretó el pecho con el puño y cerró el ojo. Necesitaba mantenerse ocupada. Hacer algo para quitarse ese dolor. Quería dejar de pensar en su futuro incierto, en Alfie y su inminente boda.

Cuando el tatuador se acercó a ella con la aguja, el miedo había alejado todo de su mente.

Ahora, todo lo que tenía que hacer era permanecer en un estado constante de terror, y para ello tendría que liberarse de todo lo que le resultaba familiar. Sus padres eran su mayor consuelo, tendría que vivir lejos de ellos. Tener su propia vida... Hasta que dejara de doler.

Lo entenderían con el tiempo.

Solo sería por un tiempo.

# CAPÍTULO CUATRO

«Necesita más tiempo en el horno», gritó su padre frente al televisor. Grace lo ignoró, su atención estaba en el teléfono. Sonaba y el número que parpadeaba en la pantalla era irlandés. Rápidamente lo frotó con una toallita desinfectante y se lo pegó a la oreja.

«¿Hola?», dijo, tamborileando nerviosamente con los dedos en el pecho.

«¡Lo sabía!», gritó su padre de fondo. «¡El fondo está húmedo!».

«Eh, ¿es un mal momento?», preguntó una voz femenina con un encantador acento irlandés.

«No, no. Puedo hablar ahora», dijo Grace, saliendo a toda prisa de la habitación.

«¿Estás segura? Puedo llamar más tarde...».

«No, no, ese era solo mi padre...».

«Oh...».

«Estaba viendo un programa de repostería y sabía que la base de la tarta estaría húmeda; de ahí lo del fondo húmedo. ¿Conoces la famosa frase del programa de repostería británico?».

«Ah, sí».

Hubo un silencio incómodo en el que Grace sintió que la mujer del otro lado no le creía del todo.

La mujer tosió como si escondiera una risita. «¿Puedo hablar con Grace, por favor?».

«Ella habla».

«Es acerca del trabajo con Mad Cow Production Company».

Grace roció un poco de producto de limpieza en la encimera de la cocina y atacó furiosamente una mancha. «Sí, te escucho», resopló.

Hubo otro silencio incómodo.

Se dio cuenta de que su voz había sonado como si acabara de hacer algún ejercicio vigoroso. Dejó de frotar la mesa y se enderezó.

«No estaba haciendo nada», explicó apresuradamente. «Quiero decir, estaba frotando una mancha...».

La mujer jadeó.

«Me refiero a una mancha en la mesa. Creo que soné como si hubiera... corrido por las escaleras. No lo hice».

«Lo... entiendo».

Grace se aclaró la garganta nerviosamente. «Quiero decir, después de lo del fondo húmedo y la voz entrecortada, no te culparía por pensar algo sospechoso. Pero hace tanto frío, incluso si tuviera novio no lo haríamos, no podríamos... Quiero decir, hace tanto frío. Además, el hombre que amo está comprometido con otra...», continuó balbuceando mientras una parte de ella se desconectaba, volaba hacia el techo de la cocina y sacudía la cabeza con horror. Era como ver un agujero gigante y saltaba dentro de él.

«Se trata acerca del trabajo», interrumpió la mujer.

Grace se mordió la lengua y se calló.

«Felicitaciones».

«¡Ah! ¿sí?».

«Nos vamos en una semana. Envíame por correo electrónico los datos de tu pasaporte».

«Conseguí el trabajo».

«Conseguiste el trabajo».

«Conseguí el trabajo».

«Sí», dijo la chica lentamente como si estuviera hablando con alguien extremadamente tonta. «Te estoy enviando por correo electrónico todos los detalles. Como te incorporas un poco tarde, necesitamos algunas cosas que deberás enviarnos lo antes posible. Para los documentos de viaje».

«Bueno».

«¿Estás bien?».

«Solo un poco aturdida. No esperaba conseguir el trabajo».

«Bueno, lo conseguiste, así que empieza a hacer las maletas».

«¿A dónde vamos?».

«A Mumbai, luego a Goa. ¿Sabes algo sobre el proyecto?».

«No».

«Estamos haciendo un documental basado en el famoso magnate indio de los negocios, Paramjeet Singh. Es un hombre de edad fascinante. Inspirador. Puedes leer sobre él. Estamos colaborando con una empresa india, DMTV, dirigida por Dev Mansukhani y su esposa Tabby. A Paramjeet no le queda mucho tiempo de vida y se puso en contacto con nosotros tan pronto como se enteró. Por eso no tenemos mucho tiempo para filmar, así que todo será un poco apresurado y de último momento. Documentaremos su vida diaria, incluida su relación con sus hijos».

«¿Qué estaré haciendo yo?».

«Todo». Serás asistente de producción, lo que significa que serás repartidora, decoradora, artista de fondo, compradora o cualquier otra cosa que necesites ser. También te coordinarás con el equipo indio. No te preocupes, hablan un inglés excelente. Aprenderás en el trabajo. No es difícil, pero será mucho trabajo duro».

«Puedo imaginarlo».

«Me temo que el salario es básico, pero tu comida y alojamiento se pagarán en la India. Nada lujoso, pero tampoco está nada mal».

«Muchas gracias. Tengo tantas preguntas. No sé por dónde empezar».

«Lee el correo electrónico. Si me he olvidado de algo, siempre puedes llamarme. Por cierto, mi nombre es Mia».

«Gracias de nuevo».

Grace desconectó la llamada y se quedó mirando el teléfono preguntándose si había imaginado la conversación.

Se quedó aturdida por la noticia cuando su madre entró en la cocina y colocó las compras sobre la encimera.

«Hace mucho frío hoy. El clima es una locura. Hacía mucho calor, pero luego me sentí transportada a pleno invierno. Todo se volvió oscuro y brumoso...».

«Conseguí el trabajo».

«¿Qué?».

«Conseguí el trabajo, mamá. Me voy a la India».

Su madre se hundió en la silla.

«¡Dios mío, Gracie! Nunca podrás lograrlo».

Parte de su terror se esfumó. Levantó la barbilla y miró desafiante a su madre.

«Haré esto, mamá. Y nada de lo que digas me hará cambiar de opinión».

* * *

Los siguientes días los pasó haciendo exactamente lo mismo. Sus padres intentaron hacerla cambiar de opinión.

«Mira. Es un documental sobre la India». Su padre subió el volumen del televisor. «Toda esa gente pobre».

«También tenemos gente pobre en Estados Unidos».

«Ve cuántas moscas».

«Bastante común. Veo moscas de la fruta en el recipiente ahora mismo».

«Enfermedades», replicó su madre. «Malaria, difteria y Dios sabe qué otras más».

«La medicina ha mejorado muchísimo desde la Edad Oscura».

«¿El calor?».

«En Mumbai hay aire acondicionado y ventiladores».

«¿La comida picante?».

«Me encanta la comida mexicana. Y esa también es picante».

«Agua contaminada».

«Venden agua embotellada en las tiendas».

«Has investigado todo esto».

«Sí».

«Contaminación», alardeó su padre.

«Un mes o dos entre polvo y humo no me matarán. La población india es de mil millones y parece que sobreviven muy bien».

«Pero tú eres delicada», protestó su padre.

«Te demostraré que no lo soy».

«No esperes que vengamos corriendo si te metes en problemas», le advirtió su madre.

Ella tragó saliva. «Puedo cuidarme sola».

La miraron con incredulidad. Y eso fortaleció aún más su determinación. De repente, quiso demostrarles que podía hacer esa locura. Era la única manera de ganarse su respeto y confianza.

El rostro de su madre se suavizó. «¿Vas a decírselo a Alfie?».

Apartó la mirada. «No es asunto suyo».

Su madre arrojó el paño de cocina sobre la silla. «¡Bien! Me lavo las manos de todo este maldito asunto. No sé qué te pasa. Eras una chica tan buena».

Grace frunció el ceño. «No estoy haciendo daño a nadie. No salgo a vender drogas. No planeo robos o asesinatos. Voy a trabajar como la mayoría de la gente de mi edad. ¿Cómo me convierte eso en una mala persona?».

Su padre resopló y volvió a mirar la televisión. «Ese glaseado no tiene buena pinta», le espetó al pastelero de la pantalla. «¿Verde neón? ¿Quién come comida de ese color?».

«Solo queremos lo mejor para ti», dijo su madre.

Grace juntó los labios. «Esta vez no creo que lo hagas».

«Entonces, ¿harás eso?», insistió su madre.

«Claro que lo haré. Siempre quisiste que fuera como las otras chicas, mamá. Bueno, estoy haciendo exactamente eso. Estoy siendo joven y rebelde. Afróntalo».

# CAPÍTULO CINCO

Unos ojos castaños que le resultaban familiares la miraban fijamente. La fotografía del archivo no les hacía justicia. Recordó cómo se habían iluminado y se habían vuelto dorados a la luz del sol.

Se reclinó en la silla de madera junto a la ventana de su dormitorio y contempló el cielo irlandés gris y húmedo.

¿Por qué había mantenido en secreto su identidad?

Le recorrió las cejas, maravillándose una vez más ante el arco natural perfecto. Veer Singh. Ese era su nombre. Era el extraño que se había sentado a su lado en la oficina no hacía mucho tiempo y había escuchado pacientemente sus penas.

Un escalofrío de emoción le recorrió la columna vertebral. Estaban haciendo un documental sobre su familia. ¿Estaría por aquí? ¿Lo entrevistarían? ¿Lo volvería a ver?

Se estremeció al recordar la fuerte atracción que había sentido hacia él.

Quizás estaba sacando más provecho del momento de lo que era. Después de todo, acababa de enterarse del compromiso de Alfie. Se había visto obligada a actuar de forma poco habitual.

Veer... había pensado que estaba loca. Y tal vez había estado un poco loca en ese momento. Loca, pero de dolor y angustia.

Se llevó una mano al estómago y cerró los ojos con fuerza mientras el recuerdo de su aroma la inundaba. Esa extraña atracción que había sentido por él todavía la perseguía. Se había metido en su cabeza ese fatídico día y se había enterrado profundamente en su interior solo para aparecer como un muñeco de sorpresa cuando menos lo esperaba.

Con Alfie, siempre se había sentido cómoda, cálida y tierna. Estar con él era como acurrucarse en su desgastado sofá o ponerse una sudadera vieja muy querida.

Con Veer, se había sentido como si estuviera tambaleándose al borde de un precipicio.

Oh, ¿por qué no podía sacarse a ese hombre de la cabeza? ¿Por qué no podía dejar de comparar a los dos hombres? ¡Solo lo había visto una vez, por el amor de Dios!

Arrojó el archivo con fastidio y lo vio deslizarse por el suelo de baldosas negras. Unas cuantas hojas de papel se escaparon de su encuadernación y se esparcieron por el suelo, como sus pensamientos.

«Veer». Probó decir el nombre en voz alta. El archivo mencionaba que significaba valiente. También indicaba que era el hijo de Paramjeet Singh, el hombre sobre el que estaban haciendo un documental.

Se deslizó de su silla y recuperó el archivo y los papeles. Pasó las páginas con impaciencia hasta que encontró su nombre de nuevo.

Veer era el más joven de la familia, leyó, pero era responsable de dirigir toda la empresa familiar llamada “Karbon Industries”.

Karbon. El nombre era una combinación de carbono y karma. Transmitía eficazmente el mensaje de la empresa. Creían en la sostenibilidad, mantenían su huella de carbono al mínimo y trataban de devolver al mundo lo máximo que podían. Intentaban fabricar productos que fueran lo más posible libres de químicos, contrataban a gente local y les pagaban bien.

También habían vuelto a sus raíces y habían creado una gama de productos que se utilizaban

hace miles de años. Habían examinado, analizado y traducido pergaminos egipcios, medicinas tradicionales chinas, folclore europeo y los Vedas. Habían leído y estudiado hasta que sus cerebros se habían derretido como masas de mozzarella frita con puré de papas como guarnición.

Todo su duro trabajo había dado sus frutos cuando crearon una obra maestra: un tomo gigante lleno de recetas que tenían soluciones naturales para la mayoría de las necesidades del hogar.

Habían intentado replicar estas recetas lo mejor que pudieron y luego llamaron a algunos científicos para que analizaran el material. Después de algunas pruebas y ajustes, los productos se lanzaron al mercado.

Karbon Industries producía pasta de dientes, productos de limpieza, artículos de tocador e incluso productos alimenticios.

Los productos eran, sin duda, más caros que los de otras marcas conocidas, pero eso no parecía afectar a las ventas.

Paramjeet, el propietario de esta corporación multimillonaria, había comenzado su carrera con nada más que dos conjuntos de ropa y un sueño. Había seguido adelante y había creado un imperio. Se había convertido en una leyenda a los ojos del público.

Los pobres lo veían como uno de los suyos que había logrado luchar contra el sistema y ganar. Los ricos lo admiraban porque ahora era uno de los principales hombres de negocios de la India. Pero eran los burgueses los que más lo adoraban por crear productos que apelaban a su sentido de la rectitud.

Y a su vez, Paramjeet alimentaba esta adoración imprimiendo eslóganes trillados en las etiquetas de sus productos que parloteaban sobre la honestidad, la justicia, la cultura y la moralidad.

Grace mordisqueaba el dorso del bolígrafo. Pensaba en cada vez que sus padres le decían que no hiciera algo porque iba en contra de sus valores de clase media y fruncía el ceño.

La gente de clase media era un aburrimiento terrible. A ella le gustaba más bien la forma temeraria en que vivían sus vidas los ricos y los pobres.

Clase media. Frunció el ceño. La palabra siempre le recordaba a un viejo entrometido con una nariz muy larga llena de aire caliente y consejos no deseados. Él creía en seguir un cierto conjunto de reglas que se deleitaban en quitarle la alegría a la vida. No bebas alcohol, no te cases con alguien que él no apruebe, besos en público, usar ropa bonita, no ir a la universidad, conseguir el trabajo equivocado, bailar toda la noche, etc. ¿Sería Paramjeet así?

Grace se frotó los ojos y bostezó. Era la una de la mañana y llevaba dos horas leyendo el expediente, pero Paramjeet Veer y el resto de la familia seguían siendo un misterio. Todo lo que contenía el grueso expediente eran páginas y páginas de información sobre la empresa y sus diversas filiales.

Esa era la misión del documental. Descubrir todo sobre la reservada familia. Se metió la mano bajo la cabeza y encendió la luz.

Veer Singh. Volvió a pensar en él en la oscuridad. No era de extrañar que hubiera conseguido el trabajo. Debió haber convencido a Ian para que la contratara.

¿La trataría el equipo de forma diferente si él la había recomendado? ¿Serían especialmente amables con ella?

Bostezó de nuevo. El objetivo del documental estaba bastante claro. En cuanto a su descripción del trabajo, era completamente vaga.

Tendría que acosar a Mia, la chica que le había enviado el expediente.

Mia. Le gustaba el nombre. ¿Quizás tenía el pelo rojo llameante?

Pronto lo sabría, ya que se verían en el vuelo a la India. Ese vuelo que despegaría en seis

horas.

Enterró en la almohada todos los pensamientos sobre Veer, así como su nerviosismo e intentó dormir un poco.

# CAPÍTULO SEIS

«¡Excelente! ¡Ja!», se quejó Grace en voz baja.

Todas las ilusiones de que el equipo la tratara como un copo de nieve simplemente porque Veer la había recomendado se esfumaron en el momento en que llegó al aeropuerto. El director, Ian Murphy, el apuesto hombre de ojos verdes que la había entrevistado, le arrojó dos trípodes y una mochila y le pidió que se apurara y se registrara.

Así que allí estaba, tambaleándose bajo el peso de todo el equipo, dirigiéndose hacia el mostrador de documentación tratando de maniobrar el carrito que contenía su propio equipaje.

Se ajustó la correa de su bolso y miró a las familias felices que salpicaban el aeropuerto rumbo a unas vacaciones de verano. Una punzada de nostalgia la invadió al ver a una madre acariciar a un bebé en sus brazos.

¿Qué tan agradable sería estar envuelta en una cálida colcha y mecida para dormir como un bebé? Miró el equipaje y suspiró. Era algo terrible... eso de crecer.

Una niña pequeña vestida como una dulce princesita de hadas bailó hacia donde estaba Grace.

La niña le sonrió y le ofreció una varita de plástico rosa.

Grace se arrodilló hasta que estuvo a la altura de los ojos de la niña. «Gracias», dijo sonriendo y tomó la varita, la admiró y se la devolvió. «Tu atuendo es encantador. ¿Estás viajando al reino de las hadas?».

La niña asintió, se rió y extendió los brazos para abrazarla.

Grace dudó. «¿Dónde están tus padres?».

La niña señaló a una pareja que corría detrás de un niño sin pantalones.

El padre las miró y asintió brevemente antes de reanudar su persecución.

Grace miró a la niña, que ahora la observaba con tanto amor y afecto que comenzó a llenarse de ternura.

Tal vez su hermano era un malcriado y sus padres no habían podido evitar desatender a esta dulce niña. Era una pena, en realidad, porque era una niña encantadora con una nariz respingada salpicada de pecas, dientes brillantes y rizos castaños.

Extendió la mano y limpió la mancha de chocolate en la mejilla de la niña. «¿Cómo te llamas?».

«Lilly», dijo la niña y levantó los brazos de nuevo para abrazarla.

Esta vez Grace no tuvo valor para resistirse y le dio un pequeño beso en la frente.

Lilly rodeó a Grace con sus brazos regordetes y la abrazó fuerte.

Al momento siguiente, Grace soltó un grito cuando Lilly le hundió los dientes en el lóbulo de la oreja.

Grace aulló de dolor mientras Lilly reía de alegría.

Grace sacudió la cabeza, tratando de retirar a la niña de su oreja. «¡Ayuda!», gritó.

Los padres de Lilly llegaron corriendo sosteniendo al niño sin pantalones entre ellos.

«Lo siento mucho», gritó el padre.

«De verdad», chilló la madre, mientras trataba de apartar a la niña con una mano mientras sostenía al niño con la otra.

Sus voces resonaron por encima del bullicio general del aeropuerto y las caras divertidas se

giraron en su dirección.

El niño sin pantalones sonrió y volcó una lata de refresco sobre Grace y Lilly. La niña se soltó con un rugido de ira que no habría estado fuera de lugar entre los guerreros de Genghis Khan a punto de embarcarse en una nueva misión.

Grace se echó hacia atrás cuando su oreja palpitante fue liberada de repente. Cuando el dolor se desvaneció y su visión se aclaró, encontró a Ian y a la tripulación mirándola.

Ella les sonrió alegremente, tirada como estaba en el suelo, con la cara roja y cubierta de refresco pegajoso. «¿Qué tal?», gritó, encogiéndose por dentro porque nunca había usado ese particular saludo irlandés antes.

Asintieron cortésmente, los ojos brillando de diversión mientras uno de ellos la levantaba de un jalón.

Mantuvo la sonrisa pegada en su rostro, todo el tiempo queriendo salir corriendo del aeropuerto y volver a casa con su madre.

«Soy James», dijo cálidamente el joven que la había ayudado a levantarse.

Grace obligó a sus labios a estirarse en una sonrisa.

«Me salvaste la vida», continuó James. «¿Recuerdas en la oficina... el incendio?».

«Espero que te encuentres bien», comentó Grace.

Él asintió, sus ojos castaños se iluminaron con admiración. «Eres mi heroína», le dijo con seriedad. «Mi clan no sufrirá. Tendrá su heredero, gracias a ti. Cada persona en mi pueblo en Escocia conoce tu nombre. Están extremadamente agradecidos de que hayas logrado salvar mis preciosas joyas. Llevamos la sangre de la realeza y nuestros genes son invaluables. Habría sido una tragedia si mis grandes joyas ya no pudieran producir pequeñas joyas».

«Oh», dijo ella, parpadeando rápidamente. «¿Tus joyas son propiedad pública?».

«Pertenecen a unos pocos selectos».

«¿Hablas en serio?».

«Estoy agradecido, y soy escocés», dijo con una amplia y contagiosa sonrisa. «El resto son puras tonterías».

Ella asintió con una sonrisa.

«¡Ajá! Sabía que podía sacarte una sonrisa verdadera», dijo él, quitándose un sombrero invisible.

Ella se relajó un poco mientras lo veía alejarse pavoneándose. Al menos parecía que a alguien le caía bien. Aunque hubiera deseado que la presentación ante el resto del equipo hubiera ido igual de bien.

En realidad, muchas cosas podrían haber ido mejor. Podría haber dormido mejor y despertarse fresca y animada en lugar de agotada y de mal humor.

Podría haber comido algo sustancioso en lugar de una miserable manzana.

Alfie podría haberla elegido a ella en lugar de a Samantha, y ella no habría tenido que tomar la loca decisión de volar al otro lado del mundo para escapar de la boda de su mejor amigo.

La sensación de malestar en su estómago se intensificó y el maloliente aeropuerto no ayudó, el cual, como la mayoría de los aeropuertos internacionales, apestaba a menta y calcetines viejos.

Esto era una locura, pensó, mientras documentaba su equipaje y seguía al equipo hacia la puerta de embarque. Una locura total.

Sus padres tenían razón. No podía hacer esto.

«Pasaporte por favor», solicitó la azafata.

Grace se lo entregó. Debería volver sobre sus pasos ahora. Decirle a Ian que fue un error y que había perdido la cabeza por un momento. Había leído sobre personas que se volvían locas

temporalmente. Tal vez eso era lo que le había pasado a ella.

Las personas detrás de ella la empujaban hacia adelante, y ella atravesó con dificultad un túnel gris hacia el avión.

Arrugó la nariz con disgusto cuando Ian le dijo que tomara su asiento, que estaba justo al lado del inodoro, mientras él tomaba su asiento junto a la ventana, cerca de la salida de incendios. El que tenía más espacio para las piernas.

Se hundió en su asiento y lo miró.

Llevaba una camisa gris con una mancha de tinta en el puño, y se había olvidado de vello castaño rojizo mientras se afeitaba la mejilla. Tenía que admitir que se veía adorable a pesar de que estaba enojada con él.

Se deslizó más abajo en el asiento y se abrochó el cinturón.

Todo en los últimos días había sido caótico, loco e irreal. Había ido de un lado a otro organizando todo para el viaje, desde la ropa y las vacunas hasta los documentos de viaje. El resto del tiempo lo había pasado tranquilizando a sus padres diciéndoles que estaba tomando la decisión correcta y que, no, no la volverían a ver hasta su funeral.

En cuanto a los pocos momentos libres que había encontrado, los había pasado preocupándose por dejar atrás a sus padres, desgarrada por volver a Texas y aterrorizada por su nuevo trabajo.

En dichos momentos, había encontrado consuelo en el baño. Encendía una vela y se sentaba en el inodoro con la cabeza entre las manos tratando de no tener un ataque de pánico.

Al menos, había logrado su objetivo de no pensar demasiado en el matrimonio de Alfred con Samantha.

Sacó su almohada para el cuello y se acomodó. Sintió una breve punzada de arrepentimiento por dejar Irlanda. Había viajado con sus padres por varios condados y había quedado cautivada por el hermoso paisaje.

Habían recorrido el anillo de Kerry, se habían alojado en una cabaña de piedra con vista a un mar salvaje en Mayo y habían tomado el té en un castillo, junto con sus famosos fantasmas residentes.

Y habían llegado en mayo, pero a Irlanda, sin importarle qué mes era. El clima había pasado de una lluvia atronadora a un cielo soleado en momentos como un niño malhumorado. Un día, había estado contemplando las montañas cubiertas de niebla deseando un ventilador para aliviar el calor húmedo, mientras que al día siguiente su cabello se agitaba con el viento frío y cortante mientras estaba de pie en una playa rocosa. No pasó mucho tiempo hasta que aprendió a vestirse con varias capas y llevar un paraguas siempre que salía.

Su padre había disfrutado especialmente del viaje. Sus propios padres habían sido emigrantes irlandeses, y para él escuchar el acento familiar lo había hecho más feliz de lo que lo había visto en años.

Sonrió al recordar la forma en que había estado con los lugareños en un pub cantando cancioncillas que había aprendido de niño. Su voz había resonado en el pequeño pub y se había vuelto cada vez más fuerte a medida que los afables hombres irlandeses le habían comprado pintas de cerveza negra, todo el tiempo gritando para que cantaran más canciones.

Suspiró y dirigió su atención a las azafatas que ahora estaban demostrando los procedimientos de seguridad.

Una vez que terminaron, se frotó los ojos secos y sacó el itinerario del respaldo del bolsillo del asiento y escaneó el contenido. El vuelo de Dublín a Mumbai duraba doce horas, con una breve escala en Ámsterdam.

De repente, un pensamiento terrible la asaltó.

Estaba encerrada en una caja de hojalata, flotando a miles de pies de altura, sin nada que hacer más que rumiar la misma cosa de la que huía durante las siguientes diez horas.

Miró a su compañero. Era un hombre mayor con pelos largos de color burdeos que asomaban por su porosa fosa nasal. Un viajero experimentado que ya estaba durmiendo... o muerto.

Le dio un codazo en la mano. Él se movió, resopló, abrió un ojo y luego volvió a dormirse. No estaba muerto entonces.

¡Maldita sea! Eso significaba que no habría aterrizaje de emergencia.

Sintió una punzada de remordimiento por tener una intención tan malvada, que fue rápidamente reemplazada por el recordatorio de que Alfred se casaría con Samantha y que ya no podía hacer nada para evitar que el pensamiento invadiera su cerebro. Por un momento, quiso saltar de su asiento y chillar como una loca hasta que la echaran. Probablemente también la deportarían, lo que significaba que volvería a Estados Unidos para ir a almorzar con Samantha antes de que terminara la semana.

Las azafatas comenzaron a caminar por el pasillo para realizar la última revisión de asientos. El piloto anunció que estaban listos para despegar.

Las luces se atenuaron en el avión y este comenzó a avanzar lentamente.

Grace se desplomó derrotada y se agarró al apoyabrazos mientras el avión ganaba velocidad. Comenzó a acelerar por la pista y, de repente, despegó del suelo y estaban en el aire.

Ahora no había vuelta atrás. Iba de camino a la India.

Cerró los ojos y dejó que los recuerdos la inundaran.

Recordó todas las veces que se había ido a la cama emocionada sabiendo que soñaría con besarlo y que se sentiría casi real.

Se obligó a revivir las veces que había caminado cerca de él esperando que le tomara la mano o la abrazara.

Recordó todas las locuras que había hecho para llamar su atención. Había golpeado a Susie en tercer grado porque le había robado el almuerzo a Alfie, había pasado horas haciendo su tarea y una vez incluso se atrevió a robarle cigarrillos a su madre para él. Si le decía a Samantha que Alfie todavía dormía con su manta de bebé o que, cuando estaba particularmente estresado, su madre le cantaba "*Twinkle, Twinkle Little Star*" para calmarlo, su relación comenzaría a tambalearse como un marinero empapado en ron.

Pero no podía decirle nada a Samantha porque Alfie era agradable. Era guapo, popular y amable. Una especie de criatura poco común con la que ella tenía la suerte de ser su amiga.

Y para ser justa con él, nunca la había tratado como algo más que una amiga.

Había sido cálido, protector y juguetón, como un hermano mayor. La había regañado, peleado y se había burlado de ella como si fueran mejores amigos. Nunca la había mirado como si la amara.

Excepto esa única vez.

Un vago recuerdo de cuando tenían dieciséis años, en una fiesta y un poco borrachos, volvió a ella. Un recuerdo que había repetido tantas veces en su cabeza que ya no sabía qué parte era inventada. Habían estado de pie junto a la mesa de bebidas y él la había estado regañando por coquetear con un hombre mucho mayor que ella. La había agarrado del brazo y la había acercado más.

El tiempo se detuvo mientras la miraba a los ojos.

Las hormonas adolescentes habían estallado, silbado y crepitado dentro de ella como si fueran las doce en punto de la noche de Año Nuevo.

Los ojos de él habían bajado hasta sus labios, su cabeza se había inclinado ligeramente y ella

había inclinado la suya hacia atrás... entonces una chica idiota se tropezó y había vomitado sobre su espalda.

Ella dejó escapar una lágrima. ¿Y si no los hubieran interrumpido? ¿Y si, en lugar de Samantha, ella se estaba preparando para casarse con él? ¿Y si él la amaba y se daba cuenta demasiado tarde?

Sacudió la cabeza con impaciencia. Tenía que aceptar la verdad. No podía seguir siendo una tonta, deseando y esperando algo que nunca sería. Tenía que seguir adelante y crecer.

Alfred William Dobbs no la amaba y nunca la amaría.

Repitió eso tres veces, luego abrió una revista, se la puso sobre la cabeza y comenzó a sollozar desconsolada.

# CAPÍTULO SIETE

Al final del viaje de doce horas, tenía los ojos rojos e hinchados, el pelo encrespado y el hedor del avión se había incrustado profundamente en su piel. Y el refresco que había manchado su sudadera blanca no mejoraba las cosas.

«Bienvenidos a la India», habló el piloto por el micrófono. «La temperatura en el exterior es de treinta y cuatro grados centígrados», les informó alegremente.

Un escalofrío le recorrió la columna vertebral, y la emoción y la curiosidad cubrieron su miseria por el momento. Había leído mucho sobre la India y, finalmente, iba a conocerla.

Salió rápidamente del avión y, después de los tediosos controles de seguridad, se dirigió a la zona de recogida de equipaje. El aeropuerto en sí no tenía nada de especial y parecía igual que cualquier otro aeropuerto. Tendría que esperar un poco más para obtener su primera visión real de la India.

Las horas de sollozos le habían hecho bien y su estado de ánimo había mejorado mucho. Se sentía como si los baldes de lágrimas que había derramado hubieran lavado las densas y oscuras nubes de su cerebro y lo hubieran dejado brillante, brillante y alegre.

Pero no demasiado alegre. Después de todo, su corazón seguía roto, pero había empezado a ver el lado positivo de las cosas. En primer lugar, era extremadamente afortunada de tener esta oportunidad de explorar la India y, además, gratis. Sería una pena desperdiciarla fregando en una habitación oscura.

En segundo lugar, estaba lejos de todo lo que le era familiar por primera vez en su vida. Se dio cuenta de que disfrutaba de esta independencia, de esta sensación de poder de tener ahora el control de su propia vida.

Tomó la mochila de Ian y se la colgó al hombro. Los trípodes los acomodó bajo su brazo mientras con la otra mano dirigía el carrito con su propio equipaje. Sus pasos tenían un poco más de energía mientras se acercaba al equipo.

«Bienvenida a Mumbai», dijo una mujer joven con frialdad. «Mi nombre es Mia. Yo fui quien habló contigo por teléfono».

Grace le ofreció una sonrisa temblorosa.

Mia no le devolvió la sonrisa.

Grace sintió que su confianza comenzaba a desaparecer lentamente. Abrió su bolso, metió la cabeza y fingió buscar algo.

Mia empezó a dar órdenes a gritos y pronto todos, incluido Ian, empezaron a saltar como ranas asustadas siguiendo sus órdenes. En cuestión de minutos, tenía todo y a todos organizados y listos para partir.

Grace la miró con admiración. A primera vista, Mia parecía amable y nada intimidante. Sus rasgos eran dulces y delicados, su piel del color de la nata cuajada y, de no haber sido por su expresión desafiante o sus ojos marrones brillantes, podría haber sido confundida con una pusilánime.

Su ropa era una armadura adicional que parecía haber sido ordenada para asustar, en lugar de complacer la vista. Llevaba unos jeans ajustados, una chaqueta de cuero negra y muchas joyas de plata con bordes afilados. Un bolso gris acero colgaba elegantemente de su hombro mientras

empujaba con confianza un gran bolso negro detrás de ella. Parecía saber lo que estaba haciendo y adónde iba.

A Grace le recordaba a un pequeño gato negro. Una cosita delicada que se transformaría en una pantera rugiente en cualquier momento.

Era linda y aterradora al mismo tiempo. Grace nunca había conocido a nadie como ella.

Grace miró sus propios jeans holgados y su sudadera blanca manchada. Sabía que su cabello debía verse alborotado, sus ojos inyectados en sangre, la nariz roja, la piel manchada y su postura incómoda, ya que no estaba acostumbrada a cargar tanto peso ni a conducir carritos por los aeropuertos. Y al lado de la elegante Mia, debía verse aún más desaliñada.

«¡James!», gritó Mia de repente.

James se detuvo de golpe.

«Lleva los trípodes», ordenó. Su acento era irlandés y adorable, mientras que su expresión seguía siendo de terror.

Grace se los entregó rápidamente antes de que James pudiera cambiar de opinión.

«Gracias», le dijo a Mia.

Mia la ignoró de nuevo y comenzó a caminar hacia las puertas automáticas de cristal.

Grace corrió tras ella.

Una ráfaga de calor y humedad la golpeó en el momento en que salió del aeropuerto y del aire acondicionado. Le tomó un momento acostumbrarse a la repentina claridad, al calor y a la gran cantidad de gente que esperaba afuera. La gente abarrotaba la sala de espera, sosteniendo carteles con sus nombres, guirnaldas amarillas y ramos de flores, estirando el cuello ansiosamente mientras buscaban una cara familiar entre la gente que salía del aeropuerto.

«Tenemos que tomar un taxi», respondió Mia secamente. «Desde allí».

«Oooh, palmeras», exclamó Grace con deleite. «Y es tan maravillosamente cálido».

«Pegajoso y caluroso. Cuidado al estar bajo esos árboles. Un fruto puede caerte en la cabeza».

Grace miró los cocos, el cielo azul y el sol brillante y sonrió. Estaba harta de llorar y estaba decidida a ser positiva y feliz de ahora en adelante.

«Me siento como si estuviera de vacaciones», dijo Grace, arrojando el equipaje al maletero de un taxi amarillo y negro.

Mia cerró el maletero de golpe.

Una gota cayó sobre la nariz de Grace y miró hacia arriba confundida.

«Va a llover», les informó alegremente el taxista. Su inglés era sorprendentemente bueno. «Y acabas de sentir las primeras gotas de la temporada de monzones. Por fin tendremos un respiro del calor». Miró a Grace y sonrió. «Has sentido la primera gota, ¿no? Eso significa que traes buena suerte».

Grace le devolvió la sonrisa.

«Así que ahora, con suerte, tendremos mucha lluvia, tormentas e inundaciones», continuó el conductor. Se deslizó en el asiento y dijo con tono comunicativo. «Pero con suerte no habrá demasiadas inundaciones porque entonces podrían ahogarse y morir. Además, durante los monzones, la ciudad se llena de muchos mosquitos. Millones de ellos. El dengue puede matar, así que tengan cuidado. Ahora bien, la malaria no es tan grave. La fiebre tifoidea es un poco agotadora...».

«Aquí es donde tenemos que ir», lo interrumpió Mia y le entregó una tarjeta con una dirección.

«No hay problema, hombre», sonrió el conductor y encendió el motor. «No está demasiado lejos».

«Soy una mujer», gruñó Mia.

El conductor se encogió de hombros. «Es la forma en que todos se dirigen a todos aquí».

«No me gusta», dijo Mia brevemente.

El conductor la miró por un momento, la sonrisa vaciló en su rostro. Sus ojos encontraron los de Grace en el espejo retrovisor, y al ver su apariencia ligeramente asustada y no amenazante decidió hablar con ella en su lugar.

Grace agarró el asiento del auto y clavó las uñas mientras el auto chirriaba para incorporarse al tráfico.

Su cinturón de seguridad era un trozo de tela que no habría podido mantener en su lugar a un niño de diez años, mientras que el conductor ni siquiera se había molestado en ponerse el suyo.

El conductor aceleró hacia un templo, evitando por poco chocar contra un pequeño puesto de té ubicado al costado de la carretera, y bajó la ventanilla. La brisa entró rápidamente y llenó el auto con el aroma de incienso, especias y el mar Arábigo.

Las campanas sonaron alto y claro sobre el tráfico rugiente mientras se acercaban al templo de piedra bellamente tallado. Pronto, oyeron un canto rítmico acompañado de unas campanas que sonaban dulcemente. El olor de la madera quemada impregnaba el aire y el conductor redujo la velocidad para ofrecer una breve oración.

Fuera del templo, los devotos envueltos en metros de tela naranja y amarilla con cenizas untadas en sus rostros abarrotaban la carretera. Más adelante había un bazar que vendía platos repletos de lámparas de arcilla, flores e incienso encendido, así como ídolos, velas y dulces indios.

El conductor les informó que el templo tenía cientos de años de antigüedad. Dijo que era buena suerte haber pasado por allí durante la hora de oración y que eso indicaba que tendrían un viaje prometedor.

Grace cerró los ojos con fuerza y ofreció su propia pequeña oración mientras volaban sobre un bache en el camino y casi chocaban contra un carro de frutas de palma. Esperaba que el conductor tuviera razón. Necesitaba toda la suerte que pudiera conseguir. Dejaron la carretera principal y entraron en un callejón tan estrecho que se preguntó si el coche tendría espacio para avanzar, pero siguieron avanzando a una velocidad increíble. Miró hacia atrás y vio a un grupo de niños sucios y perros callejeros gruñones que los perseguían, y clavó las uñas en el asiento.

Se sintió abrumada por el caos que la rodeaba. Nunca había visto tanta emoción tan cruda, tanta anarquía y escenas extraordinarias, y parecía que todo se hubiera concentrado en un pequeño espacio.

Nunca había estado consciente de lo pequeñas que eran sus esperanzas y sueños, del poco control que tenía sobre la vida y de lo mucho que había por ver en este mundo.

Se movieron por el laberinto de edificios altos con paredes cubiertas de carteles rotos, esquinas llenas de basura y decenas de barrios marginales con lonas en lugar de techos. Incluso el mar la hizo estremecerse al ver bolsas de plástico flotando en el agua marrón oscura, y la playa estaba gris de suciedad, pájaros muertos y basura.

El aire se sentía espeso y almibarado por la humedad y la tristeza. Vio a una mujer que agachaba la cabeza para ocultar su rostro lloroso, a un niño en los huesos que miraba el puesto de frutas con un hambre desesperada, un moretón que asomaba por encima de la bufanda atada al cuello de una niña mendiga y hombres lascivos y aterradores acurrucados en los costados de la carretera escupiendo jugo rojo de bocas manchadas con tabaco zarda y hojas de betel.

Dejaron las estrechas callejuelas y giraron hacia la carretera principal, y de repente sintió como si hubiera imaginado toda la pobreza. Allí, los edificios relucientes, las palmeras y las

carreteras lisas parecían de cualquier país occidental. Era como si hubieran atravesado un portal y emergido en un mundo completamente diferente.

Las carreteras, los semáforos, los edificios y las aceras podían parecer propios de un mundo desarrollado, pero la conducción era definitivamente al estilo indio.

El taxista conducía con un desprecio aterrador por su vida, así como por la de los demás. Decía que creía en el destino. Lo que será, será. Si tenían que morir hoy, nada podría impedir que sucediera. Todo estaba escrito en las estrellas, así que no tenía sentido preocuparse por ello.

Y junto con él, el resto de los conductores en la carretera parecían creer lo mismo. Todos conducían como niños pequeños en los autos chocadores que se encuentran en los parques de diversiones.

El conductor, ajeno a la angustia de sus clientes, mantuvo una charla constante para informarles de todos los lugares de interés que pasaban. Señaló el Tribunal Supremo de Mumbai, la iglesia de Mount Mary y el collar de la reina, que solo era visible de noche.

Les habló de sus padres, su novia y las mascotas que había tenido desde la infancia. Les contó sobre su primer desamor, su afición por los dulces y su gran tristeza por el hecho de que los famosos coches de embajadores ya no fueran populares.

Les contó todo esto mientras giraba, aceleraba y frenaba con violencia.

Su historia sobre un baño en un lago donde los peces tenían hambre y lo mordisqueaban en lugares extraños le llamó especialmente la atención a Grace porque fue entonces cuando casi se estrelló contra un camión azul gigante.

La experiencia cercana a la muerte no perturbó al conductor, y siguió charlando incluso mientras cambiaba de carril maniáticamente. En un momento dado, incluso se dio la vuelta para hablar de la situación política del país justo cuando un autobús de dos pisos venía directamente hacia ellos.

Cuando apareció el cartel de Sunny Sands, habían estado a punto de morir quince veces. Lo sabía porque las había contado.

«¿Vacaciones?», comentó Mia, levantando una ceja cuando el taxi finalmente se detuvo frente a una casa de huéspedes llamada Sunny Sands.

Grace no pudo responder. Sus dientes castañeteaban demasiado.

# CAPÍTULO OCHO

Finalmente, se arrastró para salir del auto y miró hacia la casa de huéspedes. Eran los primeros en llegar, ya que el resto del equipo había decidido comer algo rápido antes de unirse a ellos.

Sunny Sands era un edificio viejo y amarillo con pintura descascarada y contraventanas de hierro que estaban parcialmente abiertas para revelar una puerta verde. Tenía al menos doce pisos de altura.

Grace miró la campana con dudas. Parecía tan vieja que estaba segura de que la electrocutaría si la tocaba.

El taxista, por otro lado, atacó la campana sin miedo.

Mientras esperaban a que se abriera la puerta, miró a su alrededor. Aún no había empezado a llover en serio. Las nubes parecían indecisas.

No había jardín, solo un largo estacionamiento lleno de todo tipo de vehículos en ruinas. Al otro lado de la casa de huéspedes, podía ver un restaurante. Su anuncio escrito en amarillo y rojo gritaba “Fideos frescos y pollo Pu-Pu, cerveza Child y té sólido”.

«¿Cerveza ‘Infantil’?», Grace le dio un codazo a Mia confundida.

«Es fría. Alguien lo escribió mal, confundió en inglés ‘*child*’ con ‘*chilled*’, dijo Mia brevemente. Pero el té *sólido* también la dejó perpleja.

El conductor sonrió. «Aquí dicen, ‘es sólido jefe’. Es decir, jefe no es sólido sino fuerte o asombroso. Entonces, quieren decir que el té es fuerte y bueno. En cuanto al término ‘jefe’, puede ser una persona, un producto o un evento».

«Pero un jefe también puede ser sólido», argumentó Grace.

«Un verdadero jefe, quieres decir. Con toda la sangre. Podría ser líquida también».

«Una persona puede ser sólida», objetó Grace.

«Y líquida», la corrigió el conductor. «Estás olvidando toda la sangre».

«Tu inglés es muy bueno», interrumpió Mia.

«Reprobado en quinto grado», dijo con orgullo. «Mi padre me compró este taxi el día que le llevé el boletín de calificaciones. Dijo que no tenía sentido educar a un tonto como yo. Mi inglés es bueno porque tengo muchos clientes extranjeros y casi todo el mundo habla inglés aquí».

«¿Qué edad tenías cuando empezaste a conducir este taxi?», preguntó Grace con curiosidad.

«Once. Tuve que usar un cojín para ver por encima del volante», dijo con una risita.

«¿Quién te contrató a esa edad?», preguntó Grace horrorizada.

«Mucha gente. La policía de tránsito no era tan estricta en ese entonces».

La puerta verde se abrió por una pequeña rendija y un ojo se asomó.

Grace sonrió.

El globo ocular inyectado en sangre se movió de arriba a abajo observando a los recién llegados. El párpado tembló por un momento, luego se relajó al ver el equipaje en el suelo.

La puerta se abrió por completo y un hombre alto con un pequeño bigote les sonrió. «No se puede ser demasiado cuidadoso, con ladrones y asesinos. Pasen».

Un delicioso aire frío la envolvió en el momento en que Grace entró. Un botones recogió el equipaje y se escabulló. El conductor recibió el pago rápidamente y Grace se despidió con

cariño. La casa de huéspedes era una agradable sorpresa. Sí, el sofá tenía lunares rojos y dorados, las paredes estaban cubiertas de tapices de color verde azulado, la alfombra tenía flores rosas y amarillas de aspecto enfermizo, pero parecía cómoda. El aire acondicionado funcionaba y la carpintería parecía como si las termitas se hubieran dado un festín con ella durante sólo un año o dos.

El portero los condujo por dos tramos de escaleras arrastrando las maletas. Parecía agacharse cada vez más a medida que continuaba la larga caminata, como si su trabajo fuera aburrido, las maletas se veían demasiado pesadas para su frágil cuerpo y se veía como si no hubiera comido nada en días.

Grace sintió pena por él y comenzó a hurgar en su bolso en busca de una generosa propina.

«¿Por qué no tomamos el ascensor?», preguntó Mia. «Está funcionando. Mira, esas dos personas acaban de salir de él».

El portero la miró molesto. Finalmente murmuró que no sabía que estaba funcionando porque no había pasado ni una hora.

Llegaron a la habitación y el portero depositó las maletas en el otro extremo. Luego se enderezó y, con un destello de triunfo, comenzó a caminar de regreso hacia la salida.

Ese era su talento, su única jugada maestra que nunca fallaba. De todos los porteros de Mumbai, él era a quien los jóvenes aspirantes acudían para recibir formación.

Era el único que podía enseñarles a perfeccionar el arte de caminar como portero. Tenía que tener la cantidad perfecta de angustia, dolor, cansancio y letargo para que los cansados clientes lo recordaran, sintieran lástima por él y finalmente metiesen la mano en sus bolsillos y dieran una propina mayor de la que hubieran dado de otra manera.

Grace estaba cautivada por su actuación. Observó atónita cómo caminaba casi arrastrándose, pero apenas avanzaba un poco.

Era impresionante.

Nunca había visto a nadie caminar tan lentamente.

Pero Mia permaneció fría e inmóvil.

El portero entrecerró los ojos y aceleró su actuación. Se demoró cerca de la mesa fingiendo limpiar una mancha invisible. Tosió y tosió varias veces y pronto empezó a tener sibilancias.

Los párpados de Grace empezaron a pesarle. Era una experiencia tranquila, algo pastoral. Se sentía como un pastor sentado en una roca en un día soleado y templado, rodeado de hierba de color esmeralda, abejas cantoras y ovejas muy viejas.

«Parece que Ian ha vuelto a apretarse el cinturón», la voz aguda de Mia atravesó el cerebro nublado de Grace.

«Al menos la habitación parece cómoda. E Ian dijo que él paga la comida y el agua», respondió Grace, mirando las camas gemelas con sábanas limpias y almohadas mullidas. La ventana daba a una pared cubierta de viejos y coloridos carteles de Bollywood. El aire acondicionado de la esquina funcionaba, aunque era más viejo que ella y hacía ruidos que la habrían hecho salir corriendo y gritando de la habitación si hubiera estado sola.

Mia se volvió hacia el portero, que ahora agarraba el picaporte fingiendo tener un ataque al corazón.

«Tráeme veinte botellas de agua, cinco platos de samosas, seis platos de fideos con pollo, diez botellas de Coca-Cola y una barra de chocolate».

«¿Eso es todo?», preguntó el portero, visiblemente perdiendo toda esperanza.

«Sí», dijo Mia, pero justo antes de irse, le entregó unos billetes de rupias.

«¿Para la comida?», preguntó él con suspicacia.

«Propina», respondió Mia secamente.

Él salió corriendo tan pronto como las palabras salieron de su boca.

Grace miró fijamente a Mia. «No pareces alguien que coma *tanto*».

«No lo hago. El chocolate es para mí».

«¿El resto?

«El resto...», dijo Mia sonriendo, «es una lección para Ian. Nunca volverá a comportarse como un tacaño».

* * *

«¿Dormir?», Mia se rió una hora después.

Grace se dio cuenta rápidamente de que cada vez que Mia sonreía o reía, algo terrible estaba a punto de suceder.

«Jet lag», le recordó débilmente.

«Estamos aquí para trabajar», la regañó Mia. «Aquí está el horario de hoy».

Grace tomó el trozo de papel y revisó el contenido. Se mordió la uña del dedo meñique con angustia. Iban a entrar y salir de reuniones todo el día sin un solo descanso. «¿Todos los días van a ser así?».

«Algunos días serán peores. Tal vez tengamos que permanecer despiertos en la sala de edición hasta altas horas de la madrugada».

«Oh».

Grace miró a Mia de arriba abajo. No era de extrañar que la mujer estuviera tan delgada si trabajaba tanto. De hecho, todo el equipo parecía muerto de hambre. Se animó. Esperaba que ella también perdiera los cinco kilos que había estado tratando de perder durante los últimos tres años.

«Dame cinco minutos y estaré lista», dijo Grace, abriendo de golpe su maleta para buscar algo que ponerse.

Mia parecía sorprendida. «Los días solo se volverán más difíciles», advirtió.

«Cualquier cosa para perder esos malditos cinco kilos», murmuró Grace, con la cabeza hundida en la maleta.

Mia puso los ojos en blanco y agarró su bolso. «Te veré afuera».

Afuera, el mismo taxista que habían contratado antes estaba charlando con el botones.

«Tenemos que estar allí en quince minutos», dijo Mia frunciendo el ceño mirando su reloj. «Tenemos que apurarnos».

«¿Apurarnos?».

«Hacer como si nos fuéramos».

«¿Eh?».

«¡Tenemos que irnos AHORA!».

«Oh. Entonces será mejor que lo contratemos de nuevo», dijo Grace, asintiendo con la cabeza hacia el taxista.

«No hay otra opción», estuvo de acuerdo Mia.

«Me llamo Bunty», les informó el conductor una vez que estaban en camino.

«Grace, Mia», murmuraron.

Salieron a toda velocidad, pero luego redujeron la velocidad debido al tráfico. A los diez minutos de partir, se detuvieron.

«Tenemos que estar en la reunión en cinco minutos», dijo Grace con urgencia.

«¡Cinco minutos!», el conductor se rió entre dientes. «Buen chiste».

«¿Cuánto tardará?», preguntó Mia.

«Una hora... dos horas... Depende del tráfico».

«Está a quince kilómetros de distancia, no a cincuenta», le recordó Grace.

«Lo sé, tú lo sabes, pero el tráfico no lo sabe», respondió Bunty, todavía sonriendo como si todo fuera muy divertido. «Una gota de lluvia y todo Mumbai se detiene».

«Tanta gente», murmuró Mia, subiendo la ventanilla. «Odio a la gente».

«¿Perdón?», Grace frunció el ceño.

«Dije que *odio a la gente*», se quejó Mia. «Un perro, un gato y una habitación llena de libros es como todos deberían vivir».

Grace intercambió una mirada con Bunty. Ninguno de los dos se sorprendió por la declaración de Mia.

El sonido de los tambores atronadores atrajo su atención hacia la calle.

Unos hombres vestidos de rojo y dorado tocaban fervientemente tambores atados a un trozo de cuerda que colgaba de sus cuellos, y detrás de los tambores había un grupo de personas resplandecientes que bailaban como si hubieran logrado escapar de un manicomio.

Un hombre con un tocado florido sentado sobre un burro o un caballo achaparrado los seguía. El caballo parecía comportarse bien a pesar del caos que lo rodeaba, mientras que el hombre parecía un poco tembloroso. Algunos perros salvajes hacían cabriolas, olfateando ansiosamente traseros y haciendo nuevos amigos. Todos parecían extremadamente felices.

«¡Es una boda!», declaró Bunty. «No me extraña que el tráfico no se mueva».

Mia se deslizó más abajo en su asiento. «La gente debería dejar de casarse y, lo que es más importante, de tener hijos. De hecho, la gente debería dejar de salir de casa a menos que sea para trabajar. ¿Por qué no podemos ser animales solitarios como los leopardos, los ocelotes y las tortugas marinas? Quiero decir, parecen mucho más felices que la mayoría de los seres humanos».

Grace frunció el ceño. «¿Cómo sabes que las tortugas marinas son felices? ¿Cómo puedes saberlo? Tal vez estén deprimidas y flotando por ahí pensando en lo solitarias que son sus vidas».

Mia la ignoró y siguió refunfuñando. «¿Por qué los humanos tienen esta necesidad de interactuar entre sí? Es tan inútil».

«Es divertido. La gente es divertida», dijo Grace, mirando a la multitud que bailaba. Le habría encantado unirse a ellos.

Mia frunció el ceño. «¿Qué alegría hay en reírse de chistes sin gracia solo porque todos los demás se ríen de ellos, o bailar como idiotas en un club nocturno, emborracharse y actuar como tontos? Después de miles de años de evolución... ¿es esto lo que aprendimos? Mira a ese hombre corriendo por el tráfico como un loco, a esa mujer en el auto aplicándose ese horrible lápiz labial naranja, y a ese otro hurgándose la nariz con sus dedos gordos... ¿qué le pasa a esta gente?».

«Ya entendimos. Odias a la gente», dijo Bunty con dulzura. «¿Te gusta la música? Podría encender la radio».

«¿Qué tiene de malo hurgarse la nariz?», preguntó Grace después de un momento. «Si tienes un moco, no puedes dejarlo ahí. Quiero decir, deberías sacártelo».

Mia la miró como si le hubieran salido cuernos en la cabeza. «Suénate la nariz con un pañuelo».

«Pero a veces son tercos», objetó Grace.

«¿Quién es terco?», preguntó Bunty, luciendo confundido.

«Algunos tipos de mocos», aclaró Grace, «se pueden sonar, pero se aferran obstinadamente al interior de las fosas nasales. Luego hurgas con el pañuelo, pero luego el pañuelo se rasga y estás

tocando los mocos con las manos, de todos modos...».

«¿Alguien recuerda haber comido mocos de niño?», preguntó Bunty.

«Por favor, enciende la radio», suplicó Mia.

Bunty obedeció. Giró el selector de la radio y accionó un interruptor.

«Tienes luces de discoteca en el auto», dijo Grace con asombro.

«A los clientes parece gustarles. Y algunos días, cuando las cosas se vuelven monótonas, quieres sentir que estás haciendo algo más que conducir un taxi. Yo pretendo que estoy en una discoteca».

Mia cerró los ojos y gimió.

«La música es diferente», dijo Grace, pellizcándose el puente de la nariz. «Un poco frenética. Me está dejando un poco sin aliento».

«¿Podemos tener silencio?». Los ojos de Mia se abrieron de golpe.

«Pero dijiste que encendiera la radio», le recordó Bunty.

«Ahora quiero silencio», dijo con los dientes apretados.

Bunty y Grace se miraron y arquearon las cejas.

Siguió una hora de silencio, y justo cuando Grace pensó que se volvería loca de aburrimiento, Bunty detuvo el auto. «Ya llegamos».

Grace miró el cartel gigante que decía DMTV y saltó del auto.

# CAPÍTULO NUEVE

La bandeja de plata llegó volando a la sala de conferencias junto con una tetera azul y seis pequeñas tazas blancas. Grace la siguió, deslizándose por el aire caliente y viscoso. Aterrizó en el suelo con los brazos y las piernas extendidos como una estrella de mar tomando el sol. Gimió y levantó lentamente la cabeza para mirar a su audiencia. Veinticuatro pares de ojos se giraron hacia ella en estado de shock. Cerró los ojos y deseó desesperadamente que el suelo desarrollara apetito y se la tragara.

«Esta es Grace», Ian se aclaró la garganta. «Nueva en el negocio».

«Grace», alguien comentó con una risita, «es una *disgrace*».

[Nota de la Trad.: *Grace traducido al español es gracia; disgrace, es desgracia*]

«Y tú eres un maldito títere», le respondió James al joven pasante que había hecho el comentario.

«¿Estás bien?», preguntó una mujer con acento estadounidense corriendo hacia ella.

Grace parpadeó para despejar las estrellas en su cabeza. «Lo siento. Tropecé».

«No te preocupes por eso. Soy Tabby, la esposa de Dev. A veces ayudo en la oficina. ¿Estás segura de que estás bien?».

«Estoy bien», le aseguró Grace, conmovida por su preocupación. Más tarde descubrió que Tabby era dueña de DMTV junto con su esposo, Dev.

Ian vio a Grace levantarse tambaleándose y entrecerró los ojos. Ella podría haber jurado que gruñó cuando pasó junto a su silla.

Se hundió apresuradamente en el asiento, tratando de ser invisible.

«Reparte la hoja de convocatoria», dijo Dev.

Un momento después, todos se ocuparon de revisar los papeles y comentar acerca del documental y, afortunadamente, Grace fue olvidada.

Se reclinó en su silla sintiéndose agotada mientras la jerga desconocida se lanzaba por la habitación como una pelota de fútbol. No había dormido en dos días y apenas había comido.

Reprimió un bostezo mientras la reunión se extendía y se extendía. Finalmente, cuando pensó que tendría que salir corriendo y vomitar, Dev dio por terminada la reunión.

* * *

La oficina estaba rodeada de vegetación, lo cual era sorprendente, ya que no había visto mucho de ello en el camino para llegar aquí. Mumbai parecía una jungla de cemento en lugar de una jungla verde. Aun así, estaba agradecida por los altos árboles Ashoka y Plumeria.

Mia la llevó a una cafetería y decidieron sentarse en las sillas de plástico de afuera, felices del aire fresco y puro. Bebieron tazas de café caliente y dulce, comiendo rollitos de pollo y mayonesa sin picante.

Mia rápidamente hizo una lista de cosas que debían hacerse y las organizó por orden de prioridad. Decidieron contratar a Bunty como uno de los conductores y le consiguieron ayuda para agregar algunos autos más. Conducía como poseído, pero se habían dado cuenta de que todos conducían así aquí. Al menos su inglés era excelente y parecía bastante agradable. No había intentado secuestrarlas, ni las había mirado con lascivia ni las había engañado. Un hombre honesto, aunque fuera un poco parlanchín.

También hicieron una lista de cosas que el equipo necesitaría, como bocadillos y bebidas para tener en cada habitación. Usaron los teléfonos locales que les había dado Tabby para organizar el catering para todos en su equipo.

Ian se acercó a donde estaban sentadas y le pidió a Grace que trajera algunas botellas de whisky para el equipo.

La cabeza de Mia se levantó de golpe con irritación. «Pídelas a Raj», dijo antes de que Grace pudiera responder.

Ian frunció el ceño. Grace podía ver que quería discutir, pero la mirada desafiante de Mia pareció hacerle pensar dos veces. Miró a Grace como si fuera su culpa.

Por fin, encontró valor y le gritó a Mia. «¿Has organizado el transporte?».

«Hecho», dijo.

«¿Comida?».

«Hecho».

«¿Utilería?».

«No me has dado la lista».

«Tenemos que ver el lugar para saber qué utilería necesitaremos», murmuró después de un momento.

«Entonces, ¿por qué me preguntaste si ya la había considerado?».

«Como sea», bramó. «Has estado sentada aquí demasiado tiempo. Vuelve a la casa de huéspedes. Vamos a tener una reunión».

«Iré», dijo Mia con frialdad, «después de que te vayas. ¿O vamos a tener la reunión sin ti?».

Se puso de un profundo tono rojo y su boca comenzó a torcerse de maneras que fascinaron a las chicas que lo miraban. Finalmente, se dio por vencido y se fue pisando fuerte.

«No tengo problemas en comprar el alcohol», dijo Grace, una vez que desapareció.

«Ese no es tu trabajo», respondió Mia. «Ahora, ¿podemos volver al trabajo? No me gusta este lugar».

«¿Es por todas las caras sonrientes?», preguntó Grace.

«Ah, finalmente estamos empezando a entendernos».

«¿Y ahora qué?», preguntó Grace una vez que Mia cerró su bloc de notas y pagó la comida.

«Después de una reunión rápida en la casa de huéspedes, nos dirigiremos a la casa de Paramjeet».

El corazón de Grace comenzó a latir fuerte en sus costillas.

*¿Veer estaría allí?*, se preguntaba.

* * *

El azul había sido el color favorito de Alfred. Le había gustado tanto que incluso había pintado las paredes de su dormitorio de un azul celeste pálido. Decía que ese color lo tranquilizaba. Le recordaba al cielo en un cálido día de verano.

El agua era azul, reflexionó Grace, mirando los charcos que iban creciendo mientras rebotaban en su camino hacia la casa de Veer.

Su bolso era azul. La bufanda gigante de Mia era azul.

Azul, azul, azul.

Era gracioso cómo las cosas más extrañas se convertían en pequeños recordatorios; como cada vez que veía una magdalena, pensaba en su padre, ya que a él le encantaba ver programas de repostería. No le gustaba comer tarta, solo ver a otras personas prepararla.

Los lunares le recordaban a su madre, ya que le encantaba llevar cualquier cosa con ese estampado.

Y el azul le recordaba a Alfred. No había forma de escapar del azul. Estaba en todas partes.

Apoyó la cabeza en el asiento trasero del taxi y cerró los ojos.

Un enorme camión lleno de tanques de gas para cocinar tocó la bocina con fuerza, sacándola de su ensoñación.

Rápidamente se dio cuenta de que Mumbai era como una bella estrella, con sus rabietas, cambios de humor y una desesperada necesidad de atención.

Si Grace se desviaba momentáneamente hacia el pasado, la ciudad hacía algo dramático para traerla de vuelta al presente.

Apoyó la cabeza en la ventanilla del auto y miró la vista borrosa por los riachuelos de agua de lluvia sobre el cristal.

Mumbai era diferente por la noche. Aunque el sol se había puesto hacía una hora, parecía más brillante gracias a los cientos de luces multicolores que iluminaban las casas, las tiendas y las calles de fuera.

Los bordes deshilachados de Mumbai estaban ocultos por las luces fluorescentes. Ya no se veían los montones de basura, la pintura desconchada ni a la gente pidiendo limosna.

Y, sin embargo, seguía siendo caótico, ruidoso y abrumador.

De hecho, ahora parecía incluso más concurrido, con los coches avanzando a paso de tortuga por las calles, parachoques contra parachoques, y todo el mundo tocando continuamente el claxon como si eso hiciera que el tráfico fuera más rápido.

Era la hora punta de la tarde, que el conductor les informó que era la peor. A veces, la gente podía quedarse atrapada en la carretera durante más de dos horas esperando llegar a casa.

Grace cerró los ojos, sus sentidos se tambaleaban por las vistas, los sonidos y los olores. Sentía como si parte de su piel se hubiera desprendido y la hubiera dejado en carne viva y nerviosa.

El mundo que la rodeaba era hiperreal y no podía evitar estar consciente de ello. La ciudad no te dejaba olvidar, soñar despierto. Te exigía que estuvieras atento en cada momento.

Mumbai, la ciudad de los sueños, la tierra de una de las mayores industrias cinematográficas del mundo, era, en una palabra, surrealista. Vio a actores saliendo de una vieja puerta de madera vestidos con extraños trajes y gigantescos tocados de plumas.

Más adelante, un grupo de personas contemplaba con curiosidad una escena que se estaba rodando junto al mar. Las luces brillantes iluminaban la playa de arena que había sido limpiada y preparada para la escena. Una joven pareja estaba de pie en el medio mirándose a los ojos como si fueran muñecos en miniatura disfrazados.

Anuncios de pasta de dientes con caras sonrientes y dientes sorprendentemente blancos la miraban mientras el taxi avanzaba lentamente, los carteles de películas gigantes con luces de colores parpadeantes parecían seguirla sin importar cuántas vueltas dieran.

Era demasiado y muy pronto. Apenas podía procesar todo lo que veía. Era como un sueño vívido; sentimientos, pensamientos, colores, olores y sonidos se magnificaban como una película.

Comenzaron a moverse de nuevo, ahora más rápido y Grace se sintió una vez más sorprendida por el contraste de la ciudad. Los rascacielos se alzaban sobre los barrios bajos, la gente vestida con ropa cara y joyas brillantes ignoraba a los mendigos con ojos vacíos y miembros faltantes, los perros de raza pasaban de puntillas junto a los perros callejeros medio muertos de hambre.

Cuanto más tiempo pasaba viendo a Mumbai avanzar lentamente bajo la lluvia, más se enfadaba. Sus propios problemas de repente le parecieron insignificantes.

La falta de sueño, el largo vuelo, el choque cultural, el desamor y la falta de comida acabaron rápidamente con su disposición habitualmente alegre.

Sentía que en cualquier momento se le iba a salir de la piel y hacer algo drástico para alejarse de todo.

Por una vez, simpatizaba con Mia. Sería maravilloso estar en una habitación con un perro y un gato y sumergirse en un buen libro.

Suspiró y se volvió para ver cómo le iba a Mia.

El rostro de Mia estaba pálido, tenía los labios apretados y las manos presionaban alrededor de una botella de agua casi deformando el plástico con las yemas de los dedos.

«Sube las ventanillas y pon el aire acondicionado», le susurró Grace a Bunty. «Y pon música instrumental suave».

Bunty obedeció en silencio.

Era mejor estar encerrada en el coche con el sonido de un piano saliendo de la radio y la lluvia golpeando el techo metálico del taxi amarillo y negro, amortiguando el caos del exterior.

El rostro de Mia recuperó algo de color y Grace dejó escapar el aliento que había estado conteniendo.

Cuando finalmente llegaron a la casa, Grace y Mia se sentaron, ansiosas por salir y estirar las piernas.

# CAPÍTULO DIEZ

La casa estaba rodeada de muros de piedra gigantes. Un guardia uniformado tomó su nombre, habló por su walkie-talkie y un momento después las puertas se abrieron con un chirrido.

Su coche avanzó lentamente por la carretera lisa que atravesaba un jardín.

Grace podía ver árboles sombríos en los bordes y trozos de hierba donde el faro del coche iluminaba el camino. También estaba maravillosamente oscuro con una única luz amarilla que titilaba en la terraza.

Se sintió como si hubieran atravesado un velo invisible y hubieran aparecido en una Mumbai que había desaparecido hacía mucho tiempo atrás. El tiempo parecía haber retrocedido y parecía que la ciudad ruidosa y bulliciosa con rascacielos y cemento gris ya no existía. Aquí estaba la nostálgica Mumbai con su próspero puerto, su incipiente industria financiera y los maharajás que aún gobernaban el país.

La tensión parecía desaparecer de ella ahora que el ruido y las luces no asaltaban sus sentidos, y sintió que Mia también se relajaba a su lado.

El bungaló que estaba frente a ellas era tan grande que tenía un nombre. El conductor les informó con entusiasmo que se llamaba Prabha Koti. Llevaba tanto tiempo allí que se había convertido en una especie de punto de referencia.

En una ciudad repleta de edificios altos, era raro ver un bungaló. Pocos habían estado dentro, les dijo, y era un privilegio que los invitaran.

Todos se quedaron boquiabiertos ante la casa de ladrillos rojos que parecía encantadoramente antigua, con un columpio y un juego de sillas de mimbre en la terraza. Grace podía imaginar a algunos de los miembros de la familia sentados allí en una mañana lluviosa bebiendo tazas de té y disfrutando de la brisa del mar.

Sintió una extraña punzada, una repentina intuición de que este lugar, esta ciudad, este país cambiaría su vida de una manera poderosa. Solo podía esperar que fuera para mejor.

* * *

Los recibió un mayordomo. Uno sonriente.

Al menos, ella supuso que era un mayordomo, ya que estaba vestido como un pingüino. Solo había visto mayordomos en las películas, y había asumido que la raza ahora estaba extinta. Lo siguieron hasta la casa, que se encontraba deliciosamente fría, pero Grace no pudo encontrar ventiladores ni aire acondicionado visibles.

Sus ojos se abrieron de par en par mientras caminaban por un pasillo de mármol. A ambos lados de la pared colgaban lámparas de latón antiguas que iluminaban impresionantes pinturas representando reyes, reinas y dioses hindúes indios en colores terrosos apagados que se habían desvanecido con el tiempo.

Pasó junto a diosas sentadas en lotos y tigres y dioses luchando contra demonios horribles. Algunas de las pinturas eran más románticas, con parejas reales abrazándose o niñas jugando en columpios de madera con flores.

Un gran tapiz de seda le llamó la atención que mostraba una hidra gigante protegiendo a un bebé sonriente mientras un dios elefante descansaba cerca.

«Ganesha», le susurró Mia al oído. «El dios elefante se llama Ganesha, y este apuesto dios en

el fondo con un cuello azul es Shiva. Es mi favorito de todos los dioses indios».

«¿Porque es tan guapo?».

«Porque es el destructor y puede aniquilar el universo entero».

Grace se preguntó por qué Mia sabía tanto, pero no tuvo la oportunidad de preguntarlo, ya que el mayordomo aceleró el paso y atravesó una antigua puerta de caoba.

Grace corrió tras él y se encontró en una hermosa habitación con techos altos y molduras color crema talladas con lotos, rosas, laureles y otras plantas.

Estatuas de elefantes de plata la recibieron en la entrada y más allá, los pisos de mármol brillaban a la luz de un candelabro de cristal gigante. Los muebles antiguos oscuros parecían haber sido pulidos recientemente, y los muebles suaves de tonos joya brillaban frente a las cortinas de seda delicadamente bordadas.

Inmediatamente sintió que no pertenecía a ese lujo. En cualquier momento, el mayordomo miraría su sencillo vestido y sus zapatos desaliñados con disgusto y le diría que se fuera.

Dos sirvientes entraron con una bandeja de vasos de plata llenos de agua fría. Apenas ocultaron su sonrisa burlona cuando llegaron a Grace, sus ojos juzgando cada centímetro de ella.

Dejó caer la mano y sacudió la cabeza, sin atreverse a tomar el vaso, a pesar de que tenía sed. Sentía calor y frío, su estómago estaba revuelto por los nervios.

Ella pertenecía aquí, trató de decirse a sí misma. No tenía nada de qué preocuparse. Estaba allí porque era una empleada, y estaban haciendo un documental sobre la familia.

Respiró profundamente y caminó más hacia la habitación.

«¿Huelen eso?». Las fosas nasales de Ian se ensancharon.

«Sándalo rojo y benjuí», respondió Mia rápidamente.

«No, es el aroma de dinero viejo, muy viejo», respondió Ian con vehemencia.

«Un jarrón», murmuró Raj, el editor, «con este podría comer durante los próximos cincuenta años».

«Devuélvelo», siseó Mia. «Con cuidado».

«Me siento verde», dijo Grace.

«Verde de envidia», suspiró Raj.

Grace gimió y agarró el brazo de Mia.

Los ojos de Raj se abrieron de par en par. «Oh, te referías al otro verde. Dios mío, Grace, te has vuelto verde lima».

Mia sacó a Grace del salón a rastras.

Se toparon con el mayordomo, que estaba de pie afuera.

«Todo recto, la primera a la derecha», dijo, echando un vistazo a la cara de Grace.

Grace corrió.

Después de terminar de vaciar el contenido de su estómago, rápidamente se enjuagó la boca y se lavó la cara.

Cuando volvió a mirarse al espejo, se dio cuenta de que estaba translúcida.

Su ascendencia irlandesa le había dado la piel pálida y un toque de castaño rojizo en su cabello ondulado, pero esta vez no era solo su piel la que se veía translúcida; su vestido de algodón blanco también lo hacía.

El vestido tenía un hermoso borde de crochet y abrazaba encantadoramente su diminuta cintura antes de ensancharse de una manera antigua. Era su vestido favorito, extremadamente cómodo y uno que había usado bastante desde que lo compró el verano pasado.

Y seguía siendo hermoso. Al menos, la falda todavía lo era, pero el corpiño tenía una gran mancha húmeda.

Todo el chapoteo mientras se lavaba la cara había empapado la parte delantera de su vestido, y ahora se podía ver todo. Cada. Cosa. Individual.

Agarró su pequeño bolso y se lo pegó al frente. No ayudó. Después de diez minutos de estar al acecho en el baño, decidió volver al salón y pedirle al amable mayordomo que fuera a buscar a Mia. Ella tenía una bufanda. Una gran bufanda azul atada a su bolso gris que era lo suficientemente grande como para cubrir todas sus partes translúcidas.

Sintiéndose mejor ahora que tenía un plan, salió corriendo de la habitación y corrió por el pasillo solo para encontrarse en una parte de la casa en la que no había estado antes.

¡Genial! Estaba perdida y translúcida en su primer día en un nuevo país y un nuevo trabajo.

«Tienes treinta y dos años», rugió la voz de un hombre.

Grace chilló y se volvió hacia la puerta de donde había venido la voz.

«No me casaré», gritó una mujer en respuesta.

«Serás vieja y estarás sola, sin nada que esperar».

«Gano suficiente dinero. Cuando me sienta sola, adoptaré unas pocas docenas de niños».

«Eso no es suficiente».

«Está bien, abriré un orfanato».

«¡Eso no es suficiente!».

«¡Abriré un orfanato, un asilo de ancianos y un maldito zoológico!».

«Me niego a pagar por esas tonterías».

«Te acabo de recordar que yo gano mi propio dinero. Te estás volviendo senil y sordo con tu vejez».

«¡No le hables así!», intervino con firmeza una voz masculina y profunda.

Ella resopló. «Eres su pequeño apéndice. Su pequeño cachorro obediente».

«Quiero lo mejor para ti», gritó el primer hombre.

«Querías casarme cuando tenía dieciocho años. Querías deshacerte de mí lo antes posible».

«No fue así. Quería que te casaras porque eso es lo que hacen las chicas».

«Oh, cállate», espetó la mujer.

«Natasha», gruñó la voz del segundo hombre. «Discúlpate».

«Ni siquiera por ti, Veer», dijo en voz baja, salió de la habitación y se topó con Grace.

Ambas se miraron con cautela. Natasha era pálida, casi tan pálida como Grace, con el pelo castaño claro con mechas doradas y atado en un moño en la parte superior de la cabeza. Sus ojos delineados con kohl insinuaban que tenía sangre india. Llevaba una falda tubo negra combinada con una hermosa camisa de seda lavanda y tacones que la hacían parecer de más de un metro ochenta de altura. Estaba tan bien arreglada que el brillo casi engañaba a cualquiera y hacía pensar que era hermosa.

Los labios de Natasha se curvaron, obviamente no impresionada con lo que veía frente a ella. «Hola», dijo.

«Hola», dijo Grace miserablemente. «Estoy perdida. Lo siento».

Natasha miró el pecho de Grace y arqueó una ceja.

«Me mojé», murmuró Grace.

«Claramente», sonrió Natasha. «Y pensé que lo estaba pasando mal, pero las cosas parecen estar un poco peor para ti».

Una voz de hombre habló detrás de ella. «¿Con quién estás hablando?».

Grace se plantó fuerte en el suelo.

Veer apareció sobre ella. «Hola... ¡Ah, eres tú, la damisela de Dublín! ¿Conseguiste el trabajo?».

«Sí», Grace estiró cuidadosamente el cuello hacia arriba para mirarlo mientras mantenía su pecho firmemente pegado al suelo.

«Felicitaciones».

«Gracias».

«¿Qué te parece Mumbai?».

«Apenas llegué hoy».

«Debo darte los nombres de algunos lugares para visitar».

«Especialmente las cuevas de Ajanta Alora», sonrió Natasha.

«Gracias». Grace asintió con cautela.

«¿Qué está pasando?». Un anciano apareció a la vista.

«Estoy empezando a disfrutarlo». Natasha se cruzó de brazos y apoyó la espalda contra la pared.

«Ésta es...», Veer hizo una pausa, devanándose los sesos.

«Grace».

«Grace», la presentó Veer. «Está trabajando con el equipo del documental. Este es mi padre, Paramjeet».

«Ah, encantada de conocerla», Paramjeet frunció el ceño. «¿Tiene que inspeccionar el suelo para el documental?».

«No», dijo Grace débilmente.

«Entonces, ¿qué diablos está haciendo?», exigió Paramjeet.

«Está siendo respetuosa, papá», dijo Veer rápidamente. «Está aprendiendo sobre nuestra cultura. Está haciendo la postura de sashtang pranam. Se recuesta en el suelo y toca los pies de un anciano para recibir su bendición».

Los ojos de Paramjeet se suavizaron. «Ah, no es necesario. Por favor, levántese».

«No», jadeó Grace.

«Debo insistir. No necesita hacer esas cosas», la persuadió Paramjeet.

«No, no», Grace entró en pánico.

Natasha encendió un cigarrillo y lanzó anillos de humo al aire. «Debes levantarte. Mi padre no es anticuado en absoluto». Su indirecta estaba dirigida a su padre, no a Grace.

«Realmente no debo», rogó Grace.

«Aprende algo de ella», gruñó Paramjeet a Natasha. «Ni siquiera es india y está tratando de aprender nuestras costumbres y ser respetuosa mientras tú me soplas anillos de humo en la cara. ¡Apaga ese maldito cigarrillo!».

«¿O qué?», Natasha dio otra larga calada rebelde.

Veer intervino de nuevo. «Papá, ve a la biblioteca. Te acompañaré en un momento. No te preocupes por Grace. Le explicaré que no tiene por qué llevar las cosas a tales extremos».

Después de murmurar durante unos minutos más, Paramjeet se fue.

Veer se volvió hacia Grace. «Supongo que tienes una explicación».

Grace asintió con fervor y habló a toda prisa. «Me mojé. Quiero decir, fui al baño, me lavé la cara y me salpiqué, se me mojó el vestido, se volvió translúcido, luego me perdí, y ahora estoy aquí en el suelo, tumbada boca abajo para ocultar la parte translúcida porque...».

«¿Por qué?», él frunció el ceño.

«Porque eres un chico», susurró ella.

Él se sonrojó.

«¡Qué monada!», chilló Natasha. «¿Podemos quedárnosla?».

«No es un cachorro», dijo Veer, evitando la mirada de Grace.

«Vamos», dijo Natasha, arrastrando a Grace para que se levantara mientras Veer se alejaba a toda prisa. «Tengo un vestido que debería quedarte bien».

Cuando Grace finalmente se unió al equipo, nadie parecía haberla extrañado, salvo Mia, que arqueó las cejas al ver el vestido verde que llevaba puesto ahora.

Todos estaban ocupados tomando notas y probando la iluminación en la sala familiar donde iban a grabar algunas entrevistas para el documental.

Ella se quedó mirando a todos, sintiéndose inútil porque no sabía qué hacer ni cómo ayudar.

Ian no estaba contento con la organización. «Podría ser mejor con la luz de la mañana. Volveremos mañana y comprobaremos».

«Recojan», finalmente aplaudió y gritó, poniendo fin, afortunadamente, al largo, largo día.

# CAPÍTULO ONCE

A la mañana siguiente, una vez más se dirigían a toda velocidad hacia la casa de Veer. Esta vez habían salido de la casa de huéspedes después de las horas de tráfico, y las carreteras estaban vacías, la fresca brisa del mar y el persistente pretichor hicieron que el viaje fuera agradable.

«Si alguna vez necesitas que secuestren o roben a alguien, o si quieres que te salven de un traficante de drogas o incluso de un Don del hampa, entonces házmelo saber», anunció el conductor quince minutos después de haber iniciado el viaje.

«¿Cómo dices?», Mia frunció el ceño.

«Tengo contactos», dijo el conductor misteriosamente. «Y me gusta Grace... y he decidido convertirla en mi hermana pequeña».

«La conoces desde hace un día», señaló Mia.

«Ah, pero en el momento en que la vi, supe que teníamos una conexión kármica. En mi vida pasada, ella era mi hermana. Estoy seguro de eso. Quiero cuidar de ella. Ella es muy inocente».

«¿Y yo no lo soy?», Mia arqueó una ceja.

«Puedes cuidar de ti misma», dijo el conductor brevemente.

«Gracias», dijo Grace apresuradamente. «Te llamaré en cuanto necesite que alguien sea amenazado, hermano mayor».

El conductor se dio la vuelta y le sonrió.

«¡Cuidado con la carretera!», gritó Mia.

Un coche se desvió justo a tiempo.

«El destino», sonrió el conductor, señalando el techo. «No era nuestro día de morir, así que los dioses nos salvaron».

Cuando llegaron a la casa de Veer, Grace y Mia se detuvieron en el umbral por un momento. Podían oír el canto de los pájaros y el mar rompiendo en algún lugar cercano.

El jardín no era como un aburrido césped inglés tradicional; en cambio, era salvaje y exótico. Árboles frutales como plátanos, yacas y papayas crecían en los bordes, junto con buganvilias, jazmines y frangipani, llenando el aire con un aroma embriagador.

«Adentro», gritó Ian desde la puerta, y Grace lo siguió de mala gana.

En el salón, James, uno de los miembros del equipo, ya había instalado algunas luces.

«Enciéndelas», ordenó Ian mientras se dirigía al centro de la habitación.

James encendió el *flash*.

«La pelirroja y la rubia», gritó Ian.

Grace parpadeó confundida y Mia le dio un codazo en el hombro. «Son nombres de luces».

Ian miró una línea blanca en el suelo y frunció el ceño. «Grace, ven y párate a mi lado. Quédate detrás de la línea de tiza y no te atrevas a alejarte de ella. James, necesito algo de brillo en sus ojos. Saca el papel de aluminio. Ahora, Grace, muévete un poco a la derecha. Inclina la cabeza hacia arriba».

Grace obedeció.

«No, un poco más». Ian soltó un bufido, agarró su barbilla y le giró bruscamente la cara.

Se encontró frente a una pared llena de fotografías familiares en blanco y negro. Todos se veían miserables en las fotos. Vio a una joven Natasha con la boca llena de *brackets*, algunos

niños posando con un osito de peluche gigante y un hermoso bebé mirando con sospecha a la cámara.

Después de un momento, se dio cuenta de que Ian todavía no se había apartado de su lado. Se sintió incómoda y deslizó la mirada hacia la izquierda.

Él estaba mirando su lóbulo de la oreja.

Ella no creía que tuviera un lóbulo de oreja extraordinario.

¿Qué le pasaba?

Se movió, borrando deliberadamente la línea en el suelo.

«No te muevas de ese lugar», le gritó y fue a comprobar la composición en el visor.

Grace dejó escapar un suspiro de alivio. Ian enojado era normal; este Ian con respiración pesada y persistente no lo era.

«Ahora atenúa a amarillo», gritó Ian.

James obedeció.

De repente, Grace se encontró bañada en luz dorada mirando a Veer, que había aparecido cerca de la puerta.

Ella se congeló.

Él se congeló.

Ella bajó la mirada y se apartó un mechón suelto del cuello. Cuando volvió a levantar los ojos, él todavía la estaba mirando. ¿Tenía algo pegado en el pelo o eran migajas del desayuno de la mañana en su cara?

Se pasó una mano nerviosa por la falda, una delicada prenda color aguamarina que había encontrado en una venta. Empezó a sentir calor y no sabía si la razón eran las grandes luces o su extraña expresión. Su estómago empezó a dar un vuelco y empezó a arrastrarse hacia delante cuando Ian la detuvo.

«No te muevas», gritó.

«Señor». Un joven con anteojos gruesos y un bolígrafo que sobresalía de detrás de la oreja le dio un golpecito en el hombro a Veer. «Han llegado y lo están esperando en la sala de reuniones».

Veer inclinó la cabeza en su dirección, despidiéndose de ella en silencio.

Grace sonrió, luego se puso verde. Se tapó la boca con una mano y miró a su alrededor desesperada.

Mia señaló hacia el baño sin levantar la vista de las notas que estaba tomando.

Grace corrió más rápido de lo que había corrido en su vida.

«Creo que tienes una intoxicación alimentaria». La voz de Veer llegó desde fuera de la puerta del baño. He dejado medicamentos en el lavabo. Tómalo.

«Gracias», jadeó Grace.

«¿Estás...?», dudó. «¿Estás pálida de nuevo?».

«Soy cómodamente opaca», respondió ella en el tono más digno que pudo.

Él se rió.

* * *

Grace tenía fiebre. No había podido retener nada en todo el día, pero se arrastró de regreso a Prabha Koti a la mañana siguiente.

Sintiéndose débil y miserable, se quedó parada en un rincón mirando al equipo revoloteando de un lugar a otro como alcaudones bohemios ebrios de bayas alcohólicas. Estaban ocupados preparándose para la primera entrevista del documental, que iba a ser con Paramjeet.

Se estaban probando las luces, se estaban haciendo balances de blancos en las cámaras y el

técnico de sonido estaba colocando un micrófono en Paramjeet.

El equipo parecía ocupado y feliz. Podía ver la pasión en el rostro de todos y lo mucho que amaban sus trabajos. Las mejillas estaban sonrojadas, los ojos brillantes y Raj incluso estaba sollozando en un cojín de trabajo frente al espejo, abrumado por la emoción.

La esperanza colgaba en el aire como las burbujas de un árbol de Navidad. Este documental podría ganar premios, volverse viral y alentar a otras empresas a contratarlos a un precio ridículamente alto. Dentro de unos años, podrían estar sentados en sus casas sobre una pila de dinero, agarrando un Oscar y contemplando la jubilación.

«No voy a dejar que una criatura meta su mano bajo mi camisa», rugió Paramjeet.

«Tenemos que sujetarlo a su cuello desde dentro», chilló el técnico de sonido. «Y no podemos dejar que se vea el cable».

«No me importa. Nadie va a deslizar una mano dentro de mi camisa mientras la llevo puesta».

«Hágalo usted, señor. Le explicaré cómo hacerlo». El pobre temblaba.

Ian se sentó con una lista de preguntas frente a él. Sus dedos tamborileaban sobre los papeles con impaciencia mientras conseguía que sus labios se estiraran en algo parecido a una sonrisa.

Grace nunca lo había visto sonreír antes. Parecía un poco espeluznante. El Ian enfadado era, con diferencia, la mejor versión de él.

Ranjeet Singh, el hijo mayor de Paramjeet, entró en la habitación. Podría ser guapo si no tuviera los ojos inyectados en sangre, la barba rebelde afeitada y el pelo menos desordenado. Llevaba una camisa de lino blanca arrugada, pantalones de montar marrones, botas de cuero marrones y un pañuelo de colores que sobresalía del bolsillo delantero.

Parecía desaliñado, pero con estilo.

«Papá, no encuentro a Ramdas», dijo arrastrando las palabras.

«Pregúntale a Veer», dijo Paramjeet, con las manos ocupadas ajustándose los gemelos.

Ranjeet sacó la lengua y sopló una pedorreta silenciosa.

«Vuelve a meter la lengua», espetó Paramjeet.

«¿Tienes ojos en la nuca?».

«No, tengo la ventaja de ser viejo y tener experiencia».

«No encuentro a Veer».

«¿Qué quieres con Ramdas? ¿Más dinero?», murmuró Paramjeet. «Si fueras a la oficina podrías ganar algo».

«Tengo un fondo fiduciario. No necesito trabajar. Y tal vez deberías airear tu decepción conmigo en privado. No es necesario que lo anuncies al mundo».

«Tienes cuarenta años», gruñó Paramjeet. «Cuando tenías veinte estaba bien vivir de tu herencia, pero ten un poco de vergüenza y madura».

«Todavía soy joven de corazón», dijo Ranjeet dándose una palmada en el pecho y sonriendo con picardía. «Tienes que renunciar a tu sueño de Bollywood. Eres demasiado viejo para ser un héroe».

«Soy un artista. Un actor».

«Y yo soy un mapache brillante y fragante», espetó Paramjeet.

«No tiene sentido hablar contigo. Lo encontraré yo mismo», dijo, girando sobre sus talones.

Ian esperó unos minutos, dejando que la tensión se disipara antes de comenzar la entrevista.

Silencio, cámara, acción.

Ian se inclinó hacia delante en su asiento. «Comencemos por el principio».

«¿El principio de qué?», preguntó Paramjeet irritado.

«El principio de su vida», respondió Ian con dulzura.

«Supongo que lloré».

«¿Lloró?».

«Y me dieron una nalgada».

«¿Cómo?».

«Así es como nacen todos los bebés. ¿No?».

«No, no. No tan atrás».

«Entonces, ¿cuánto tiempo atrás?».

«Bueno, ¿qué tal la escuela?».

«Cuando tenía tres años fui a un preescolar por primera vez. Recuerdo que entré con una botella de leche. Los otros niños se rieron, y volví a casa y tiré la botella a la basura. Nunca más bebí de un biberón. Mi madre solía contarme esta historia».

«¿Tal vez podamos avanzar un poco hasta sus años de adolescencia?», dijo Ian con irritación.

«Tal vez deberías ser más específico con tus preguntas».

«No hay nada malo con mis preguntas».

«No hay nada malo con mis respuestas».

«No puedo meterme en su coco y adivinar la historia de su vida. Necesita que...».

«¿Coco?».

«Cabeza».

Paramjeet se retorció el bigote blanco como la nieve. «¡Ja! Ni siquiera hablas inglés correctamente. No me extraña que tus preguntas sean terribles».

Ian se pasó una mano por la cara sudorosa.

Grace comenzó a buscar el control remoto para bajar la temperatura del aire acondicionado.

«¡Grace!», Ian gritó de repente.

El control remoto se le resbaló de los dedos. «¿Sí?», agregó “señor” en su cabeza.

«Ven y haz las preguntas».

La conmoción recorrió al equipo.

Habían volado miles de kilómetros, habían gastado quién sabe cuánto dinero e Ian le estaba pidiendo a una novata que hiciera el trabajo más importante.

Algunos de los miembros del equipo comenzaron a murmurar entre ellos. Mia los hizo callar, aunque no parecía más convencida por la decisión de Ian.

Grace esperó a que alguien se riera y le dijera que esto era una broma. Nadie lo hizo.

«Vamos», espetó Ian con impaciencia.

No tenía elección. Se puso de pie y caminó hacia la silla que estaba frente a Paramjeet. Le ofreció una sonrisa nerviosa.

«Grace», dijo Paramjeet con voz suave. «Te recuerdo. Realizaste el shataangpranam, el mayor respeto que se le puede mostrar a un anciano. ¿Cómo estás?».

Grace se sentó en el borde de la silla. «Estoy bien. Más o menos. La comida no me ha sentado bien».

«Haré que mi cocinero envíe comidas a tu hotel a partir de ahora. ¿Es la primera vez que entrevistas a alguien?».

Tragó saliva y asintió.

Paramjeet se inclinó hacia delante y le dio una palmadita en la mano. «No te preocupes, estarás bien».

Ian le entregó a Grace una lista de preguntas. Olía a menta, té Earl Grey y queso azul.

«¡Silencio, cámara, acción!», gritó en su oído.

Grace tragó saliva y miró fijamente la hoja de papel. Las palabras flotaban y se fusionaban,

volviéndose incomprensibles.

Miró a Mia desesperada. Deseaba estar preparando té y café para el equipo, o subiendo y bajando el aire acondicionado, o tomando notas de la reunión. No estaba preparada para esto.

«Adelante», la instó Paramjeet con suavidad.

Mia asintió, pero sus ojos permanecieron escépticos.

Grace respiró profundamente y formuló la primera pregunta que se le ocurrió. «¿Cuál fue el primer producto que vendió?».

Paramjeet se relajó en su asiento. «Ah», recordó con cariño. «Fue Miswak».

«¿Miswak?».

Sonrió y sus ojos se centraron en algún recuerdo lejano. «Eso es lo que habían preguntado».

Grace esperó a que dijera algo más.

«Mi padre era sastre en un pequeño pueblo llamado Randhol, en las afueras de Mumbai. Solía ayudarlo después de la escuela. Cuando cumplí quince años, mi padre me envió a Mumbai para quedarme con mi tío durante unos meses. Mi tío era el chofer de una familia adinerada y a mí me encantaba sentarme en el asiento delantero del auto blanco Ambassador, sintiendo la brisa del mar en mi cabello mientras llevábamos a la familia a todos lados. Los miembros de la familia nunca parecían notar mi presencia ni la de mi tío. Le decían a dónde ir, luego se sentaban y conversaban entre ellos en un inglés fluido como si nadie los estuviera escuchando».

«¿Escuchaba a escondidas?», preguntó Grace.

«¿Lo habrías hecho tú?», él arqueó una ceja.

«Por supuesto», respondió ella de inmediato.

Él sonrió. «Yo también lo hacía, cada vez que tenía la oportunidad. Solían enseñar inglés en mi escuela. No muy bien, pero podía captar el significado de sus conversaciones. Me parecía fascinante. Era una ventana al mundo de los ricos. Entonces, un día, las dos hermosas hijas del jefe iban a salir a almorzar. De repente, me notaron y me gritaron.

«Oh, Dios mío, ¿por qué estás masticando un palo? ¡Fuchi!».

Grace sonrió ante su imitación de las mujeres.

Él le devolvió la sonrisa. «Yo era un muchacho joven y no estaba acostumbrado a la atención femenina. Al ver que me estaban mirando, me puse rojo como jitomate».

«Es miswak», les dije mortificado.

«¿Qué es eso?», preguntaron.

«Un palillo de limpieza», les dije. «Se parte una ramita del árbol de miswak y se mastica el extremo hasta que se deshilacha, luego se frotan los dientes con él».

«¿Un cepillo de dientes natural?», preguntaron fascinadas. «¿Tienes más?».

Les dije que tenía una docena en mi bolso.

«Se los llevaron todos y me pagaron generosamente. Me sorprendió que algo que había obtenido gratis me hubiera hecho ganar más dinero del que había ganado en un año trabajando para mi padre».

«¿Y ese fue el comienzo?», preguntó Grace, intrigada.

Él asintió. «Ese fue el comienzo. Las chicas me buscaron más tarde en la semana y me dijeron cuánto les habían encantado a sus amigas los palitos. Les había encantado el hecho de que fuera completamente natural y no tuviera químicos ni tintes desagradables. Me rogaron que les consiguiera más. Y así, comencé a enviar miswak por correo a las chicas de Mumbai, desde mi pequeño pueblo. Poco a poco, se fue extendiendo la voz. A los dieciséis años, de repente estaba ganando más dinero que mi padre. Pero no estaba satisfecho. Empecé a plantar árboles de miswak en un trozo de tierra que había alquilado a un granjero. Pronto estaba viajando a Mumbai

y a Pune todos los meses para entregar las ramitas a varias personas.

«¿Y luego?».

«Un día, un amable cliente me dijo que debería acercarme a la tienda de paan que está al lado de su casa. Las tiendas de paan son las pequeñas tiendas que se ven en cada esquina y que venden dulces y hojas de betel».

Grace asintió. «Las he visto. Compré una botella de agua en la que está cerca de nuestra casa de huéspedes».

Paramjeet se aclaró la garganta y continuó. «Seguí su consejo y convencí a una tienda de paan para que los tuviera. Se corrió la voz y más tiendas comenzaron a pedirme que se los proporcionara».

«¿Por qué cree que se hicieron tan populares? ¿Tienen buen sabor?».

«Tiene un sabor horrible. Pero Bombay, como antes se llamaba, estaba cambiando rápidamente. La gente había empezado a migrar de los pueblos a Mumbai en busca de trabajo, y el ritmo de vida acelerado de la ciudad les hacía sentir nostalgia de tiempos más sencillos, y los palitos les recordaban su hogar.

«Aparte de eso, la gente había empezado a desconfiar de los productos químicos, ya que muchos niños en edad escolar habían muerto tras consumir alimentos mezclados con fertilizantes venenosos, mientras que ciertos productos de limpieza habían quemado a cientos de amas de casa. Salió en todas las noticias».

«Pero usted sabía que esta moda no duraría mucho, así que rápidamente empecé a vender también henna natural. Un día me di cuenta de que había ganado suficiente dinero para abrir una tienda».

«Y la única tienda se convirtió en muchas», dijo Grace encantada.

Él sonrió ante su entusiasmo infantil. «Exactamente. Me diversifiqué con otros productos naturales. Hice jabón natural, henna e incluso pasta de dientes normal, para aquellos que pensaban que el palito era demasiado rústico».

«‘Blooming Fresh’ es el nombre de su marca de pasta de dientes», dijo Grace. «Recuerdo haber leído sobre ella. Y su eslogan es ‘Frota, Talla y Brilla’».

«Ha hecho su tarea, señorita».

Se puso colorada ante el elogio. «Así es como se convirtió en uno de los hombres más ricos de la India».

«Pero en el fondo sigo siendo un humilde hijo de sastre», se rió entre dientes. Todavía me gusta la comida sencilla, las cómodas camisas de algodón y las sandalias de cuero. Nunca seré un hombre de traje».

«Todo natural, como sus productos», Grace le devolvió la sonrisa.

Se oyó un sonoro aplauso detrás de ellos, y Grace se sobresaltó al darse cuenta de que la entrevista había terminado. Ella se había enfrascado tanto en su historia que había olvidado dónde estaba y qué estaba haciendo.

Una mirada a las caras radiantes le indicaba que lo había hecho bien. El equipo rodeó a Grace felicitándola por un trabajo bien hecho.

Ian le dio una palmada en la espalda y dijo, «sabía que serías útil».

James miró a Ian con admiración. «¿Cómo sabías que lo lograría?».

Ian se reclinó en su silla de director y los miró con aire de suficiencia. «Tiene el tipo de rostro que invita a las confidencias. Supe en el momento en que la conocí que sería útil para entrevistar a una persona difícil. Es como una rata blanca delicada. Tuve una cuando era niño. Era gentil e inofensiva, la rata, e incluso al niño más ansioso de mi clase no le importaba agarrarla».

James se sonrojó. «Es bonita y dulce, y su rostro de alguna manera invita a las confidencias. Nunca podrías temerle a ese rostro..., en cambio, quiero pellizcarle esas mejillas y…», se aclaró la garganta.

Ian sonrió. «¡Exactamente! Solía contarle a mi rata todos mis secretos. Murió joven», frunció el ceño. «De todos modos, Paramjeet se ablandó ante su nerviosismo e hizo lo posible por tranquilizarla. Respondió con más fluidez, naturalidad y gentileza de lo que lo habría hecho de otra manera».

«¿Terminamos con él?», preguntó Raj.

«No, tenemos que entrevistarlo una vez más en algún momento. A continuación, tenemos que prepararnos para entrevistar a Ranjeet».

«Otro difícil», comentó Mia.

«Pero nos aseguraremos de que todo salga bien», dijo Ian con una voz que no admitía argumentos. «Después de todo, tenemos un arma secreta... Nuestra dulce, dulce Grace».

# CAPÍTULO DOCE

El olor a pescado seco se había adherido al taxi. Condujeron por la calle angosta llevando consigo una niebla invisible de gambas y palometas.

Grace sacó un aerosol facial de neroli y madera de cedro y se roció como una loca.

«Lo estás empeorando», se quejó Mia. «Ahora olemos a pescado en salsa de naranja».

Grace no respondió. Estaba conservando su oxígeno ya que estaba tratando de inhalar lo menos posible.

Bunty no parecía afectado. «Unos días más y no notarán el olor», les prometió. «Además, una vez que giremos al final de este carril, el hedor desaparecerá».

Grace clavó la mirada en el final de la calle. Estaban atrapados en el tráfico, como siempre, y su taxi avanzaba lentamente.

Había estado en Mumbai durante más de una semana y finalmente estaba comenzando a raspar bajo la superficie y a comprender la ciudad y su gente. No podía negar la pobreza que la rodeaba, pero podía ver que, a pesar de las dificultades, la gente parecía vivir el momento y, en un día, tenían cientos de pequeños momentos felices que superaban a los malos.

La vida aquí era impredecible. Todos los días, la ciudad colocaba trampas explosivas para sus residentes o les lanzaban bolas curvas en el camino. Vivían sus vidas saltando y esquivando lo inesperado, tratando desesperadamente de sobrevivir.

Y debido a esta existencia caprichosa, nadie en Mumbai tenía un aspecto aburrido y automatizado.

Por las mañanas, la gente no arrastraba sus cuerpos envueltos en ropas incoloras por las calles como si estuvieran cansados de la monotonía de la vida. En cambio, celebraban la vida vistiendo los colores más brillantes que podían conseguir. Sus ojos estaban alerta y agudos, sus pies ágiles y sus manos expresivas mientras charlaban por las calles listos para saltar del camino de una vaca o espantar a un ansioso perro callejero o esquivar las salpicaduras de barro de los neumáticos que pasaban a toda velocidad.

Si los observaba lo suficiente, notaría un cierto brillo en ellos, como si hubieran encontrado paz y felicidad en medio del caos. Vivían en el ahora, el ahora que la gente de su mundo parecía buscar desesperadamente en clases caras.

Bunty voló sobre un reductor de velocidad y aterrizó con un golpe seco. Grace sacó el sándwich que aterrizó en su cabeza y se giró una vez más para observar la bulliciosa ciudad.

Notó una tienda más adelante con un gran letrero que decía: “*Licker, chilled bier and English whine”*.

Nombre extraño, reflexionó, ya que la traducción de *bier* era el marco móvil sobre el que se colocaba un cadáver. ¿Pero *chilled bier*? Tal vez enfriaban al cadáver para evitar que se pudriera. *English whine*... Era gemido inglés, ¿sería que gemían como los ingleses cuando alguien moría? ¿Se ofrecían a llorar? ¿Y por qué ingleses? ¿Eran particularmente quejicas? Y *licker*... Frunció el ceño. Eso sonaba simplemente extraño.

Se acercaron un poco más a la tienda y ahora podía distinguir las botellas en los estantes.

*¡Oh! ¡Se referían a licor, cerveza helada y vino inglés!*

Varios hombres sospechosos acechaban fuera de la tienda. Unos cuantos más compraban

botellas de alcohol en voz alta y arrastrando las palabras. No era el tipo de lugar en el que le hubiera gustado estar.

«¿Todas las tiendas que venden alcohol son así de aterradoras?», le preguntó Grace a Bunty.

«Básicamente. Las mujeres rara vez compran alcohol aquí».

Grace recordó a Mia regañando a Ian por pedirle a Grace que comprara whisky para el equipo.

«Mia», reflexionó. «¿Has estado en la India antes?».

«Sí, muchas veces», respondió secamente. «Mi padre es indio».

Grace parpadeó. No era de extrañar que Mia pareciera saber qué hacer, cómo vestirse, qué esperar. La miró fijamente, tratando de encontrar algo que pudiera marcarla como india. Tal vez sus hermosos ojos almendrados podrían considerarse indios.

Grace se preguntó si Mia le había impedido deliberadamente conseguir el alcohol ese día por esta razón.

Se echó la trenza por encima del hombro con fastidio. No podía entender si a Mia le gustaba o no. ¿Serían amigas alguna vez? ¿Tenía amigos? Lo dudaba, ya que parecía detestar a los seres humanos.

Doblaron la esquina, dejando atrás el olor a pescado y el tráfico pesado. Unos minutos después, estaban estacionados nuevamente afuera de Prabha Koti.

Toda la familia de Veer se había reunido en el césped a pesar de que lloviznaba.

Paramjeet era el único que estaba de pie en la terraza protegida con un chal beige envuelto alrededor de su hombro huesudo, pero incluso él había estirado los brazos para atrapar las gotas de lluvia en sus palmas.

Veer estaba de pie frente a Paramjeet, su camisa blanca completamente empapada y pegada a su espalda musculosa. Gotas de agua brillaban en su cabello oscuro y sus largas pestañas.

Grace apartó la mirada de él y se concentró en Ranjeet, que estaba descansando en los escalones de la terraza cantando una suave canción popular. Un hombre de mediana edad con mejillas caídas y un bigote aceitoso estaba sentado a su lado.

Tres hermosas mujeres se reían en medio del jardín. Reconoció a Natasha, la hermana de Veer. La anciana de cabello rubio debía ser la madre de Veer, mientras que la tercera, ligeramente regordeta, debía ser la esposa del hijo del medio.

Dos niños pequeños llegaron corriendo por la esquina. «Llueve, llueve, llueve», cantaban, mirando al cielo.

Como si fuera una respuesta a su inocente súplica, los cielos se abrieron y la llovizna se convirtió en un fuerte aguacero que en minutos los empapó hasta los huesos a todos.

Grace, que había estado acalorada y sudorosa un momento antes, tembló con la brisa fría, su vestido de algodón verde se le pegó a la piel.

Mia lucía elegante incluso mientras le llovía. Tenía la cabeza echada hacia atrás como si no pudiera evitar disfrutar de la sensación de la cálida lluvia monzónica y la suave brisa marina.

Pronto Grace apenas podía ver. La cortina de fuerte lluvia seguía metiéndose en sus ojos y obstaculizaba su visión.

La familia se estaba riendo ahora. Las mujeres estaban bailando y Ranjeet alzó la voz para cantar por encima de la lluvia atronadora.

«Se han vuelto locos». Grace escupió un buche de agua. «¿Por qué se comportan como si el sol estuviera afuera?».

«Para ellos, el sol está afuera», respondió Mia. «Después de meses de calor y humedad, los monzones significan un respiro. Aquí siempre hace sol, así que lo que más aprecian es la lluvia».

«Oh», dijo Grace, volviéndose para mirar a la familia. Parecía que se estaban divirtiendo. Para una forastera como ella, parecían muy unidos.

Veer los vio merodeando cerca del taxi y les hizo señas para que se acercaran y se unieran a él.

Mia sacudió la cabeza y entró corriendo en la casa.

Grace la siguió de mala gana. Quería unirse a la familia y bailar, pero sabía que sería entrometerse en un momento personal.

Se volvió una última vez para mirar a Veer. Él ya la había olvidado y estaba derribando a uno de los niños al suelo. Los dos estaban cubiertos de barro, y ninguno de los mayores se opuso, sino que los animó.

Una familia muy feliz, concluyó Grace ingenuamente, y arrastró los pies hacia el interior.

* * *

«Un poco de historia sobre Ranjeet», dijo Ian.

Estaban todos sentados en el suelo de la sala familiar, ya que habían quitado los muebles para dejar espacio a las grandes luces del estudio. Solo había dos sillas cerca de la ventana para la entrevista.

Ahora había tormenta afuera y las densas nubes oscuras habían velado el sol, dejando pasar solo una luz gris acuosa. Tuvieron que esperar a que el ruido y la luz se apagaran para comenzar la entrevista, pero hasta entonces, Ian los había reunido para una reunión rápida.

Se paró en el medio de la habitación, su voz rebotando en las paredes vacías mientras hablaba. «Estoy seguro de que has leído toda la literatura sobre la familia, pero creo que es necesario un pequeño repaso. Además, he descubierto más información... Ahora bien, el primer matrimonio de Paramjeet fue arreglado. Su padre había elegido a la novia. Fue un matrimonio desastroso, lleno de ira y amargura. Sus dos hijos mayores son de su primera esposa. Estaba ocupado trabajando cuando eran niños y nunca formó un vínculo con ellos. Después de la muerte de su primera esposa, se enamoró de una mujer irlandesa. Fue un escándalo. Un hombre de negocios alabado por sus valores de clase media que se casara con una extranjera fue lo peor que Paramjeet pudo haber hecho. Ese año las acciones de su empresa cayeron drásticamente y casi perdió su empresa».

«Pero no perdió la empresa», comentó James.

«Bien hecho», dijo Ian sarcásticamente. «Brillante deducción».

«¿Y luego qué pasó?», lo animó Raj.

«Luego trabajó duro y algunas buenas relaciones públicas hicieron que su empresa volviera a funcionar. Pronto tuvo dos hijos más. Un niño y una niña llamados Veer y Natasha».

«¿Cómo se llaman sus hijos mayores?», preguntó James.

«¿No leíste el archivo?», se abalanzó Ian.

«Soy el chico de iluminación», James se encogió de hombros. «No necesito leer archivos gordos llenos de aburrida historia familiar».

Ian frunció el ceño, pero no discutió. «Ranjeet Singh es el mayor. Quería ser actor de Bollywood. Ha desperdiciado su vida persiguiendo su sueño y nunca ha puesto un pie en una oficina ni se ha casado. Y el otro», Ian frunció el ceño, «se llama Cuckoo Singh. Trabaja en Karbon, pero no muy bien. Parece dejar que Veer asuma toda la responsabilidad y dirija la empresa. Es mejor siguiendo órdenes que dándolas».

«Cuckoo Singh», soltó una risita James.

[Nota de la Trad.*: "Cuckoo" significa loco, chiflado*]

«Tiene dos hijos», continuó Ian, «llamados Pinky y Sunny. Y el nombre de su esposa es...

Cookie Singh».

El equipo estalló en carcajadas.

«¿Qué es tan gracioso?», preguntó Ranjeet, entrando en la habitación.

«Ian», balbuceó James.

Ranjeet sonrió. «Uno no lo pensaría, mirando su cara de amargado».

«Aún llueve afuera, pero estoy seguro de que podemos trabajar con eso».

Ian miró fijamente al técnico de sonido, desafiándolo a discutir.

Roger, el técnico de sonido, movió la cabeza de un lado a otro.

«¿Sí o no?», preguntó Ian irritado.

«Es el gesto indio de asentir con la cabeza, jefe», rió Roger. «Significa que tal vez. Creo que lo he perfeccionado».

«Lo has perfeccionado», dijo Ranjeet con admiración.

Un sirviente entró en la habitación con una bandeja.

«Ah, mi whisky», dijo Ranjeet, tomándolo de la bandeja. «¿Alguien más quiere beber algo?».

Grace miró el reloj gigante de pared. Eran las tres de la tarde.

El equipo sacudió la cabeza con tristeza y rápidamente preparó la habitación para la entrevista.

Ian tomó el cuestionario y se sentó en la silla.

¡Silencio, cámara, acción!

«Antes de comenzar», interrumpió Ranjeet, «me gustaría cantar para todos ustedes».

Ian se quedó con la boca abierta.

«Algo para su entretenimiento», continuó Ranjeet, quitándole una guitarra a otro sirviente que había aparecido a su lado.

«Esto es un documental, no una película». Ian se reclinó en su asiento luciendo inseguro por primera vez.

Ranjeet guiñó el ojo con picardía y sus ojos comenzaron a bailar con humor. «Aún así». Rasgueó las cuerdas con los dedos. «Me gustaría cantar para su equipo».

Ian juntó los labios y se reclinó en su asiento.

Ranjeet tomó eso como su consentimiento y, fijando sus ojos en Ian, comenzó a cantar una dulce y melodiosa canción.

Ian comenzó a moverse incómodo. Sonaba como una canción de amor en punjabi.

Ranjeet cantó con todo el corazón e Ian se puso cada vez más nervioso a medida que pasaban los minutos.

Los párpados de Ian empezaron a temblar y su brazo izquierdo empezó a contraerse, pero la mirada de Ranjeet permaneció firmemente fija en el rostro de Ian.

Y cuando terminó, Ranjeet estaba rojo por el esfuerzo e Ian había perdido el poco color que le quedaba.

El equipo aplaudió con entusiasmo. Nadie había entendido una palabra, salvo quizás Mia, pero, de todos modos, había sonado encantador.

Grace miró a Ranjeet especulativamente. El hombre era extremadamente inteligente. En un movimiento rápido, se había ganado al equipo y le había arrebatado el control a Ian. Había dejado en claro que esta era su casa y que podía hacer lo que quisiera. Y si eso significaba cantar cuando le apeteciera, que así fuera.

«¿Ahora podemos empezar, Ranjeet?», preguntó Ian, con la voz cargada de irritación.

«Claro, pero llámame Ranjo», respondió Ranjeet, tomando un sorbo de whisky.

Ian lo miró burlonamente. «¿Quieres convertirte en actor de Bollywood?».

Ranjeet sonrió. «Sí, quería. Creo que ya no puedo. Soy demasiado viejo. Ahora me conformaré con cualquier papel».

«Tu padre desaprueba tu interés. ¿Eso te molesta?».

«Si intentara dirigir su negocio, lo arruinaría en poco tiempo. Veer lo disfruta. No tengo ningún problema en dejarle dirigir la empresa».

«Escuché que tu padre está enfermo», comentó Ian.

«Se está muriendo», aclaró Ranjeet sin un ápice de cambio en su expresión.

Ian frunció el ceño. «¿No te gustaría hacer lo que él dice mientras esté vivo? ¿Solo para hacerlo feliz?».

Ranjo se inclinó hacia delante. «¿A qué se dedica tu padre?».

«Es granjero».

«¿Por qué no dejas tu trabajo de director y te dedicas a cacarear con las gallinas y mugir con las vacas y lo que sea que hagas en una granja? Estoy seguro de que es viejo y algún día morirá. Eso lo haría feliz».

«Pero yo...», Ian se mordió el labio.

«¿Tienes un trabajo de verdad?», Ranjeet adivinó correctamente. «No necesito un trabajo de verdad. Tengo más dinero del que puedo gastar. No tengo esposa ni hijos. Solo tengo dos amores en mi vida: mi whisky y las películas».

«¿Por qué las películas?».

«Un actor puede vivir muchas vidas diferentes. Mi vida es aburrida. No me pasa nada emocionante. Un hombre trabaja por comida, alojamiento, honorarios médicos y bienes materiales. Yo ya tengo todo eso. Nunca podré experimentar la verdadera angustia, el hambre y la incertidumbre... la emoción salvaje de un trabajador común. A menos que interprete su papel. La gente en el mundo vive la vida. La satisfacción que obtienen cuando pagan el alquiler o cenan fuera después de trabajar duro es algo que solo puedo imaginar. Quiero vivir como ellos, y una forma de hacerlo es meterme en la piel de otro personaje. En otras palabras, actuar».

«Renuncia a tu herencia», sugirió Ian bruscamente.

«No soy tan noble ni tan tonto como para renunciar a todo mi dinero solo para ver cómo se siente. No, prefiero seguir interpretando el papel que sufrir de verdad», sonrió Ranjeet, aunque la aparición repentina de un atractivo hoyuelo en la frente no hizo nada para ocultar la tristeza que lo envolvía.

Ian se inclinó hacia delante en su asiento. «Pero pasar noches de fiesta no te ayudará a lograr tu objetivo».

Grace tomó un sorbo de agua. Estaba claro que a Ian no le agradaba el hombre.

«No, pero es divertido», respondió Ranjeet cortésmente.

«Actuaste en dos películas», dijo Ian, revisando sus notas. «Hace diez años. Fueron un fracaso estrepitoso».

«Estoy consciente de que protagonicé dos películas que fracasaron», comentó Ranjeet sin inmutarse.

Ian parecía molesto porque su último comentario también había fracasado.

Alguien llamó a la puerta y terminó la entrevista.

«Y se acabó», dijo Ian, levantándose. Sabía que no obtendría nada más de ese hombre.

Entró un montón de sirvientes con platos de refrigerios.

El equipo se animó al ver samosas, té, café y bebidas frías que Ranjeet había ordenado para ellos.

Una vez que guardaron las luces y las cámaras, Ranjeet se convirtió en un anfitrión

maravilloso que los deleitó con historias extravagantes sobre los ricos y famosos.

Grace pensó que era extremadamente carismático y agradable. Lástima que no estuviera casado y tuviera hijos. Habría sido un padre maravilloso.

La sorprendió mirándolo y movió las cejas, haciéndola reír.

Realmente era una lástima que no estuviera casado, pensó de nuevo. Ojalá pudiera encontrarse la esposa perfecta para él...

# CAPÍTULO TRECE

James, el chico de la luz, había descubierto una alberca en los terrenos de Prabha Koti. Ian pensó que sería un bonito telón de fondo para entrevistar a Natasha, así que envió a Mia y Grace a buscarla.

Después de preguntar a algunos sirvientes, encontraron una puerta trasera que conducía a un jardín oculto. Estaba junto a las cómodas habitaciones de servicio con vistas al mar.

Al principio, Grace había encontrado un poco desconcertante que los sirvientes limpiaran, cocinaran y recogieran los desechos de la familia, pero poco a poco se dio cuenta de que estaban agradecidos por el trabajo.

Mia le informó de que ganaban lo suficiente para enviar a sus hijos a una escuela privada y, después de eso, les quedaba dinero para enviar a casa a sus padres pobres. Así que no se trataba solo de una o dos personas a las que se les pagaba un salario; Prabha Koti estaba manteniendo a muchas, muchas familias. Sin sus trabajos, vivirían en las calles mendigando comida o teniendo una vida de pobreza absoluta en aldeas rurales.

Había notado que Veer se dirigía afectuosamente a los sirvientes y les preguntaba por su salud, e incluso el tono de Natasha se suavizaba cuando hablaba con sus doncellas. Los sirvientes habían vivido con ellos durante años, y se podía ver cuánto los respetaban y los trataban como parte de la familia.

Se sintió un poco hipócrita al juzgarlos cuando ella también se había alojado en hoteles y disfrutado de un servicio similar.

Encontraron la puerta de madera que conducía al patio trasero con bastante facilidad. La abrieron y se encontraron en un jardín tropical impresionante.

La hierba ondeaba con la brisa como si alguien hubiera sacudido una alfombra gigante hecha de terciopelo verde oscuro. Las hojas gigantes de taro ofrecían sombra a las hojas moteadas del caladio rojo, las trompetas amarillas bailaban entre los lirios de cana color crema, los jazmines de floración nocturna y los hibiscos de color rojo intenso. El follaje espeso y brillante se suavizaba con delicados helechos, mientras que los escalones de piedra gris, apenas visibles entre el musgo y la vincapervinca, conducían a una pared cubierta de masas de flores de papel de un árbol de buganvilia.

Era exuberante, verde y vibrante; algo que uno no esperaría en una ciudad polvorienta y abarrotada como Mumbai.

Caminaron lentamente por el jardín en busca de la alberca. Grace vio un letrero torcido hecho por uno de los niños. Le dio un codazo a Mia y asintió con la cabeza hacia él con una risita.

Se leía: “*Lovely poo for splashing about*”. (Encantadora popó para chapotear).

Se habían olvidado de la L en ‘pool’ y ninguno de los mayores lo había corregido.

Mia apartó la cara.

«¡Ajá! Estás sonriendo», exclamó Grace. «Vi tu sonrisa dentuda».

«No es verdad».

«Sí, lo es. La vi. Sabes que puedes reírte, y me alegra ver que tu sentido del humor es tan infantil como el mío».

«Vamos, veamos dónde podemos colocar la silla», dijo Mia tratando de volver al modo de

trabajo.

Pero era demasiado hermoso el lugar para sentir que estaban trabajando.

Justo en el medio del jardín encontraron la alberca hecha de rocas naturales. El agua azul verdosa parecía fresca y tentadora, y Grace quiso quitarse los pantalones cortos y la camiseta amarilla y zambullirse en ella.

«Quiero ir a Europa», la voz de Natasha cortó la paz.

«Entonces ve», respondió Veer con brevedad.

«Deberíamos avisarles que estamos aquí», susurró Mia.

«Oh, cállate, escuchemos», dijo Grace, acercándose lentamente a la puerta donde Veer sin duda estaba de pie.

«Tu moral es dudosa», le susurró Mia al oído.

«¿Y qué?», Grace arqueó una ceja.

«Oh, tú ve», se quejó Mia.

Grace inclinó la cabeza y se concentró.

«Ven conmigo», suplicó Natasha.

«No».

«Por favor».

«No».

«Necesito compañía».

«No voy a dejar que me arrastren por las tiendas europeas», la deliciosa voz de Veer flotó en la brisa marina.

«Podrías jugar al golf mientras yo voy de compras».

«Tengo un negocio que dirigir».

«Solíamos ir todos los veranos».

«En ese entonces estudiaba. Ahora tengo responsabilidades».

«Todos te tratan mal. Papá, Ranjeet, Cuckoo... todos», comentó Natasha. «Trabajas como un perro mientras ellos gastan el dinero que ganas».

«Me gusta trabajar».

«Necesito un descanso de papá. Estoy harta de él. Me ha estado pidiendo que deje mi trabajo de nuevo y me dedique a la caridad en su lugar porque cree que eso es lo que hacen las chicas de familias decentes. Es tan arcaico que deberíamos ponerlo en un museo. Su cabeza debe estar llena de madera vieja y moscas.

«No iré. Sigues diciéndome que no me deje intimidar por la familia y ahora tú... ¿Grace?».

Grace saltó de su piel. Había estado tan absorta en la conversación que nunca se dio cuenta de que se estaban acercando. Miró a su alrededor en busca de Mia y la encontró mirándola descaradamente desde el otro lado del jardín.

«No estaba escuchando», gritó Grace.

«Nunca dijimos que lo estuvieras haciendo», respondió Natasha con sospecha.

«Estábamos buscando un lugar para una entrevista. Pensamos que la alberca sería un bonito telón de fondo», explicó Grace.

«Tampoco pedimos una explicación», respondió Natasha secamente.

«Deja de intentar asustarla», dijo Veer, colocando una mano sobre el hombro de Grace.

Grace se quedó paralizada, con los ojos clavados en su mano. Su piel cobró vida en el lugar donde él la estaba tocando.

Él pareció sentir algo extraño también cuando bajó la mano y rápidamente dio un paso atrás. Sus ojos volaron hacia su rostro.

Ella lo miró fijamente, sintiéndose confundida.

«¡Qué lindooos!», gritó Natasha, rompiendo el contacto visual entre ellos. «Los dos», dijo, moviendo una mano entre ellos, «son adorables».

Veer se sonrojó. «Cállate, Natty».

«Ven conmigo, Mia, dejémoslos solos», rió Natasha. «¿Qué champú usas? Tu cabello es precioso...».

Se fueron, pero la incomodidad permaneció firmemente en su lugar.

«Yo...», empezó Veer.

«Yo...», dijo Grace al mismo tiempo.

«Tú primero», dijo Veer.

Grace se miró los dedos de los pies. «Quería agradecerte por conseguirme este trabajo. Realmente lo necesitaba».

«De nada». Hizo una pausa y luego preguntó con suavidad. «Tu corazón roto... ¿cómo está ahora?».

«Todavía está en pedazos, pero el tiempo parece estar reparándolo».

«Un proceso doloroso pero necesario».

Ella asintió, todavía mirándose los dedos de los pies.

«Si necesitas algo, házmelo saber».

«Lo haré», respondió ella con la misma cortesía. Sabía que no lo decía en serio.

Su teléfono sonó estridentemente.

«Tengo que atender esto», dijo él, pegándose el teléfono a la oreja y dándose la vuelta.

Ella sonrió cuando se alejó. Tenía una espalda hermosa, y su trasero, ajustado en un par de pantalones cortos rojos, era como un par de cerezas frescas y jugosas... Su estómago se quejó. Buscó en su bolso una barra de chocolate, le dio un gran mordisco y masticó lentamente mientras él desaparecía en el interior de la casa.

Comer el chocolate fue un error, ya que en cuestión de momentos estaba vomitando en la maceta de una planta.

Sintiéndose horrible y débil, Grace se sentó en el columpio de la terraza para esperar a Mia.

Paramjeet apareció cerca de la puerta. «Has perdido peso. ¿Mi chef no ha estado enviando comida a tu casa de huéspedes?».

Grace se levantó de golpe. «Ah, sí, gracias. Él envía comidas deliciosas».

«Entonces, ¿por qué la pérdida de peso?».

«Con tanto correr y el calor... He sudado todo. No me importa».

Se sentó y le indicó que se sentara también.

Ella se sentó obedientemente.

«La criada no ha fregado bien esta zona», observó Paramjeet después de un momento.

Grace miró hacia donde él señalaba. Efectivamente, las huellas brillaban en el granito.

Paramjeet suspiró y golpeó el suelo con su bastón.

«Cuando era joven, solía ponerme de rodillas y fregar el suelo yo mismo».

«¿En serio?».

Asintió.

«Mi mujer nunca podía mantener las cosas limpias».

«Eso me recuerda que vi un genial trapeador en Dublín. Era tan, tan bueno, que mi madre se lo llevó a Estados Unidos...».

«¿Cómo era?

«Bueno, tenía un mango hueco en el que se vertía agua con jabón. Un gatillo en la parte

superior permitía rociar el agua y fregar al mismo tiempo».

«¡Ingenioso!».

«Eso pensé», respondió ella.

«A las amas de casa indias les encantaría. No harían falta ni baldes ni cosas así...».

«Hace que fregar sea un placer...».

«Justo el tipo de producto que estamos buscando. Debo hacer que Veer vuelva a Dublín y consiga algunas muestras».

«Sí, debe hacerlo», respondió ella, con voz débil y temblorosa.

Paramjeet la miró fijamente. «¿Te sientes bien? Te ves un poco pálida».

«Sí, estoy bien», dijo, aunque de repente le costó trabajo hablar. Se estremeció. «Pero hace mucho frío, ¿no?».

Se inclinó y le tocó la frente. «Tienes fiebre».

«¿Sí?».

Frunció el ceño. «Has estado enferma, niña, y ni una sola vez te he visto quejarte o tomarte un descanso».

«Estoy bien...».

«¿Escapando de algo?», preguntó astutamente. «¿Quieres cansarte hasta que no puedas pensar?».

Ella apartó la mirada, con lágrimas brillando de repente en sus ojos.

«Veer», dijo Paramjeet, llamándolo por teléfono, «busca un médico. No, yo estoy bien… Es Grace».

«De verdad, no es necesario», dijo, avergonzada.

«Eres una invitada en nuestro país. Seríamos unos anfitriones horribles si ni siquiera hacemos esto por ti».

Grace inclinó la cabeza pensando que sería de mala educación discutir. Además, podía sentir que su cuerpo cedía. Todo le dolía. No sabía si podría siquiera moverse del lugar en el que estaba sentada.

Natasha y Mia llegaron con aspecto preocupado.

«Deberías haber dicho algo», la regañó Mia, levantando la mano para revisarle la frente. «¡Estás ardiendo! Tonta. Nadie habría pensado mal de ti si hubieras descansado un día».

«Por favor, no te preocupes. Estaré bien».

«Llévala a la habitación de invitados», le espetó Natasha a alguien.

Veer apareció frente a ella y la levantó en brazos.

Esta vez, Natasha no se rió entre dientes y, para entonces, Grace se sentía demasiado enferma como para notar nada.

Ese día y el siguiente, Veer, Natasha y Mia le hicieron compañía. Uno a uno, se turnaron para sentarse junto a su cama, darle medicamentos, convencerla de que comiera o bebiera agua.

Sus padres se dieron cuenta por su voz de que estaba enferma y se ofrecieron a tomar un vuelo. Mia fue quien los calmó y prometió cuidarla.

Y ella cumplió su promesa. No se limitó a asomar la cabeza para preguntar cómo estaba ni a sentarse a su lado como si estuviera realizando una tarea tediosa. Se quedó con ella durante horas e hizo pequeñas cosas consideradas que mostraron una faceta completamente nueva de ella.

Mia había llenado la habitación de flores y se había asegurado de que las ventanas estuvieran siempre abiertas, dejando entrar mucha luz y aire. Había traído libros, películas y música y mantenía una charla ligera y entretenida que levantaba el ánimo de Grace.

Grace empezó a iluminarse cada vez que Mia entraba en la habitación. Nunca se había dado

cuenta de que dentro de ese duro exterior suyo había un gran malvavisco esponjoso con un corazón derretido.

«No es tu culpa», dijo Grace, sentándose en la cama.

Mia cortó en rodajas una manzana y la agregó a un plato ya repleto de frutas tropicales picadas.

«Estoy enferma porque fui una tonta. No quería pensar», murmuró Grace.

Mia frunció los labios. «No creo que sea mi culpa que estés enferma, pero al menos debería haberme dado cuenta... El problema es que sonríes demasiado».

«Y tú sonríes muy poco», respondió Grace masticando una rodaja de piña. «¿Está... está Ian enojado?».

«No, ha habido tormenta mientras has estado enferma. No hemos podido filmar nada. Ian nos ha dado a todos trabajos estúpidos...».

«Ah, veo que la paciente se está recuperando».

«Paramjeet, señor». Grace se sentó más derecha. «Gracias por el médico y la habitación».

Él la hizo callar. «Soy un hombre moribundo. Sé lo que se siente estar enfermo. Absolutamente horrible. No puedo hacer nada por mi condición, pero tú todavía eres joven. No deberías ser tan idiota. Ningún hombre vale esto».

«¿Todo el mundo sabe lo de Alfie?», preguntó Grace en voz baja.

Mia asintió. «Tu madre se lo mencionó a Ian, ya que él es el jefe, y decidió advertir al resto del equipo sobre tu corazón roto. Tenían buenas intenciones».

Grace apartó el plato, había perdido el apetito.

«Alfie», resopló Paramjeet. «Suena como el nombre de un perro».

Grace sonrió de mala gana. Siempre había pensado eso. Era difícil pensar apasionadamente en un ‘Alfie’. Alfred todavía estaba mejor, y Veer era el..., acortó su línea de pensamiento. Tal vez todavía estaba aturdida por la enfermedad.

«¿Cómo ayuda este documental a su negocio?», preguntó Mia, cambiando astutamente de tema.

Grace estaba agradecida. Ahora podía reírse de su nombre y pensar en él sin estallar en lágrimas, pero de ninguna manera lo había superado.

Paramjeet se reclinó en su silla y miró el vaso de cerveza helado que tenía en la mano. «Mi historia de éxito es bien conocida. Hasta ahora siempre he apreciado el hecho de que la gente me haya asociado estrechamente con Karbon. Para ellos, Karbon soy yo y yo soy Karbon».

Mia asintió con la cabeza.

«Pero después de que muera, Karbon se convertirá en una marca sin rostro como tantas otras y perderá su alma. Hemos tratado de mantener nuestra vida personal en privado, pero es un lujo que ya no podemos permitirnos. El país me admira y me reconoce, pero es hora de que conozcan a mi familia. Es hora de que amen a la nueva generación que va a dirigir la empresa. Es hora de que Veer se presente ante el público como el nuevo rostro de Karbon y se gane los corazones de la gente».

«¿Y Veer quiere hacerlo?», preguntó Mia.

Paramjeet se encogió de hombros. «Lo que él quiera no importa. Lo que es importante es el hecho de que el mundo necesita saber que mis hijos no son unos mocosos con derecho, sino trabajadores, inteligentes y humildes. Claro, han tenido una vida de lujo, pero todavía están cerca de sus raíces y han aprendido mucho de mí. Los cimientos que establecí para la empresa hace tantos años y los valores que la empresa representa seguirán siendo fuertes incluso después de que yo muera».

«El documental mostrará su vida personal por primera vez», pensativamente Grace comentó. «Pero, ¿qué pasará si a la gente no le gusta lo que ve? ¿Qué pasará si no conectan con su familia?».

«Les agradará Veer, tendrá que agradarles». Paramjeet se inclinó hacia delante. «Y Veer nunca cometerá los errores que yo cometí».

«¿Qué errores?», preguntó Grace.

«El mayor y más hermoso error que he cometido en mi vida fue casarme con Liz, una mujer irlandesa. Casi me hace perder el negocio», respondió enfadado. «Veer es su hijo y él es quien se hará cargo de la empresa. Quiero que el mundo olvide a su madre y solo recuerde a su padre y que es indio».

Grace y Mia intercambiaron una mirada de asombro.

Paramjeet continuó, con el rostro cada vez más rojo a medida que hablaba. «Él nunca se casará con una extranjera como yo. En cambio, he encontrado una chica encantadora, hija única de un magnate que ha sido preparada para un puesto como este. Una vez que se casen, las dos empresas se unirán y se convertirán en una multinacional que será reconocida, no solo en la India, sino en todo el mundo».

Grace se apartó del brillo de sus ojos y una terrible verdad se le ocurrió... Paramjeet Singh era un loco ambicioso.

# CAPÍTULO CATORCE

Paramjeet estaba acurrucado entre cojines de colores vivos fumando una larga pipa maloliente.

Grace pensó que se parecía mucho a la oruga de '*Alicia en el país de las maravillas*'. En cualquier momento le ofrecería un poco de cojín para masticar y ver cuál la haría más grande o más pequeña.

¡Silencio, cámara, acción!

Hoy no llovía contra las ventanas, la brisa estaba quieta y el aire estaba helado por el aire acondicionado.

Ian le hizo una andanada de preguntas a Paramjeet, quien amigablemente respondió. Grace, todavía temblorosa por el ataque de intoxicación alimentaria, estaba agradecida de no tener que tomar el control.

La esencia de la entrevista fue muy similar a lo que Paramjeet le había contado cuando había estado enferma, excepto que él mantuvo el tema de la novia de Veer fuera de la conversación.

Paramjeet comenzó a hablar con entusiasmo sobre Veer. Continuó explicando extensamente las virtudes de su hijo y cómo se merecía dirigir Karbon.

«Puf, puf, puf, uf, je, je», Grace estalló en risas.

«¡Corten!», gritó Ian. «¿Qué te pasa? Acabas de arruinar la mitad de la entrevista».

«No pude evitarlo». Los ojos de Grace se abrieron de miedo. «Lo siento mucho.

Mia se puso delante de ella. «No seas dramático, Ian. Era una sola línea. Podemos filmarla de nuevo y corregirla durante la edición. ¿No es así, Raj?».

«¿Qué fue tan gracioso?». preguntó Paramjeet con curiosidad.

Ella desenroscó y enroscó la tapa de su botella de agua en lugar de responderle.

Ian la agarró del brazo. «Grace, responde con la verdad y te dejaré conservar tu trabajo».

«Dijo a lo loco», susurró Grace miserablemente. «Dos veces».

«¡Fuera!», rugió Ian.

Grace salió del lugar apresurada.

Fue a sentarse junto a una pequeña cascada artificial al final de la alberca de rocas y dejó que el rocío espumoso le refrescara las mejillas calientes. Cerró los ojos y se le hundió el corazón de miedo. ¿Perdería su trabajo ahora?

No era la primera vez que se reía en un momento inapropiado. Durante toda su infancia, había tenido problemas para controlar la risa. Las cosas más extrañas desencadenaban sus risitas, y nada podía evitar que surgieran como un grave caso de hipo.

Su teléfono sonó y lo cogió distraídamente, con sus ojos tristes fijos en las palmeras que se balanceaban suavemente.

«¿Hola?».

«¡Gracie!».

«¿Alfie?».

«¿Qué te pasa? Se suponía que ya estarías en casa, y hoy me enteré de que has aceptado un trabajo y te has ido a la India. ¿Has perdido la cabeza? Tengo el compromiso planeado para este fin de semana. Dijiste que estarías aquí para entonces».

«Sí, bueno…».

«Y has estado enferma y nunca pensaste en decírmelo. Solías contarme cada pequeña cosa, Gracie».

Ella bajó la cabeza, sin saber qué decir.

Después de un minuto de silencio donde Gracie calculó cuánto aumentaría la factura telefónica del pobre Alfie.

«¿Sigues sin decírmelo?», él preguntó suavemente.

«¿Qué?».

«¿La razón por la que te escapaste a la India?». Su voz estaba cargada de emoción.

Las lágrimas brotaron de sus ojos. Él lo sabía. Oh Dios, él lo sabía.

«No te atrevas a colgarme», le advirtió él.

Se mordió el labio y agarró el teléfono con fuerza.

«Siempre huyes de tus problemas, Grace. Corres, corres, corres. Si hubieras sido honesta, las cosas podrían haber sido diferentes».

No podía encontrar su voz. Su garganta se sentía demasiado atascada.

Él pareció entenderlo. Su propia voz temblaba. «Pensé que las cosas eran platónicas entre nosotros. Éramos como hermanos. Toda esa protección, cuidado, preocupación... Nunca imaginé... ¡maldita sea! Te adoro, pero no puedo... No estoy enamorado de ti, y esto me hace sentir fatal. He estado tan ciego. Todo el mundo lo sabe, hasta el maldito tendero. No me extraña que la gente se sorprendiera cuando recibieron la invitación para mi compromiso. Todo lo que me preguntaban era, pero ¿qué pasa con Grace? ¿Cuándo rompieron?».

Grace bajó la cabeza, sintiéndose horrible.

«Lo siento. Lo siento muchísimo, muchísimo, Gracie».

Un poco de fuego regresó a ella. No quería su compasión.

«¿Por qué?», preguntó bruscamente.

«No sé… por no darme cuenta antes o por las veces que debo haberte hecho daño sin querer. Pedirte que me cubrieras mientras salía con diferentes chicas en la escuela. Hiciste mi tarea mientras yo tenía citas...».

«Dios, me haces parecer patética. Hice todo eso porque no tenía una vida social. Yo… no tenía citas a las que ir. Tenía el tiempo, y tú no».

Él se quedó callado por un momento mientras ella trataba de contener las lágrimas.

«¿Gracie?».

«¿Sí?».

«¿Es realmente cierto? ¿Estás enamorada de mí?».

Escuchó pasos y vio a Veer acercándose a ella. Su sonrisa educada murió cuando observó su expresión.

Ella lo miró fijamente, con los ojos brillantes e impotentes.

Él señaló su mejilla, y ella la tocó y la encontró húmeda por las lágrimas.

Él hizo un gesto, indicándole que colgara el teléfono.

Ella presionó un botón, pero era el equivocado.

La voz de Alfie sonó fuerte y clara en el altavoz del teléfono. «¿Por qué estás en silencio? ¿Estás enamorada de mí o no? No lo creeré hasta que me lo digas tú misma. Gracie, di algo, maldita sea».

Veer captó su mirada horrorizada y asintió lenta y firmemente.

«Sí», exhaló.

«¿Qué?», Alfie explotó con incredulidad.

«Estaba enamorada de ti», dijo con más claridad, con los ojos clavados en Veer. «Te he amado desde que no sé... ¿tenía dos años?». Se rió a medias, sollozó a medias. Veer se cruzó de brazos y se apoyó contra un árbol. Curiosamente, su presencia parecía darle valor. El valor para enfrentarse a su mayor miedo de una vez por todas. Estaba harta de todo. Cansada de fingir, cansada de que todo el mundo la diera por sentada, cansada de que todo el mundo asumiera que era aburrida, predecible y fiable.

«Pero después de que me fui...», tragó saliva y continuó. «Después de viajar un poco por Europa, me di cuenta de cuánto del mundo no había visto. Y ahora, aquí en la India, finalmente me doy cuenta de lo limitados que eran realmente mi visión, mis sueños, mi pensamiento. Me sentía cómoda pensando en mi futuro contigo. Nunca me permití soñar con nada más. Pero ahora...».

«¿Ahora?».

«Ahora tienes a Samantha, y yo tengo toda mi vida por explorar».

«¿Entonces ya no me amas?».

El teléfono se desconectó y el tono de marcado muerto fue el sonido más dulce que jamás había escuchado.

Veer se sentó a su lado.

«Bien hecho», dijo en voz baja.

«¡Maldito entrometido!», le espetó y se puso de pie de un salto.

«Tomaste la decisión correcta».

«No necesito tu aprobación».

Veer entrecerró los ojos. «No conoces el significado de la palabra amor. Apenas has visto el mundo para poder entenderlo».

«No me trates con condescendencia. He estado enamorada toda mi vida».

«Te amo», dijo él con indiferencia.

Ella parpadeó.

En un instante, estaba en sus brazos, sus ojos clavados en los de ella y su pulgar haciendo deliciosos círculos en su nuca.

Inclinó la cabeza hasta que sus labios estuvieron a un suspiro de distancia de los de ella.

«Estoy enamorado de ti», susurró él con voz ronca.

Su corazón se detuvo.

Él dejó caer la mano y dio un paso atrás. «Amar a alguien y estar enamorado de alguien son dos cosas distintas. ¿Ves la diferencia?», preguntó con indiferencia.

«Oh».

«Ya te lo he dicho, no conoces el significado del amor».

«Sí, lo conozco», insistió ella, pero su voz carecía de convicción.

Él sonrió. «No es un corazón roto lo que estás lamiendo, Gracie; es un ego herido y maltratado. Y cuanto antes te des cuenta, más rápido sanarás».

# CAPÍTULO QUINCE

Grace llevó el trípode por el pasillo hasta la habitación de Ranjeet. Ella y James se fueron a tomar algunas fotos espontáneas de Ranjeet que Raj luego agregaría a la entrevista durante el proceso de edición.

«Podemos capturarlo mirando por la ventana pensativamente», sugirió Grace. «O leyendo un libro en la cama».

James asintió. «Eso es bueno. ¿O hacer que camine por el jardín?».

«¿Durante el atardecer?».

«¡Bien hecho! ¡Al final de esto, haremos de ti un camarógrafo!».

«Camarógrafa», corrigió ella con una sonrisa.

Él le dio un codazo en el hombro y le guiñó el ojo. «Me di cuenta».

Ella puso los ojos en blanco y le sacó la lengua.

Él se rió. «Es difícil coquetear contigo, Gracie».

«Y es difícil tomarte en serio».

«Eso es porque nunca hablo en serio. No creerías la cantidad de mujeres que han caído ante mis encantos…».

«¡Un trago más!».

Grace se congeló. El grito de borracho había venido de la habitación de Ranjeet.

«Son solo las once de la mañana», se quejó James. «Qué tipo afortunado. Mataría por una cerveza ahora mismo».

«James», lo hizo callar.

James la ignoró. «Es el sol y la humedad. Me desorientan. Sigo pensando que estoy de vacaciones y empiezo a desear un vaso de cerveza fría con mucha espuma cremosa y gotas frías brillando en la superficie como la más costosa…».

Una mujer salió corriendo de la habitación de Ranjeet y James cerró la boca de inmediato.

Observaron cómo la mujer despedía silenciosamente al sirviente que llevaba una bandeja con una botella de whisky y un cubo de hielo.

«Ramoo», gritó Ranjeet. «¿Te has ido a la maldita Escocia? ¿Dónde está mi whisky?».

La mujer apoyó la cabeza contra el marco de la puerta y cerró los ojos. Era alta y esbelta, con un cabello negro sedoso lo suficientemente largo como para rozar sus caderas. Llevaba una sencilla túnica de algodón blanco, calzas beige, joyas de plata y tenía los ojos delineados con kohl.

Grace le puso una mano en el hombro.

La mujer dio un salto.

«Lo siento. Somos parte del equipo que está haciendo un documental sobre la familia Singh. Soy Grace».

«Soy Smita... una amiga de Ran... de la familia». Se alejó de la puerta y enderezó los hombros.

«¿Estás bien?».

Se compuso visiblemente. «Sí. Estaba descansando los ojos... dormí mal anoche».

«Estamos aquí para tomar algunas tomas espontáneas de Ranjeet», dijo Grace, haciendo un

gesto hacia la cámara.

«No creo que esté de muy buen humor ahora. ¿Quizá más tarde?».

«No hay problema», sonrió Grace.

«Me tengo que ir. Buena suerte con el documental», dijo Smita, casi tirándolos al suelo en su prisa por irse.

«Eso fue de mala educación», observó James.

«Ella estaba escondiendo sus lágrimas. No era grosera, pero estaba avergonzada».

«¿Locamente enamorada de Ranjeet?».

«Posiblemente», reflexionó Grace.

James chasqueó la lengua. «Será mejor que regresemos, a menos que quieras un pequeño clip de él borracho y tirado en el suelo. Podría funcionar. Mantendría las cosas reales. Después de todo, estamos filmando un documental».

«Cállate James», dijo Grace distraídamente. Smita amaba a Ranjeet y Ranjeet necesitaba una novia que alegrara sus días y lo mantuviera alejado de la bebida. Ella frunció el ceño. Necesitaban estar juntos... pero ¿cómo?

* * *

«¿Adónde vamos?».

Grace hizo callar a Mia. «La vi ir por este lado».

«¿Viste a quién ir por ese lado?».

«Smita».

«¿Quién?».

«Una mujer que creo que ama a Ranjeet. Juro que subió hacia la terraza. Tenemos que seguirla».

«¿Por qué?».

«Tengo que hablar con ella. Descubrir si realmente ama a Ranjeet o no».

«¿Y si lo ama?».

Grace miró a Mia con sorpresa. «Entonces los juntamos».

«Estamos aquí para hacer un documental. No para hacer de casamenteros ni para entrometernos en los asuntos de otras personas».

«Sinceramente, Mia, ¿cómo puedes dejar que un hombre como Ranjeet beba hasta morir?».

«No se está muriendo».

«Bueno, desperdiciar su vida entonces. Su talento…».

«Nunca lo has visto actuar. ¿Cómo sabes que tiene talento?».

«Pero es un hombre tan agradable».

«Entonces, cortéjalo tú».

«Demasiado mayor para mí. Además, Smita lo ama, y ella tiene la edad adecuada para él…».

«No es su edad lo que te detiene; es que Alfie está pegado a tu corazón…».

«Oh, mira, ahí está».

«No quiero ser parte de esto», dijo Mia. «No sé por qué la gente hace el ridículo, babeando unos sobre otros como cachorros entusiastas, declarando su amor eterno. Mentirosos, todos ellos. Los odio».

«¿A quiénes?», preguntó Grace distraídamente. Se agachó detrás de un sofá de mimbre y miró a Smita. No quería molestarla en caso de que se encontrara con Ranjeet para un interludio romántico. Solo tenía que asegurarse de que la mujer estuviera sola, luego se acercaría sigilosamente y...

«Odio a los amantes», continuó Mia con su diatriba. «A todos ellos».

«Creo que está sola», reflexionó Grace.

«Me regreso a la casa de huéspedes», le informó Mia.

«¿Qué debería decirle? No puedo preguntarle directamente...».

«¿No puedo preguntarle a quién directamente?».

«¡Veer!», chilló Grace, cayendo hacia atrás sobre sus talones.

Él la agarró del brazo antes de que pudiera caer de trasero. La miró con el ceño fruncido.

«¿Por qué estás espiando a Smita?».

«Esto no tiene buena pinta», dijo Grace, sonrojándose. «Pero puedo explicarlo».

«Entonces, explícalo».

Lo atrajo hacia ella hasta que ambos estuvieron agachados detrás del sofá de mimbre.

Él se sentó en cuclillas, con los músculos tensos contra la ropa. De tan cerca, parecía más grande y más masculino.

Su aroma, un coctel caro de oud, ámbar gris y cuero, la golpeó como si hubiera bebido un vaso de licor dulce, muy dulce.

Él retiró suavemente los dedos de ella de su camisa y arqueó una ceja.

Ella dejó caer la mano, sus mejillas se tiñeron de color.

«¿Grace?».

«¿Mmm?».

«Responde la pregunta».

«No puedo pensar... ¿Puedes moverte?».

«¿Qué?».

Ella respiró profundamente y apartó la cara de él. Miró a Smita que caminaba de un lado a otro en la terraza y se concentró en ella. La brisa salada del mar, aguda y fresca, la reanimó lo suficiente para responder.

«Creo que Smita está enamorada de Ranjeet, y estaba tratando de ver si podía hablar con ella y hacer que se confesara, y si era cierto, entonces unirlos».

Veer la miró fijamente. «Creo que has perdido la cabeza. Esa enfermedad ha hecho algo a tu cerebro. Algo crucial en tu cráneo se ha desconectado».

«Lo digo en serio. ¿Por qué no se podría hacer?».

«¡Porque todo esto es tan inmaduro! Nunca funcionará».

«Oh, por favor, a menos que lo intentes, ¿cómo puedes saberlo? Además, hacer felices a dos personas no es inmaduro».

«Solo porque tu propia vida amorosa está hecha trizas, quieres...».

Parecía que él la hubiera abofeteado.

La agarró por la cintura antes de que pudiera alejarse. «Lo siento. Eso fue desconsiderado. No lo dije en serio».

Ella mantuvo su rostro alejado de él. «Estoy bien, suéltame».

«Dije que lo siento».

Bajó la mirada y asintió brevemente.

Se apartó de ella, apoyando su peso sobre sus talones. «¿Has olvidado al hombre italiano con el que ibas a salir?».

«No».

«Bien. Mantenlo vivo en tu corazón. Cada vez que te sientas triste, imagina que tienes a un hombre italiano hermoso con una mirada oscura y melancólica a tu lado. Piensa en él golpeando a Alfie hasta dejarlo inconsciente, y luego acercándote a sus brazos para besarte».

Los ojos de Grace se empañaron mientras se alejaba flotando ante sus palabras. Se imaginó a

un hombre italiano besándola, luego él dio un paso atrás y la miró con ojos del color del brandy... Sus ojos se abrieron de golpe en estado de shock.

Su novio italiano imaginario se había convertido en Veer Singh.

«¿Te lo imaginaste?».

«¿Estás llamando a mi plan inmaduro, mientras que no crees que este ejercicio tonto sea infantil?», preguntó, sonrojándose furiosamente.

Su mirada se entrecerró.

Su respiración se volvió errática y se inclinó hacia atrás tratando de poner más distancia entre ellos.

Él la miraba como si fuera un periódico que acababa de aterrizar en su puerta. Sus ojos estudiaban sus expresiones como si buscaran esa noticia interesante que quería leer.

«Mírame», ordenó.

Ella mantuvo la mirada clavada en el suelo. Podía sentir su calor atrayéndola, persuadiéndola a aminorar la distancia entre ellos. Se agarró la rodilla con dedos temblorosos. Estaba sintiendo de nuevo esa intensa atracción. Esa loca necesidad de sentir su abrazo.

Él le levantó la barbilla, con un dedo ligero como una pluma, y la obligó a mirarlo a los ojos.

Ella obedeció de mala gana, sus ojos eran dos pozos de emoción incierta.

«Estabas pensando en mí», dijo con voz ronca.

«¿Qué?».

«El beso. Tu hombre italiano se convirtió en mí». Su sonrisa era forzada, pero cortó la tensión entre ellos.

«Nada de eso», dijo ella, sintiendo una extraña necesidad de defenderse. «No eres mi tipo».

Él no cayó en la trampa. «No mientas», dijo, manteniendo su tono ligero. «Puedo verlo escrito en toda tu cara. Sé que soy irresistible y tú eres una mentirosa terrible».

«Tengo que hablar con Smita», dijo ella saltando.

«No creo que debas hacerlo. Podrías empeorar las cosas».

«Tengo que intentarlo», insistió.

Él la agarró de la muñeca, con los ojos repentinamente oscuros y tormentosos. «No juegues con las emociones de mi familia, Grace. No te metas. Esto no es asunto tuyo».

Ella retiró la mano y se frotó el lugar donde él la había sujetado. «Está bien, no interferiré», mintió.

Una vez que él se fue, respiró profundamente y se sacudió. Su propio corazón y cerebro parecían haber sufrido un cortocircuito en ese momento, pero se ocuparía de eso más tarde. Por ahora, necesitaba concentrarse en Ranjeet y Smita.

* * *

«Smita».

«¿Sí?».

«Soy Grace. ¿Recuerdas que nos conocimos el otro día?».

«Oh, sí», se sonrojó. «Lamento haberme ido con tanta prisa».

«Lo entiendo. Es encantador aquí, ¿no? Nunca había estado en la terraza antes».

«Desde aquí se ve el mar», dijo Smita, mientras caminaba hacia la cornisa.

Grace se quedó sin aliento de alegría ante la vista. El mar estaba a solo un pie de distancia. Lo había oído rugir en el jardín, pero nunca se había dado cuenta de que estaba tan cerca.

Se arremolinaba gris y azul, sus olas espumosas se estrellaban contra las rocas de abajo, mientras una niebla oscura se elevaba en la distancia oscureciendo el horizonte.

«Es encantador», dijo Grace, escupiendo el pelo que se le había metido en la boca. «Es mi

lugar favorito. Vengo aquí a menudo».

«Un lugar muy romántico», dijo Grace.

«He intentado capturar esta vista en un lienzo durante años, y siempre me he quedado corta».

«¿Eres artista?».

«Sí, Ran-Ranjeet me encargó mi primer cuadro cuando todavía era estudiante. Siempre me ha animado y… le debo mucho».

«Él es muy divertido», dijo Grace. «Después de entrevistarlo, nos puso a todos un poco achispados y llenos de comida y nos deleitó con algunas historias increíbles».

«Ilumina la habitación», dijo ella con los ojos tristes. «Si tan solo...», se detuvo y se recompuso. «Espero que estés disfrutando de tu estadía en Mumbai».

Grace parpadeó ante la repentina máscara de cortesía que Smita se puso. Debía ser práctica después de todos esos años de ocultar su amor... Se quedó congelada en estado de shock.

No era de extrañar que hubiera decidido ayudar a Smita, porque se veía a sí misma en la mujer. Entendía cómo se sentía competir por la atención del único hombre que significaba el mundo para ella. Los años de ocultar su amor y tratar de ser alguien que no era.

Grace miró las líneas de cansancio en el rostro de Smita. La derrota y la soledad en sus ojos. ¿Era este su futuro? ¿Nunca olvidaría a Alfie, como Smita no podía olvidar a Ranjeet? ¿Estaba mirando fijamente su futuro?

De repente, no pudo respirar.

«¿Estás bien?», preguntó Smita, tomándole la mano.

«Simplemente tengo el corazón roto», dijo Grace, negándose a mentir u ocultar sus sentimientos por más tiempo.

El rostro de Smita se suavizó. «Ah, conozco bien ese sentimiento».

Grace miró al mar una vez más. Había obtenido su confirmación. Smita amaba a Ranjeet, y su determinación de unirlos se fortaleció. Era demasiado tarde para ella, ya que Alfie había sido arrebatado, pero Ranjeet solo estaba casado con su whisky. Cuando dejara este país, se aseguraría de que Smita le hubiera confesado sus sentimientos a Ranjeet. Al menos, alguien merecía un final feliz.

# CAPÍTULO DIECISÉIS

«Su parte masculina era como un puro habano. Aproximadamente de la misma forma, tamaño... y color».

Grace escuchó a Natasha con la boca abierta. Mia no parecía impresionada.

Natasha encendió un cigarrillo e inhaló profundamente. Tenía la costumbre de decir las cosas más escandalosas y luego dejar que sus palabras flotaran en el aire hasta que todos se retorcían incómodos.

Bunty aumentó el volumen de la radio, con la esperanza de ahogar la voz de Natasha. Era difícil encontrar mujeres atrevidas y francas en la India, al menos en lugares públicos, y los hombres no estaban acostumbrados a eso. Nada los asustaba más que una mujer que decía lo que pensaba o que era abierta sobre su sexualidad.

«Esa es la Puerta de la India». Natasha señaló un gran monumento en forma de arco. «George Wittet, un arquitecto escocés, la creó para conmemorar la visita del rey Jorge IV y la reina Isabel».

Los miró con aire de suficiencia. Además de incomodar a la gente, también disfrutaba mostrando su inteligencia.

«Se construyó para conmemorar la visita del rey Jorge V y la reina María», la corrigió Mia con indiferencia.

Natasha frunció el ceño. A menudo se equivocaba, pero si ponía suficiente autoridad en sus declaraciones, sus hechos normalmente no eran cuestionados.

«Señoras, hemos llegado», anunció Bunty. Estacionó en la esquina de Fashion Street, que era exactamente lo que parecía. Una calle llena de tiendas que vendían ropa de moda.

Grace miró con deleite los fardos de ropa con pequeñas etiquetas de cartón mostrando el precio colgando sobre ellos.

«Hace tanto calor que hasta los tenderos están dormidos», se quejó Mia.

«No voy a salir», dijo Natasha, bajando la ventanilla del taxi y sacando la cabeza. «Mi piel no puede estar expuesta a esto».

«¿Por qué viniste?», preguntó Mia, molesta. «Sabías que íbamos de compras».

Natasha entrecerró los ojos. «Esperaba que lloviera. Siempre llueve durante los monzones».

«No haces compras con calor seco, pero sí cuando llueve a cántaros», argumentó Mia.

«Soy una chica de Mumbai. Nos encanta hacer compras bajo la lluvia...».

«¿Dónde dijiste que dormía la gente?», interrumpió Grace apresuradamente.

Mia señaló al otro lado de la calle y, efectivamente, había una hilera de pies de gente dormida que sobresalían de debajo de mantas delgadas y sucias.

Grace salió a la calle para comprobar la temperatura. Su piel inmediatamente se llenó de sudor. Hacía calor y se sentía húmedo como una sauna.

«Te dará un golpe de calor», le advirtió Natasha.

«Conozco un centro comercial con aire acondicionado cerca», sugirió Bunty. «No es tan barato, pero sigue teniendo un buen precio».

«¡Oooh, un mono!», chilló Grace.

«Hermana, vuelve al coche», dijo Bunty suavemente.

«Es tan lindo».

«Macaco Rhesus», dijo Mia, igualmente suave. «Grace, vuelve al auto».

«Pequeñín, pequeñín, amiguito». Grace se sentó en cuclillas y extendió la mano. «¿Quién es ese pequeño mono? ¡Qué lindura!».

«Son criaturas repugnantes», Bunty salió del auto y se paró frente a Grace. «Ladrones… dañados y enfermos. ¡Fuera, fuera, largo, largo!».

El mono ladeó la cabeza y evaluó a Bunty.

«He dicho fuera, cosa sucia», rugió Bunty, agitando los brazos amenazadoramente.

El mono pareció sonreír por un momento, luego saltó al aire y aterrizó en el capó del auto.

Las chicas gritaron.

Bunty agitó los brazos con más énfasis.

El mono se inclinó hacia adelante y le dio una bofetada a Bunty.

Después de un momento de silencio atónito, Grace se deslizó rápidamente dentro del auto y subió la ventanilla.

Bunty se deslizó en el asiento del conductor. «Las llevaré a un centro comercial con aire acondicionado y sin animales».

Nadie dijo una palabra en desacuerdo.

El centro comercial se llamaba Kalawati, pero, aparte del nombre exótico, habría parecido perfecto en Texas con su arquitectura genérica.

Grace encontró una tienda llena de ropa india y arrastró a Mia adentro.

Revisaron decenas de prendas indias mientras bebían té dulce en pequeñas ollas de barro que el tendero les ofreció amablemente.

Natasha frunció el ceño ante todo eso. No llevaba nada más que ropa de diseñador.

Grace eligió algunas túnicas de algodón estampadas y algunos salwar kameezes sencillos.

«Pruébate este», dijo Mia, acercándose a ella. Sostenía un hermoso vestido de estilo indio en azul oscuro con un corpiño intrincadamente bordado.

«Es caro», objetó Grace.

«Está en oferta. A mitad de precio».

Grace se lo puso y se miró en el espejo. El vestido largo abrazaba su pecho y se extendía desde su cintura para formar una falda de gasa suelta. Unas suaves mallas plateadas iban debajo.

La combinación de seda rozaba su cuerpo y se sentía deliciosa contra su piel. Ella giró, con una mano nerviosa en el escote de corazón, que era más bajo de lo que estaba acostumbrada. El vestido brillaba y fluía mientras se movía.

Se colocó la bufanda brillante que venía con el vestido sobre el pecho, sintiéndose repentinamente tímida. Estaba cubierta de pies a cabeza, pero de alguna manera la ropa la hacía sentir más vulnerable... más femenina. Era muy extraño.

Mia había elegido usar un vestido similar, pero en gris acero y ella también se había colocado una bufanda sobre los hombros. Parecía una princesa guerrera.

«Te ves hermosa», dijo Mia, mirando a Grace bailar frente al espejo.

Grace se quedó boquiabierta. «¿Estás siendo sarcástica?».

«No», dijo ella, irritada. «Te ves bien. Has perdido algo de peso y el bronceado te hace... resplandecer. La ropa india te sienta bien».

«Oh», dijo Grace. «Gracias».

Mia agachó la cabeza y sacó una carpeta. «Tenemos que probar la iluminación en el comedor formal hoy».

Grace suspiró. La mujer siempre se retraía en su caparazón como un cangrejo asustado cada

vez que sentía que había mostrado una pizca de emoción humana.

«Sí, sí, eres una criatura de corazón frío a la que no le agradan los humanos de baja condición», se quejó Grace, poniéndose un par de sandalias plateadas de punta abierta. «Bueno, he decidido que eres mi amiga y no puedes hacer nada al respecto».

Mia frunció el ceño. «No hago amigos fácilmente».

«Bueno, yo sí los hago, y me agradas».

Mia frunció aún más el ceño. «No puedes hacer eso. Va en ambos sentidos».

«No, no es así. Amo a Alfie. Él no me ama, pero no puede impedir que yo lo ame a él».

«Hablas de él con más facilidad ahora. Y creo que eso significa que lo estás superando».

«Ni hablar».

Mia se inclinó y le susurró al oído. «Si realmente lo amaras, no mirarías con lujuria a Veer».

«¡No lo hago!», Grace le lanzó una mirada nerviosa a Natasha, que estaba sentada en un taburete al otro lado de la habitación.

«Claro que sí. No puedes apartar los ojos de él».

«Vámonos», dijo Grace, sabiendo que no tenía sentido negarlo. Se había sorprendido haciéndolo muchas veces. Era solo que él era tan, tan guapo. Pero una chica podía apreciar la apariencia de otro hombre mientras su corazón permanecía leal, ¿no? Era como cavilar sobre una estrella de cine, y Veer era tan inalcanzable como una estrella de cine.

* * *

«Grace», dijo Ian en el momento en que entró al comedor. «Ve a sentarte en el sofá junto a Paramjeet. Necesito comprobar la iluminación».

Los dedos de Ian le rozaron el brazo cuando pasó junto a él. Ella aceleró el paso, sin saber si había sido deliberado o no.

Se sentó en el borde del sofá y Paramjeet le dirigió una franca mirada de admiración.

«Me recuerdas a mi esposa cuando nos acabábamos de casar», dijo sonriéndole. «Le encantaba vestirse con ropa india. Te queda bien».

«Gracias. Quería ir de compras a la calle de la moda y al mercado de ladrones, pero hacía demasiado calor, así que fuimos a un centro comercial».

«¿Mercado de ladrones? ¡Ah! El bazar Chor», se rió. «Solía ir de compras allí todo el tiempo hasta que me hice rico. Recuerdo que cuando compré mi primer auto Mercedes, mi chófer lo estrelló contra una pared. Se rayó un poco y el emblema del capó se soltó. Fui al bazar Chor a comprar otro emblema para tenerlo de repuesto. El mecánico me dijo que esperara y tomara una taza de té mientras lo sacaba de su almacén. El hombre volvió y me dio el emblema, lo pagué y me fui. Cuando volví al coche, me di cuenta de que el hombre había robado el emblema de mi propio auto y me lo había vendido. Cuando volví corriendo a su tienda, la había cerrado y se había ido a pasar el día.

Grace se rió. «Es un narrador maravilloso. Ranjeet debe haberlo aprendido de usted».

Su rostro se ensombreció. «No lo sé. Nunca me ha contado ninguna de sus historias».

Los ojos de Grace se abrieron de sorpresa.

Él se encogió de hombros. «Cuando era joven, todo el tiempo nos veía pelear a su madre y a mí. Eso lo marcó. Afectó a Cuckoo también, pero él es menos sensible. Luego ella murió, y eso destrozó por completo a Ranjeet y lo convirtió en el borracho que es ahora. Al menos, Cuckoo intenta hacer algo con su vida».

Tal vez si pasara tiempo con él...».

Él sacudió la cabeza. «Es demasiado tarde. Todos fueron a un internado, luego al extranjero para continuar sus estudios. Apenas los veía. Nunca fui a la universidad y estudié en una escuela

pública. Mi inglés es pasable solo después de años de practicar con Liz. Soy un adicto al trabajo. Solo entiendo los negocios y no las emociones, lo que significa que nunca conecté con mis hijos. Apenas los conozco, y ellos apenas me conocen a mí. Bueno, excepto Veer...».

«¡No voy a preguntarle!». La voz de Cuckoo Singh flotó desde el pasillo.

«Entra», susurró Cookie desde algún lugar cerca de la puerta.

Sus dos hijos, Sunny y Pinky, entraron corriendo primero, casi derribando una luz gigante en su prisa.

Cuckoo entró a trompicones después, seguido de Cookie.

«¿Tengo que hacerlo?», Cuckoo susurró al oído de su esposa. Su piel era de un verde vibrante hoy, mientras que su cabello parecía más graso de lo habitual.

Cookie le lanzó una mirada tan gélida que Grace casi esperaba que estalagmitas y estalactitas salieran disparadas de sus pupilas y lo diezmaran en el acto.

«Deja de hacer de tapete», regañó Paramjeet a Cuckoo. «Dejarte arrastrar por tu mujer como si fueras un idiota sin carácter...».

«Queremos ir a Suiza. Los niños están de vacaciones...», empezó Cookie.

Paramjeet levantó la mano. «Me estoy muriendo. Los quiero a mi alrededor. Además, Cuckoo tiene un negocio que administrar. Yo nunca me he tomado vacaciones».

«Veer puede encargarse del negocio mientras yo estoy fuera», sugirió Cuckoo dócilmente.

«¡Veer, Veer, Veer!», rugió Paramjeet, sorprendiendo a Grace. «¿Sabes que tiene una secretaria pisándole los talones todo el día? Ustedes y sus exigencias están consumiendo cada segundo de Veer. Sus hijos le critican constantemente, dejan todas las decisiones empresariales en sus manos. ¡Basta de tonterías!».

«Estoy de acuerdo. Veer necesita tener su propia vida ahora. Y como nos vamos a casar, tendrás que colaborar», dijo una hermosa chica desde la puerta.

Grace la miró, asombrada de que pudiera existir alguien tan hermosa. Era de huesos pequeños, rasgos marcados y pelo largo, espeso y ondulado, la mitad del cual estaba recogido en un moño en lo alto de la cabeza. Llevaba una túnica verde suave con cristales brillantes en el cuello, pendientes de diamantes y un par de brazaletes con incrustaciones de diamantes. Su piel pálida era impecable y cada centímetro de su cuerpo estaba arreglado a la perfección. La mujer brillaba y resplandecía como una estrella de cine.

«¡Priya!», Paramjeet la abrazó. «¿Cuándo aterrizaste? Lamento el caos. Están preparando el documental».

«Llegué esta mañana a las cinco y no podía esperar para verlos a todos».

«Hola», dijo Cookie, educadamente. «Espero que hayas tenido unas lindas vacaciones».

«Te traje una bolsa de París. Te encantará», dijo Priya, besando el aire cerca de la oreja de Cookie.

Cookie se animó. «¿Cuándo vamos a decidir la fecha de la boda? Necesito ponerme en forma...».

«Ya está decidido», interrumpió Paramjeet. «Hablé con tu padre, Priya, y hemos decidido que será el tres del mes que viene».

«¡Oh!», gritó Priya de alegría, abrazando a Paramjeet. «¡Gracias, gracias, gracias por la mejor noticia de todas!».

«Es demasiado pronto», gritó Cookie. «Necesito perder siete kilos».

«Cookie tiene razón», dijo Veer entrando en la habitación. «Es demasiado pronto».

«Han pasado dos años desde que nos comprometimos, Veer», dijo Priya con un lindo puchero.

Grace y el resto del equipo intentaron ser discretos mientras la familia seguía discutiendo todo tipo de cosas con franqueza y abiertamente.

Veer fue el único que pareció recordar su presencia. Miró a Grace y luego a otro lado.

«Deberíamos discutir esto más tarde durante la cena», dijo en voz baja.

Priya sacudió la cabeza, dejando que su cabello oscuro ondeara con la luz. Fluía suavemente por su espalda, brillando y balanceándose como una serpiente. Grace decidió que la odiaba.

Priya se puso colorada, pero le sentaba bien. «Lo siento», dijo al equipo. «Debemos estar molestándolos. Veer, los veré en la cena». Abrazó a Paramjeet y Cookie y agitó dos dedos hacia Cuckoo. Parecía visiblemente perturbada.

«Al menos toma un vaso de agua», dijo Paramjeet.

Priya se detuvo cerca de la puerta. «Claro, ¿debería pedirle a uno de los sirvientes que lo traiga? No veo a nadie...». Miró a Grace como si esperara que se ofreciera como voluntaria.

Veer frunció el ceño y la agarró del codo. «Podemos bajar a la cocina juntos».

Grace miró la mano que tenía en su codo y sintió como si alguien la hubiera apuñalado en el estómago. Priya era su prometida y se iban a casar. El hecho finalmente se le hizo presente y colocó sus palmas repentinamente frías sobre su mejilla e inclinó la cabeza confundida. ¿Qué le pasaba? Nunca había querido saltar a través de una habitación y estrangular a una extraña. ¿Por qué este odio irracional hacia Priya? ¿Por qué sentía este profundo odio por la mujer?

«Grace». El rostro de Mia apareció frente a ella. «Tenemos que irnos. La lluvia se ha vuelto muy fuerte y las noticias están dando una advertencia. «Vamos, cariño, date prisa antes de que se vuelva peligroso ahí fuera».

# CAPÍTULO DIECISIETE

El taxi se detuvo en medio de un distrito comercial, con los limpiaparabrisas moviéndose de un lado a otro sin eficacia, ya que la lluvia monzónica caía en cascada desde el cielo como un grifo abierto.

Grace esperaba que soplara el viento y rugieran los truenos en un momento como ese, pero ni un susurro de brisa tocó sus frías mejillas, y solo se oía el sonido de la lluvia golpeando el techo de metal del taxi.

Se estremeció, con los ojos clavados en la ventana tratando de ver qué había más allá.

Espesas nubes negras colgaban bajas, casi tocando los tejados de los edificios en ruinas. El sol se escondía detrás de las nubes, negándose a salir e iluminar la tarde. Cuerdas para colgar la ropa yacían rotas en los balcones mientras un andamio cercano se doblaba bajo el peso de la fuerte lluvia que amenazaba con romper en cualquier momento.

«El nivel de la inundación está subiendo y seguimos atrapados en el tráfico», dijo Bunty vacilante.

«No te preocupes, nos moveremos pronto», lo tranquilizó Grace. Lo último que necesitaban era que su chófer tuviera un ataque de pánico. Además, estaba acostumbrada a las tormentas. En Texas había bastantes, incluidos los huracanes. Es cierto que normalmente estaba en casa a salvo cuando ocurrían, acurrucada bajo las mantas en la parte más segura de la casa y no en las calles de un país completamente extraño, pero alguien tenía que mantener la calma y el control.

Bunty agarró el volante. «Deja la ventana abierta. Las inundaciones que ocurrieron hace unos años... la gente quedó atrapada en sus autos y, de alguna manera, las ventanas no se abrían y... Oh, gracias a Dios, Mia ha vuelto. Espero que tenga buenas noticias».

«La gente ha abandonado sus autos», dijo Mia, caminando hacia ellos a través del agua hasta las rodillas. Abrió la puerta del coche y se deslizó junto a Grace. Su nueva ropa india estaba empapada y goteaba tinte azul brillante por todos sus brazos, y el rímel le había manchado las mejillas. Por una vez, parecía que estaba perdiendo el control.

Grace agarró la mano de Mia, sintiendo las primeras punzadas de miedo.

«No sé qué hacer», dijo Bunty, mirando a Mia con impotencia. «Tú estás a cargo. Haz algo».

«La lluvia se calmará», respondió Mia en voz baja.

«Claro, pero para entonces estaremos muertos», espetó Bunty.

«Deberías estar acostumbrado a esto. Esta es tu ciudad. ¿Cómo se supone que yo debo saber qué hacer?», argumentó Mia, alzando la voz.

«Tenemos que dejar de entrar en pánico y de pelearnos entre nosotros», suplicó Grace. «Esto no es culpa de nadie».

«Lo siento», dijo Bunty, después de un momento. «Yo digo que corramos a ponernos a salvo».

Mia negó con la cabeza. «Este es un distrito comercial. Todas las tiendas han estado cerradas y bajo llave desde hace un tiempo. No pude encontrar un solo lugar abierto, solo unas pocas personas en pánico paradas afuera de sus autos.

«No podemos quedarnos aquí sentados y esperar la muerte», se estremeció.

Grace limpió la niebla del cristal de la ventana y miró hacia afuera. Parecía que había

empezado a brillar un poco más.

Vio una figura en movimiento a un par de pasos de distancia y sacó la cabeza, lista para gritar. Era un hombre bajito que caminaba lentamente por el agua junto con una niña que estaba sentada sobre sus hombros, con los brazos fuertemente envueltos alrededor de su cuello.

La niña, con sus lindas coletas, tenía la cabeza inclinada hacia adelante escuchando algo que el hombre estaba diciendo. La lluvia caía sobre ellos espesa y fuerte, pero la niña se reía. Ella pensaba que esto era divertido.

El hombre continuó hablando, pero Grace podía ver que sus ojos estaban oscuros y preocupados. El agua ahora le llegaba a la cintura y rezó para que no subiera más.

De repente, Mia le agarró el brazo y ahogó un grito.

Grace se giró para mirar hacia donde estaba señalando y, como en cámara lenta, vio algo de basura flotando hacia el hombre, y acurrucada entre los paquetes vacíos de papas fritas y botellas de agua de plástico había una delgada serpiente negra.

Antes de que pudieran gritar una advertencia, la serpiente fue impulsada hacia adelante por la corriente de agua hasta que desapareció río abajo.

«Podría haberlo mordido y matado en el acto», dijo Bunty en voz alta.

Se quedaron sentados en silencio horrorizado mientras el hombre, sin darse cuenta de lo cerca que había estado de la muerte, se alejaba en la distancia. Si hubiera muerto, ¿quién habría ayudado a la niña? ¿Podría nadar y, aunque pudiera, cuánto tiempo pasaría antes de que encontrara tierra seca?

«Voy a buscarla», Grace saltó del auto.

«No seas tonta», respondió Bunty. «¿Cómo puedes ayudarla? Estás atrapada aquí tanto como ellos».

«Pero tenemos que asegurarnos de que el hombre llegue a un lugar seguro», gritó Grace.

«Primero ayúdate a ti misma», dijo. «Miles de personas pueden estar atrapadas en este momento. Cientos de niños…».

«¡Basta!», gritó Mia. «Grace, no podemos ayudarlos. Bunty, creo que deberías ir a ver si puedes encontrar ayuda».

Grace agarró el brazo de Bunty. «Por favor, ten cuidado».

Bunty le dio una palmadita en la mano. «Estaré bien, hermanita. Ahora, ambas permanezcan cerca del auto. Aparte de las serpientes, podrían ser mordidas por un perro rabioso o caer por un desagüe abierto...».

«Solo ve», lo interrumpió Mia. «Estaremos bien».

Él las miró por un momento, luego con una sonrisa forzada se despidió con una señal de su mano.

Grace abrazó a Mia, con los ojos clavados en las profundidades acuáticas, preguntándose qué peligros acechaban cerca.

Se le erizó la piel al pensar en serpientes y basura flotando a centímetros de su cuerpo.

Si había algún aspecto positivo en esta terrible experiencia, era el hecho de que era una forma de superar su necesidad de limpiar y mantenerse limpia. Durante las últimas tres horas habían estado varadas en el agua sucia que subía rápidamente y no había nada que pudieran hacer al respecto. El agua se arremolinaba a su alrededor en tonos grises y marrones, con trozos de plástico colorido que se destacaban claramente en la opacidad.

Su valentía se desvaneció y el terror tomó su lugar. En casa, tenían un sistema cuando sucedían esas cosas. Tenían una habitación a la que escapaban durante la temporada de huracanes, y sus padres siempre habían estado cerca para ofrecerle consuelo cuando los vientos

sacudían los cimientos de su casa.

Aquí, todo era un caos. Estaba en medio de una carretera en un país extraño con el nivel del agua subiendo rápidamente a su alrededor y sin idea de qué hacer ni cómo encontrar ayuda. Bunty había dicho que la última vez que Mumbai se inundó, mucha gente murió. ¿Sería ella la que muriera esta vez? ¿Se convertiría en una estadística del periódico? ¿Un número para agregar a la lista de víctimas?

«¿Conseguiste comunicarte con alguien?», preguntó Grace, desesperada por quitarse de la cabeza pensamientos morbosos.

«No, las redes están bloqueadas», respondió Mia. «Y ahora es imposible intentarlo. El auto está demasiado inundado para refugiarnos».

La lluvia seguía cayendo en cascada, y permanecieron temblando, empapadas hasta los huesos y pensando que esa era una forma terrible de morir.

Grace agarró el brazo de Mia sintiéndose pequeña, sola y aterrorizada.

«Mia, ¿vamos a morir?».

«Espero que no».

«Si no lo hacemos, ¿me considerarás tu amiga? Después de todo, no es frecuente que compartas una experiencia cercana a la muerte con alguien».

«Si estás tratando de hacerme reír, no está funcionando».

«Si vamos a morir, entonces, mejor que muramos de risa».

«No vamos a morir».

«Pero si lo hacemos...».

«No lo haremos».

«Pero...».

«¿Grace?».

«¿Sí?»

«Cállate».

«Si muero, me arrepentiré de muchas cosas».

Mia se pellizcó el puente de la nariz. «Si las inundaciones no te matan, lo haré yo».

«Creo que soy una idiota», Grace frunció el ceño.

«De todo corazón estoy de acuerdo».

«Nadie dice "de todo corazón" en un discurso. La frase es demasiado larga. Demasiado por decir. Esas palabras suelen hacer que una frase parezca forzada».

«No me importa si mi discurso es forzado, inconexo o simplemente incomprensible».

«¿Quieres saber de qué me arrepiento?».

«No, pero soy plenamente consciente de que me lo dirás, me guste o no».

«En este momento, desearía haber salido con cien chicos diferentes, haber aprendido a tocar un instrumento musical, haber visitado Perú y haber adoptado seis mascotas», suspiró Grace. «Desearía haber viajado más, besado más... vivido más».

Mia se secó la lluvia de los ojos. «Desearía haber amado más».

Veinte minutos después, cuando pensaron que se convertirían en ciruelas pasas por haber estado maceradas en agua de lluvia durante tanto tiempo, Grace le dio un codazo a Mia, con la voz llena de esperanza. «Creo que ya no está lloviendo tanto y puedo ver el sol asomándose».

Mia levantó la vista y una pequeña sonrisa iluminó su rostro. «Tienes razón. Está mejorando...».

«¡Mira un helicóptero!».

«He visto un helicóptero antes. Lo que necesitamos es un barco».

«Creo que tu cerebro está empapado y ya no funciona. Podría ser un equipo de rescate, cabeza dura».

Los ojos de Grace se abrieron de emoción. «Viene directo hacia nosotras».

El helicóptero se acercó y pronto estaba rugiendo sobre sus cabezas. Un momento después, Grace encontró una cuerda colgando frente a su nariz y un joven bajaba.

«¡Veer!», jadeó Mia de alegría. «Nunca he estado tan feliz de ver a otro ser humano».

Grace estalló en lágrimas. «¡Veer! Gracias a Dios».

Él la abrazó.

«Tu caballero de brillante armadura», susurró él en su cabello goteante.

La apartó por un momento para mirarla a la cara. «¿Estás bien?».

Grace tragó saliva y asintió, tratando de controlar sus emociones.

«¿Segura?», preguntó, su mirada preocupada la escudriñaba de arriba a abajo.

«Sí», dijo ella, alejándose un paso de él. Su mano se disparó y agarró su muñeca para evitar que siguiera adelante.

Se volvió hacia Mia. «¿Y tú?».

Ella asintió, su rostro, por una vez, traicionó su alivio y felicidad.

Sus ojos se fijaron en Grace una vez más, y ella se estremeció ante la mirada tormentosa en sus ojos. Le recordó el clima hace unos momentos.

La tomó de la mano con fuerza y ella cayó sobre su pecho. Ella jadeó por el impacto, pero él permaneció firme.

«Tendrás que abrazarme fuerte, Grace», dijo, enrollando un mechón de cabello detrás de su oreja.

Grace lo rodeó con sus brazos sin pensarlo dos veces.

La acercó aún más. «¿Confías en mí?».

Ella apoyó la cabeza sobre su pecho y asintió. Estaba cansada de pensar, preguntarse y rezar. Su cabeza había estado llena de ruido y temor, y ahora estaba maravillosamente tranquila. Había llenado las últimas horas con pensamientos y parloteo insulsos, tratando de evitar que la realidad de su situación se apoderara de ella, y ahora ya no tenía que luchar más.

A salvo en sus brazos, todo su cuerpo se entumeció y su mente se apagó. Quería que alguien más tomara las decisiones por un tiempo y la dejara descansar un poco.

Lo siguiente que supo fue que estaban colgando de una cuerda y balanceándose en el aire. Cerró los ojos con fuerza mientras los jalaban hacia el cielo. Pegó su oído a su pecho, concentrándose en su latido constante y reconfortante.

Por un momento aterrador, giraron en el aire y ella entró en pánico y clavó sus uñas en sus hombros. Sus brazos la apretaron hasta que apenas pudo respirar, luego, de repente, los arrastraron hacia la cabina.

El piloto le entregó un par de auriculares y le hizo un gesto para que se los pusiera.

Entonces Veer se deslizó por la cuerda nuevamente y Grace sintió como si una parte de ella se fuera con él. Su corazón estaba en su garganta hasta que lo vio aparecer nuevamente con Mia envuelta alrededor de él.

«El conductor», le recordó Mia a Veer.

Veer les entregó un par de binoculares y señaló hacia la calle de abajo, y Grace vio a Bunty llegando en un pequeño bote de pescadores. Miró hacia arriba y reconoció el emblema de Karbon brillando en el helicóptero y adivinó lo que había sucedido. Sonrió y se despidió con la mano.

«¿Estará bien?», preguntó Mia.

«Sí. Ha dejado de llover y el bote lo llevará sano y salvo a casa. Sabía que estarían atrapadas, así que volamos para rescatarlas, pero, miren, los niveles de agua están bajando. No es tan malo como parece. Otra hora más y el agua se drenará, dejando las calles despejadas. Lamento mucho que mi ciudad les haya dado un susto tan terrible».

Grace levantó los pies y se acurrucó en el asiento. Se agarró las rodillas tratando de evitar que su cuerpo temblara demasiado.

«Padre desea un cambio de escenario», resonó la voz de Veer en sus auriculares. «Nos vamos a Goa mañana. He informado a su equipo. El resto del documental se filmará en nuestro bungaló de Goa. Les encantará», se rió con calidez. «Si en Mumbai les asustaban las lluvias, el monzón en Goa les provocará un ataque al corazón».

«Pero casi morimos», jadeó Grace. «¿Por qué querrías ir a un lugar donde el monzón es peor?».

Se rió. «Mumbai se inunda todos los años. Algunos años es peor que otros. Créeme, no corrieron ningún peligro».

«Una serpiente casi muerde a un hombre que llevaba una niña».

«La serpiente debe haber estado muerta», respondió Veer con desdén.

Grace se dio cuenta de que estaba mintiendo. Estaba tratando de hacerla sentir mejor. Ella frunció el ceño. No era una niña a la que se la pudiera tranquilizar y alimentar con historias. Era lo suficientemente mayor para manejar la verdad, y Veer debería haberle confiado.

Miró hacia abajo a Mumbai que se extendía bajo ella como un mapa y se dio cuenta de que, durante toda la terrible experiencia, no había pensado en Alfie. Morir antes de que pudieran estar juntos no había sido uno de sus arrepentimientos. Ni siquiera de lejos.

Estaba enojada consigo misma por dar la vida por sentado, por desperdiciar tantos años añorando a Alfie y por dejar que la idea de su compromiso la echara de su propia casa.

Se prometió a sí misma que no viviría más como un estanque paralizado. De ahora en adelante viviría la vida, sería valiente y haría cosas... Sería aventurera.

Nada la asustaría nunca más y nada le impediría vivir la vida al máximo.

Veer había tenido razón todo el tiempo. Era su ego el que había resultado herido y no su corazón.

Las inundaciones habían arrastrado los restos del dolor y, de repente, Alfie no era lo más importante en su vida. Era su propio yo lo que importaba más que cualquier otra cosa.

Cerró los ojos cuando el sol salió de detrás de una nube. Mañana vería un nuevo día, una nueva vida y una nueva Grace.

# CAPÍTULO DIECIOCHO

En 1961, India anexó Goa y aún se podían ver los restos de la influencia portuguesa esparcidos por todo el estado.

Todo era muy distinto aquí, pensó Grace, mirando por la ventanilla del auto. Pasaron por campos anegados de arroz y caña de azúcar, manglares y palmeras repletas de cocos

Las carreteras eran estrechas y a menudo enlodadas, las casas eran una curiosa mezcla de cabañas con tejado de paja, villas portuguesas y casas flotantes. De vez en cuando se topaban con una impresionante iglesia barroca o con las ruinas de un palacio.

Condujeron junto a arroyos llenos de agua de lluvia, playas grises vacías y remansos relucientes repletos de fauna exótica. Si Mumbai había sido un lugar de ritmo rápido, turbulento y caótico, Goa era la antítesis total. Allí había tanta paz, como si el aire estuviera impregnado de un opiáceo.

«Me encanta Goa», dijo Mia, cerrando los ojos e inclinando la cara hacia arriba para sentir la embriagadora brisa.

«Esa es la casa», les dijo el conductor. «Casa Olimpia».

Grace respiró profundamente. No era una casa, era una mansión. Una hermosa mansión de estilo portugués del siglo XVIII situada en lo alto de una pequeña colina. Estaba enclavada entre árboles centenarios mientras un manto de niebla suave y gris se deslizaba por sus tejados inclinados.

Subieron la empinada colina, el coche rebotando sobre el camino afectado y embarrado y se detuvo bajo un magnífica pórtico.

Un guardia uniformado les abrió la puerta y Grace salió con el estómago lleno de mariposas. Una vez más, se sintió como si no perteneciera a este mundo. Era una sencilla chica de Texas que había querido hornear pasteles y atender la casa de su mejor amigo. Nunca había soñado que algún día viajaría a un pequeño estado de la India y probaría el tipo de vida del que solo había leído.

Se quedó mirando la puerta azul intrincadamente tallada y se acobardó.

«Vamos, Grace», la instó Mia, con un ligero temblor en la voz que delataba su asombro.

Grace se colocó la correa del bolso más arriba en el hombro y se obligó a moverse. Se había prometido a sí misma que sería valiente y aventurera y ¿qué mejor manera de experimentar algo nuevo que aquí, en esta pequeña tierra verde junto al mar Arábigo?

Entraron y se encontraron en la zona de recepción con techos altos, un candelabro gigante de cristal belga y columnas exquisitamente talladas.

Grace se sintió afortunada de haber sido invitada a este lugar. Natasha se había encariñado con Mia durante las últimas semanas, para disgusto de Mia, por lo que había insistido en que las dos chicas se quedaran en la casa con la familia mientras el resto del equipo se alojaba en un hotel cercano.

La casa tenía un ascensor, ¡era así de grande! Su habitación estaba en el tercer piso, y una joven sirvienta depositó sus maletas dentro de la habitación de invitados y les entregó dos llaves antiguas.

Grace pasó junto a la cama con dosel cubierta con un mosquitero blanco suave y fue

directamente al balcón.

«¡Dios mío, Mia! ¡Puedes ver el mar!».

Mia llegó corriendo y las dos chicas se apoyaron en la barandilla de metal y miraron el cielo cobrizo y el océano verde azulado que acariciaba suavemente la playa de arena desierta.

Grace se inclinó sobre la barandilla hasta quedar medio colgando. «Puedo ver un jardín con una hamaca. Y al otro lado del muro del jardín hay una puerta de madera que da a la playa».

Mia la jaló hacia atrás. «No sobrevivimos a las inundaciones para que te cayeras por el balcón al día siguiente y te rompieras el cuello. Tienes que dejar de ser tan entusiasta».

«Mia tiene razón», dijo Natasha, entrando en la habitación. «Guárdate el entusiasmo para esta noche. ¡Vamos a tener una fiesta!».

«No quiero ir», se quejó Mia y metió la cabeza en el armario. «Tengo que deshacer las maletas».

Grace le entregó algunos vestidos para colgarlos. «¿Qué fiesta?».

Natasha se dejó caer en un sillón y encendió un ventilador gris empotrado en la pared.

«Es el cumpleaños 78 de mi padre. No se lo perdería por nada del mundo. El médico le había dicho que no viviría para ver este día, pero el viejo parece ser bastante testarudo».

Grace se paró frente a la nevera y dejó que la niebla le bañara el rostro.

«Estoy emocionada. Hace mucho que no voy a una fiesta».

«Yo pasaré la noche en mi habitación leyendo un libro», dijo Mia, sacando un libro con un dragón estampado en la portada. Lo acarició como si fuera su mascota favorita. Natasha se lo quitó de las manos.

«Te lo devolveré mañana, pero si te saltas la fiesta, me aseguraré de que este tomo se balancee en el mar antes de que leas el primer capítulo».

«Esto es un chantaje», dijo Mia, ofendida. «Dame el libro o…».

«¿O qué? ¿Llamarás a la policía?», Grace se rió. «Vamos, Mia, no seas anticuada».

«Parece que aprendiste esa palabra de tu papá», dijo Natasha, con la cara pegada al espejo que había sobre el tocador. «¿Crees que hoy me veo gorda?», preguntó, retrocediendo y observando su esbelta figura.

Papá. Grace sintió una repentina necesidad de hablar con él. Había pasado tanto tiempo desde que había tenido noticias suyas. Tomó su teléfono y se retiró al balcón.

«¿Cómo estás, mamá?», preguntó, con el corazón encogido al oír la voz de su madre.

«Te extraño», respondió su madre enseguida.

«¿Puedo hablar con papá?».

«Están juzgando sus pastelitos».

«¿Sus qué?».

«Ya sabes lo mucho que le gustaba ver esos programas de repostería. Bueno, cuando te fuiste, nos sentimos perdidos. Nuestras vidas han girado tanto en torno a ti que y…, como sea, decidió empezar a hornear. Después de unos cuantos experimentos desastrosos, consideró que estaba listo y se presentó al concurso de repostería local. ¡Hizo pastelitos y los jueces los están probando ahora mismo!».

«Oh», se rió Grace. «Es increíble. ¿Están buenos?».

«¡Podría ganar!», susurró la voz emocionada de su madre. «Hablaré contigo en un momento».

Grace colgó el teléfono.

«¿Por qué te ríes?», preguntó Mia.

«Mi papá se ha presentado a un concurso de repostería. Están juzgando sus pastelitos ahora mismo».

Mia sonrió. «Ah, y tú estás feliz de que ellos parezcan estar bien sin ti y divirtiéndose en lugar de deprimirse».

Grace inclinó la cabeza hacia un lado y la miró fijamente. «A veces, Mia, creo que entiendes demasiado bien a la gente. Tal vez por eso no te agradamos mucho los humanos. Eres demasiado sensible. Ves demasiado».

Mia frunció el ceño. «Primero me voy a duchar y me pondré el vestido azul. Asegúrate de elegir un color diferente para usar esta noche».

Grace le dio una palmadita en el hombro. «Anímate, gruñona».

# CAPÍTULO DIECINUEVE

Grace se colocó el pañuelo de brocado dorado sobre el hombro y dio un paso atrás para ver el efecto.

El vestido indio, del color del mango crudo con *zari buti* dorado, era impresionante. Con gran diferencia, era la prenda más cara que había llevado nunca, y todo gracias a Natasha, que había tenido la amabilidad de enviar dos conjuntos indios para que las chicas los usaran esa noche.

Se dio la vuelta para mostrárselo a Mia, pero las palabras murieron en su boca.

Mia, vestida con una *lehenga*, que consistía en una blusa azul oscuro combinada con una falda abullonada de color gris plateado, parecía impresionante. Llevaba los ojos delineados con kohl, el pelo adornado con un hilo de jazmín fresco y las manos llenas de brazaletes brillantes. Parecía más india que irlandesa, para variar.

«Te ves preciosa, Grace, pero si vas a llevar algo indio, tienes que hacerlo bien», dijo Mia, acercándose a ella.

Recogió su cabello por encima de la cabeza y lo envolvió con delicadas flores de jazmín para formar un intrincado moño. Añadió un pequeño punto dorado brillante en el medio de la frente, que dijo que era un *bindi*. Un toque de kohl, unos pendientes colgantes y una docena de brazaletes brillantes después. Consideró que Grace estaba lista.

Grace se giró para mirarse en el espejo y tuvo que admitir que Mia le había infundido un cierto dinamismo que le faltaba al atuendo.

«Veer no podrá apartar los ojos de ti esta noche», dijo Mia con picardía.

Grace se sonrojó. «No es así. Solo somos amigos. Y… y él está comprometido».

«Deberías recordárselo», dijo Mia, poniéndose un par de tacones de aguja plateados. «Si perder a Alfie te hizo huir al otro lado del mundo, no estoy segura de que puedas soportar un verdadero desamor».

«Estaré bien. Solo lo encuentro... interesante».

«Te estás enamorando de él».

«¡No es verdad!».

Mia no parecía convencida. «Solo ten cuidado».

Grace asintió y se dio la vuelta para ajustarse sobre los hombros la bufanda larga conocida como *chunni*. Juntó la suave tela dorada y cubrió con cuidado la parte delantera de la blusa, que estaba más baja de lo que estaba acostumbrada.

La *chunni* se negó a comportarse y la tela sedosa se deslizó por su brazo, dejándola expuesta una vez más. La arrojó al suelo angustiada, con los ojos fijos en su reflejo en el espejo.

No se parecía en nada a ella misma. Su piel brillaba dorada, sus ojos delineados con kohl se veían más oscuros que nunca y sus labios teñidos rosados se veían llenos y húmedos.

Apartó la mirada sintiéndose curiosamente perturbada. Se consoló, ya que nadie la miraría con Natasha y Mia en la habitación. En cuanto a Veer, estaría pegado al lado de Priya, lo cual era de esperar. Enderezó los hombros y, con aire de pesar, decidió que Mia tenía razón: no debía pensar tanto en él. De hecho, no debía pensar en él en absoluto a partir de ese momento. Y la mejor manera de evitar que sus pensamientos se apoderaran de sus neuronas era empezar por evitar al hombre en persona.

Si no lo veía, no pensaría en él. Parecía bastante sencillo. Ahora lo único que tenía que hacer era ponerlo en práctica.

* * *

Casa Olimpia estaba iluminada con un centenar de pequeñas lámparas y Grace estaba segura de que todos los pueblos cercanos podrían ver la casa brillando como una estrella caída.

El salón de baile había sido limpiado y desempolvado, sus antiguas puertas se habían abierto de par en par para dar la bienvenida a la multitud de clase alta que había llegado en avión desde todo el país.

Las estrellas de cine de Bollywood se codeaban con políticos, diplomáticos y ricos hombres de negocios indios. Los meseros con uniformes blancos inmaculados corrían de un lado a otro ofreciendo champán, cocteles y aperitivos. Junto al salón de baile, el comedor invitaba a la fiesta con su larga mesa de mármol llena de quesos importados, canapés, caviar y exquisiteces de Goa. Las ventanas y las puertas estaban abiertas de par en par, lo que invitaba a la brisa marina impregnada del aroma del jazmín nocturno a explorar sus lujosos interiores.

La música relajante subía y bajaba como las olas del océano de fondo, entrelazándose con la charla sofisticada.

Grace nunca había estado en una fiesta tan extravagante, y se quedó al acecho cerca de la puerta sin saber a dónde ir.

Mia había desaparecido de nuevo en su habitación, y Natasha se reía tontamente en el hombro de un joven. El resto del equipo estaba unido en el salón de cocteles desde que habían descubierto que el mesero estaba preparando bebidas que brillaban y resplandecían y se incendiaban en llamas espectaculares.

Ian se dirigió hacia ella y le rodeó la cintura con los brazos. «¿Disfrutando?».

Grace se apartó, sintiéndose incómoda. «Sí, es una fiesta encantadora».

La volvió a acercar. «Es aburrido, ¿no? Estos ricos son tan pretenciosos. Se odian, pero se comportan como si fueran los mejores amigos».

Grace asintió educadamente.

«¿Por qué no nos vamos y comemos algo? Conozco un restaurante de mariscos cerca...».

«Ya comí, gracias».

Él entrecerró los ojos, pero no bajó la mano.

Ella se retorció. «Hace un poco de calor, ¿no? El aire acondicionado no ayuda».

«Demasiada gente», asintió él.

«Creo que iré a buscar un vaso de agua... Ah, no, puedo ir yo sola. ¿Te veo más tarde?».

Sus labios se torcieron con tristeza. «Como quieras».

Ella dio un suspiro de alivio y escapó al otro extremo de la habitación. Tomó una copa de champán de una bandeja y bebió un sorbo, no porque quisiera, pero le daba algo que hacer.

Escuchó la charla a su alrededor, sintiéndose completamente fuera de lugar. No sabía que la gente hablara así en la vida real.

«Cariño, te ves fabulosa. ¿Has perdido peso?».

«Jayashree está encerrada en un campamento para gente obesa en Mandaan. Va todos los años. Te quitan el teléfono y pesan todo lo que comes».

«Esa piedra que tiene en la mano es falsa. Hoy en día hacen joyas artificiales tan bien que pueden engañar a cualquiera. Sin duda, ha engañado a su marido. Vendió su verdadera mientras jugaba a las cartas durante una fiesta de Diwali...».

Grace bostezó y miró a su alrededor en busca de una cara familiar. Ranjeet estaba de pie cerca de donde ella estaba, con un vaso de whisky en la mano lleno de hielo espumoso.

Estaba mirando a alguien, su expresión era desprevenida y llena de anhelo. Grace bajó la mirada, sintiendo que estaba entrometiéndose en algo privado.

Después de un momento, cuando Ranjeet continuó mirando como un pez dorado encantado, ella siguió su línea de visión.

Estaba mirando a Smita.

Grace se iluminó y se acercó a él. «Se ve muy bonita», dijo, moviendo las cejas.

«Hermosa». Ranjeet respondió. «Quiero decir que todas las chicas se ven bien, incluyéndote a ti».

Grace sonrió ante su intento de disimular. «Estaba hablando de Smita».

Bajó la mirada. Estaba completamente sobrio para variar y no podía obligarse a ser su yo jovial y sociable. Se llevó el vaso a los labios.

«¿Por qué no te casas?», preguntó con valentía. No le correspondía a ella interrogarlo sobre un asunto tan privado, pero el ambiente, la fiesta, el champán y su deseo de que los dos estuvieran juntos parecían haber desdibujado las líneas esa noche.

Él bajó la copa sin beber un sorbo y miró fijamente el líquido ámbar como si buscara una respuesta. Dudó un momento, luego decidió dar una respuesta honesta. «En estos días, las mujeres son muy exitosas, mientras que yo no he logrado nada en la vida. Soy un hombre orgulloso. No podría casarme con alguien y ser un vegetal inútil y un mal modelo a seguir para mis hijos mientras mi esposa sale y conquista el mundo».

«Eso es muy anticuado y sexista de tu parte», observó Grace.

Sonrió para demostrar que no se había ofendido. «Estoy consciente de que mis opiniones son arcaicas, pero claro, *soy* viejo. Eso es lo que aprendí y vi cuando era niño. ¿No has conocido a mi padre? Está anclado en mí y, por más que lo intento, parece que no puedo cambiarlo».

Grace frunció el ceño. Entonces, el hombre se negaba a casarse con Smita, a quien había estado mirando como si fuera una botella de whisky de valor incalculable, porque ella era una artista consumada mientras que él era un borracho y un actor fracasado. *Idiota.* Ella tomó otra copa de champán y se la bebió toda de un solo trago. Los dos eran ridículos. Ambos se amaban, pero eran demasiado engreídos para decirlo.

«Grace, una palabra», dijo Veer detrás de ella.

Ella se quedó quieta ante el borde de su voz. Levantó lentamente las pestañas y lo miró.

En la tenue luz amarilla, sus ojos parecían de oro bruñido y llenos de ira.

Su corazón comenzó a latir con fuerza en su pecho, y agarró la copa de champán vacía tratando de no retorcerse bajo su mirada fija.

Parecía que había escuchado su conversación con Ranjeet.

Dio dos pasos hacia la mesa del buffet. «Estaba a punto de comprarme una bola de ron...».

«Más tarde», dijo, bloqueándole el escape.

«O una salchicha de Goa. Tienen sabor a encurtido, y me encanta cualquier cosa encurtida...».

«Ven conmigo», gruñó. «Ahora».

Ella no tuvo más remedio que sonreír y dejar que la sacara de la habitación, hacia el jardín trasero y atravesara la pequeña puerta de madera de la parte trasera.

Se quedaron en la oscuridad con solo una franja de luz de luna que proyectaba sombras oscuras sobre la arena.

Podía escuchar las olas rompiendo en el fondo, junto con su propio latido acelerado. «¿Por qué me trajiste aquí?».

«Los invitados están pululando por toda la casa y no quiero que nos escuchen», dijo brevemente.

«¿Hice... hice algo malo?».

«Sabes exactamente lo que hiciste. Te he dicho antes que no te metas en los asuntos de mi familia».

«Solo estaba hablando con Ranjeet...».

«Déjalo a él y a Smita en paz, Grace. No voy a repetirlo. Me bastará una llamada telefónica para que te despidan, y si sigues entrometiéndote, no tendré otra opción».

Respiró profundamente.

«¿Me despedirías simplemente por hablar con Ranjeet?».

«Mi familia significa todo para mí y si alguien intenta hacerles daño...».

«No le hago daño a nadie...».

La agarró del brazo y la acercó a él.

«Ranjeet ya ha sufrido bastante en su vida. Si una cosa más sale mal, podría derrumbarse... escúchame y aléjate de ellos».

«Tendré cuidado. Tal vez, él deba confesar...».

«No voy a repetir mi advertencia, Grace».

Ella tembló ante la amenaza en su voz, repentinamente consciente de lo solos que estaban en una playa oscura y desierta.

Su bufanda se deslizó de su hombro para acumularse en el hueco de su brazo, y la brisa del mar bailó sobre su clavícula, haciéndola temblar. Sintió un repentino impulso de correr, y retorció su mano tratando de liberarse de su agarre.

Él la apretó con más fuerza, rompiendo uno de sus brazaletes en el proceso. «No voy a dejarte ir hasta que me asegures que te mantendrás alejada de ellos».

«Mmm», se tambaleó.

Un rugido llenó sus oídos, amortiguando sus palabras. Quería poner algo de distancia entre ellos y pensar. ¿Qué le estaba preguntando?

La noche silenciosa, la oscuridad y su proximidad se sentían demasiado íntimas para que ella pudiera manejarlas. Estaba intoxicada con su aroma y el calor que emanaba de él en oleadas. Sentía como si todo su cuerpo se hubiera estirado y se quebrara de la tensión en cualquier momento.

¿Por qué tenía ese efecto enloquecedor sobre ella? ¿Qué había en él que la llenaba de tanto anhelo y anticipación?

Un suave sonido de angustia se le escapó y él se quedó paralizado.

«¿Te estoy lastimando?», preguntó, bajando las manos.

Ella sacudió la cabeza y rápidamente dio un paso atrás.

«Ni siquiera llegas a mi hombro». Su voz se escuchó en la oscuridad, llena de ira y algo más. «La mitad del tiempo tengo miedo de lastimarte».

«No lo harás», dijo, con total convicción. Sus ojos volaron hacia él una vez que las palabras salieron de su boca. ¿Había adivinado lo que estaba sintiendo?

Dio otro paso atrás. Se había prometido a sí misma que se mantendría alejada de él. Él había dicho lo que tenía que decir y ahora no tenía motivos para quedarse.

Algo le rozó el pie y escuchó un sonido de algo corriendo. Gritó y saltó a sus brazos.

«Es un cangrejo pequeño», dijo con voz ronca.

«¿Ca... cangrejo?».

«Te habrá mordido muy levemente. No te habrá dolido».

«Un pellizco duele», murmuró ella contra el frente de su camisa. «Los cangrejos tienen pinzas».

Él inclinó la cabeza y le mordisqueó la oreja. «¿Te dolió?».

La luna se deslizó desde detrás de la nube y los bañó con una luz plateada.

Ella lo miró y negó con la cabeza en silencio.

«¿Y esto?», preguntó él, mordisqueándole el cuello.

Ella se arqueó cuando la sensación la recorrió. Percibió su mano agarrándola por la cintura, así como del olor del mar y de él. Todo su cuerpo estaba pegado al de él y, de repente, apenas podía respirar.

Ella soltó un jadeo superficial y él captó el sonido con los labios. Su pañuelo de seda dorada se acumuló a sus pies y sus dedos se curvaron de placer.

Sus labios se movieron tentativamente y, con un suave gemido de frustración, ella agarró un puñado de su camisa y lo jaló.

Él profundizó el beso y los fuegos artificiales explotaron en su cerebro.

Se derritió contra él, sus defensas se derribaron como un montón de cartas. Él sintió su derrota y gruñó desde lo más profundo de su garganta. Con su sumisión, había despertado esa parte salvaje de él que sabía que mantenía cuidadosamente controlada.

Los labios de él se volvieron posesivos, pero mantuvo un toque ligero. La delicadeza con la que sus manos se movieron lentamente por su espalda y dañara el jazmín en su cabello jaló una fibra sensible de ella.

Ella había besado antes. Tonterías, errores de borrachera... pero nunca se había sentido así.

«Veer, ¿dónde estás?».

La voz de Priya resonó en la playa como un latigazo. Se separaron de un salto.

«Voy», gritó Veer en respuesta, su expresión era de sorpresa.

Grace se cubrió la boca con la mano, sus ojos reflejando sus emociones.

«¿Veer?», Priya llamó de nuevo.

«Esto no debería haber sucedido», dijo Veer en voz baja. «Tengo que irme».

Grace observó su silueta alejarse trotando en silencio. Se giró para encarar el oscuro mar espumoso deseando que los relámpagos desgarraran el cielo, que los truenos ahogaran sus pensamientos y que la lluvia salvaje y tempestuosa borrara de su piel el recuerdo del tacto de Veer.

* * *

Grace abrió las cortinas de golpe y dejó que la suave luz rosada inundara la habitación. Luego se abalanzó sobre Mia.

«No me voy a levantar».

«Pero es importante», suplicó Grace.

«No».

«Por favor».

«No».

«Me estoy recuperando de un desamor y se supone que los amigos ayudan...».

«No soy tu amiga».

La boca de Grace se curvó hacia abajo y sus ojos brillaron de dolor.

El único ojo de Mia la miró por encima de la colcha. «Bien, me levantaré».

Grace se animó. «Vamos a la playa, así que vístete como corresponde. He planificado algo».

Diez minutos después, las dos chicas salieron de su habitación.

Mia se frotó los ojos y bostezó. «Son las seis de la mañana. Nadie debería despertar a esta hora, Gracie».

Grace ocultó una sonrisa. Mia estaba demasiado dormida para notar que la había llamado

Gracie con cariño.

Mia bostezó de nuevo. «Y no pienses que ahora somos amigas solo porque estoy de acuerdo en…».

«¿Van a volver al hotel?», preguntó Priya, apareciendo frente a ellas.

Grace palideció. Priya, aquí a esta hora, ¿y eso?, además, con un pijama de seda roja. Solo significaba una cosa. Había pasado la noche con Veer.

«No, a dar un paseo», dijo Mia, empujando suavemente a Grace detrás de ella.

«Diviértanse», dijo Priya, sus ojos clavados en Grace acusadoramente.

Grace inclinó la cabeza sintiéndose terriblemente culpable. Priya sabía lo del beso.

«Parece que pasó la noche aquí», observó Mia.

Grace se apretó el estómago sintiéndose enferma. Él la había besado y se lo había contado a Priya, y probablemente se habían reído de ello como un error de borrachos, y luego pasaron la noche juntos. Aceleró el paso, queriendo alejarse de Casa Olimpia lo más rápido posible.

«¿Adónde vamos, Grace?», preguntó Mia, con una voz artificialmente ligera.

«Parasailing», respondió brevemente.

«¿Qué es eso?».

Grace, con la cabeza todavía dando vueltas por haber descubierto a Priya en la casa, habló con poco entusiasmo.

«Te sujetan a esta cosa con forma de ala. Parece un paracaídas. Un extremo está unido a una pequeña lancha rápida. La lancha sale disparada hacia el mar y un hombre en la playa te ayuda a despegar…».

«Esto es muy confuso».

Grace respiró profundamente y aclaró su mente.

«Básicamente, volaremos sobre el mar con la ayuda de un trozo de tela atado a nuestras espaldas mientras un barco nos aleja cada vez más de la orilla...».

«¿Por qué demonios haríamos algo tan idiota cuando podríamos estar sentadas tranquilamente en una choza de la playa bebiendo agua de coco y comiendo camarones fritos?», preguntó Mia, desconcertada.

«Porque he decidido vivir. Aprovechar cada día y hacer algo nuevo. Voy a ser aventurera a partir de ahora para que cuando muera no me arrepienta de nada».

«Bueno, buena suerte. Me vuelvo a la cama».

«¿No quieres vivir?».

«Para nada».

«Vamos, Mia».

«Bien, pero no voy a volar sobre el mar. No sé nadar».

«Esa es la diversión. Yo tampoco».

# CAPÍTULO VEINTE

Veer estaba charlando con su instructor de parasailing.

Grace emitió un sonido ahogado y él levantó la vista. Sus miradas se cruzaron y se sostuvieron.

Llevaba una camiseta azul, azul como el mar detrás de ella, y unos pantalones cortos caqui ajustados. Tenía ojeras y los párpados pesados, ocultando la mayoría de sus emociones. Se preguntó si se habría atrevido a acercarlo para besarlo a la luz del día. Su pecho subía y bajaba agitado ante la idea. Parecía tan guapo ahora con sus hombros anchos y musculosos, su barba oscura y su cabello al viento.

Abrió la boca y respiró hondo. Sintió como si él hubiera extendido una mano invisible, la hubiera envuelto alrededor de su pecho y le hubiera apretado los pulmones con fuerza.

Una docena de petreles de tormenta chillaron y revolotearon para aterrizar cerca de ellos, sorprendiendo a Grace. Se sonrojó y bajó las pestañas, esperando que él dijera algo.

No lo hizo.

El silencio se alargó y la incomodidad fue aumentando hasta llegar a un crescendo.

«Linda fiesta», comentó Mia jovialmente.

Veer frunció el ceño, mientras Grace escogía una concha rota para clavarle su mirada avergonzada.

Mia sacó un abanico de papel y lo agitó con entusiasmo. «¿Hasta qué hora se quedaron despiertos?».

Grace pisó el pie de Mia, deseando que la arena se abriera y se los tragara a ambos.

«Sigo de fiesta». Los labios de Veer se curvaron. «Todavía no me he ido a acostar».

Grace levantó la cabeza de golpe. Eso significaba que Priya no había pasado la noche con él.

«Yo caí a las once», dijo, sintiéndose repentinamente animada. «Vamos a hacer parasailing».

«Solo puedo llevar a una de ustedes a la vez», dijo el instructor, acercándose a ellas.

«Yo puedo llevar a Grace», ofreció Veer, luego pareció sorprendida de haber sugerido tal cosa.

«Seguro». El instructor le dio una palmada en la espalda. «Le pediré a Banjo que saque el segundo bote».

Grace volteó al cielo con una mirada acusadora y se preguntó a qué ser sobrenatural aburrido se le habría ocurrido juntarlos. Parecía que él también se arrepentía de su oferta, pero echarse atrás ahora parecería sospechoso.

«¿Pasaste la noche con él?», le susurró Mia al oído.

«¡No! Solo fue un beso», susurró Grace.

No tuvieron más tiempo para discutirlo cuando Veer regresó, preparado para el viaje.

«Tienes que pararte frente a mí», dirigiéndose frente a Grace.

«Está bien», respondió ella, mirando a su zapato.

Él tomó las correas de seguridad y las colocó sobre su hombro y su cintura. Tuvo cuidado de tocarla lo menos posible mientras ella trataba de no respirar cuando él estaba cerca de ella. Luego se colocó detrás de ella y se abrochó los cinturones.

«No pensé que fueras del tipo que disfruta de los deportes de aventura», comentó Veer. Su

aliento le hizo cosquillas en el cuello y ella apretó las manos contra sus costados tratando de mantenerse quieta.

«Estoy aterrorizada pero decidida a vivir. Después de que casi muero en las inundaciones…», su voz temblaba.

«¿Las inundaciones de Mumbai?», se rió entre dientes. «Nadie murió. Incluso los perros y los gatos nadaron hasta un lugar seguro. El nivel del agua apenas llegaba a tu muslo antes de retroceder…».

«Podría haber sido peor», lo interrumpió ella. «Una serpiente podría haberme mordido. Podría haber contraído una enfermedad transmitida por el agua. Podría haber sido mordida por un perro rabioso».

Él se rió. «Un leopardo hambriento podría haber flotado y haber tomado tu brazo con él para aprovechar un refrigerio».

«¿Hay leopardos en Mumbai?».

«Por supuesto».

«Listo», gritó Banjo desde un bote que se balanceaba en el mar.

«Estarás bien, Grace», dijo Veer, y ella creyó sentirlo rozando su cabello con sus labios. Todavía se estaba recuperando del beso fugaz cuando de repente sintió un tirón fuerte y la lancha a reacción empezó a ganar velocidad. La vela se desplegó y los levantó del suelo.

El barco se convirtió en una mota en el mar y, de repente, ella estaba volando sobre el océano azul profundo, con el corazón en la garganta y los ojos puestos en el sol naciente.

Volaban sobre el agua, elevándose, bajando y subiendo según el viento lo dictaba. Se sintió increíblemente segura con Veer a sus espaldas y, cuando volaron tan bajo que sus pies se arrastraron sobre la superficie del océano enviando chorros de agua de mar que los empaparon a ambos, se rió de alegría.

La brisa se estabilizó y comenzaron a deslizarse sobre el océano serenamente. Miró hacia abajo a los barcos que flotaban en el agua del mar e imaginó que unos cientos de años atrás una flota de barcos portugueses debió de moverse de manera similar hacia la costa, lista para conquistar una nueva tierra.

¿Había sido así esa mañana? ¿Se habían detenido a admirar el cielo enrojecido y la suave media luna naranja que se asomaba sobre el horizonte? ¿Tenían alguna idea de que la tierra que estaban a punto de invadir estaba llena de tierra roja y fértil que permitía el crecimiento de las frutas y especias más exóticas?

Los portugueses se habían aferrado a ese pequeño trozo de tierra durante más de cuatrocientos años a pesar de tener a los británicos respirándoles en la nuca. ¿Se habían enamorado de Goa y por eso la habían convertido en su hogar durante tanto tiempo?

La lancha motora dio la vuelta y se dirigió hacia la orilla, y ella contempló la playa de Candolim que se acercaba rápidamente y se dio cuenta de que ella también se habría aferrado a ese lugar. La hacía sentir protectora, como una madre que cuida a su cachorro. Quería que fuera su Goa y se sentía irracionalmente enojada con los turistas que profanaban el lugar cuando, de hecho, ella también era una extraña aquí.

Goa era así. Hacía que uno se sintiera como en casa. No era de extrañar que el estado tuviera una extraña fusión de rusos, alemanes, británicos y muchas otras nacionalidades viviendo aquí en armonía. Si tuviera una oportunidad, se mudaría aquí en un santiamén.

Aterrizaron en un montón poco atractivo, con las extremidades y las cuerdas enredadas. Ninguno de los dos estaba preparado para el final abrupto de su viaje.

Él fue el primero en ponerse de pie. Le tendió la mano y ella la agarró sin pensarlo.

«¡Gracias!», exclamó, con los ojos brillantes y chispeantes de emoción. «Nunca esperé que fuera tan divertido. Voy a recordar esto por el resto de mi vida».

Él miró fijamente su cara risueña, con su propia expresión dura.

«Voy a romper con Priya».

Sus palabras flotaron en la brisa y envolvieron a Grace, dejándola con una sensación extraña. Un tipo diferente de emoción la inundó.

El instructor tosió para interrumpir el momento. «Tu amiga se escapó».

«¿Adónde fue?», preguntó Grace, apartando la mirada de Veer.

«Hacia allá». Señaló hacia una choza.

Las gafas de sol de Mia brillaron desafiantes mientras se acurrucaba más profundamente en la tumbona y bebía un sorbo de un coco.

Grace movió el dedo en señal de advertencia y Mia sonrió y levantó un segundo coco tentadoramente.

«Me voy a casa a dormir un poco», dijo Veer, pasándose la mano por el cabello.

Grace quería preguntarle por qué estaba rompiendo con Priya, pero tenía miedo de la respuesta. Entonces, se metió las manos en los bolsillos y asintió en respuesta.

Se fue sin decir una palabra, dejándola con una sensación curiosamente vacía. Los colores a su alrededor parecieron desvanecerse un poco, e incluso los fuertes rayos no pudieron eliminar el tono grisáceo que su partida había causado. Grace se dirigió lentamente hacia Mia, arrastrando los pies en la arena caliente.

Mia le entregó un coco y abrió un libro, lo cual le vino muy bien a Grace. No estaba lista para hablar de Veer ni de nada que tuviera que ver con él. Cerró los ojos y se tumbó sobre una manta, lista para que el sol la cocinara hasta que se dorara por completo.

Mia la miró por encima del enorme libro de fantasía, con una pequeña sonrisa en los labios. «Te apuesto diez dólares a que no has pensado en Alfie en los últimos dos días, ¿verdad?».

Grace le entregó en silencio un billete de veinte dólares. Oh, había pasado mucho más tiempo que eso.

* * *

Cuando regresaron a la villa, eran casi las diez. Descubrieron que habían instalado una mesa de buffet en el jardín y que la familia y el equipo se estaban sirviendo comida en sus platos.

Grace y Mia habían desayunado crepas con Nutella y un tazón de fruta tropical, pero el aire del mar, la larga caminata de regreso a la villa y el delicioso aroma que llegaba hasta ellas reavivaron su apetito.

Grace llenó su plato con lo que descubrió que era comida del sur de la India. Consistía en panqueques salados, pasteles de arroz, sopa de lentejas y verduras, chutney de coco y albóndigas fritas.

Se metió un trocito de albóndigas de arroz untadas en chutney en la boca y cerró los ojos con deleite.

«Tendrás que casarte con ella», sonó la voz de Paramjeet.

Grace tosió y farfulló, sus ojos volaron hacia la mesa donde estaba sentada la familia Singh.

«Es un adulto. No tiene que hacer nada de eso», se escuchó la voz de Natasha, junto con el pappadum en su mano.

«Tiene que hacerlo», añadió Cuckoo Singh. «Nuestro negocio se convertirá en una potencia internacional a tener en cuenta. La colaboración...».

«Es mi hermano, no el lanzamiento de un producto», argumentó Natasha.

«Vamos, vamos, niños», la madre de Veer intentó infundir algo de calma. «Tenemos

compañía. Tal vez se pueda hablar de esto...».

«No habrá más de qué hablar. Veer se casará con Priya y eso es todo», dijo Paramjeet.

«Pero...».

«Sin peros», interrumpió Paramjeet. «Veer, yo tenía más o menos tu edad cuando me casé con Meena. Ni siquiera había visto su rostro hasta el día de la boda».

«No es un ejemplo que quieras dar», observó Cookie con picardía. «Eso no salió bien, ¿verdad? Tuviste suerte de que ella muriera y te casaras con Liz...».

«La mayoría de las bodas en las familias indias suceden así». Paramjeet dejó caer el vaso sobre la mesa de golpe, y el agua se derramó por todos lados.

«Ya no», argumentó Natasha.

«Es la influencia de Occidente», rugió Paramjeet. «Profanando nuestra cultura, robando nuestra herencia, llenando a la nueva generación de basura absoluta…».

«Si no hubiera sido por la modernización, Karbon nunca habría crecido tan rápido», respondió Natasha.

Grace observó la expresión de Veer mientras la familia discutía a su alrededor. Parecía resignado y extremadamente infeliz. Ella quería extender la mano y acariciarle la frente. Deseaba poder hacer algo para ayudarlo.

«¡Las mujeres deberían saber cuál es su lugar!», Paramjeet golpeó la mesa con el puño.

Natasha golpeó la mesa aún más fuerte. «Oh, por favor. Las mujeres son mucho más inteligentes que los hombres, y eso es lo que molesta a los hombres como tú. Me fue mejor que todos mis hermanos en la escuela. ¿Qué pasó con los genes masculinos entonces? Cuckoo es inútil en su trabajo, Ranjeet preferiría ahogarse en sangría que en papeleo, mientras que yo dirijo mi propia y exitosa empresa. Querías que me casara con un hombre rico y panzón. Quieres que no haga nada más que dedicarme a la caridad, ya que se verá bien ante los ojos del público, aunque tengo una maestría en negocios».

Grace vio a Veer dejar la mesa en silencio. Su madre lo siguió.

«Natasha debería callarse», dijo Mia, mordisqueando un trozo de sandía. «No se trata de ella».

Grace apartó su plato. «Ojalá el resto de la familia recordara eso».

«¿Por qué la gente rica siempre es tan infeliz?», preguntó James. «Tanta amargura y enojo».

«¿Podemos olvidarnos del drama por un minuto y concentrarnos en el documental?», preguntó Ian irritado. «Necesitamos encontrar un nuevo lugar para la próxima entrevista».

«La sala familiar», sugirió Mia.

Se pasó una mano por el cabello, dejando migas por todas partes. «Compruébalo con James. Grace, ven conmigo. Quiero ver si la brisa del mar interferirá con el sonido del jardín trasero».

Grace se levantó y lo siguió de mala gana.

«Pensé que estabas intentando conquistar al viejo», dijo Ian, tan pronto como estuvieron dentro de la casa.

«¿Qué?», Grace lo miró confundida.

«Todo ese halago. Pero luego te vi a ti y a Veer escapando a la playa anoche».

«Lo que hago en mi tiempo libre es asunto mío», dijo furiosamente.

«Él es nuestro cliente, y no puedo permitir que uno de los miembros de mi equipo se acueste con él».

Lo miró en estado de shock.

«A menos que nos beneficie». Ian se acarició la barbilla. «Puede que la familia nos pague por hacer este documental, pero un jugoso rumor o un escándalo descubierto por nosotros nos haría

ganar mucho más dinero. Paramjeet pagaría un ojo de la cara para mantener las partes desagradables fuera de las noticias, mientras que todos los periódicos del país estarán dispuestos a pagarnos cantidades exorbitantes por ello. Tendremos que esperar y ver quién ofrece la oferta más alta. Y tú, Gracie, estás en una posición perfecta para trabajar con Veer. La cita en la playa fue un buen comienzo. Sigue jugando con él y…».

«Eres repugnante», dijo Veer.

Grace se dio la vuelta.

Veer la miraba fijamente, con los ojos llenos de odio.

«Espera», gritó ella. «Nunca planeé esto. Ian...».

Veer se encogió de hombros y se fue furioso.

Ella se volvió hacia Ian. «Sabías que estaba escuchando, ¿no? ¿Por qué?».

«No me gusta perder», se encogió de hombros.

Ella se pasó una mano por los ojos, sintiéndose impotente.

En cierto modo, él tenía razón. Debería mantenerse alejada de Veer, ya que no solo estaba comprometido, sino que también era su cliente.

Y, sin embargo, no podía evitar pensar que la forma en que Ian había jugado sus cartas había sido absolutamente desagradable.

Pero ¿qué podía hacer? Él era su jefe y fácilmente podría despedirla. Entonces tendría que regresar a Estados Unidos después de otro fracaso. Igualmente, sus padres esperaban que se rindiera, y podía imaginar a sus amigos discutiendo sobre lo malcriada que era Gracie y sobre lo incapaz que era de mantener un trabajo y sobre si era una lástima que Alfie se hubiera casado con otra persona.

Agachó la cabeza en señal de derrota y permitió que Ian la acompañara hasta el jardín trasero como si nada hubiera pasado.

Desafortunadamente, Veer había decidido calmar su ira en el balcón. La vio sentada en el columpio mientras Ian estaba sentado a su lado charlando sobre alguna tontería.

Levantó la vista y lo vio mirándola como si fuera escoria. Era un malentendido, pero su comportamiento actual no ayudaba a mejorar las cosas.

Ella inclinó la cabeza y rompió el contacto visual. Parecía que sus sentimientos finalmente serían aniquilados de raíz.

# CAPÍTULO VEINTIUNO

El equipo se iba de excursión. El autobús que los llevaría estaba estacionado fuera y Grace llegaba tarde.

Salió corriendo de su dormitorio, agarrando un peine y un bolso mientras su pelo ondeaba detrás de ella en una mata de pelo dorado y castaño.

Se veía notablemente atractiva mientras corría por el pasillo. Tenía las mejillas sonrojadas por la ducha y sus ojos preocupados brillaban como una luna recién lavada.

Dobló la esquina y chocó contra Veer.

Su cabeza golpeó su barbilla y él soltó una exclamación de dolor.

«¡Lo siento!», gritó, y su bolso gigante, lleno y extremadamente pesado se le resbaló de las yemas de los dedos y aterrizó en el dedo del pie de él. «¿Te lastimé?».

«Estoy bien», dijo con los dientes apretados.

«Déjame ver», dijo ella, deslizando un pulgar por su barbilla.

Él se quedó helado.

Ella se estremeció.

El sol brilló en el cielo y unas pequeñas criaturas empezaron a tocar violines en miniatura de fondo.

Se miraron a los ojos y se balancearon al unísono.

La brisa saltó para jugar con los folículos de su cabeza y la adrenalina llegó en una de sus visitas fugaces para dilatar los vasos sanguíneos y mejorar el suministro de oxígeno.

Se soltó de un jalón y el sonido de los violines se desvaneció en un canto fúnebre.

«¿Planeaste esto también?», exigió con dureza.

«¡No!», gritó ella. «Escúchame...».

Él la ignoró.

«Ian lo planeó...».

Pulsó un botón en su teléfono y se lo pegó a la oreja. «Rahul, ven a verme a la oficina...».

Grace lo vio alejarse, sintiéndose miserable.

Arrastró los pies hacia el autobús que esperaba afuera y se obligó a subir los escalones y hundirse en un asiento.

El resto del equipo, por otro lado, estaba molestamente alegre. Incluso Ian parecía estar de buen humor.

No pasó mucho tiempo antes de que el autobús pasara a toda velocidad por calles estrechas, hundiéndose en baches y temblando sobre terreno irregular.

Pasaron por campos llenos de chicos flacuchos jugando al cricket, hileras de casas de estilo portugués con puertas de colores, elefantes bellamente adornados y jóvenes acurrucados en rincones fumando chillums y porros.

Primero visitaron una hermosa iglesia barroca, la ‘Basílica de Bom Jesus’, seguida de un almuerzo tranquilo en la choza de Percy. Grace y Mia compartieron cuencos de Xacuti y Cafreal picante con arroz al vapor, seguido de un pastel tradicional en capas llamado Bibinca.

Después del almuerzo, condujeron hasta un mercadillo junto al mar. Estaba casi vacío teniendo en cuenta que era temporada baja y que las cosas estaban considerablemente rebajadas.

Grace compró una camiseta teñida y una hermosa piedra de amatista, mientras que Mia compró algunos libros antiguos de la India para la mesa de café.

Después de una breve pausa para tomar té, se marcharon de nuevo a visitar un remoto templo Mahadev enclavado en medio de una jungla. La posición oculta del templo lo había ayudado a sobrevivir a las invasiones musulmanas y portuguesas.

El guía turístico siguió parloteando, contándoles una breve historia del lugar, pero Grace, que normalmente disfrutaba aprendiendo sobre esas cosas, decidió alejarse del grupo y caminar sola.

Trató de encontrar la paz en los viejos muros grises del templo y la exuberante jungla que lo rodeaba, pero incluso después de una hora de soledad, no logró calmar la agitación en su interior.

El sol comenzó a ponerse y todos decidieron regresar a casa. El equipo se había estado compartiendo botellas de vino Oporto local y *feni*, un aguardiente de Goa, emborrachándose en aumento.

Se tambalearon hasta el autobús riendo y bromeando, y Grace se sentó justo en la parte de atrás. Acurrucó los pies en el asiento de cuero roto y miró por el cristal de la ventana lleno de polvo tratando de bloquear las bufonadas que la rodeaban.

El equipo indio y el irlandés se habían dividido en dos equipos y estaban teniendo un concurso de canto, en el que un lado cantaba canciones irlandesas y el otro, hindi.

Sus voces se llenaban de vitalidad a su alrededor y, a medida que pasaban las horas, las canciones se volvían dulces y suaves, y las cigarras salían a tararear junto con los equipos.

El sol se hundió en el horizonte y las luces nocturnas, suaves y dispersas, parpadearon mientras el aire se llenaba de humo de madera, estiércol cocido y vegetación podrida.

Llegaron a Casa Olimpia tarde en la noche y, afortunadamente, Grace se quedó dormida en el momento en que su cabeza tocó la almohada.

Los días siguientes transcurrieron más o menos de la misma manera. Grace se entregó a su trabajo e intentó quedarse en el hotel donde vivía el equipo tanto como fuera posible. Comenzó a almorzar y cenar con ellos y a asegurarse de haber hecho lo suficiente durante el día para estar demasiado agotada para pensar a la hora de acostarse.

Ian se sentó a su lado y la elogió repetida y a menudo.

Finalmente, decidió que esta situación la estaba volviendo aún más miserable que antes. Tenía que hacer algo drástico y darle a su organismo un shock para hacerlo responder.

Tenía que probar otro deporte extremo.

«Mia», dijo Grace, poniéndose un vestido de algodón floreado. «Levántate. Tenemos que irnos».

«¿Adónde?»

«Motos acuáticas», respondió con seriedad.

«No haré tal cosa», se quejó Mia y se echó la manta sobre la cabeza.

Media hora después, las dos se abrazaban como si les fuera la vida y volaban por el océano.

El sonido del viento y del mar ahogó las maldiciones de Mia, y el corazón pesado de Grace se hundió hasta los dedos de los pies y flotó hacia el mar.

Para cuando regresaron a la orilla temblando como un par de hojas verdes, Grace había decidido que ya era suficiente. Una ola entusiasta podría haberlas arrojado a las dos al océano y podrían haber muerto. No podía dejar este mundo sin resolver el malentendido entre ella y Veer.

No podía soportar la idea de que Veer tuviera una opinión tan baja de ella. Ian le había dicho que se mantuviera alejada de él, y aunque ella estuvo de acuerdo en que sería lo más inteligente, aún tenía que explicarse. Podían mantener la distancia el uno del otro, pero él no tenía por qué pensar que ella era un ser humano tan horrible.

Tenía que escuchar su versión de la historia. Después de todo, acababa de tener otra experiencia cercana a la muerte.

«Tenías puesto un chaleco salvavidas», comentó Mia cuando Grace le explicó su plan. «Y dos salvavidas experimentados flotaban cerca».

«Un tiburón podría haberme devorado», insistió Grace.

«Eres realmente morbosa», dijo Mia. «Y desearía que un tiburón te hubiera devorado. Al menos, no me vería obligada a soportar tu lado aventurero».

«Anímate, gruñona. Ahora, vamos a ver delfines. Un mar plácido y una canasta de picnic en una playa a la que solo se puede llegar cuando la marea está baja».

Mia se animó. «¿En serio?».

«No, esta vez vamos a hacer parapente. Volando desde una montaña como pájaros. Podríamos estrellarnos contra el terreno duro y rocoso de abajo».

«Encantador», gimió Mia.

* * *

Cuando Grace quería evitar a Veer, lo encontraba en todas partes y ahora que lo estaba buscando, parecía haber desaparecido de la faz de la tierra.

«¡Hora de ir de compras!», James le entregó una lista a Grace. «Cosas que se nos acabaron en el hotel».

Ella examinó el contenido. «Vino Oporto número cinco y siete, salchichas de Goa, bolas de ron con chocolate, queso de guayaba y encurtido de camarón. ¿Eso es todo?».

«Olvidé añadir besos babosos», dijo, frunciendo los labios.

Ella puso los ojos en blanco y fue a prepararse.

Se colgó una mochila de nailon al hombro, ya arrepentida de su viaje. Eran las dos de la tarde y hacía un calor y una humedad asquerosos. Su espalda ya estaba cubierta de sudor pegajoso, y la correa de su bolso le rozaba la piel a través del fino algodón.

Arrastró sus pies hacia la entrada, abrazando una lata de refresco helada y reacia a abandonar los interiores con aire acondicionado. Deseó que lloviera y, como en respuesta, un trueno rugió en lo alto y ella sonrió.

Sus pasos se volvieron más ansiosos. Quería sentir las gotas de lluvia gordas y frescas sobre su piel lo antes posible. En su prisa, no vio a Smita y se estrelló contra ella.

«Lo siento, lo siento», dijo Grace, desenredándose a sí misma y a su bolso. El refresco le había empapado el pecho y salpicado toda la pierna de Smita.

Smita estalló en lágrimas.

«No quise chocar contigo. Sigo haciendo estas cosas. Soy una tonta torpe... Lo siento, no llores». Grace agarró un pañuelo y atacó la pierna de Smita, luego se levantó para secarle las lágrimas de la mejilla. «Pagaré la tintorería. Puedo darte un vestido para que te pongas...».

«No eres tú», Smita se sonó la nariz con un pañuelo. «Es él. Es solo que... estoy cansada y harta. ¿Cuántos años se supone que debo esperarlo? ¿Esperar a que se dé cuenta de que existo? ¡Basta! Ya no puedo verlo borracho y desmayado en el suelo. Duele demasiado. Debo seguir adelante. Debería irme de esta ciudad».

Grace vio a Cookie que se acercaba a ellas. Agarró a Smita y la llevó al baño de invitados. «¿Está todo bien?», preguntó Cookie, golpeando la puerta del baño.

Los ojos de Smita se abrieron de par en par por el pánico.

«Solo tengo ganas de vomitar», gritó Grace. «Smita me está ayudando a apartarme el pelo de la cara mientras... aaarghhh, blaaaarggghhh, tos, tos, uf...».

«Está bien, adiós», gritó Cookie.

Grace abrió un poco la puerta y miró hacia afuera. «Se ha ido».

«Gracias a Dios», dijo Smita. «No soporto a esa mujer».

«Un poco difícil», convino Grace. «Sin tacto».

«Y gracias por ocultarme. No quiero que la familia me vea así, que sienta pena por mí... No sé cómo perdí el control de esta manera. Normalmente nunca lo hago, pero...».

Grace le dio una palmadita en el hombro. «Lo entiendo, mucho más de lo que te imaginas. Estoy en una situación similar. Estoy enamorada de mi mejor amigo, y él se va a casar con otra persona».

Smita la miró horrorizada. «Oh, Dios mío, eso es horrible. Al menos Ranjeet sigue soltero, pero si tu mejor amigo se casa de verdad con esa persona, entonces perderás toda esperanza». Grace suspiró. «Eres la primera persona que entiende cómo me siento. Y él se casará con ella, no hay duda al respecto».

«Lo siento muchísimo».

Grace se sintió curiosamente distante, sin sentir nada del dolor que normalmente la golpeaba cuando hablaba de Alfie. Salió del baño y las dos chicas caminaron en silencio hacia la entrada de la villa.

Grace no podía entender este cambio repentino en sí misma. Se obligó a pensar en Samantha, en Alfie besando a Samantha y los dos envueltos uno alrededor del otro como un perrito caliente en un pan untado con cátsup y mayonesa, y aun así no le molestaba. Frunció el ceño. Ver a Priya y Veer juntos había provocado en ella una reacción mucho más visceral. Nunca se había sentido así por ninguna de las chicas con las que Alfie había salido. Pensó en lo que Veer le había dicho una vez, que amaba a Alfie pero que no estaba enamorada de él. ¿Tenía razón? ¿Se había escapado porque no podía soportar el dolor de verlos juntos o era porque todos sabían que había querido casarse con él? ¿Era su ego y no su corazón el que dolía en ese momento? Se había acostumbrado a ser la constante en la vida de Alfie. Las chicas iban y venían, pero ella era esa persona especial que siempre permanecía. Conocía sus secretos, sus gustos y disgustos. Otras mujeres nunca podrían competir con ella. Alfie siempre le dejó en claro que ella era más importante para él que sus novias. Si ella lo necesitaba, él dejaría una cita a mitad de camino y volvería corriendo con ella.

La había hecho sentir especial hasta que Samantha llegó a su vida. Fue entonces cuando Grace se sintió realmente amenazada. De repente, otra chica era más importante para él.

Los pensamientos de Grace se detuvieron de golpe. «¡Dios mío, Natasha se va a comer a ese pobre hombre para el almuerzo!».

Ahora estaban afuera, y el cielo estaba lleno de prometedoras nubes oscuras y debajo del cielo nublado había un auto convertible rojo antiguo, y pegado al auto había un hombre cuyo rostro no era visible porque el enorme peinado de Natasha lo bloqueaba.

«Solo se están besando. Pareces escandalizada», sonrió Smita.

«Eso es porque lo estoy. Pensé que era ilegal besarse en público aquí. Mia me lo dijo».

«Ella tiene razón, pero eso hace que besarse sea aún más divertido», suspiró Smita. «Y los monzones son muy románticos».

«¡Puaj! ¿Quién quiere besarse mientras está sudando?», Grace hizo una mueca.

«A veces eres tan infantil», se rió Smita. Eso es lo que pasa si te enamoras de un hombre y no pruebas a las otras ranas de la ciudad. No logras crecer».

«¿Quién es la rana que está besando?», preguntó Grace, señalando con la cabeza hacia Natasha, que ahora tenía las piernas alrededor del hombre.

«Su príncipe. Viven juntos en secreto. Es rico y pertenece a una familia política. Es justo el

tipo de hombre que Paramjeet aprobaría».

Grace los miró mientras se mordisqueaban como almas hambrientas. «¿Es por eso que viven juntos en secreto y no se casan? ¿Porque Natasha no puede soportar hacer lo que Paramjeet aprobaría?».

«Exactamente. Odia tanto a su padre que no puede soportar hacer una sola cosa que lo haga feliz, incluso si eso significa renunciar a su propia felicidad.

«A mí me encantaban los camarones, pero un día comí en un restaurante llamado 'Fishy, Fish, Fish'. Los camarones de ese día estaban particularmente deliciosos y llenos de gérmenes. Sufrí una intoxicación alimentaria y fue tan grave que pensé que iba a morir. Nunca comí un camarón después de eso.

«¿Qué tiene eso que ver con esto?».

«No creo que ella lo odie», Grace frunció el ceño. «Verás, él era su camarón. Ella lo amaba, luego él la traicionó. Ahora está enojada y amargada por eso, pero recuerda el amor que sentía por él. Nunca podrá olvidarlo».

«Tienes una forma extraña de pensar». Smita la miró de reojo.

Grace ladeó la cabeza y frunció los labios. Tenía que pensar en una forma de hacer cambiar de opinión a Natasha y hacerle ver lo tonta que estaba siendo. Iba a perder al amor de su vida por culpa de los camarones podridos.

«¿En qué estás pensando?», preguntó Smita.

«Que aquí estamos nosotras, deseando una gota de amor y dispuestas a renunciar al mundo por un beso, y allí está ella, con el mundo a sus pies y sin poder verlo».

«Grace, eso fue casi poético».

«Ahora sé por qué todos los verdaderos artistas son tan miserables. A los verdaderamente desgraciados les sale de forma natural».

Smita suspiró en señal de acuerdo. «Es una compensación por nuestro sufrimiento».

# CAPÍTULO VEINTIDÓS

Grace cortó la llamada.

«¿Otra vez Alfie?», preguntó Mia, levantando una ceja.

Grace asintió.

«¿Cuántas veces te ha llamado?».

«Dejé de contar en cincuenta y dos».

«¿Por qué no hablas con él?».

Grace bebió un sorbo del jugo helado de sandía, su piel se puso de gallina cuando una ráfaga fría de brisa marina barrió la playa.

«Grace». Mia le dio un codazo. «Responde la pregunta».

«No sé qué decirle. Él sabe que estoy enamorada de él y se va a casar con Samantha. Fin de la historia».

«¿Y si te llama para decirte que ha cancelado el compromiso y que quiere casarse contigo en su lugar?».

Grace frunció el ceño. «No lo creo».

«O no quieres pensarlo».

«¿Qué quieres decir?».

«Por todo lo que he descubierto sobre ti, he llegado a la conclusión de que Alfie siempre ha sido una excusa. Una excusa que hizo que tus años de adolescencia fueran más llevaderos. Era guapo, popular y el hecho de que fuera tu mejor amigo te ayudó a superar tu bachillerato. Si hubiera salido contigo y te hubiera dejado, las cosas se habrían vuelto mucho más difíciles. Y cuando decidió casarse, lo usaste como excusa para escapar de tus posesivos padres y hacer lo tuyo».

Grace inclinó la barbilla a la defensiva. «Eso es cruel y no es verdad».

«Soy cruel, ¿recuerdas? No me gusta la gente. Y tienes razón, veo demasiado y lo que veo normalmente es desagradable. La gente nunca es honesta consigo misma. Dime, Grace, si Alfie irrumpiera en la habitación y exigiera casarse contigo, ¿estarías de acuerdo?».

Grace frunció el ceño.

«No lo harías», dijo Mia, reclinándose en su silla y ajustándose las gafas de sol.

Grace no lo negó. Siempre había soñado con casarse con él, pero últimamente esos sueños ya no eran emocionantes.

«¿De verdad crees que nunca lo amé, Mia?».

«Lo amabas», respondió ella con suavidad. «Estabas locamente enamorada de él, pero yo también lo estaba de un chico de la escuela. La diferencia entre tú y yo es que yo dejé atrás mi enamoramiento infantil mientras que tú sigues aferrándote a él obstinadamente. Es hora de dejarlo ir, Gracie, y encontrar el verdadero amor adulto».

«No estamos de vacaciones», Ian apareció de repente sobre ellas.

Mia se acurrucó más profundamente en el sillón y flexionó y apuntó perezosamente sus dedos pintados de rojo. «¿Qué quieres, Ian?».

«¿Has tomado fotos espontáneas de cada miembro de la familia?».

«Tú eres el director. No puedo organizar las tomas a menos que tú las dirijas. No es mi

trabajo».

Ian frunció el ceño. «Grace, ¿fuiste a comprar los alimentos a las tiendas?».

«No es mi trabajo, pero lo hice», respondió Grace, sintiéndose valiente en presencia de Mia.

«No, parece que crees que tu trabajo es ir a besar a los clientes», espetó Ian. «Nos vemos en quince minutos en el vestíbulo del hotel», añadió, marchándose furioso.

Grace se acobardó.

«Eres una cobarde», Mia sacudió la cabeza con exasperación. «¿Por qué dejas que te intimide?».

«¿Por qué se mete conmigo?».

«Celos. Parece que le agradas a la familia. A la mayoría de la gente. Y a ti te invitaron a quedarte en la villa y no a él, y él es el jefe. Y creo que le gustas, por eso creó el malentendido entre tú y Veer».

«Puedo advertirle que se aleje», retumbó una voz profunda por encima de ella.

«¡Veer!», Grace jaló el pareo más arriba para cubrir su bikini fucsia. Había pensado que nunca volvería a hablarle.

Mia se alejó silenciosamente, dejándolos solos.

Veer se agachó junto a ella, sus dedos desnudos hundiéndose en la arena. «Puedo decirle que deje de acosarte».

«Le creíste antes».

Bajó las pestañas. «Yo..., elegí creerlo. Era más fácil».

Grace frunció el ceño confundida.

«¿Qué quieres decir?».

«¿Intentaste hacer lo que él dijo?».

«¿Intenté seducirte para que revelaras tus secretos y venderlos a la prensa por una gran suma? No».

«Lo siento».

Ella apretó la mandíbula y apartó la cara. «¿Qué te hizo confiar en mí?».

«Pienso en el pasado y no puedo señalar un momento en el que hayas intentado hacer algo fuera de lugar. Y yo te besé primero».

«¿Por qué era más fácil creerle a Ian?».

Él la agarró del mentón y la obligó a mirarlo.

«Si lo que decía era verdad, te convertía en una horrible cazafortunas. Y habría sido fácil para mí mantenerme alejado de una horrible cazafortunas».

«¿Por qué necesitas una razón para mantenerte alejado de mí?».

Sus ojos se dirigieron hacia ella, agudos y directos. «Porque de lo contrario... quiero permanecer demasiado cerca».

«Oh». Ella lo miró fijamente, consciente de repente de lo alto que se alzaba sobre ella a pesar de estar agachado. Se le erizó la piel y no estaba segura de si era la brisa fresca o su proximidad.

Él tomó un mechón de su cabello oscuro que había estado sobre su hombro y lo frotó entre sus dedos. «Estás vibrando».

«Estoy un poco temblorosa».

«No, quiero decir que tu teléfono está vibrando».

«Es Alfie...».

Él le soltó el cabello como si le quemara y la dejó sola.

Ella miró el teléfono, luego la espalda de Veer que desaparecía. Por primera vez en su vida estaba irritada con Alfie. ¿No podría haber llamado más tarde?

* * *

Agarró su toalla de playa y regresó al interior. Diga lo que diga Mia, Ian tenía razón. Realmente debería haber estado ayudando más al equipo.

Encontró a James intentando tomar un primer plano de una mariposa con manchas azules brillantes.

«¿Por qué una mariposa?», preguntó Grace, acercándose a él.

«¡Maldita sea! Se fue volando. ¿Tienes que pisotear como un gigante?».

«Alguien está de mal humor».

«Lo siento. Todavía me estoy recuperando de anoche. Fuimos a un centro nocturno».

«Me enteré».

«¿Sobre mi baile en la barra?».

«Eh, no, me lo perdí».

«Qué lástima».

«¿Necesitas ayuda?».

«Necesito otro camarógrafo. Ian está obsesionado con hacerme tomar videos inútiles. Quiere que capture flores danzantes, abejas zumbando, mariposas revoloteando, elefantes pisoteando...».

«¿En serio? ¿Elefantes?».

«Sí, los del mercado. Conocí a uno que decía la suerte mirando tu cara y luego elegía una tarjeta. Me dijo que algún día me casaré con una mujer india muy rica».

«¿El elefante te dijo eso?».

«No, la tarjeta que él eligió, tonta».

«Podemos asistir a la reunión, luego ir a ver el elefante y, de camino, puedes enseñarme a usar la cámara».

«¿Por qué estás aprendiendo a usar una cámara?», preguntó Natasha, acercándose a ellos. «¿No eres asistente de producción?».

Grace se encogió de hombros. «Es posible hacer varias cosas a la vez. Las mujeres son expertas en eso. Pueden cocinar y limpiar. Ser maestra y artista. Asistente de producción y camarógrafa. Magnate de negocios y madre. De hecho, cuanto más sabes, menos probabilidades tienes de fracasar. Tenemos más opciones en la vida si las cosas salen mal».

Natasha frunció el ceño y escudriñó su rostro.

Grace mantuvo su expresión inexpresiva.

Satisfecha de que no la estuvieran sermoneando, Natasha se puso pensativa. «Pero, ¿puedes hacer dos cosas a la perfección si tu tiempo está dividido?».

«La mayoría de las personas inteligentes pueden hacerlo. Pero si eres un poco idiota...».

Grace se encogió de hombros.

Natasha frunció los labios pensativamente. «Pero ¿y si una de las dos cosas hiciera feliz a tu... ejem... enemigo?».

«Si tú misma sigues siendo infeliz, de cualquier forma, tu enemigo estará ganando».

Natasha miró a Grace, luciendo un poco aturdida. Como si ese pensamiento nunca se le hubiera ocurrido antes.

«¿Crees que soy una tonta?», preguntó finalmente.

Grace se acercó y le dio una palmadita en el hombro. «Solo un poco. Sobre todo, no puedes ver más allá de la punta de tu nariz. También eres un poco egoísta y un poquito cruel. De hecho...», dijo, entusiasmándose con el tema, «eres un poco como un gatito persa malcriado. Bien cuidado y lleno de garras».

«Sí, bueno, tú tampoco eres demasiado inteligente», espetó Natasha.

Grace la observó mientras se alejaba divertida. Esperaba que sus palabras se adhirieran como pegamento extrafuerte y que Natasha se viera obligada a confrontarlo repetidamente hasta que se diera cuenta.

«¿Qué fue eso?», preguntó James confundido. «No entendí ni una palabra de la conversación».

«Nada importante», dijo Grace, sacudiendo la cabeza y haciendo que algunos mechones de cabello se le escaparan de la cola de caballo y cayeran favorecedoramente alrededor de su rostro.

«Jesús, no puedo esperar más», gritó él, y le agarró la cabeza y la besó.

Fue descuidado.

Ella estaba demasiado aturdida para luchar.

Él se levantó para tomar aire. «Me gustas».

«¿Qué?».

«Dije que me gustas».

«Ja ja».

«No, ja ja. Hablo en serio».

«Dios mío. Hablas en serio. Nunca te he visto en serio».

«Hablo muy en serio».

«Pero... pero no hemos tenido una sola cita. Apenas me conoces».

«Hemos estado en compañía el uno del otro durante semanas. Me salvaste la vida. Y eres tan pequeña y curvilínea y linda y…».

«Basta», dijo ella modestamente.

«No, en serio. Quiero levantarte y arrojarte a una montaña de ositos de peluche».

«¿Qué?».

Él envolvió su cola de caballo alrededor de su muñeca y la atrajo hacia sí. «Michi, mich, muchi, muchi, bomboncito, cosita chiquita...».

Grace se apartó rápidamente. «Estoy conmovida. Pero estoy enamorada...».

«De Alfie. Lo sé. Solo te lo estoy diciendo para que, una vez que lo superes, puedas venir a mí».

«Eso es muy dulce, pero he oído que los rebotes son una idea horrible. Realmente deberías encontrar a alguien más».

«No me importa ser un rebote. Te deseo de cualquier manera que pueda conseguirte».

«Qué... eh... apasionado. James, esto realmente me está asustando ahora. Por favor, deja esta broma».

«No estoy bromeando».

«Ojalá lo estuvieras».

«¿Debo dejar que mis besos te muestren lo que realmente siento por ti?».

«Veo que ahora estás besando al equipo», rugió una voz detrás de ellos.

«¡Ian!», jadeó Grace.

«Sorpresa».

«No lo entiendes».

«¿Lo estabas besando o no?».

«Sí, pero...».

Entrecerró los ojos con disgusto. «Si no estuviéramos en otro país, te habría despedido en este instante...».

«Lo siento, fui yo quien la atacó», dijo James a la defensiva. «Ella no quería besarme».

«Estoy a punto de despedirlos a ambos. Tengan cuidado. James, quiero esos videos esta noche

en la mesa de edición. Grace, ve y consigue algunas fotografías de la infancia de Veer».

«¿De qué?».

«De Veer, obviamente».

«Pero me dijiste que me alejara de él».

Ian miró a James. «Creo que Veer mantendrá su distancia de ti después de lo que escuchó la última vez.

«No puedes decirle con quién estar», James frunció el ceño. «Estás actuando de manera muy extraña, jefe. Parece que a ti también te gusta».

«¿No le gustaría eso a ella?», espetó Ian. «Tres hombres haciendo el ridículo por ella. Ni siquiera es tan guapa».

«Es adorable, y lo sabes», replicó James a la defensiva.

Grace se alejó, sin querer ser parte de la extraña conversación.

No quería saber qué pensar de James y su beso. Era su amigo, e Ian... ¿Qué le pasaba al tipo? Se estaba comportando como un mojigato victoriano.

Se preguntó qué le agregaban al agua en la India. Parecía haberla convertido en una sirena. Tantos hombres querían besarla. Bueno, dos hombres, pero eran dos más de lo habitual.

Debe llevar a casa un par de botellas de agua indias, reflexionó, mientras se volvía hacia el dormitorio de Veer. Era agradable que la quisieran, para variar.

# CAPÍTULO VEINTITRÉS

«Un bocado más», la persuadió Veer.

Pinky le tendió un pequeño plato de juguete. «Ponlo aquí».

«Es yogur. Tienes que comerlo con una cuchara», respondió Veer con paciencia.

Grace los miró a los dos desde la puerta. Tanto Veer como Pinky estaban cubiertos de yogur de fresa. Incluso el suelo, los tiradores de los cajones y un traje de aspecto caro que colgaba del armario estaban manchados con el producto.

Pinky se recogió las coletas y corrió al otro extremo de la habitación. Veer se arrastró tras ella y esperó hasta que estuvo absorta en intentar abrir una carpeta y rápidamente le metió la cuchara en la boca.

El corazón de Grace se calentó al verlo. Se preguntó si Pinky sabía que tenía a un poderoso hombre de negocios en su dedo meñique.

Y Veer era paciente y amable con la niña. No la regañó ni una vez, ni siquiera cuando Pinky se abalanzó sobre su teléfono móvil y lo arrojó al otro lado de la habitación. Se apoyó contra la puerta y recordó cómo había intentado ayudarla en Dublín. En ese entonces ni siquiera sabía su nombre, y después de eso, ella había notado cómo cuidaba de su familia y siempre ponía su felicidad antes que la suya. Para el resto del mundo, era un hombre de negocios despiadado, pero en casa era maravillosamente amable, paciente e indulgente. Quien se casara con él sería extremadamente afortunada. Ella sería parte de su vida y estaría segura de saber que él la apoyaría, la protegería, la am...

«¡Mi turno!», Sunny se asomó debajo de una manta. «Pero quiero que ella me dé de comer».

Veer se puso de pie de un salto luciendo adorable y avergonzado.

«¡Grace! No te esperaba. Cookie se fue al mercado y yo me quedé cuidando a estos monstruos por ella».

«Estética», corrigió Pinky.

«Ella siempre va a la estética», confirmó Sunny. «Para depilarse la barbilla».

Grace se movió incómoda. «Volveré más tarde...».

«¡No! Dame de comer», exigió Sunny.

Los ojos de Grace volaron hacia Veer en pánico.

Él levantó una ceja en desafío.

Ella escudriñó la habitación desordenada y cuadró los hombros. Había cuidado a muchos niños durante su adolescencia, y alimentar a un niño pequeño estaba dentro de sus capacidades. Le mostraría a Veer cómo se hacía, de manera prolija y experta.

«Bien». Se giró para sonreírle a Sunny. «Ven aquí».

Sunny se acercó a ella saltando.

Grace se sentó en el suelo y lo jaló hacia su regazo. «¿Quieres escuchar una historia?».

Sunny asintió con entusiasmo. «¿Sobre un príncipe?».

«¡No... monstruos!», chilló Pinky, corriendo para unirse a ellos.

Grace les hizo cosquillas. «¿Cómo lo supiste? ¡Les iba a contar una historia sobre un príncipe monstruo y una princesa monstruo!».

Los niños se rieron. Grace empezó a hablar con voz suave y gruñona, y cada vez que el

monstruo se comía a alguien para el almuerzo, los niños debían comer un bocado. Pensaban que era divertidísimo.

«Ya está», dijo Grace, sosteniendo triunfante los platos vacíos para mostrárselos a Veer.

«Gracias», sonrió. «Ahora, vamos a recoger todo».

Una joven tímida apareció en la puerta. «Me los llevo, señor. Mi descanso ha terminado».

Una vez que la niñera se fue con los niños reacios a cuestas, Grace se volvió hacia Veer. «Necesito fotografías».

Se dio la vuelta.

«Fotografías de la infancia», le aclaró a sus pies. «Agregaremos un pequeño montaje en medio de la entrevista con tu voz en off».

«Tengo que buscarlas».

«Esperaré».

«¿Quieres sentarte en el eh… algo?». Apartó la mirada de la cama hacia la ventana.

«¿Algo?».

«¿Una silla o algo?», dijo, moviendo cuidadosamente sus ojos de la ventana al sofá gris en la esquina. «Prefiero quedarme de pie», dijo ella rápidamente.

«Puede que me tome algo de tiempo», clavó su mirada en ella. «Estar de pie es bueno para la salud».

«Cierto», dijo, y cuando ella siguió negándose a mirarlo, se rindió y caminó hacia el gran armario de madera.

Grace miró por la ventana y vio una abeja revoloteando sobre una caléndula en el jardín. Era una especie de abeja extraña. Parecía feroz, como la prima malvada de una avispa.

Veer gruñó, «creo que es esta. Pero necesito ayuda. ¿Levantarías esta caja mientras la saco de abajo?».

Grace se acercó de mala gana y se agachó. Percibió bien su aroma masculino picante y casi enterró la nariz en su camisa.

«A la cuenta de tres».

Ella asintió y agarró la caja.

Él respiró profundamente. «¡Uno, dos, tres, levanta!».

Ella lo miró.

Él la miró.

Ella lo miró.

Él la miró de nuevo.

«No levantaste», acusó él.

«Porque algo se rompió cuando me agaché. Y si muevo la mano...».

«¿Qué?».

«No hay una forma suave de decirlo... pero tengo que irme».

Él le agarró las muñecas. «¿Qué pasa? ¿Puedo ayudar?».

«Tienes que soltar mis manos».

«¿Por qué? ¿Te sientes bien? Te has puesto tan pálida, Grace...».

Ella giró la muñeca entre sus manos y habló con urgencia. «Mi tirante del sujetador se rompió cuando me agaché, y mi blusa es azul y transparente, y tú estás sosteniendo mi mano y... ¡Ups!».

Él le soltó la mano y se levantó de un salto como si hubiera recibido una descarga eléctrica de cien voltios.

Ella se subió el sujetador de un tirón y lo agarró con fuerza por detrás, sintiéndose mortificada. Al menos él había sido lo suficientemente caballeroso como para apartar la mirada a

tiempo.

«Tengo un alfiler en alguna parte», le ofreció la percha que estaba sobre la cama.

«Eso sería genial», asintió ella con fervor.

Él encontró un clip de papel en su escritorio. «Esto podría servir».

Ella lo agarró y le dio la espalda. Metió la mano debajo de la blusa e intentó sujetar las correas.

Él se acercó por detrás y le tocó el hombro con cuidado.

Ella se quedó paralizada.

«¿Puedo ayudar?». Su voz era profunda y ronca.

Ella permaneció paralizada.

Él dio un paso más cerca de ella y su aliento rozó su piel mientras hablaba. «No creo que emular a una estatua y no respirar sea la forma de sujetar las correas. Además, la parte de atrás de tu cuello está de un rojo brillante. Notable. Nunca he visto la piel de nadie ponerse tan roja. Un minuto estaba pálida como crema cuajada y al siguiente...». Se aclaró la garganta. «Grace, ¿necesitas mi ayuda?».

«¡No! Yo puedo arreglarlo. Solo necesito ver...».

«¿En el baño?», señaló una puerta a su derecha.

«Gracias. Debo irme ahora», dijo él.

«Eso sería lo mejor».

Él se alejó y ella inmediatamente se sintió desamparada.

La puerta se abrió y Priya entró flotando.

Vio a Grace con la mano debajo de la blusa jugueteando con su sujetador. Vio a Veer de pie detrás de Grace. Sumó dos y dos y llegó a sesenta y nueve.

«¿Cómo te atreves?», gruñó Priya.

Veer levantó la mano. «Puedo explicarlo».

Priya respiró profundamente y soltó una andanada de palabras. Palabras como confianza, fe, compromiso, dos años, romance, negocios y familia volaron por el aire y rebotaron en las paredes.

Grace chilló un par de veces tratando de disculparse por el malentendido. Nadie le prestó atención.

Finalmente se rindió y salió de la habitación.

* * *

Una vez que se cambió la blusa, se dirigió al salón formal.

Trató de olvidar lo que había sucedido antes. Veer podía manejarlo. Era solo una pelea de amantes y un malentendido tonto, y Priya no permanecería enojada con él por mucho tiempo.

Nadie podía permanecer enojado con él por mucho tiempo, suspiró para sus adentros. Su sonrisa podía encantar los corazones más fríos. Si hubiera estado en '*El mago de Oz*', su calidez habría derretido al 'Hombre de hojalata' en un charco y su amabilidad habría transformado a la bruja mala en una buena.

Sacudió la cabeza ante el extraño giro que había tomado su cerebro. Obviamente era el tipo de giro equivocado, porque su cabeza comenzó a latir con fuerza.

Ahora estarían reconciliándose, Veer y Priya. Arrullándose en las orejas cerosas del otro y oliéndose el cabello como perros extraños que se conocieran por primera vez.

Podía verlos en las portadas de innumerables revistas después de su matrimonio, brillando y reluciendo como costosos adornos navideños. Veer y Priya, es decir, no los perros. Los paparazzi los apodarían "*los Vip*" y todos los medios de comunicación esperarían con impaciencia su

primer hijo.

Era el tipo de mundo que solo podía imaginar.

Se le hundieron los hombros y se obligó a pensar en el trabajo. Era hora de entrevistar a la esquiva madre de Veer, Liz. Eso debería evitar que pensara en Vip durante un tiempo.

Liz era una irlandesa alta y pelirroja con un rostro encantador. Se había casado con Paramjeet a la tierna edad de diecinueve años y había dado a luz a Natasha un año después. Todavía parecía joven y vestía como si hubiera olvidado que los años sesenta habían terminado. Sonreía mucho, pero eso podría deberse a los cigarrillos hechos a mano que le gustaba fumar. Grace los había olido una vez y no olía a ningún tabaco del mercado.

Grace abrió la puerta recordando la grandiosidad del salón de Mumbai y esperaba algo similar aquí, en Casa Olimpia.

Sorprendentemente, era completamente diferente. Tal vez, un poco de la atmósfera hippie meditativa de Goa se había colado y capturado esta parte de la casa.

Era una habitación grande y aireada llena del aroma del océano. Las ventanas francesas estaban abiertas, invitando a la luz y la brisa de la tarde. Más allá de las ventanas había una atractiva terraza rebosante de buganvilias moradas y magnolias color crema.

La decoración era sencilla. La mayoría de las cosas estaban hechas de palo de rosa oscuro y cerámica. Plantas con hojas cerosas verdes salpicaban la habitación y paisajes marinos de color verde azulado colgaban de las paredes. El mundo exterior parecía fluir sin problemas en el interior, lo que le daba a la habitación un aire tropical.

Una vez más, le dijeron a Grace que ocupara la silla del entrevistador. Las mujeres, le dijo Ian, se sentían más cómodas hablando con mujeres.

Grace sintió pena por la mujer con la que Ian se casaría. ¿Se sorprendería si se atreviera a mostrar cierto nivel de comodidad mientras hablaba con él?

¡Silencio, cámara, acción!

«Cookie quiere ir de compras otra vez», Cuckoo entró corriendo en la habitación.

Ian frunció el ceño y James giró la cámara para enfocar el rostro de Grace y suspiró.

«Iré con ella», la tranquilizó Liz.

«Ella también quiere ir a una cena romántica», se quejó Cuckoo.

Los labios de Liz se curvaron.

«¿Puedes distraerla de esas ideas tan extrañas?», suplicó Cuckoo. «La última vez que la invité a cenar, comenzó a regatear con el gerente del restaurante sobre la cuenta. Quería un descuento ya que solo se comió la mitad del plato de papas».

«Estoy segura de que se comportará bien esta vez», dijo Liz.

«La otra vez que salimos, se roció el pelo generosamente con laca y luego, en medio de la cena, dio la vuelta a su trenza».

«¿Y?».

«Y en la vuelta, su trenza chocó con la vela que estaba tranquilamente en el medio de la mesa y estalló en llamas. Mientras yo estaba ocupada echándole una jarra de agua en la cabeza, la vela se volcó y prendió fuego al mantel. Nos han prohibido la entrada al lugar. Era mi restaurante chino favorito».

«Pero disfrutaste rociándola con agua fría», lo consoló Liz. «Quizás, la próxima vez, puedas probar el pollo agridulce».

«¿Te refieres en… en su cabeza?», preguntó Cuckoo, con los ojos iluminados con un brillo entrañable.

Liz frunció los labios, negándose a decir más.

«Pegajoso», comentó Cuckoo pensativamente.

Liz sonrió.

Los ojos de Grace se movieron de Cuckoo a Liz. Notó la calidez en los ojos de Cuckoo y el afecto en los de Liz. Cuckoo tenía al menos cuarenta años, pero se comportaba como un niño pequeño frente a Liz. Estaba claro que, aunque ella no era su madre biológica, la trataba como tal.

«¿Podemos volver a la entrevista?», interrumpió Ian con amargura.

Liz asintió y cruzó los tobillos con gracia.

¡Silencio, cámara, acción!

Grace se aclaró la garganta y alisó nerviosamente el papel que tenía delante. «¿Es difícil vivir tan lejos de casa?».

«Esta es mi casa», sonrió Liz.

«¿Extrañas Irlanda?».

«A veces, pero extraño la Irlanda que conocí cuando era joven. Extraño montar a caballo en nuestra granja, dar largos paseos por el campo y comer pasteles caseros y pan de soda. Extraño usar un gran suéter de lana y sentarme junto a un fuego crepitante y compartir una taza de té con mi mamá y mi papá. Pero ahora, cuando voy, muchas cosas han cambiado. No parece lo mismo. Montar a caballo me da un calambre terrible, el clima es demasiado frío y húmedo para caminar, la comida es demasiado insípida y la ropa demasiado aburrida».

«Siguiente pregunta», dijo Grace, mirando el cuestionario que tenía en la mano. «¿Cómo lidiaste con la prensa negativa en el momento de tu boda? No fuiste aceptada por el público. Muchos…», Grace se mordió el labio, incapaz de terminar la frase.

Liz le dio una palmadita en el brazo para consolarla. «Mucha gente escribió cosas muy desagradables sobre mí. Pero estaba enamorada de un hombre alto, moreno y guapo. Era inteligente, divertido, un poco feudal y…», Liz le hizo un gesto a Grace para que se acercara.

Grace amablemente movió la cabeza hacia ella.

«Muy sexy», le susurró Liz al oído.

El rostro de Grace se encendió.

Liz sonrió. «Te avergüenzas fácilmente».

«¿Cómo te enamoraste? Quiero decir, él es muy tradicional en su forma de pensar. Un poco feudal, como dijiste... y tú eres de espíritu libre, y sus culturas son polos opuestos».

Los ojos de Liz se nublaron. «Había venido a Irlanda para investigar nuestras técnicas agrícolas. En concreto, para ver nuestras vacas, ya que mi padre era dueño de la lechería más grande de Irlanda. Recuerdo haber visto a Paramjeet por primera vez. Llevaba un jersey grueso, una chaqueta estilo aviador, dos bufandas y un gorro de mono en pleno verano irlandés. Empecé a reír cuando lo vi».

Estaba furioso y se me acercó pisoteando. Asustó a una vaca que estaba cerca y ella lo embistió. Param echó un vistazo a la vaca gorda y empezó a correr para salvar su vida. Rápido como un rayo, agarré la cuerda de Daisy May y la sujeté hasta que ella disminuyó la velocidad y finalmente se detuvo. La calmé y me acerqué a Param, que temblaba como una hoja. Había perdido el gorro y las bufandas y se veía tan, tan guapo que no pude evitarlo. Lo besé».

«Dios mío», jadeó Grace.

Liz se rió. «No me atrevería a hacer algo así ahora, pero en ese momento era joven, valiente y un poco tonta».

«¿Pensabas que alguna vez dejarías Irlanda y vivirías en la India?».

«Nunca. Pero, claro, el amor es impredecible. La gente a menudo se enamora perdidamente

de alguien que nunca pensó que le gustaría. Crees que quieres un cierto tipo de hombre, pero cuando llega el momento, te enamoras de alguien completamente inesperado».

Grace miró de nuevo el papel que tenía en la mano. «¿Te molestan las maneras anticuadas de tu marido? Lamento estas preguntas».

Miró a Ian con enojo. No era de extrañar que no le hubiera dado tiempo para leerlas.

«He lidiado con preguntas difíciles toda mi vida, niña. No te preocupes por eso. En cuanto a la respuesta... bueno, me molesta cuando afecta a Natasha. Sé que tiene mi sangre salvaje y las restricciones la irritan. Pero no se puede tener todo en la vida».

«¿Y Veer?», Grace no pudo evitar preguntar.

Liz la miró fijamente. «Veer... Tengo suerte de tenerlo. Pone a su familia y su deber por encima de todo lo demás. A veces me preocupa que por el bien de la felicidad de otras personas renuncie a la suya. Desearía que dejara de hacer tanto por nosotras. Necesita vivir su vida, hacer cosas por sí mismo, salir con las mujeres que le gustan y no verse obligado a...».

Grace agarró la mano de Liz en señal de advertencia. Inclinó la cabeza hacia las cámaras.

Liz cerró la boca de inmediato y asintió con la cabeza en señal de comprensión.

A partir de entonces, Grace se ciñó al guion y mantuvo las preguntas mundanas, y Liz mantuvo sus respuestas breves y simples.

Después de unas cuantas preguntas más, Ian se dio cuenta de que no iba a conseguir nada jugoso y declaró que era hora de empacar.

«¿Cookie se está ocupando del equipo?», preguntó Liz a Grace, mientras el resto del equipo se apresuraba a guardar el equipo de filmación.

Grace parpadeó. «¿Cómo?».

«Espero que la comida que ha organizado sea adecuada».

«¿Comida?», preguntó Grace estúpidamente.

«¿Cookie ha organizado tus comidas? ¿Comidas para todo el equipo, quiero decir?».

Grace negó con la cabeza.

«¡Esa chica! Le había dicho que se asegurara de que te atendieran bien. Le dije que planificara tus comidas, que organizara algunas visitas turísticas... ¡Uf! Lo siento por esto. Contrataré a un proveedor para que organice el desayuno en la casa de huéspedes, el almuerzo en el jardín de la Casa y la cena se servirá en la terraza. Sé que comes con nosotros, pero esto es para el resto de tus amigos».

«No hay necesidad...», comenzó Grace.

«Hay toda la necesidad. La mayoría del grupo es irlandesa y la compañía es irlandesa. Me recuerda a casa y me encanta escuchar el acento familiar. Fue por mi insistencia que Param eligió una compañía irlandesa. Quería una estadounidense elegante, por eso los veo a todos como mi responsabilidad».

Marcó el número de su gerente en su teléfono y gritó órdenes.

«Listo, está hecho», dijo, acariciando la mejilla de Grace. Su mano se detuvo y la miró como si la notara por primera vez.

«Eres muy hermosa», dijo de repente. «Tienes el tipo de rostro que crece en ti y antes de que te des cuenta, hace lugar en tu corazón».

Grace se puso colorada.

Liz se rió cálidamente. «Me recuerdas a mi yo más joven. Yo también solía sonrojarme fácilmente. Era un dolor».

«¿Cómo aprendiste a controlarlo?», preguntó.

«No lo he hecho. Todavía me sonrojo mucho, pero aquí culpo al calor por mi cara roja».

«¿Lista?», Mia preguntó, acercándose a Grace.

«¿Eres mitad irlandesa, mitad india?», preguntó Liz, abalanzándose sobre Mia.

«Sí, lo soy», dijo Mia con frialdad.

«¿Del condado de Mayo?».

«¿Cómo lo sabes?».

«Tu acento te delató. ¡Es donde crecí!», exclamó Liz con deleite.

«Oh».

«Pasarás el resto de la tarde conmigo», declaró Liz.

Mia se tambaleó ante el entusiasmo.

Grace sonrió, viendo a su amiga ser arrastrada. No importaba cuán distante actuara la pobre chica, la gente le tomaba cariño.

* * *

Cuando esa noche Mia regresó, Grace le informó que había reservado una excursión de senderismo para la mañana siguiente.

«No voy a hacer tal cosa», dijo Mia con firmeza.

«Pero…».

«No».

«¿Qué tal un paseo en elefante?», la persuadió Grace. «No tienes que hacer nada más que sentarte en un elefante y disfrutar de la vista».

Mia frunció el ceño. «¿Me prometes que no tendremos que caminar?».

«Nos encontraremos con un hombre en el pueblo que nos ayudará a subirnos a un elefante y luego haremos un pequeño picnic sobre el lomo del animal mientras respiramos aire fresco y fragante».

«Suena relajante», dijo Mia con voz descongelada.

«Entonces, ¿vendrás conmigo?».

«¿Me prometes que nada saldrá mal?».

«Te lo juro por mi vida».

# CAPÍTULO VEINTICUATRO

«Si salimos vivas de esto», dijo Mia con los dientes apretados, «me aseguraré de que sufras por toda la tortura que me has hecho pasar».

Grace no tenía aliento. Estaba demasiado ocupada agarrándose a los lados de la caja de madera.

El elefante sobre el que se equilibraba la caja siguió corriendo, destrozando los árboles antiguos.

«Deberíamos haber saltado cuando el maldito animal empezó a arrojarnos barro», gritó Mia.

«Algo asustó al pobrecito», gritó Grace en respuesta. «Se cansará pronto».

«Creo que vamos a morir», gritó Mia y se agachó a tiempo para esquivar una rama espinosa que volaba por el aire.

«Todos tenemos que morir algún día. Al menos, moriremos mientras intentamos aprovechar la vida al máximo», dijo Grace filosóficamente.

Mia volvió los ojos inyectados en sangre hacia ella. «Una frase más molesta tuya y te arrojaré de esta improvisada cosa de madera».

«Alguien está de mal humor hoy», murmuró Grace en voz baja. «Fue por el tigre del circo», dijo Mia, después de un momento. «Rugió, y justo después de eso, este animal demente comenzó a correr como si su cola estuviera en llamas».

«O vio un ratón. A los elefantes no les gustan los ratones».

Se quedaron en silencio mientras entraban en la parte más espesa de la jungla donde la luz del sol apenas se filtraba a través de los árboles densamente poblados.

El elefante pisoteaba, haciéndolas rebotar, tambalearse y sacudirse como pequeños muñecos en las manos de un niño pequeño.

Se volvió cada vez más oscuro a medida que el elefante corría más profundamente en la jungla. Los rayos de luz amarilla que se filtraban y las sombras moteadas hacían que todo se sintiera espeluznante y mucho más aterrador.

Mia cerró los ojos, sus labios estaban apretados y grises. «¿Rezamos nuestras oraciones?».

Grace extendió la mano y agarró la de Mia. «A la cuenta de tres, saltamos de esta caja y nos agarramos de una rama que pase».

«¿Como un mono?».

«Exactamente. Eran nuestros antepasados. Estoy segura de que en tiempos de crisis, algo de nuestro ADN de mono será útil y despertarán nuestras habilidades dormidas.

«No estamos en una película de ciencia ficción. Y esa es una idea tonta».

«Shh, oigo un rugido», Grace frunció el ceño.

«Ese rugido es tu sangre empujándose en tu cabeza vacía».

«No, escucha».

Mia puso los ojos en blanco y ladeó la cabeza.

«No es un rugido», dijo, sentándose derecha.

«Es un jeep. Nos está siguiendo».

«¡El dueño del elefante debe haber ido a buscar ayuda!».

«Aleluya, estoy a salvo».

«Yo también».

«Oh, no, señorita Grace Dixie. La voy a estrangular en el momento en que bajemos de esta maldita cosa».

* * *

«No me estrangulaste», dijo Grace, arrojándose sobre la cama esa noche.

«No tuve tiempo. Después de que tranquilizaron al elefante, nos llevaron a la estación de policía para que prestáramos declaración en lugar de llevarnos al hospital».

«¿Por qué nos pidieron que prestáramos declaración?».

«Ni idea. De todos modos, eso nos llevó horas, luego nos pincharon y nos estuvieron revisando en el hospital...».

«Luego cenamos. Pollo al curry... ¡qué rico!».

«Mañana, cuando recupere las fuerzas, te asesinaré».

«De acuerdo».

Se tumbaron tranquilamente en la cama, mirando el ventilador del techo que zumbaba y las moscas que bailaban alrededor de la bombilla.

«¿Quieres ir luego a ver delfines?», Grace preguntó.

Mia se levantó de golpe de la cama.

«Basta, Grace. ¿Cuándo te darás cuenta de que lo que estás haciendo no es aprovechar al máximo la vida? Torturarte mental y físicamente no es vivir. Sé que hay personas a las que les gusta escalar, caminar y, Dios no lo quiera, correr, pero tú y yo no somos una de ellas».

Agarró la barbilla de Grace y la miró fijamente a la cara. «Escúchame. Mañana, cuando mueras, no pensarás en el hecho de que no escalaste el Everest. Desearás haber disfrutado más de la vida. De haber hecho cosas que te gustan, en lugar de obligarte a hacer cosas que otras personas consideran placenteras. Nos pasamos todo el día trabajando duro y, durante nuestro tiempo libre, has decidido hacer cosas aún más arduas. Grace, si quieres vivir, come unas cuantas barras de chocolate, bebe una botella de vino, lee un buen libro, acurruca a un gatito, sumerge los dedos de los pies en el océano, baila a la luz de la luna, persigue a un cachorro, besa a algunos hombres guapos, come un pastel entero...».

Grace se desanimó. «Tienes razón. He odiado cada momento de hacer cosas deportivas, excepto la parte del parasailing».

«Por fin», Mia se dejó caer en la cama con un suspiro.

«Supongo que podemos empezar ahora. Es tarde y la gente se estará preparando para ir a la cama».

«¿Una caja de chocolate y una botella de Oporto de Goa barato en la playa?», preguntó Mia.

«Sí, por favor», sonrió Mia. «Por fin, estás empezando a pensar como yo».

* * *

A la mañana siguiente, Grace se despertó temprano.

«Son las seis», gruñó Mia. «Duerme».

«¡Es un día precioso! Voy a la playa. ¿Vienes?».

«No».

«Gruñona», murmuró Grace y rápidamente se puso un par de pantalones cortos blancos y una blusa de encaje azul. Salió por la pequeña puerta del jardín y se dirigió hacia el mar. Se detuvo en seco cuando vio a Veer.

«Te levantaste temprano», le gritó.

«Y tú estás hablando por teléfono como siempre», respondió ella.

«Era una conferencia telefónica».

«¿A las seis de la mañana?».

Él sonrió. «Una llamada internacional».

«Oh».

«¿Vas a nadar?», preguntó, señalando el agua espumosa.

«No sé nadar».

«Podría enseñarte». Sus ojos se posaron en su boca. «O no».

«No», convino ella, repentinamente sin aliento.

En un movimiento rápido, él se quitó la camisa y se dirigió hacia el mar. Ella lo vio avanzar más y más lejano en el océano, el agua azul oscuro lamiendo su piel morena.

De repente se giró sobre su espalda y nadó con brazadas largas y pausadas, con los ojos en el suave cielo de la mañana. Parecía que pertenecía al agua, como un tritón que hubiera perdido sus aletas o Varuna, el dios hindú del agua. El sol brillaba en sus hombros bronceados y las gotas brillaban como migajas de cristal en su cabello oscuro.

Mientras tanto, en la distancia, una ola comenzó a ganar impulso. Se hizo más y más alta, y cuando Grace se dio cuenta de que era anormalmente grande, se estrelló contra Veer, sumergiéndolo por completo.

Grace se protegió los ojos de los fuertes rayos que se asomaban por el horizonte y buscó desesperadamente alguna señal de él.

Tenía el corazón en la garganta y corrió hacia el borde del agua gritando su nombre como una loca.

Él no respondió y ella corrió hacia el océano hasta que se arremolinó alrededor de su cintura.

«¡Veer!», gritó aterrorizada. «Por favor, ¿dónde estás?».

«Aquí». Él apareció frente a ella. Sonrió y sacudió la cabeza, dejando que volaran gotas.

Ella le golpeó el hombro. «¡No vuelvas a hacer eso!».

Él se tambaleó hacia atrás sorprendido. «¿No hacer qué?».

«¡Desaparecer así!».

«Solo estaba nadando…».

«Pero durante mucho tiempo no pude verte».

«Estuve fuera treinta segundos, Gracie».

«Parecía una hora», dijo, sintiéndose enferma.

«Para entonces me habría ahogado. Estás temblando». Él la agarró del brazo. «Oye, estoy bien».

«No vuelvas a hacer eso», repitió ella, cerrando los ojos con fuerza.

«Mírame, Grace».

Se soltó de su agarre y le dio la espalda. Su pecho subía y bajaba agitado mientras sus rodillas temblaban locamente.

Lentamente, él deslizó su mano alrededor de su cintura y la giró.

Ella respiró profundamente.

Él la miró a la cara, observando el destello de emociones. «¿Estabas preocupada por mí?».

Ella se retorció bajo su mirada. «Yo estaría preocupada por cualquiera en una situación así».

«Pero ¿seguirías a cualquiera al mar cuando no sabes nadar?».

«Yo... ¿cómo sabes que no sé nadar?».

«Me lo dijiste antes, y te pusiste roja otra vez», dijo él, pasando un dedo por su cuello sonrojado.

Ella lo miró fijamente, y su corazón comenzó a doler. Allí, rodeados por el mar, la arena y el cielo, estaban aislados del resto del mundo. El viento los azotaba y las olas chocaban contra su

espalda, empujándola cada vez más cerca de él. El mar y el viento parecían conspirar juntos para acercarlos aún más. Los empujaba y los impulsaba suavemente hacia adelante, deseando que se abrazaran.

Se veía tan guapo con el sol saliendo detrás de él y el mar azul oscuro reflejado en sus inusuales ojos.

Notó el cambio en ella, el cambio del miedo al deseo. Sus ojos se oscurecieron y su boca se abrió en una invitación sensual.

Ella quería escuchar a los elementos e inclinarse hacia él. Otro paso y estaría en sus brazos. Su piel comenzó a hormiguear y un increíble anhelo se apoderó de ella, un sentimiento más profundo y agudo que cualquier cosa que hubiera sentido jamás.

Un momento más y sabía que no sería capaz de soportar esta intensidad. «Priya», gritó desesperadamente.

De inmediato, él dejó caer su mano.

Fue como si una ola de frío los hubiera inundado una vez más, borrando el momento.

«¿Priya?», repitió él con disgusto. «¿Por qué sigo olvidándome de ella?».

«Es muy hermosa», dijo ella en voz baja.

«Lo es», convino él.

Grace se sintió como si la hubieran apuñalado con una aguja. Aun así, perseveró. «Lo sé», dijo alegremente. «Imagina a Priya luciendo como una rosa india con su vestido de novia».

«Una rosa roja arrugada», dijo él irritado. «Es demasiado brillante y tiene un aroma muy fuerte para mi gusto».

«Imagínala rodeada de niños. Tus niños», insistió ella. «¿Ves? Ahí está tu hija columpiándose en el jardín. Tu hijo está persiguiendo conejitos en el pasto. Algunos conejos más están saltando por ahí, haciendo caca, haciendo que más conejitos salten y hagan caca... Una vez tuve un conejo blanco. Son muy malolientes. Es mejor no tenerlos en la casa».

Él se alejó un paso de ella.

Grace tomó su mano para detenerlo. «Imagina a Priya saliendo de la casa con una bata larga de satén blanco. Sostiene una jarra de limonada helada y vasos de papel. Te acercas a ella y la besas. Tu hijo viene corriendo hacia ti, lo coges y lo lanzas al aire...».

«No lo atrapé... y ahora estamos en el hospital», jadeó. «Lancé a mi hijo al aire y no lo atrapé. Sangre por todas partes... ¡Oh, Dios! ¡Priya por todas partes!», hiperventiló.

«No, no, no, todo esto ha salido mal. Solo estaba tratando de hacer lo que tú haces... sin Priya. Sin niños. Sin mujeres, solo animales. ¿Monos? ¿Piensas en monos... o rinocerontes? Ok, Veer, está bien. No ha sucedido. Respira. Le frotó la espalda.

Él respiró temblorosamente y levantó la vista.

Ella se lamió los labios.

Apartándose de ella, habló. «Deberíamos mantener la distancia. Tienes razón. Priya...».

Ella quería retractarse de todo lo que había dicho. Olvídala, quería decir. Rompe el compromiso. Si incluso la idea de casarse con ella lo sofocaba, entonces ¿por qué lo hacía? ¿Era su negocio tan importante para él?

Tenían que romper. Ella deseaba poder hacer algo al respecto, pero con sus propios sentimientos nublando su juicio, sabía que esta vez, era mejor no interferir.

# CAPÍTULO VEINTICINCO

«Grace», Ian le agarró el brazo y la sacó de la habitación.

Ella miró fijamente la mano que tenía sobre su muñeca hasta que él la soltó.

Con los ojos entrecerrados, brillando en verde y amarillo, habló: «noté que detuviste a Liz justo cuando ella había comenzado a abrirse durante la entrevista».

«Ella iba a mencionar cosas que no debía decir ante la cámara. Olvidó que estábamos grabando».

«Lo sé, y es exactamente por eso que te pedí que hicieras la entrevista. Quiero que todos olviden que los estamos grabando. Tenemos que capturar la realidad», exigió, «no la vida lujosa que llevan, los millones de dólares que tienen o sus casas gigantes. Olvidas que tu lealtad es conmigo, no con ellos. Soy yo quien te paga».

«Pero mucha gente verá el documental. Debemos proyectarlos bien...».

«Estamos haciendo un documental, no un anuncio. Me han contratado porque soy muy bueno en mi trabajo. Tenemos el mejor equipo, la mejor producción de Europa y haremos un documental excelente. Y cualquiera que intente interferir será eliminado. ¿Lo entiendes?».

«Sí».

«No sé por qué tengo que contratar mujeres», murmuró en voz baja. «Todo lo que piensan es en el color de su esmalte de uñas».

«La toma está lista», dijo Mia, dándole un golpecito en el hombro.

«¿Cómo se ve?», preguntó él.

«¿Cómo voy a saberlo? He estado ocupada admirando mis uñas rosas. ¿Te gustan?», preguntó ella, moviendo su cabello y batiendo sus pestañas.

Él frunció el ceño. «Que alguien vaya por Cuckoo Singh», gritó.

Nadie se movió ya que Mia generalmente delegaba tareas, y hasta que no tomara un nombre, nadie sabría quién debería ser ese alguien.

«Mia, necesito a Cuckoo Singh», gruñó Ian.

«Ayyy, quieres un besito de Cuckoo», se rió James desde detrás de la cámara. Le hizo un guiño a Grace para mostrarle que había notado la pequeña reprimenda que había recibido.

«¿Quién quiere un besito de mi parte?», preguntó Cuckoo, entrando a la habitación de un salto. Sus ojos se dirigieron a Mia con esperanza.

«Nadie», dijo Ian apresuradamente. «¿Podemos empezar? Se está haciendo tarde y tenemos que terminar la entrevista hoy».

Cuckoo se sentó en el sofá y miró fijamente una taza de café vacía en la mesa junto a él mientras James enfocaba la cámara y Raj ajustaba la iluminación.

«Listo, todo listo», el técnico de sonido probó el equipo.

Grace sintió un poco de pena por Cuckoo. Parecía un pequeño ratón sudoroso que se secaba nerviosamente la cara con un gran pañuelo blanco.

¡Silencio, cámara, acción!

Ian escupió el chicle de su boca en un pañuelo de papel. «¿Qué tal estás hoy?».

«Bien», respondió Cuckoo. «Nervioso».

«Debes estar acostumbrado a los periodistas».

Cuckoo se ajustó el cuello. «No. Veer se encarga de las conferencias de prensa y trata con los medios».

«¿Por qué?».

«No me siento cómodo frente a las cámaras».

«Entonces haremos que las preguntas sean breves y sencillas», sonrió Ian. Cuckoo le devolvió la sonrisa con gratitud.

«Muy bien», dijo Ian, consultando sus notas. «Se suponía que te casarías con Maya Mansukhani hace unos años. ¿La hija de uno de los propietarios de 'Pick and Flick', la fábrica de palillos de dientes?».

La sonrisa de Cuckoo se desvaneció.

Ian se inclinó hacia delante como un animal que hubiera olido a su presa. «Tu padre había estado muy interesado en ese matrimonio, ya que esa unión habría sido beneficiosa para tu empresa. Y tú también te enamoraste de ella. Entonces, ¿por qué no se celebró la boda? La prensa fue silenciada y nadie parece saber lo que pasó el día de la boda».

«No lo sé», balbuceó Cuckoo.

«¿La engañaste y ella se enteró?».

«¡No!».

«¿Ella te engañó?».

«No, no. No fue nada de eso».

«¿Entonces qué pasó?».

Cuckoo se acobardó y se encogió en su asiento. Parecía confundido sobre cómo responder a la pregunta.

Ian arrojó los papeles sobre la mesa. «Con todo tu dinero y tus conexiones, ¿no pudiste conseguir que la chica se casara contigo? ¿O fuiste tú quien la abandonó en el altar?».

«No, no», Cuckoo Singh agitó las manos inútilmente.

Grace frunció el ceño. Era evidente que Ian estaba tomando el tema personal y descargando su frustración en alguien a quien consideraba débil e inútil. Había intentado intimidar a Ranjeet, pero el hombre había sido demasiado inteligente para él, mientras que Cuckoo parecía más amable y tonto. Estaba preocupado de que pudiera decir algo indebido pronto.

Se debatía entre cumplir con su deber hacia su trabajo y su lealtad hacia Veer, quien le había conseguido este trabajo en primer lugar.

Grace se acercó sigilosamente a Mia y le susurró al oído. «Está tratando de influir en la entrevista en lugar de permanecer objetivo. Tenemos que detener esto antes de que Cuckoo diga algo que no deba».

Mia asintió. «Normalmente, permitiría a Ian hacer lo que quiere. Normalmente es muy bueno... el mejor, en realidad. Pero creo que esta vez tienes razón. Espera aquí. Voy a hacer algo».

Dos minutos después de que Mia saliera de la habitación, las luces se apagaron. Un trueno rugió y un relámpago partió el aire, iluminando momentáneamente la habitación, y de forma extraña, el equipo de filmación hizo que unas sombras monstruosas bailaran en la pared.

Grace vio a un mesero que sostenía una bandeja de bebidas frías detrás de Ian. Se acercó sigilosamente al joven y chocó contra su espalda.

Ian gritó cuando las bebidas le salpicaron por todo el cuerpo.

De repente, un montón de luces de teléfono parpadeantes se encendieron e iluminaron al pobre Ian, que estaba de pie en medio de la habitación temblando de rabia y goteando refresco y jugo de naranja por todo el piso de madera.

La entrevista había terminado claramente por ese día.

Grace subió a su habitación y cerró firmemente la puerta detrás de ella.

«Veer», llamó a su teléfono.

«Hola». Parecía sorprendido de saber de ella.

«Eh, estábamos entrevistando a Cuckoo. Las luces se apagaron...».

«¿Sí?».

«¿Podrías informar a tu hermano sobre lo que puede hablar?», soltó. «Es acerca de una tal Maya...».

«¿Maya?».

«Una chica con la que se iba a casar».

Maldijo. «¿Por qué demonios le preguntas sobre eso? Es una situación muy vieja».

«Ian le preguntó. Él cree que ese evento es importante. Define la persona que es hoy».

«¿Y me estás advirtiendo porque te diste cuenta de que Cuckoo iba a hacer el ridículo?».

Se quedó callada.

«Gracias», dijo con calidez. «Voy a hablar con él ahora mismo».

* * *

A la mañana siguiente, la entrevista fue mucho mejor.

Ian volvió a mencionar a Maya, con los dientes brillantes como los de un gran tiburón blanco.

Cuckoo se reclinó en su asiento, juntó los dedos y dijo con calma: «Maya y yo no compaginamos. El destino tenía algo mucho más maravilloso guardado para mí. Cookie y yo estamos hechos el uno para el otro. Nos amamos y, a veces, el amor es más importante que un trato comercial».

Ian frunció el ceño mientras las cejas de Grace se alzaban con admiración. Veer había entrenado bien a Cuckoo. Había hablado con la cantidad justa de humildad que inmediatamente lo haría ser apreciado por la audiencia.

Ella también estaba sorprendida. ¿Veer realmente creía que el amor era más importante que un trato comercial? ¿Se estaba casando con Priya porque no quería decepcionar a su familia y no por el trato comercial?

Mia le habló al oído: «Ranjeet necesita una mujer fuerte que lo cuide o se terminará matando con la bebida. Cuckoo está feliz siendo un mandilón, y Veer... Veer necesita vivir su propia vida en lugar de hacerlo para su ingrata familia».

«¿Y qué necesita Natasha?».

«Una gran patada en su testarudo trasero».

# CAPÍTULO VEINTISÉIS

«¡Lo he oído!».

Mia y Grace se dieron la vuelta y se encontraron con Natasha mirándolas con enojo.

«Silencio», las calló Raj.

Las chicas salieron de puntillas de la habitación donde se estaba llevando a cabo la entrevista y se dirigieron por el pasillo hacia la habitación de Natasha.

«Lo siento», dijo Grace, tan pronto como estuvieron fuera del alcance del oído.

«Yo no lo siento. Lo dije en serio», argumentó Mia.

Natasha puso los ojos en blanco. «Sé que lo dijiste en serio, Mia. De todos modos, no importa. Lo que importa es que, en una hora, las tres nos dirigiremos a un bar».

«¿Qué?», Grace parpadeó.

«Vamos a tener una noche de chicas», dijo Natasha con firmeza. «Necesito salir de aquí desesperadamente y no puedo enfrentar la perspectiva de tratar con otro hombre. Todas mis amigas están en Mumbai, así que ustedes dos tendrán que conformarse».

«Esa es una cálida invitación», dijo Mia secamente.

«Las veré afuera. Llevaremos mi Mustang azul». Natasha movió los dedos para apurarlas. «Pónganse guapas. Mucho maquillaje».

Dos horas después, las tres chicas estaban en el rincón más oscuro del bar, ocupando una mesa de madera desvencijada con una jarra de jugosa sangría fría y un plato de salchichas de Goa, calamares fritos y bocadillos de pollo picante.

Una banda de jazz en vivo tocaba sus instrumentos en un pequeño escenario y algunas almas valientes vibraban en la pista de baile.

Era una tarde agradable. La brisa marina había refrescado la arena bajo sus pies, el mar rugía a solo unos pasos de distancia y una niebla espesa y luminosa flotaba a la distancia amenazando lluvia y truenos.

Era como si hubieran encontrado un oasis en medio de una densa nube. Un oasis, que servía deliciosas bebidas alcohólicas.

Grace frunció el ceño ante los camarones y bebió un sorbo de su bebida.

«Estás bebiendo demasiado rápido», se quejó Mia. «No puedo seguir tu ritmo».

Grace levantó la vista inocentemente. «Este es mi segundo vaso de sangría».

«También has bebido dos Oportos», rió Natasha. «Yo bebí tres».

Grace se encogió de hombros y se reclinó en su asiento. «Entonces, chiflada, tengo una pregunta».

«Adelante».

«¿Por qué estás harta de los hombres?».

«¿Chiflada?», Natasha sonrió. «Ya he oído eso antes. Además de loquilla, loca de atar, flipada, cucú...».

«Me gusta cucú». Mia frunció el ceño mirando su copa. «Sabemos que no soportas a tu padre. Pero pensé que amabas a tu novio».

«No soporto a mi padre», convino Natasha. «Ojalá no se metiera conmigo».

«Tienes suerte», la regañó Mia.

«Es una suerte tener padres», añadió Grace. «Algunas personas no los tienen».

«No me refiero a eso», dijo Mia en voz baja. «A veces es mejor no tener padres que tener unos que te lastiman repetidamente y te ponen en peligro. Los padres están para protegernos, cuidarnos. A mí me encantaría que me regañaran, que me cuidaran. Ojalá alguien me llamara todos los días para preguntarme cómo estoy», dijo, lanzando una mirada a Grace. «O que intentara decirme qué es lo mejor para mí. Que debería casarme. Divertirme en la vida, gastar su dinero, disfrutar».

Natasha se mordió el labio.

Mia tomó un sorbo y escupió una rodaja de naranja en un pañuelo de papel. «Ojalá tuviera la excusa de que no tengo padres y que por eso nadie puede hacer estas cosas por mí. Desafortunadamente, tengo padres y los veo hacer todas esas cosas con mi hermano».

«¿Por qué contigo no?», preguntó Natasha.

«Esa es una pregunta que me hago todos los días», dijo Mia, arrastrando las palabras.

«Tal vez no sea tan malo», la tranquilizó Grace. «Tal vez pienses que no te quieren, pero sí lo hacen».

Mia tomó otro sorbo y dejó su vaso con cuidado. Sus manos temblaban, pero era difícil saber si era por la bebida o por alguna emoción sin nombre. «Cuando tenía siete años, hice una tarjeta de cumpleaños para mi madre. Corrí a su habitación para mostrársela y la encontré agachada frente a mi hermano sosteniendo una gran caja de chocolates hacia él. 'Esto es para ti', le dijo. 'Estos son chocolates importados de Suiza. Es un regalo para ti y solo para ti. No se lo digas a tu hermana, ¿de acuerdo?' Observé la interacción sintiéndome confundida. ¿Había hecho algo para molestarla?».

Grace se acercó y apretó la mano de Mia.

Mia la ignoró y continuó su historia. «Pero los años pasaron y los chocolates se convirtieron en ropa. Ropa cara para él, ropa barata para mí. Escuela privada para él, pública para mí. Una computadora para él, nada para mí. Un auto para él, nada para mí. La matrícula universitaria para él y la parte trasera de la puerta para mí. Si alguien lastimaba a mi hermano, mi madre se convertiría en una tigresa protectora. Si alguien me hacía daño, me decían que aprendiera a lidiar con ello».

«Pero ¿por qué?», gritó Grace.

«Soy una chica», dijo Mia simplemente. «Mi padre es indio y cree que gastar dinero en una chica es un desperdicio. Después de todo, ella se va a casar, adoptar un nuevo apellido y tener su propia familia. Ella es solo una responsabilidad temporal. Una carga no deseada de la que hay que deshacerse lo antes posible. En cuanto al desinterés que mi madre irlandesa me mostró... no lo sé».

Natasha asintió con simpatía. «Tuve algunas amigas que pasaron por algo similar. Recuerdo a una amiga de la escuela cuyo padre solía decir que "criar a una hija es como regar el jardín del vecino". Hoy, esa amiga mía es una atleta de fama mundial, mientras que su hijo de cuarenta años está sin trabajo, vive en casa y vive a costa de sus ancianos padres».

«¿Cómo puede alguien ser tan cruel?», Grace tomó la mano de Mia y la apretó. Sus propios padres la habían amado y apreciado. No podía imaginarse no tener su apoyo. Si las cosas salían mal, sabía que podía contar con ellos... pero Mia...».

«Tal vez no soy una persona muy buena», dijo Mia en voz baja. «Tal vez no haya nada en mí que puedan encontrar para amar. Tal vez soy tan horrible que ni siquiera mi madre puede sentir afecto por mí».

«¡No es verdad!», el corazón de Grace se rompió por su amiga.

«No me conoces lo suficiente. Tal vez, con el tiempo, veas lo horrible que soy», respondió Mia con terquedad.

«Mi padre también es indio», reflexionó Natasha. «Pero gastó tanto en mí como en mis hermanos. Nunca sentí que recibiera menos. Pero, claro, se niega a dejarme trabajar».

«Tu padre», dijo Mia, «es un hombre anticuado de la India rural, mientras que mi padre es un hombre educado y, aun así, me ha tratado mucho peor. Cambiaría de lugar contigo en un instante. Como dije, tienes muchísima suerte».

Natasha se quedó en silencio, perdida en sus pensamientos.

Grace sirvió más sangría. Bebieron en silencio, cada una pensando en sus propios padres.

«Hay algo más que me molesta», dijo finalmente Natasha.

«¿Qué?», preguntó Grace.

«Los pezones».

Mia parpadeó confundida.

Natasha se reclinó en su asiento y agitó los brazos con fastidio. «¿Por qué el mundo tiene tanto problema con los pezones? No tienen un problema con la parte superior del pecho o los lados, pero el pezón debe estar oculto».

Grace resopló en su vaso. «Yo también me lo pregunto. Quiero decir, es como si difuminar el pezón convertiría el pecho en un codo».

«Y los hombres tienen pezones», intervino Mia. «Igual que nosotras. Pero nadie difumina su pezón».

«¿Por qué difuminar el pezón de una mujer y no el de un hombre?», Grace golpeó la mesa.

«Quieren controlarnos», dijo Mia con fiereza. «Odio a los hombres».

«Yo también odio a los hombres», convino Natasha.

«Amo a Alfie», dijo Grace en voz baja. «¿Eso está bien?».

«¡No, no lo amas!», dijo Mia.

«Pero sí», insistió Grace.

«¿Besa bien?», preguntó Natasha.

«Nunca lo besé», dijo Grace con tristeza.

«¿Qué? ¿Alguna vez has besado a algún chico?», preguntó Natasha mirándola como si fuera un espécimen único.

«Por supuesto que sí. Muchos. Solo que no a Alfie».

«¿Quién fue el mejor?», insistió Natasha.

«Veer», se rió Grace.

«¿Besaste a mi hermano?», chilló Natasha. «Pero se va a casar».

«Fue un beso muy, muy bueno», dijo Grace soñadoramente, y luego frunció el ceño. «Todos los hombres que me gustan están comprometidos con otra mujer».

Mia se abalanzó sobre ella. «Si amaras a Alfie, no pensarías que el beso de otro hombre es tan genial».

Natasha le dio una palmadita a Grace en la mano. «No es tu culpa. Veer es increíble. Después de todo, es mi hermano. Estabas destinada a enamorarte de él. Pero...», le advirtió, «está comprometido, así que aléjate de él».

«Debería él mantenerse alejado de mí», espetó Grace. «Y, Mia, tienes razón. Es hora de que empiece a afrontar la verdad. No amo a Alfie. Lo odio».

«Tampoco lo odias», dijo Mia exasperada.

«Lo odio. Y lo llamaré y se lo diré».

Natasha se incorporó. «Y llamaré a mi novio y le diré que también lo odio. Tuvimos una

pelea. Él quiere casarse y tener hijos, pero le dije que, si lo hago, mi padre obtendrá exactamente lo que quiere».

«Eres una idiota», dijo Mia. «Te enfurruñas y haces berrinches como una niña malcriada».

«Voy a llamar a Alfie», dijo Grace, sacando su teléfono.

«Vayamos a la playa. La música está demasiado alta aquí», dijo Natasha, jalándola.

Las tres salieron del bar y se dirigieron hacia la playa oscura. Podían ver una negrura total frente a ellas, y solo las olas espumosas que brillaban blancas y plateadas a la luz de la luna daban alguna indicación de dónde estaba el mar. Encontraron una roca plana y se sentaron.

Mia le entregó a Grace una botella de vino Oporto que había tomado de su mesa.

Grace tomó un gran trago y marcó el número de Alfie.

Él cogió el teléfono al primer timbre.

«Por fin», dijo. «Por fin, me llamaste. Te echaba mucho de menos...».

«Bueno, yo no te echo de menos. De hecho, me lo estoy pasando genial aquí. Besé a Veer y me encantó. No me habría encantado si te amara a ti. Así que llamé para decirte que te deseo buena suerte con el compromiso, la boda y todo lo demás. Estoy muy feliz de que te cases con esa bruja... con esa abogada... Ya te olvidé».

«Grace, ¿estás borracha...?».

«No, no, no, no», cortó la llamada.

«Bien hecho», dijo Natasha. «Ahora me toca a mí».

Grace se alejó mientras Natasha hacía su llamada. Podía oír a Natasha gritando por teléfono. La brisa del mar llevaba su voz, pero las palabras se amortiguaban a esa distancia. Pronto se encontró de nuevo al lado de la barra. Se agarró a un poste de luz sintiéndose mareada.

«¡Grace!».

«¿Ian?», Grace levantó la vista sorprendida.

«¿Estás sola?».

«No», Grace negó con la cabeza, sintiéndose un poco extraña. «Natasha y Mia están conmigo».

«Me alegro de haberte encontrado aquí. Lejos de la casa y de la gente. Quería pasar un rato contigo».

«¿Por qué?».

«Bueno, parece que estás besando a todos los hombres de la ciudad; me preguntaba por qué me hacías a un lado».

Grace frunció el ceño. «¿Qué?».

Él no respondió. En cambio, inclinó la cabeza y la besó.

Fue un beso sorprendentemente decente.

Cuando dejó de besarla, abrió los ojos y vio a Natasha jalándolo del cuello y a Mia mirándolo fijamente.

«¿Qué clase de enfermo eres? Sabes que está borracha y, en lugar de cuidarla, estás tratando de aprovecharte de ella», gritó Mia.

Luego le dio un puñetazo.

«Mia», susurró Grace. «Él es nuestro jefe. No puedes golpearlo».

Mia se volvió hacia ella. «Él es nuestro jefe, por eso debería haberse mantenido alejado de ti».

Grace se encogió de hombros y también le dio un puñetazo a Ian. «Para que sepas que estoy de tu lado», le dijo a Mia.

Natasha sonrió y lo soltó.

Lo vieron escabullirse, luego decidieron volver a casa.

Se subieron al Mustang y, con el viento azotando su cabello suelto, se dirigieron a toda velocidad hacia la villa.

«¿Saben? Ojalá Veer hubiera sido el que me hubiera salvado», dijo Grace.

Mia roncó en respuesta.

«Y ojalá Veer hubiera sido el que me hubiera besado», continuó Grace.

«Realmente no bebo y conduzco», gritó Natasha por encima del viento. Pero el chofer no contesta el teléfono».

«Creo que debería llamarlo», gritó Grace en respuesta.

«¿Al chofer? Su número está en mi teléfono. Pero ya estoy conduciendo, así que ¿qué sentido tiene?».

Grace llamó a Veer.

«¿Hola?», dijo, con la voz espesa por el sueño.

«Ojalá hubieras sido tú quien me hubiera salvado», gritó por teléfono.

«¿Grace?».

«Ojalá me besaras de nuevo. Tu beso me hizo sentir viva. La vida es tan corta. Natasha está borracha y conduciendo. Podría morir en cualquier momento. Es una loca al volante. Pero no quiero morir hasta volver a sentir lo que tú me hiciste sentir».

«¿Qué quieres decir con que Natasha está borracha y conduciendo?

«No importa, no vamos a morir hoy. Acabamos de llegar a la villa».

«Creo que deberías irte a la cama», dijo con severidad.

«Mmm, suenas tan sexy cuando te pones mandón», ronroneó.

Natasha le arrebató el teléfono de la mano y cortó la llamada. «Ustedes dos son unas inútiles borrachas. Vayan a la cama».

Grace obedeció.

A la mañana siguiente, se despertó y encontró a Mia durmiendo a su lado, con la cara manchada de rímel y restos de maquillaje.

Frunció el ceño. Le dolía la cabeza. Entonces los recuerdos volvieron a invadirla.

Había llamado a Alfie y le había dicho que ya no lo amaba.

Ian la había besado y ella le había dado un puñetazo. Incluso Mia lo había golpeado.

Y Veer... Le había dicho que quería besarlo otra vez.

Hundió la cabeza en la almohada con horror.

# CAPÍTULO VEINTISIETE

Grace se escabulló por el pasillo sintiéndose miserable. No quería encontrarse con Veer o Ian, no después de lo que había sucedido la noche anterior.

Se mantuvo de espaldas a la pared y con los sentidos alerta mientras corría de una maceta a otra.

Ian iba a despedirla. ¿Quién no lo haría después de recibir un puñetazo así? Pero, si se mantenía fuera de su vista, tal vez la perdonaría y le permitiría conservar su trabajo.

En cuanto a enfrentarse a Veer, no podía hacerlo. Estaba demasiado avergonzada.

Una gota de sudor le caía por el costado de la frente y le caía sobre la clavícula. Hacía calor. Y el vestido negro sin forma que llevaba puesto la hacía sentir aún más caliente.

Todo lo que se decía sobre el cambio climático era cierto. Los humanos habían hecho esto. Habían creado este clima extraordinario comportándose como niños egoístas. Habían talado árboles inofensivos, desenterrado cosas de las profundidades del suelo, bebido toda el agua limpia... en resumen, habían jugado a la rayuela con la madre naturaleza. Cada vez que los humanos se sentían dueños del planeta, lo destruían.

Sacudió la cabeza y se obligó a concentrarse. Su cerebro siempre comenzaba a pasar de un tema aleatorio a otro en el momento en que algo la preocupaba.

¿Dónde estaba? Ah, sí, se estaba escondiendo de un montón de gente. Y estaba más acalorada de lo habitual porque había elegido usar un vestido negro de manga larga con la esperanza de que la camuflara.

No fue así, porque era de día y nada destacaba tanto a la luz del día como una mancha negra y serpenteante.

Así se sentía hoy, como una gran mancha con patas de papa que insistía en hacer ruido cuando ella quería ser tan silenciosa como un ratón.

Alguien tosió y se quedó congelada a medio paso.

Luego, la punta de un zapato brillante resplandeció antes sus ojos y ahogó un grito saltando detrás de una cortina de brocado.

Podría ser Veer. Había sido un zapato de cuero negro de hombre que brillaba bastante pulido.

«Doctor», se escuchó la voz de Paramjeet al otro lado de la cortina.

Ella se quedó paralizada. Se vería muy sospechoso si ahora aparecía por detrás de la cortina. Lo mejor era permanecer en silencio y esperar a que ellos siguieran adelante.

«Tengo sus informes médicos. Está tan sano como un caballo», dijo una voz aguda.

Grace frunció el ceño.

«Shh, Ramesh», lo reprendió Paramjeet. «Alguien te escuchará».

«Sigo sin entender... ¿Por qué mentirle a su familia?», se quejó el médico. «Podría perder mi licencia por crear estos informes falsos».

«Y seguir viviendo una vida cómoda considerando la cantidad que te estoy pagando por la mentira».

«Pero ¿con qué objeto?»

«Quiero que Veer se case con Priya. La fusión será un movimiento brillante para nuestra empresa. Y pude ver que Veer se estaba acobardando, así que tuve que planificar esto. Hoy en

día los chicos no escuchan a sus padres como lo hacíamos nosotros, y nosotros como padres debemos hacer ciertas cosas para hacer que nuestros hijos hagan lo que deben».

«Pero él no es un niño. De hecho, Veer es un joven inteligente. Estoy seguro de que escuchará razones».

«Me costó mucho trabajo orquestar su compromiso hace dos años, pero desde entonces se ha negado a seguir adelante. Esta era la única forma en que podía lograr que aceptara una boda rápida... Además, esta es una buena oportunidad para que yo arregle algunas otras cosas. Natasha está empezando a ablandarse, Cuckoo está trabajando más duro en la oficina, mis nietos están pasando más tiempo conmigo, mi esposa ya no me regaña y Ranjeet...».

«Ranjeet necesita dejar de beber», advirtió el médico.

«Lo sé. Lo estoy intentando. Él es difícil...».

«¿Cuánto tiempo seguirá fingiendo estar enfermo? Su esposa se pondrá enferma por el estrés y en algún momento sus hijos se darán cuenta de la verdad cuando lo vean vivo y coleando en un año».

«Después de la boda, mostraré una mejora notable. Después de todo, los milagros ocurren», se rió entre dientes.

«¿Le creerán?».

«Tú eres el médico. Es tu trabajo convencerlos».

El médico gimió. «¿Dónde quiere que deje los informes falsos?».

«Yo me los llevaré».

«¿Y los verdaderos?».

«Puedes quedarte con esos. No puedo arriesgarme a tenerlos en casa».

«Bien», dijo el médico. «Pero no estoy contento con esto».

«Sí, sí, lo sé, pero los hombres de negocios necesitan jugar al villano a veces».

Las voces se desvanecieron mientras se alejaban.

Grace no esperó a pensar, sino que salió de detrás de la cortina y los siguió.

Se dirigieron hacia el estacionamiento y vio a Paramjeet estrechar la mano del alto y desgarbado médico y despedirse de él.

Paramjeet regresó a la casa y el doctor colocó un archivo rosa sobre el capó de un pequeño automóvil Maruti blanco y comenzó a buscar algo en su bolsillo.

Grace apretó los puños y corrió hacia el doctor. Chocó contra él mientras su mano se disparó y lanzó el archivo por los aires.

«Oh», exclamó, batiendo las pestañas en señal de disculpa. «Lo siento mucho. Estaba jugando con los niños y es mi turno de esconderme…».

«Está bien», se rió el médico. «¿Mi archivo?», miró el capó.

«Debo haberlo tirado», dijo apresuradamente. «Déjeme buscarlo».

«No, no…».

«Insisto», dijo Grace con firmeza y se lanzó hacia el archivo que había caído a unos pocos pies del auto.

En el momento en que él se acercó por detrás de ella, ella se enderezó de golpe y golpeó su cabeza contra su mandíbula como por accidente.

El médico maldijo y sus ojos se llenaron de lágrimas.

«Lo siento, lo siento mucho. No sé por qué sigo chocando con las cosas y tirando a la gente al suelo».

El médico se quitó los anteojos y se secó rápidamente los ojos. «No te preocupes por eso», le contestó y le arrebató el archivo de la mano.

Grace se despidió con la mano mientras él se alejaba en un pequeño coche Maruti blanco, luciendo extremadamente apenado.

En el momento en que el coche desapareció, ella escaneó los papeles que había escondido detrás de su espalda y suspiró aliviada. Tal como esperaba, el doctor había colocado el informe real justo encima y ella había logrado robarlos.

¿Y ahora qué?

Fue al jardín trasero y se sentó en el columpio.

¿Qué debería hacer con los papeles?

Sus manos se cerraron alrededor de la cuerda y las fibras se clavaron en su palma con tanta fuerza que dejaron una huella. Golpeó el suelo con la punta del pie y comenzó a balancearse lentamente.

¿Debería enfrentarse a Paramjeet? ¿O tal vez contárselo a Natasha?

Si se lo contaba a Paramjeet, él tendría tiempo para darle la vuelta a su historia. En cuanto a Natasha, ella aceptaría cualquier prueba que demostrara que su padre era malvado y que estaba destinado a hacer algo imprudente con la información.

La única persona que analizaría la información con sensatez y sabría cómo manejar la situación era Veer.

Echó la cabeza hacia atrás y miró al cielo. El viento le enroscaba el pelo y lo hacía ondear detrás de ella como corrientes de cintas marrones y doradas. Cerró los ojos cuando un dolor de cabeza comenzó a pincharle las cejas en busca de una entrada.

Se balanceaba cada vez más rápido como si esperara encontrar una respuesta en la brisa.

Contárselo a Veer se sentía bien. Después de todo, no era justo que lo obligaran a casarse con Priya por una mentira. Y Paramjeet estaba chantajeando emocionalmente a sus hijos, y ella no podía permitir que eso continuara. No después de que ella enterara de la verdad y tuviera la prueba.

Pero Veer le había dicho que se mantuviera al margen de sus asuntos familiares.

Y, sin embargo, era su responsabilidad sacar la verdad a la luz.

Una verdad que lastimaría a todos.

Pero podría evitar que Veer cometiera el mayor error de su vida.

Jaló la cuerda, haciendo que el columpio se detuviera de golpe. Tendría que decírselo a Veer y dejar que él decidiera qué hacer a continuación. Él la había ayudado una vez, y esta sería su manera de pagarle.

* * *

«Adelante», respondió Veer.

Grace empujó con cuidado la puerta abriéndola y miró dentro de la habitación. «Veer, tenemos que hablar».

«¿Sobre anoche? Sé que estabas un poco achispada...».

«No. Es sobre tu padre».

Se levantó de golpe. «¿Está bien?».

«Mejor de lo que crees».

Ladeó la cabeza confundido.

Ella respiró profundamente y se lanzó a una explicación. Le contó todo lo que había escuchado y le mostró los informes.

Cuando terminó, él se dejó caer de nuevo en la cama, pálido y retraído.

«No sé qué creer», dijo aturdido. «No sé qué razón tendrías para mentir, pero esto parece increíble».

«No miento», dijo ella en voz baja. «Y lo sabes».

Él miró los papeles que tenía en las manos, sus ojos escaneando el contenido repetidamente. Pasó la página y ella se dio cuenta de que le temblaban los dedos.

Se sentó a su lado y le tocó el hombro. Ahora deseaba no haberle dicho la verdad y haberle llevado el informe a alguien más que a él.

Lo había afectado más de lo que esperaba y su corazón clamaba por él. ¿Cómo podía olvidar que su familia era su debilidad y su orgullo? Y al decirle lo que había hecho su padre, lo había lastimado profundamente.

«Veer». Ella le presionó el hombro suavemente.

Él la miró, con los ojos en blanco. Parecía completamente perdido, desesperado y desamparado. El poderoso hombre de negocios que cuidaba de todos y de todo parecía desamparado y confundido para variar.

Ella se inclinó hacia él, ofreciéndole apoyo en silencio.

Sus dedos se clavaron en sus hombros. «No puedo creer que me haya hecho esto. No puede ser verdad. Debes estar equivocada».

Ella reprimió un grito. La estaba sujetando con demasiada fuerza, lo suficiente como para dejarle moretones. «Llama al médico o al laboratorio donde se realizaron los resultados».

Él miró hacia otro lado al ver la verdad en sus ojos.

«No se está muriendo», le recordó. «Vivirá mucho, mucho tiempo, Veer. Piensa en eso… y no en el hecho de que mintió».

Apoyó la frente en el hombro de Grace.

«¿Cómo pudo hacer esto?». Su aliento acarició su piel mientras hablaba. «Sabía que era un hombre de negocios despiadado, pero ¿utilizar a su propia familia?».

Ella le acarició la espalda con dulzura. «Pensaba que estaba haciendo lo correcto por su familia».

«No creo que le importara lo más mínimo lo que sentíamos o incluso lo que era mejor para nosotros», dijo, echándose hacia atrás para mirarla a los ojos. «No le importaba que mi madre estuviera muy preocupada y fumara más de lo que debía. No le importaba que la noticia de su muerte inminente acechara constantemente en el fondo de nuestras mentes y nos hiciera sentir miserables a todos. No le importaba que todos estuviéramos temiendo el momento en que perdiera el conocimiento. No pensó en lo mucho que nos había asustado la noticia. Cuando el médico lo mencionó por primera vez, Natasha se derrumbó. Lloró hasta vomitar. Incluso Ranjeet...». Tragó saliva, incapaz de continuar.

Grace se quedó en silencio, sin saber qué decir ni cómo ayudar.

De repente se puso de pie de golpe, apretando el informe contra su pecho. Respiró profundamente y un velo descendió sobre su rostro haciéndolo ilegible. Sus ojos se volvieron fríos y su boca se apretó con determinación. Había recuperado el control. «¿Puedes darme un momento? Necesito hacer algunas llamadas».

Ella asintió en silencio en señal de comprensión y se dio la vuelta para irse.

Él extendió la mano y la agarró por la muñeca.

Ella lo miró inquisitivamente.

«Gracias», dijo, dejando que sus ojos mostraran un breve destello de vulnerabilidad.

# CAPÍTULO VEINTIOCHO

Lo siguiente que escuchó fue que Veer se había ido de la ciudad. Había contado a todos la verdad, les envió copias del informe, hizo las maletas y se fue. Nadie sabía adónde había ido, excepto su secretaria, que se negó a divulgar nada excepto que estaba a salvo y de vacaciones.

La casa estaba alborotada. Esto nunca había sucedido. Veer siempre había estado a una llamada de distancia para su familia, y esta era la primera vez que era completamente imposible rastrearlo.

La Casa Olimpia se sumió en el caos absoluto. Cuckoo caminaba de un lado a otro por los pasillos tratando de resolver los problemas en la oficina. Parecía un bulldog nervioso y sudoroso que ladraba órdenes por teléfono.

Priya sollozaba mientras bebía Margaritas y Cosmopolitan, con el ego muy herido desde que Natasha le había dicho que Paramjeet había obligado a Veer a comprometerse con ella y que no tenía ningún interés real en ella. Fue algo horrible que lo hiciera, pero Natasha había dejado de pensar. Ella estaba arremetiendo contra todos, furiosa porque nadie se había preocupado antes por su hermano ni por sus necesidades.

Liz se fue a su habitación, negándose a salir, Ranjeet comenzó a beber aún más y Cookie se fue de compras.

En cuanto a Paramjeet, caminaba de un lado a otro por los pasillos luciendo culpable, infeliz, sintiéndose completamente boicoteado por la familia.

Grace había estado nerviosa por encontrarse con él, pero al ver la mirada vacía en sus ojos cuando la vio, se dio cuenta de que Veer no le había dicho que ella había sido la que descubrió la verdad, y estaba agradecida por ello.

Veer. Grace recordó la última vez que lo había visto. Sus ojos ansiosos y sus dedos temblorosos la perseguían. Nunca había imaginado que él empacaría sus maletas y se iría. Había asumido que se mantendría erguido como siempre lo hacía, una pared en la que la familia se apoyaría.

Se encontró pensando en él constantemente. Sus ojos seguían apuntando a la puerta y su piel se sentía tirante por la tensión.

Pasaron los días y Veer no regresó. Grace se encargó de asegurarse de que Natasha tuviera alguien con quien desahogarse. Aparecía en la habitación de la chica con un plato de comida y escuchaba mientras Natasha despotricaba contra su familia.

Grace también abordó a Liz e insistió en que dijera a los sirvientes que no le dieran a Ranjeet demasiadas botellas de alcohol.

Liz aceptó agradecida la sugerencia de Grace. Le daba algo que hacer y le hacía sentir útil. Empezó a arrastrar a Ranjeet para pasear, insistiendo en que, como Veer no estaba, tenía que salir de la casa o se volvería loca.

No era solo la familia la que echaba de menos a Veer. Incluso los sirvientes y los empleados de la empresa andaban preocupados y tensos.

Grace se entregó a su trabajo, rogándole a Mia que la dejara encargarse de tantas tareas como fuera posible.

Ian no se había atrevido a despedirlas desde que Mia le había advertido que, si lo hacía, les

haría saber a todos que había intentado aprovecharse de una empleada borracha. Podría arruinar su carrera. Entonces, Ian fingió que nada había pasado, pero Grace podía ver sus ojos verdes brillar con ira cada vez que la miraba.

A Grace no le importaba. Podía detestarla, pensar que era una mujer lasciva y avariciosa, o cualquier otra cosa que quisiera. No importaba. Lo que importaba era el hecho de que Veer se había ido, y todos los colores parecían haber desaparecido de su vida. Se sentía apática, vacía e insoportablemente miserable.

Si alguna vez había pensado que amaba a Alfie, este sentimiento lo disipó. Nunca se había preocupado por Alfie de la forma en que se preocupaba por Veer. Nunca había extrañado a Alfie de la forma en que ansiaba ver a Veer.

Sus emociones parecían estar descansando sobre su piel. Cosas tontas la hacían reír o llorar en un abrir y cerrar de ojos. Nunca había sentido algo con tanta intensidad, pero esta vez no huyó de una situación difícil. Durante el día se mantenía ocupada con el trabajo y trataba de evitar que los miembros de la familia se preocuparan demasiado, pero por las noches comenzaba a dar largos paseos y a obsesionarse con sus pensamientos.

Esta vez quería estar segura de sus sentimientos.

En uno de sus paseos solitarios por la playa, encontró a Smita recogiendo conchas.

Smita le sonrió. «El monzón es la mejor época para encontrar conchas. Las olas cavan profundamente en la arena y arrojan algunas cosas hermosas».

Grace se sentó en la arena y Smita le mostró algunos de sus hallazgos.

«Smita», dijo Grace, recogiendo distraídamente una concha rosa y pasando los dedos por las crestas.

«¿Mmm?».

«¿Recuerdas la fiesta de cumpleaños de Paramjeet?».

«¿No ya pasó hace mucho tiempo?».

«Sí, acabábamos de llegar».

Smita la miró interrogante.

«No sé si estoy interfiriendo o si incluso me corresponde decirlo..., quizá me lo estoy imaginando todo. Tal vez se refería a otra persona. Es tan vago…».

«Cuéntamelo».

«No quiero que te enojes conmigo, pero hablé con Ranjeet ese día. Te estaba mirando fijamente y su rostro estaba lleno de tanto dolor que no pude evitarlo. Le pregunté qué le pasaba y me dijo de manera indirecta que cree que eres demasiado buena para él. Dijo que era un hombre anticuado y que no podía soportar la idea de ser un inútil mientras su esposa salía a trabajar y se hacía famosa. Estoy segura de que estaba hablando de ti».

Smita inhaló profundamente.

«Tal vez estaba hablando de otra mujer».

«Tal vez», concedió Grace. «Pero ¿y si no? Es emocionalmente frágil... Necesita una mujer fuerte que lo apoye y lo anime. Necesita que tú seas la fuerte».

«Eres muy entrometida», dijo Smita, pero estaba sonriendo.

«Lo soy», le devolvió la sonrisa. «No puedo evitarlo, y Veer me mataría si él...», su sonrisa se desvaneció.

«¿Quieres que hable con Ranjeet? ¿Qué le diga lo que siento porque sospechas que él siente lo mismo por mí?».

«Tienes que ser la fuerte en esta relación», imploró Grace.

«Lo pensaré», dijo Smita. «Y gracias por decírmelo».

Grace observó a la mujer mayor irse. Esperaba que Smita encontrara el valor y hablara con él, pero lo dudaba.

Trazó un corazón en la arena. Todo lo que ella quería era hacer del mundo un lugar mejor para Veer. Si ella podía solucionar algunos de los problemas de su familia, sabía que eso lo haría feliz. Él adoraba a su familia y haría cualquier cosa por ellos.

Y si él los adoraba, ella también.

* * *

A Ian no le importaba que Veer no estuviera. «El tiempo es dinero», gritó al equipo, insistiendo en que tenían que prepararse para la siguiente entrevista.

Natasha era la siguiente en la fila para ser entrevistada, así que Ian decidió usar la cocina como telón de fondo. Esto inmediatamente molestó a Natasha, y se mudaron a la pequeña sala de estar contigua a su dormitorio.

Era una pequeña habitación encantadora que le recordaba a Liz. Siempre había asumido que Natasha era como su padre, pero aquí en la habitación verde y dorada con hilos de cuentas en lugar de cortinas, cojines con espejos, mantas de retazos de seda y pilas de viejos discos de Jimi Hendrix y los Beatles, tuvo que cambiar de opinión.

Esta habitación tenía el mismo ambiente hippie relajado que el salón donde habían entrevistado a Liz. Podía imaginar a Natasha relajándose en el diván bajo fumando una hookah con sus amigas mientras escuchaban música de los años sesenta y setenta.

En la esquina, junto a la ventana que daba al mar, había un columpio de mimbre. Ian le dijo a Natasha que se sentara en él.

Natasha llevaba un vestido largo de georgette con peonías rosas y doradas pintadas a mano. Una peluquera cara, traída en avión para la ocasión, se había recogido el pelo en lo alto de la cabeza y se había enrollado los mechones alrededor del rostro. Unas sencillas joyas de oro añadían brillo a sus ojos.

Los rayos de sol con pequeñas motas de polvo brillante entraban por la ventana e iluminaban el rostro de Natasha de una forma que hizo que James casi se desmayara de emoción.

«Date prisa», dijo James. «La iluminación es perfecta. Terminemos esto rápido antes de que vuelvan las nubes o empiece a ponerse el sol».

Ian rápidamente se sentó en un taburete frente a ella.

¡Silencio, cámara, ¡acción!

«¿Te gusta Goa?», el tono amable de Ian sorprendió a todos.

«Me agrada», respondió Natasha secamente.

«¿Y Mumbai?».

«Es la mejor ciudad del mundo».

«Dime, ¿qué piensas de la empresa?».

«¿Qué empresa?».

«Tu empresa. Karbon».

«No es mi empresa, es la empresa de mi padre», respondió, con los ojos fijos en la puerta.

Grace se giró para ver lo que Natasha estaba mirando y se sorprendió al encontrar a Paramjeet atento a la entrevista. Nunca había hecho eso antes.

Ian se aclaró la garganta para llamar su atención. «¿Te gustaría ser parte de la empresa?».

«Siguiente pregunta».

Ian frunció el ceño. «Empezaste tu propia empresa, vendiendo ropa de diseñador y joyas, y escuché que estás en camino de lograr un gran éxito».

Se encogió de hombros.

«La experiencia de tu padre debe haberte ayudado a lograrlo».

«No».

«Debes haber aprendido algo de él. Debes haberlo observado mientras crecías y subconscientemente...».

«No».

Ian suspiró y le pidió a Grace que tomara el mando.

Eso no resultó mejor. Parecía como si Natasha estuviera siendo deliberadamente hostil.

Grace entendía por qué. Después de todo, su padre nunca la había ayudado ni alentado en su trabajo, y luego que le dijeran que se arreglara para un documental que estaba destinado a ayudar al futuro de la misma compañía de la que la habían excluido, las cosas se pusieron...

«Terminamos». Ian finalmente se rindió.

Natasha tomó la mano de Grace una vez que la cámara dejó de grabar.

«Lo siento, simplemente no pude hacerlo. Ni siquiera por ti».

«Lo entiendo», dijo Grace en voz baja.

Afuera, Paramjeet detuvo a Grace justo cuando se dirigía a poner la cámara y las cintas en el auto.

Grace se quedó congelada, preguntándose si finalmente se había dado cuenta de que ella había sido la que le había robado el informe al médico. «¿Te has hecho amiga de Natasha?», preguntó.

Grace asintió. «Pero Mia pasa mucho más tiempo con ella».

Se quedó en silencio por un momento, como si no supiera cómo continuar. Finalmente habló.

«Estoy preocupado por ella. Jay, su novio... y sí, lo sé todo sobre él... Sus padres están buscando una esposa para él. No quiero que sea una tonta y, solo para fastidiarme, deje ir a ese chico».

«¿Por qué no se lo dice usted mismo?».

«Lo habría hecho, pero entonces se enfadará porque lo sé, porque me atreví a vigilarla sin su permiso, y romperá con él inmediatamente porque se dará cuenta de que lo apruebo».

Grace frunció el ceño confundida. «¿Cómo iba a saber que usted lo aprueba?».

«Si no me gustara el chico», dijo con paciencia, «habría terminado su relación, y ella lo sabe».

«¿Usted puede romper sus relaciones?», suspiró.

«Sí. Y lo he hecho antes». Grace parecía horrorizada.

Él sacudió la cabeza, con expresión sombría. «Esto es lo que sé, Grace. Toda mi vida, es así como he visto a mis mayores tratar a las mujeres. Vengo de un pequeño pueblo rural, y considerarían escandaloso el tipo de libertad que le permito a Natasha. Fue difícil para mí, pero con la ayuda de Liz, traté de ser comprensivo, traté de darle libertad, pero no puedo evitar sentirme protector. Quiero apreciarla, mimarla, darle todo lo que necesita. No quiero que trabaje en un entorno difícil. No puedo evitar pensar en ella como alguien valioso, alguien a quien mimar. Quiero que disfrute y gaste mi dinero duramente ganado. Después de que una chica se casa, las cosas cambian. La vida se vuelve difícil y, después de tener hijos, la carga recae completamente sobre las mujeres. ¿Por qué no puede relajarse, divertirse y casarse con el hombre que ama? ¿Me he equivocado al querer estas cosas para ella?».

«La ama más que a sus otros hijos», Grace ajustó la correa de la cámara en su hombro.

«Ojalá pudiera entender eso. ¿Por qué no puede ver la verdad?», preguntó con tristeza.

Grace vio el reflejo de Natasha en el pomo brillante de la puerta frente a ella y se dio cuenta de que estaba parada justo detrás de ellos espiándolos. No es de extrañar que Paramjeet la hubiera abordado de repente y se hubiera puesto sentimental. ¡Él también había visto su reflejo!

Se movió incómoda. «A veces la gente necesita algo más de la vida. Una meta que anhelar,

sentirse útil y contribuir a la sociedad de alguna manera. Su felicidad radica en su trabajo y en querer tener éxito. Ella es igual que usted. ¿Le gustaría que sus hijos le pidieran mantenerse al margen de la empresa y de sus asuntos porque es demasiado mayor?».

Sacudió la cabeza confundido. «Educar a los hijos es mucho más difícil e importante que la mayoría de los trabajos del mundo. Yo solía estar exhausto después de una hora con los niños mientras mi esposa los cuidaba día y noche. Eso también es un trabajo duro».

Grace admiraba su charla convincente. Estaba tratando de convencer a Natasha de que era un padre patético, incomprendido y poco querido. Estaba tratando de justificar sus formas controladoras y acciones extremas, pero ella no podía creerle del todo.

Enderezó los hombros y levantó la barbilla. «Pero no todas las mujeres quieren ser ama de casa. Debería ser una elección. Yo quiero tener hijos y quedarme en casa, mientras que Natasha quiere estar afuera conquistando el mundo. Además, ¿por qué no puede hacer ambas cosas si quiere?», comentó Grace.

«Puede, pero si Jay acepta casarse con otra persona, Natasha perderá al hombre que ama y la oportunidad de ser feliz. Puede tener ambas cosas, ¿no lo ves? Ella es la única que se resiste y arruina su vida por una decisión mía. No le permití ser parte de la compañía, pero le he dado todo lo que siempre quiso. Está siendo testaruda».

Grace frunció el ceño. Él tenía razón y esperaba que Natasha hubiera captado el mensaje.

«¿Hablarás con ella?», preguntó Paramjeet, repentinamente impaciente.

Grace echó una mirada al pomo de la puerta y se dio cuenta de que Natasha se había ido y que él ya no tenía necesidad de actuar. «Hablaré con ella», le siguió el juego.

Una vez que él se fue, se dirigió al auto. No podía entender al hombre. Había manipulado toda la situación de manera hermosa. ¿Pero había sido honesto en algo? ¿Amaba realmente a Natasha más que a sus hijos o lo había dicho para calmarla? ¿Era un macho o simplemente un padre que amaba demasiado a su hija?

Y lo más importante, ¿le había creído Natasha a su padre?

«Veer ha vuelto», dijo Mia, acercándose a ella. «Te está buscando».

# CAPÍTULO VEINTINUEVE

Grace no quería enfrentarse a él. No después de darse cuenta de que estaba loca, profunda e inexplicablemente enamorada de él. ¿Qué pensaría de ella si leyera la verdad en sus ojos?

Ella había cantado tontamente el nombre de Alfie como un mantra y ni siquiera se dio cuenta de la diferencia entre aferrarse a una fantasía obstinada y el amor verdadero.

Su corazón se estaba quebrando. Sabía que nunca podría tenerlo. Él estaba destinado a casarse con Priya. E incluso si la verdad sobre la salud de su padre detenía la boda, todavía no significaba que la elegiría a ella en su lugar. Después de todo, la vez que Paramjeet se casó con una mujer irlandesa, la empresa casi se disolvió. Si Veer se casara con ella en lugar de una chica india... sería un desastre. ¿Cómo podía lastimar a toda su familia, a sus empleados y a sus inversionistas por decidirse por una chica?

El documental casi había terminado y ella ya no tenía motivos para quedarse. Estaría de regreso en Estados Unidos para asistir a la boda de Alfie, pero esta vez su corazón se rompería por una razón completamente diferente. No podía mirarlo a la cara.

«¡Grace!», gritó Veer.

Grace sintió que se quedaba helada.

«Grace, espera», volvió a llamar.

Ella se clavó las uñas en la palma y salió corriendo.

«Detente». Él corrió tras ella. «Sé que me escuchaste. ¿Qué diablos te pasa? ¡Detente, maldita sea!».

Corrió hacia la casa y subió el tramo de escaleras.

Él la siguió.

Ella no sabía adónde iba, solo que tenía que escapar.

«¡Dios mío, Gracie!», gritó. «Detén esta locura».

La acorraló en la terraza. La cornisa se le clavó en la espalda y ella se inclinó hacia atrás tanto como pudo.

«¿Estás jugando un juego infantil de ‘las traes’?”, preguntó él, respirando con dificultad.

«No», jadeó ella, con los ojos clavados en el botón de su camisa.

Él le agarró la barbilla y la obligó a mirar hacia arriba. «¿Qué te pasa?». Ella apartó la barbilla.

«Nada. Está lloviendo».

Él le apartó una gota de la mejilla. «Así es. Ahora dime por qué huías de mí. ¿Algo más ha sucedido?

Ella negó con la cabeza.

«¿Me extrañaste?», preguntó él en voz baja. Sus palmas presionaron la repisa de piedra detrás de su espalda.

«No deberías haberte ido. Todos estaban muy preocupados».

«Lo sé. Necesitaba un tiempo para pensar. ¿Cómo has estado?

«No deberías haberte ido», repitió obstinadamente. Su corazón latía como loco mientras él parecía tranquilo y controlado. ¿Cómo podía estar tan tranquilo después de todo lo que habían pasado en su ausencia? Quería quitarle esa sonrisa burlona de la cara. Quería lastimarlo tanto

como él la lastimaba a ella.

Levantó la barbilla con rebeldía. «El documental está a punto de terminar, pero antes de irme de este país, reuniré a Smita y Ranjeet. Tengo un plan. Un plan muy, muy loco que seguro funcionará. No puedes detenerme».

La miró con enojo. «Te dije lo que siento al respecto».

«Si te importara tanto tu familia, no los habrías abandonado», espetó ella. «No cuando te necesitaban tanto. Hiciste lo que hizo tu padre. Dejaste que todos nos preocupáramos, mientras tú estabas perfectamente bien y saludable y pasándolo genial. No pensaste en lo que nosotros estábamos sintiendo...».

«¿En lo que *nosotros* estábamos sintiendo?».

«Ellos... quise decir ellos», tartamudeó nerviosamente.

Él suavizó su voz y sus ojos se oscurecieron hasta convertirse en un dorado antiguo. «¿Recuerdas la noche que saliste a beber con Natasha?».

Parpadeó ante el cambio de tema.

«¿Te avergüenza haber hecho esa llamada?», continuó él con suavidad. «Quería preguntártelo antes, pero nunca tuve la oportunidad».

Ella sintió que se sonrojaba.

Él deslizó la mano por detrás de su cuello y la masajeó lentamente. «Estás roja de nuevo».

«Déjame ir», dijo. Su voz tembló ligeramente, delatándola.

«No repetiré toda la conversación, pero admitiste que me encontrabas atractivo. Querías que te besara».

Las nubes estallaron, dejando caer un torrente de lluvia, el último hurra de la temporada de monzones. El viento le azotó el cabello sobre la cara, ocultando su expresión.

Él extendió la mano, le apartó el cabello de la cara y lo sostuvo detrás de su cabeza con una mano.

«Yo también quiero besarte», confesó con voz ronca. «Todo el maldito tiempo».

Ella lo miró entonces.

«Es normal. Un hombre y una mujer a menudo quieren besarse. Pasará. Son las circunstancias las que nos hacen sentir así».

Ella asintió, contenta de que la lluvia ocultara sus lágrimas.

«Necesitamos mantener cierta distancia entre nosotros», dijo él, acercándose.

«Sí».

«Sin tocarnos», insistió él.

«No, eso no estaría bien».

«Y definitivamente nada de besos».

«Nada de bes…».

Él se inclinó y atrapó sus palabras con sus labios.

* * *

«¡Veer!», rugió alguien.

Se apartó de Grace.

«¡Oh, no, no!», gimió él.

«¿Fue tan horrible?», preguntó Grace, sintiéndose herida.

«No, lo fuiste... Solo mira hacia abajo».

Se giró para mirar por la cornisa hacia el jardín y encontró a Priya, a toda la familia Singh y al equipo mirándolos.

«Oh, no, no, no», repitió Grace con Veer.

«Baja ahora mismo», estalló Paramjeet.

«¿Cómo pudiste?», gritó la madre de Veer en estado de shock.

Veer le dio un rápido apretón en el hombro a Grace y corrió hacia el jardín. Ella no sabía qué iba a decir ni cómo iba a solucionar esto. Después de todo, todavía estaba comprometido con Priya, sin importar lo que hubiera dicho Natasha.

«Bésense otra vez», gritó Ian desde la puerta.

«No es asunto tuyo», gritó Grace por encima de la lluvia que caía a su alrededor.

«Lo es si es un cliente al que estás besando».

«Fue un error», tartamudeó, abrazándose los brazos y temblando de frío.

Él cruzó el espacio en dos largas zancadas y la atrajo hacia sí. «Parecías disfrutar de mi beso esa noche».

«Suéltame», dijo ella, con los dientes apretados.

«Vamos a entrevistar a Veer a continuación», dijo él, con una sonrisa desagradable. «Estoy seguro de que te mueres por hacerle las preguntas».

«Será mejor si lo entrevistas tú», dijo ella, liberándose de su agarre.

«Tendrás que hacerlo, cariño. Puede que deje escapar algunas cosas personales sobre sí mismo. Debemos aprovechar este vínculo especial que comparten...».

«Por favor», suplicó ella, con los ojos llenos de lágrimas. «¿No puedes dejarlo pasar?».

«Eres tú la que se aferra a él. Eres tú la que lo mira como una adolescente enamorada», dijo él. «Dudo que se case con una don nadie como tú. Tal vez solo quiera pasar una noche en la cama mientras tú te vas a casa con un buen dinero...».

Ella le dio una bofetada.

Él se frotó la mejilla, con los ojos destellando de ira. «Esta es la segunda vez que me pegas».

«Te lo merecías», dijo furiosa.

«Puedo despedirte».

«No puedes, porque renuncio. Me niego a trabajar para un cerdo machista. Tus caricias me dan escalofríos. Si está mal besar a un cliente, está igualmente mal intentar besar a un empleado. Al menos, quería besar a Veer, pero tú estás tratando de aprovecharte de tu posición. No sé con cuántas chicas has intentado esto, pero no voy a ser una de tus asquerosas conquistas».

Se abalanzó sobre ella. Ella se deslizó bajo sus brazos y corrió.

* * *

Grace arrojó la ropa dentro de la maleta.

Mia irrumpió en la habitación, abrió el armario y sacó también su propia maleta.

«¿Qué estás haciendo?», preguntó Grace.

«Aquí, recogiendo manzanas», espetó, arrojando un montón de camisetas dentro de la maleta.

«Mia, ¿qué pasa?».

«Te vi corriendo por las escaleras, empapada hasta los huesos y llorando. Luego vi a Ian corriendo detrás de ti», respondió Mia, sacando los vestidos de las perchas. «Lo confronté, me contó lo que pasó y renuncié».

«¿Pero por qué?», jadeó Grace.

«No puedo seguir trabajando para él después de todas las tonterías que dijo sobre ti o el hecho de que haya intentado besarte otra vez», respondió furiosa. «De todos modos, ha sido difícil trabajar con él últimamente. La forma en que ha estado tratando a todos ha sido vergonzosa. Me niego a trabajar en un entorno así».

«Pero este es tu trabajo, Mia, y te encanta».

«Mis amigos son más importantes para mí que cualquier maldito trabajo», espetó.

Grace la miró en estado de shock. «¿Me estás llamando tu amiga?».

«¿Y qué si lo hiciera?», preguntó, levantando bruscamente la barbilla.

Grace estalló en lágrimas y la abrazó.

«Lloras demasiado», se quejó Mia. «Ahora date prisa y haz las maletas. Nuestro vuelo sale esta madrugada a las cuatro de la mañana.

Las dos chicas empacaron las maletas en silencio y las dejaron a un lado.

«¿Y ahora qué?», preguntó Mia.

«Tengo una última cosa que hacer antes de irme del país», respondió Grace. «Solo espero tener suficiente tiempo».

«Grace, tienes esa mirada en los ojos».

«¿Qué mirada?».

«Estás planeando algo loco».

Grace sonrió. «Es solo un poco loco. Reza para que funcione».

Marcó un número en el teléfono y se lo puso en la oreja.

«¡Bunty!», chilló.

«Es bueno saber de ti, hermana».

«Necesito tu ayuda».

«Lo que sea. ¿Quieres que secuestren a alguien?».

«¿Cómo lo supiste? De hecho, necesito secuestrar a dos personas en Goa. ¿Conoces a algún matón en Goa, o tal vez tus matones de Mumbai tengan conexiones aquí? Es extremadamente urgente. Necesito secuestrarlos en algún momento de esta noche y no más tarde... Hola... Bunty, ¿me estás escuchando?».

«Has perdido la cabeza. Te has vuelto loca. ¿Consumiste drogas? Las drogas son muy malas. Tu madre se enojará...».

«De ninguna manera. Estoy sobria y completamente cuerda. Necesito que una pareja sea secuestrada, llevada a un lugar seguro donde quiero que coloquen una manta colorida en el suelo. Pídanles que se sienten y luego díganles a sus matones que les ofrezcan bebidas frías y calientes. Tal vez también coloquen un jarrón con algunas rosas en el medio de la manta. ¿Globos? No, eso podría delatar el juego. Olvídense de las rosas, solo algo de comida y bebida. Pero deberían estar asustados y pensar que no les queda mucho tiempo de vida. Los matones no deben hacerles daño...».

«Te *has* vuelto loca. ¿Estás planeando un secuestro o una salida romántica?».

«Un poco de ambas cosas. Estoy tratando de hacer que dos personas se confiesen su amor».

«Oooh, me encantan las películas de Bollywood, y esto suena como una trama de una de esas películas clasificación B mal escritas».

«¿Lo harás?».

«Lo que sea por ti, hermana. Un secuestro lleno de romance se avecina».

«No debería durar más de una o dos horas», advirtió Grace.

«Así será. Me aseguraré de que estén lo suficientemente asustados para que confiesen lo antes posible. ¿Qué tal si añadimos una bomba falsa que parezca que va a explotar en una hora? ¿Que haga tictac fuerte junto a sus oídos?».

«Eres un genio».

«Solo un poco», respondió modestamente. «¿Quieres que vaya a Goa y te lleve? Conozco las playas secretas...».

«Voy a volar a Mumbai esta noche. Mi vuelo sale a las cuatro de la mañana».

«¿Vas a volver?».

«Tengo que tomar un vuelo internacional mañana desde Mumbai. Ahora, escribe rápidamente los nombres de las personas que deben ser secuestradas. Sí, ¿tienes un bolígrafo? Bien, son Ranjeet Singh y Smita Malhotra. Sé que Ranjeet estará paseando por la playa fuera de Casa Olimpia con su madre a las cinco de la tarde mientras que Smita saldrá media hora más tarde».

«Has hecho que todo sea tan fácil para mis amigos de dudosa reputación», dijo Bunty, con admiración. «Serías una buena criminal».

«Gracias. Te veré mañana».

«Estaré en el aeropuerto de Mumbai a las cinco para recogerte».

# CAPÍTULO TREINTA

«¡Grace!».

Smita se acercó corriendo a ella y le dio un abrazo.

«¡Lo hice!».

Grace se secó rápidamente las lágrimas. «¿Hiciste qué?».

«¿Estás bien? ¿Estabas llorando?», Smita frunció el ceño.

«Acabo de comer algo picante en la cena», dijo Grace apresuradamente. «Dime, ¿qué hiciste?».

«Le dije a Ranjeet que lo amaba».

«Y salió bien», Grace sonrió, olvidándose momentáneamente de sus propios problemas. «Estás radiante».

Smita se sonrojó y se pasó una mano por el cabello alborotado. «Mejor de lo que esperaba». Movió los dedos mostrando un hermoso diamante de corte cuadrado en su dedo.

«¡Estás comprometida! ¡Felicidades!», exclamó Grace.

«Me secuestraron».

Grace fingió estar sorprendida.

«Y a Ranjeet también. Unas personas extrañas nos retuvieron durante una hora en una fábrica de papel higiénico. No es muy romántico, y tenían una bomba al lado de nuestra manta. Una manta colorida y brillante con muchas lentejuelas que se me clavaba constantemente en la rodilla, y se negaron a decirnos por qué querían matarnos. Nos decían una y otra vez que recordáramos que estábamos muriendo y que compartiéramos nuestras últimas palabras... luego nos dieron latas de cola y platos de samosas. Incluso se ofrecieron a comprarnos unos fideos haka. Todo fue muy confuso. Fueron muy amables... o algo así..., y se disculparon por todo el asunto».

Grace se aclaró la garganta. «Háblame de la propuesta».

Smita saltó a una silla y agarró la mano de Grace. «Recordé lo que dijiste... sobre Ranjeet sintiéndose inadecuado mientras su esposa trabaja y tiene éxito en su carrera. Entonces, hablé con un amigo mío que es guionista en Bollywood. Estaba trabajando en una historia maravillosa y necesitaba a alguien que produjera la película para él. Hablé con Ranjeet al respecto y le encantó la historia y la idea de convertirse en productor. Le permitiría ser parte de la industria que tanto ama y usar parte de su riqueza que está acumulando polvo en el banco».

«¡Eso es maravilloso!».

«Y estaba tan emocionado con el proyecto que no pudo evitarlo. Me besó».

«Oh, Dios mío».

Grace fingió desmayarse ante la noticia.

«Los matones regresaron, nos sorprendieron besándonos y comenzaron a aplaudir y a chocar las manos».

Grace se aclaró la garganta.

«Eso es... inusual».

«¿Verdad? Yo también lo pensé».

«Olvídate de los matones. ¿Qué pasó con Ranjeet después?».

«Después de que los matones terminaron de vitorear, nos dejaron ir», Smita se sonrojó.

«Luego, volvimos a la casa, y él me llevó a su habitación y me besó de nuevo, luego...».

«Me lo puedo imaginar», Grace sonrió.

«¡Gracias!». Smita le apretó la mano con seriedad. «Si no me hubieras animado...».

«¿De qué trata el guion?», preguntó Grace sintiéndose complacida.

«Es una historia de amor con un final feliz», sonrió Smita.

* * *

Era la una de la mañana.

Grace estaba sentada en el balcón de la casa de huéspedes con Mia y James. El balcón no daba al mar, como su habitación en la casa, sino a un conjunto de edificios de nueva construcción que se alzaban como monstruos sombríos creados por el hombre en la distancia. Pequeñas ranas saltaban por el sucio suelo del balcón mientras las lagartijas se escabullían junto a las feas lámparas de tubo de la pared.

Su última noche en Goa. Nunca había esperado que terminara así. Pensó en todas las cosas maravillosas que había visto y aprendido. Los amigos y enemigos que había hecho en tan poco tiempo. Su aburrida y predecible vida se había convertido en una emocionante montaña rusa en el momento en que había subido al taxi de Bunty todos esos meses. Todo había terminado de forma miserable y chirriante.

«No puedes obligar a alguien a que te quiera», dijo James en voz baja.

Grace se volvió para mirarlo.

Bebió un poco de *feni*, una bebida alcohólica local de Goa, y continuó. «Realmente me gustaste, pero el hecho de que no compartieras mis sentimientos no te convierte en una mala persona. No puedes forzar algo así».

«Desearía que Ian lo entendiera», respondió Grace.

«Tampoco puedes culpar a Alfie por enamorarse de otra persona», continuó James en un tono inusualmente serio. «Tampoco puedes culpar a Veer».

Grace inclinó la cabeza para ocultar su expresión. «Lo siento, James. Eres tan encantador, y hubiera sido perfecto si mi corazón te hubiera elegido a ti en su lugar».

Movió las cejas. «¿Podrías darme un pequeño beso y un abrazo y ver si te gusta?».

Grace se rió entre dientes, contenta de que no hubiera cambiado tanto.

«¿Veer va a decir adiós?», preguntó Mia.

«Veer se fue a Mumbai en su jet privado», dijo Natasha, mirando a los lagartos con disgusto.

Grace se encogió de hombros.

«Fue por Priya», continuó.

«No me importa», espetó Grace.

«Entonces, ¿por qué has estado llorando durante la última hora?», replicó Mia.

Grace frunció el ceño. «Me voy de la India. Extrañaré este país. Por eso estoy llorando».

«Querrás decir que extrañarás a Veer», refutó Natasha con complicidad.

«¡Grace!», llamó Paramjeet desde fuera de la puerta.

Grace miró a Mia con miedo.

«Está aquí», dijo Mia, empujándola suavemente hacia la puerta. «Ve y acaba con esto de una vez».

Grace abrió la puerta.

«Pequeña manipuladora», gruñó él. «Este era tu plan, ¿no? El médico mencionó a una dulce niñita con la que se topó antes de perder el informe falso. Justo cuando me di cuenta de que estaba hablando de ti, noté que besabas a Veer. Te advertí que te alejaras de él. Te conté lo que

pasó cuando me enamoré de una mujer irlandesa. No puedo perder esta empresa o la fusión por una chica estúpida...».

«¿Me estabas advirtiendo?».

«¿Qué más?». Puso los ojos en blanco. «Pude ver la forma en que Veer te mira. Pensé que, si te explicaba la situación amablemente, mantendrías la distancia».

«Lo siento, no quise que pasara esto».

«Ian me dice que eres una cazafortunas. Bueno, quiero que te vayas de Goa para siempre. Aquí no hay lugar para cazafortunas».

«Me voy», dijo Grace, señalando sus maletas que estaban en la cama, con los ojos ardiendo de humillación.

«¡Gracias a Dios por eso! Quiero que salgas en una hora o tendré a toda la fuerza policial de Goa persiguiéndote». Grace asintió, con lágrimas corriendo por su rostro.

# CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Grace miró fijamente el mar de Irlanda. Las olas frías y furiosas luchaban contra el viento del norte y salpicaban una playa accidentada, aislada y salvaje.

En Goa, se habría puesto un vestido de verano y se habría dirigido a la playa para disfrutar de la paz, pero aquí no se atrevió a aventurarse en el viento helado lo suficientemente fuerte como para llevársela volando.

Habían pasado cuatro meses desde que dejó la India y se instaló en Irlanda. Cuatro largos meses durante los cuales había encontrado un trabajo en una panadería de Dublín. Había visto programas de repostería con su padre durante años y había conservado algunos de los conocimientos, y su propio amor por la cocina y sus habilidades básicas le habían permitido conseguir el trabajo.

Disfrutaba entrar en la tienda y comenzar el día con el olor a café recién hecho, vainilla y pan recién horneado. Le encantaba pensar en ideas sobre cómo decorar la última tarta de cumpleaños o crear sabores exóticos de macarrones junto con su jefa, una dulce francesa.

Y aunque era un trabajo duro, no le importaba porque descubrió algo sobre sí misma: que amaba las nuevas experiencias y ser independiente. A Grace le encantaba explorar, descubrir y aprender, y quería seguir haciéndolo, por eso no había vuelto a casa con sus padres.

Sus padres la extrañaban, pero no demasiado. Su madre se había unido a un grupo de excursionistas y estaba ocupada explorando la agreste campiña texana mientras que su padre había fracasado en el concurso de repostería, pero eso solo lo había enfurecido y lo había llevado a querer hacerlo mejor. Estaban ocupados, pero lo más importante, felices.

Grace se apartó de la ventana y se quitó el delantal. Comenzó a hacer los movimientos necesarios para cerrar la panadería mientras su mente pasaba de un pensamiento a otro. Tal vez, eran el oropel y los pequeños árboles de Navidad que salpicaban la tienda lo que la hacían sentir melancólica. O era el clima irlandés oscuro y sombrío que finalmente la estaba afectando.

Se envolvió una gruesa bufanda de lana alrededor del cuello y se puso un sombrero de piel sintética y un abrigo negro. No tenía muchas ganas de pasar la Nochebuena sola.

Abrió la pesada puerta de madera y salió al viento frío y cortante. Había cambiado mucho en unos pocos meses. Había crecido, se había vuelto independiente y tenía mucha más confianza.

Se había ido de Estados Unidos pensando que había estado enamorada. Sonrió con ironía. Oh, qué tonta había sido. El amor no era una emoción suave y gentil. Era un maremoto rugiente y devorador que te deja sin aliento y te vuelve débil y vulnerable.

Y el amor no correspondido, se agarró a la barandilla helada y cerró los ojos con fuerza, era como una herida abierta y dolorosa que se niega a sanar.

«¿Qué estás pensando?».

«¡Mia!», los ojos de Grace se abrieron de golpe. «¿Qué estás haciendo aquí? ¿Y por qué estás sentada en esa cosa?».

Mia sonrió. «¿Qué mejor manera de pasar la Nochebuena que montando un carruaje tirado por caballos? ¡Vamos! Tenemos mucho que hacer y no hay tiempo que perder».

Grace no pudo evitar devolverle la sonrisa.

«Toma, ponte esto». Mia le entregó a Grace una diadema de reno verde.

«¿Adónde vamos?».

«A un pub llamado “The Drunk Leprechaun”, pero vamos a tomar la ruta larga. Me encanta Dublín en esta época del año y esta es la mejor manera de disfrutarlo».

Grace se reclinó en su asiento y observó las vistas que pasaban. Admiró los árboles de Navidad gigantes, las luces de colores brillantes y se deleitó con el olor de los pasteles de chimenea del mercado navideño y el sonido de las risas de los niños, y por un momento, se olvidó de estar triste.

Su teléfono sonó.

«Hola, Gracie, tenemos la fecha de la boda. ¡Es el veintiuno de julio!», gritó Alfie en su oído.

«Eso es maravilloso», Grace sonrió, genuinamente feliz por su amigo. «He estado comiendo demasiados pasteles de carne picada. Será mejor que me ponga a dieta y me prepare para tu boda».

«Gracias por aceptar ser mi padrino o, mejor dicho, mi madrina», dijo con calidez.

«Es un poco convencional, lo admito, pero en nuestro caso, tiene todo el sentido».

«¿Gracie?», podía oír la sonrisa en su voz. «Seremos mejores amigos para siempre, y cuando tengamos hijos, nos aseguraremos de que se casen entre sí».

«Suenas como nuestras mamás».

Él se rió, y ella rió con él, contenta de no haber perdido a su mejor amigo por su estupidez.

«Hemos llegado», Mia le dio un codazo a Grace.

«Te llamaré mañana, Alfie. ¡Feliz Navidad!».

«¿Lista?», preguntó Mia, su rostro luciendo un poco demasiado brillante y alegre.

«Por supuesto que está lista. La cabeza de James asomó en el carruaje».

«Va a comenzar en cualquier momento», dijo Raj, rebotando sobre sus talones y frotándose las manos.

Grace frunció el ceño confundida. «¿Lista para qué? ¿Mia? Oh, Dios mío, todo el equipo está aquí».

«Estamos viendo el documental de la familia Singh. Se transmite hoy», dijo Mia.

«¿En el pub?», Grace se quedó boquiabierta.

«El mejor amigo de James es dueño del pub. Es su regalo de Navidad para nosotros».

«Oh».

«¡Vamos!», Raj dijo más fuerte.

Grace tragó saliva. ¿Estaba lista para ver su rostro otra vez?

«No quiero perderme nada». Mia la agarró del brazo y la arrastró al interior del local.

* * *

«Aquí está». Mia se incorporó ansiosamente. «El documental está a punto de comenzar».

Grace tomó un gran sorbo de su vino caliente. Su estómago se retorció nerviosamente. Los volvería a ver a todos... lo volvería a ver a él...

«Olvidé decírtelo», dijo Mia, mientras comenzaba a sonar la música de apertura. «Veer despidió a Ian. Y Dev Mansukhani, el dueño de DMTV... ¿Lo recuerdas? Bueno, él se hizo cargo y volvió a filmar la mayoría de las entrevistas».

Grace no tuvo tiempo de procesar la información porque al momento siguiente apareció en pantalla Prabha Koti, la casa de Veer en Mumbai. La cámara hizo una panorámica sobre el hermoso jardín y se centró en el porche mientras una voz masculina profunda comenzaba a hablar sobre la historia y el estilo arquitectónico del lugar.

Luego, pasaron a la entrevista de Paramjeet. Se sorprendió al descubrir que habían conservado la parte donde lo había entrevistado. Era extraño escucharse a sí misma haciendo preguntas con

una voz suave y asustada. Y mientras Paramjeet respondía, se mostró un montaje de sus fotografías antiguas, del pequeño pueblo donde creció y de sus enormes fábricas.

Uno por uno, cada miembro de la familia fue entrevistado. Las entrevistas con Ian se habían vuelto a grabar y, en su lugar, Dev había tomado el mando. Su estilo de entrevista era directo, imparcial y contundente, pero no se podía percibir malicia en su voz. Estaba genuinamente interesado en conocer la verdad y, si bien algo de ella era desagradable, no rehuía el hecho.

Hasta ahora, Dev había descubierto el lado despiadado de Paramjeet, el lado más amable de Cuckoo y había abordado el alcoholismo de Ranjeet. Había mostrado a la familia tal como era, con toda su riqueza e inseguridades. Había expuesto los hechos al desnudo y había dejado que el público formara su propia opinión.

Natasha, sentada en la misma silla de mimbre en su sala de estar verde y dorada, parpadeó y apareció.

«También hemos vuelto a rodar esta parte», comentó Mia, inclinándose hacia delante en su asiento.

Natasha parecía diferente. Llevaba un par de jeans y una camiseta de algodón blanca sencilla. El cabello lo llevaba recogido en una cola de caballo y su rostro apenas tenía maquillaje. Se veía fresca, feliz y más bonita de lo que Grace la había visto nunca.

«Quiero preguntarte sobre 'N Designs'», se sumergió Dev en la entrevista.

Natasha parpadeó sorprendida. «¿Sí?».

«He oído que tus joyas y ropa se están agotando».

Natasha sonrió. «Quería llevar un poco de estilo internacional al mercado indio. Me alegra que a la gente le esté gustando».

Grace se maravilló de la forma en que Dev hacía las preguntas, haciendo que incluso la reticente Natasha hablara extensamente sobre sus sueños y esperanzas.

Demostró su habilidad aún más con la siguiente pregunta. «¿Crear una empresa exitosa sin la ayuda de tu padre debe hacerte sentir aún más orgullosa de tus logros?».

Natasha frunció el ceño. «Supongo que tienes razón. Amo mi empresa porque es mía. He luchado para que esto suceda por mi cuenta, y si me lo hubieran entregado en bandeja de plata, dudo que hubiera sentido el mismo nivel de satisfacción».

Mia silbó ante la respuesta. «¡Muy bien chica!», exclamó.

Dev sonrió con aprobación, haciéndose eco de los pensamientos de Mia. «Ahora, creo que las felicitaciones están a la orden del día».

Natasha extendió tímidamente su mano y mostró el enorme anillo de esmeraldas que llevaba en el dedo. «Gracias. Jay y yo hemos decidido casarnos, y tú eres el primero en enterarte de la noticia».

Esta vez fue Grace quien silbó y gritó. «Por fin, la chica entra en razón», alardeó.

«A continuación, el hombre que todos hemos estado esperando», sonriendo se escuchó a Dev decir a la cámara. «Un querido amigo mío y un ser humano maravilloso, pero prometo ser imparcial con mis preguntas. Veer, ¿cómo estás?».

La cámara recorrió lentamente las paredes de cristal de lo que parecía una oficina. Se detuvo cuando vio a Veer sentado en una silla de cuero marrón oscuro frente a un escritorio. Toda Mumbai estaba iluminada detrás de él, y parecía una ciudad en miniatura desde tan alto.

Grace ahogó un jadeo. Se veía más delgado, retraído y desgarradoramente guapo. Quería alcanzar la pantalla del televisor y suavizar las líneas de su frente.

«Estoy listo para tus preguntas», sonrió.

«Pareces nervioso hoy», dijo Dev sorprendido.

«Lo estoy, ya que el gran Dev Mansukhani me está entrevistando», respondió Veer.

«Te he entrevistado muchas veces, Veer. Algo es diferente en ti hoy. Dime, ¿tu ruptura con Priya te ha afectado más de lo que pensabas?».

Grace dejó de respirar.

«Creo que a veces es mejor seguir tu corazón», respondió Veer crípticamente.

Dev no le permitió esquivar la pregunta. «¿Quieres decir que te desenamoraste?».

«Nunca estuve enamorado de ella, ni ella de mí. Había sido una decisión de negocios».

«Ya veo, ¿y qué te llevó a cambiar de opinión?».

Miró a la cámara y Grace sintió como si la estuviera mirando directamente cuando habló a continuación.

«Nunca me permití enamorarme porque sabía que tendría que casarme con alguien que tuviera el sentido más práctico. Pero el amor no es práctico. No te da el lujo de pensar o planificar. Simplemente sucede en un instante y tienes que decidir qué es más importante para ti. El dinero o el amor».

«Ah, el clásico dilema. El corazón de la mayoría de las historias de amor trágicas».

«Espero que la mía no sea trágica», respondió Veer. Ella no es india, pero es un buen ser humano. Creo que nuestro país ha evolucionado lo suficiente como para no juzgar a las personas en función de su religión y nacionalidad. Creo que son lo suficientemente inteligentes como para seguir apoyando a Karbon incluso si elijo a alguien del otro lado del océano.

Dev asintió. «La India ha cambiado. Ya no es la India de los años sesenta, cuando tu padre era joven».

«Y si no ha cambiado tanto como me gusta pensar, incluso entonces me niego a dejar que la bolsa de valores dicte con quién me caso».

Mia apagó la televisión y se volvió hacia Grace. «Vamos a mi casa».

«Quería ver el resto».

«El resto es aburrido», bostezó Mia.

«Pero...».

«He visto el primer corte. Prometo que los créditos aparecerán en otro minuto. ¿Vienes, Raj? ¿James?», Mia gritó los nombres del resto de los miembros del equipo.

Estaban demasiado borrachos para responder, así que fue solo Grace quien siguió a Mia.

El carruaje seguía esperando afuera.

«Es el mismo carruaje», comentó Grace, subiendo.

«Lo alquilé para pasar la noche», contestó Mia.

Ahora estaba nevando y Grace se apretó más en su abrigo.

«¿Qué te pareció el documental?», preguntó Mia.

Grace abrió la boca para responder, pero todo lo que salió fue un gemido desgarrador.

«Pareces miserable», comentó Mia después de un momento.

«¿Crees que estaba hablando de mí?», sollozó.

«¿Quién?».

«¡Veer!».

«¿Hablando de ti? ¿Por qué lo haría?».

«Pero dijo que ama a una chica...».

«Podría ser cualquiera. Conoce a muchas chicas».

«Lo sé, pero... eh... ¿Mia?».

«¿Sí?».

«¿Por qué tanta gente nos toma fotografías?», Grace se sentó derecha y se secó los ojos.

«Turistas», Mia se encogió de hombros. «Además, todo el mundo toma fotos durante la Navidad. Mucha gente vuelve a casa para las vacaciones».

«Oigo un helicóptero».

«Yo escucho tres. Sospecho que están sacando fotos aéreas de Dublín, que se ve bonita y elegante».

«Mia, tenemos un fotógrafo colgado de la puerta de nuestro carruaje».

«Borracho».

«Otro está intentando subir por detrás».

«Muy borracho».

«Ese está en equilibrio precariamente en el borde del techo, apuntando su cámara directamente hacia nosotras».

«Tontamente borracho».

«Mmm, ya no nos movemos. ¿Y por qué la gente nos mira? ¿Son cámaras de televisión? Puedo ver los nombres...».

«¡Bien!», rugió de repente el conductor del carruaje, y saltó del caballo, y se acercó a donde estaba sentada Grace.

«Quería hacer esto romántico, pero parece que se me escapó la noticia, y puedo adivinar quién lo hizo... De todos modos, tendrás que acostumbrarte a este tipo de cosas».

«¿Veer?».

Tiró la capa verde oscuro con un gesto dramático. «¿Quién más?».

Ella le dio un puñetazo a un camarógrafo que se había atrevido a meter su cara entre ellos y echó sus brazos alrededor de Veer.

«No deberías golpear a la gente», murmuró recargándose en su cabello.

«Estoy tan, tan feliz de verte. Pero, durante todos estos meses nunca me llamaste o…», ella se apartó para mirarlo a la cara. «¿Por qué?».

«Quería que estuvieras segura».

«¿Segura?».

«Sobre nosotros».

«Quieres decir... No sé a qué te refieres. ¿Por qué estás aquí, Veer?».

«Vine a comprar esos trapeadores de los que tanto hablabas. Los que arrojan agua», se rió.

Ella agarró su cuello y lo fulminó con la mirada. «Pórtate serio. ¿Qué estás haciendo aquí?».

La abrazó de nuevo. «Me encantó la forma en que mantuviste unida a mi familia cuando yo no estaba, la forma en que los cuidaste durante todas las entrevistas, la forma en que lentamente cambiaste la opinión de Natasha sobre casarse. Actuaste contra un hombre muy poderoso, mi padre, para sacar a la luz su verdad, e incluso conseguiste que secuestraran al pobre Ranjeet y a Smita. Eres una pequeña loca, muy loca».

«¿Lo sabes?».

«Me he dado cuenta».

«¿Viniste a agradecerme?».

«Grace, ¿por qué hiciste todo eso?».

«Por tu familia».

«¿Por qué significan tanto para ti?».

«Por ti», susurró, «bajando las pestañas».

«Pero ayudaste a todos menos a mí».

«¿Qué quieres decir?».

«Mi madre siempre dice que pienso en la felicidad de todos los demás excepto en la mía. Y

que necesito a alguien que me haga hacer cosas por mí, para variar».

«No sé cómo ayudarte...».

«Tú eres la única que puede ayudarme».

«No, no entiendo».

Él le agarró la barbilla y la miró fijamente.

«Te lo dije una vez antes, estoy enamorado de ti. No lo decía en serio entonces...».

«¿Y ahora?».

Sus ojos se posaron en sus labios. «Estoy locamente y profundamente enamorado de ti, Grace Dixie. Lo suficiente para ir en contra de mi familia, lo suficiente para ver mi empresa derrumbarse a mi alrededor, lo suficiente para renunciar a todos los lujos...».

«Yo también estoy enamorada de ti», respondió ella en voz baja.

«Me hiciste comportarme egoísta, Gracie. Quiero hacer algo por mí mismo para variar».

«¿Y qué es?», jadeó mientras él la atraía hacia sí y hundía la nariz en su cabello. «Soy dueño de un pequeño apartamento a la vuelta de la esquina y…».

«¿Y?».

«Quiero que vayamos allí, que pasemos un rato juntos y…, que nos besemos y esas cosas...».

«¿Y esas cosas?», preguntó con voz chillona.

Él se rió entre dientes. «Muchas cosas».

«Oh».

Se apartó para mirarla profundamente a los ojos.

«Pero primero...», su voz se hizo más profunda por la emoción mientras hablaba. «¿Te casarías conmigo, Grace Dixie?».

«Oh, sí, lo haré», exclamó ella, abrazándolo.

«¡Oh, sí, lo hará!», repitieron los periodistas, con sus cámaras haciendo clic y disparando flashes mientras capturaban el dulce, dulce beso de la pareja.

Entonces los relojes dieron las doce, anunciando el día de Navidad y el comienzo del felices para siempre de Grace y Veer.

**FIN**

Si disfrutaste la lectura de este libro y te gustaría recibir una copia gratuita cuando se publique el próximo libro de Anya, puedes enviar un correo a:

anyawylde@gmail.com *

Para ser el primero en enterarte de los siguientes lanzamientos, también puedes suscribirte al boletín de Anya:

Anya Wylde’s newsletter

*¡Apresúrate! Las copias disponibles son limitadas

# ACERCA DE LA AUTORA

Anya Wylde vive en Irlanda con su esposo y su gordo caniche francés (que ahora está a dieta).

Anya cocina un curry delicioso; y de vez en cuando su idea de hacer ejercicio es estirar los dedos de los pies.

Cuenta con un título en literatura inglesa y le encanta la lectura y la escritura.

Puedes contactar a Anya Wylde y recibir notificaciones sobre sus próximos lanzamientos a través de sus cuentas en:

Facebook, Twitter, Pinterest, o Google+,

O puedes seguirla en su cuenta en:

Amazon Author Page.

Suscríbete a su boletín aquí:

here

Su sitio:

www.anyawylde.com

# OTROS LIBROS DE LA AUTORA

Comedia romántica de la época de la Regencia

Penélope

En busca de Philbert Woodbead

Dorothy

Misterios de la Regencia

Una Apuesta Arriesgada

Muerte de una Aristócrata

Novela de fantasía

Ever After

Romance contemporáneo

Love Muffin and Chai Latte